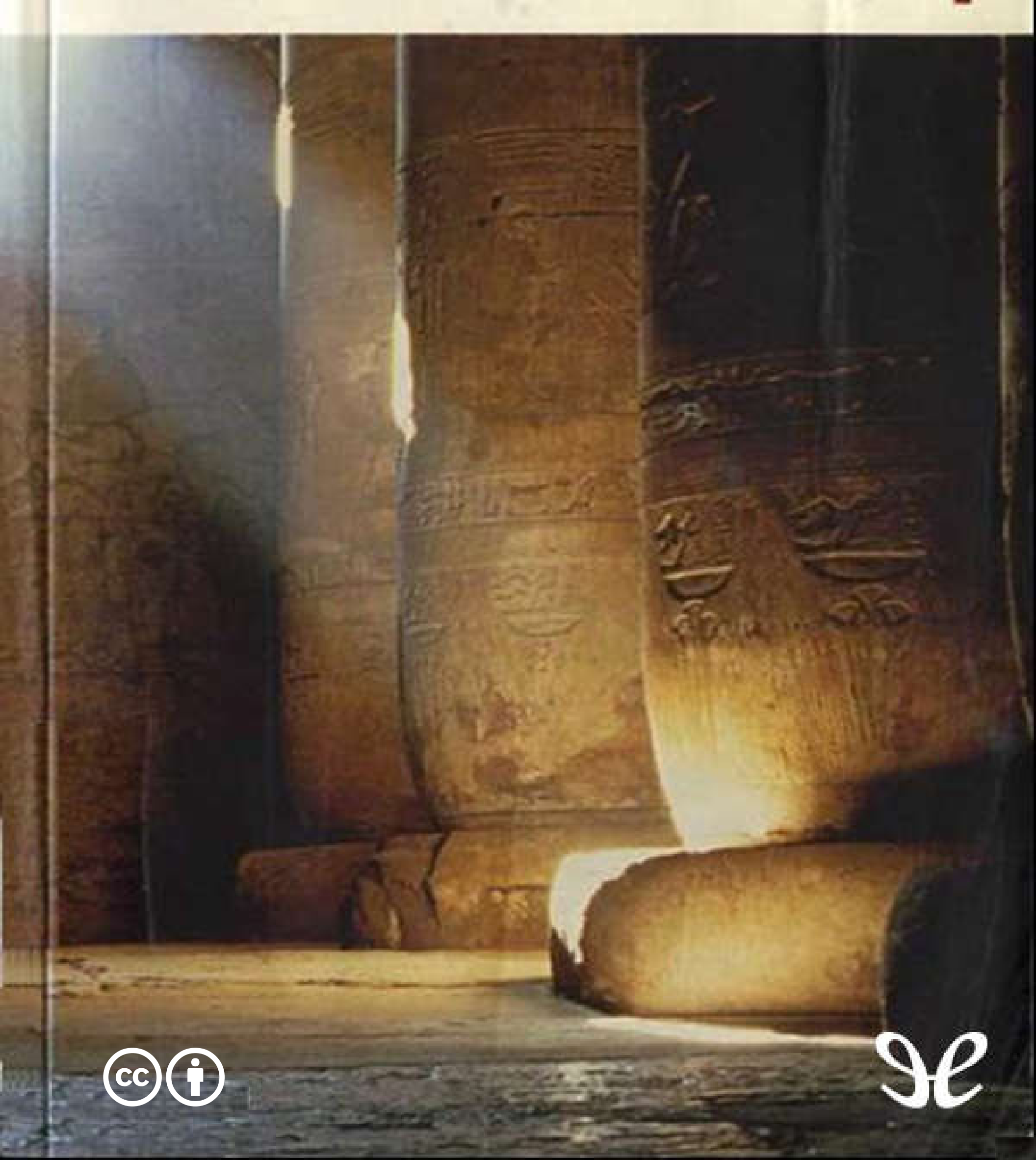
Guía del antiguo Egipto

Christian Jacq



Christian Jacq, el egiptólogo más famoso del mundo, nos acompaña por los lugares arqueológicos más espectaculares del país bañado por el Nilo. Siguiendo un itinerario cronológico, se aventura en el desierto, en los oasis y en los lugares que los faraones eligieron para erigir los templos majestuosos que han legado a la eternidad. Un viaje emocionante en busca de las raíces de la historia, en un país conocido pero siempre misterioso.

«Este libro es una invitación a la fiesta la fiesta de un viaje inolvidable, la fiesta de la mirada, la fiesta del espíritu, pues el antiguo Egipto es una de las más bellas creaciones del hombre. Contemplando estas piedras venerables revivimos la historia a través de monumentos que son también obras maestras Uno tiene la sensación de encontrarse con el hombre eterno, aquel que sabe construir, expresar la belleza, dar un sentido a la vida».

Christian Jacq



Christian Jacq

GUÍA DEL ANTIGUO EGIPTO

ePub r1.2
Rusli 01.09.14

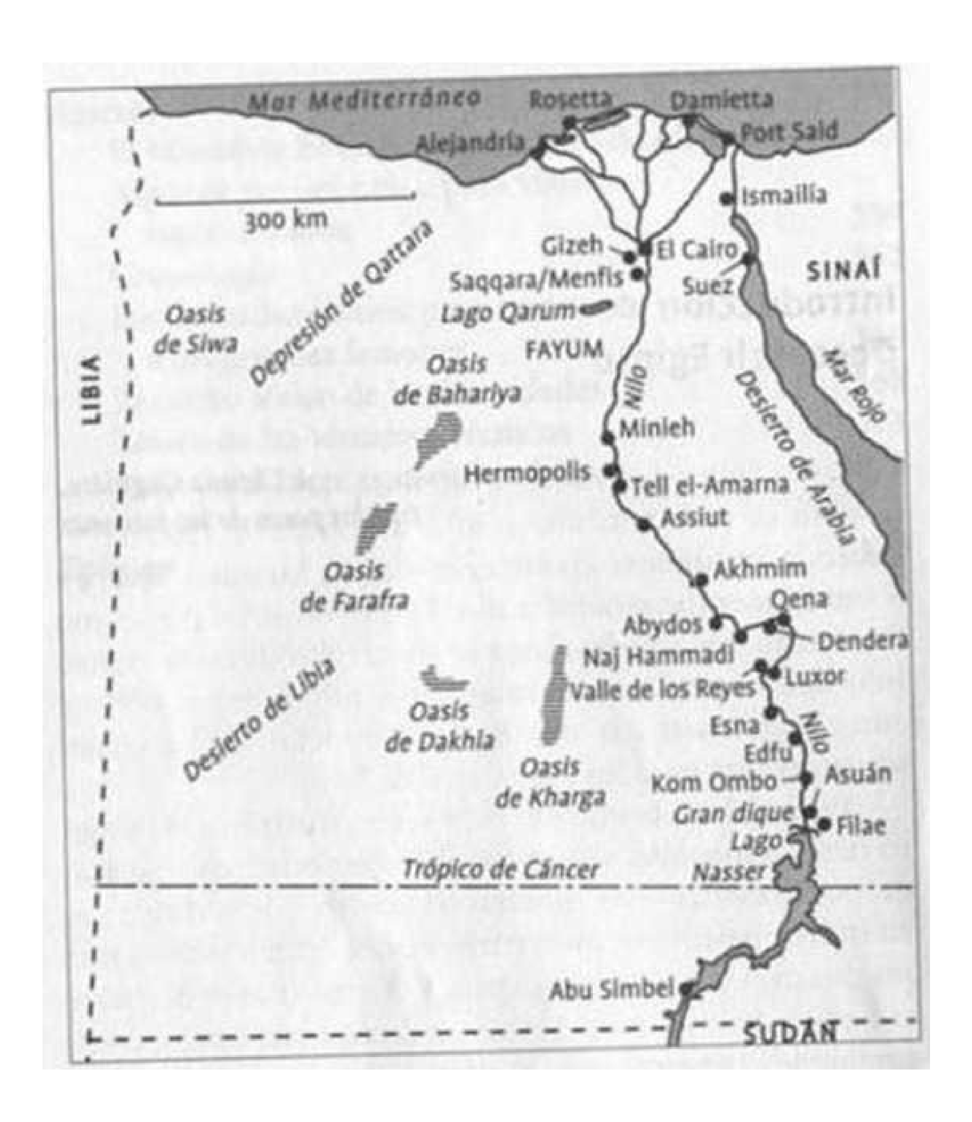
Título original: *Les grands monuments de L'Égypte ancienne*
Christian Jacq, 1986
Traducción: Manuel Serrat Crespo
Editor digital: Rusli
ePub base r1.1








A Claude Gagnière,
tras los pasos de los faraones


Mar Mediterráneo
Rosetta
Damietta
Alejandría
Port Said
300 km
Ismailía
Gizeh
El Cairo
Saqqara/Menfis
Suez
SINAÍ
Depresión de Qattara
Oasis de Siwa
Lago Qarum
FAYUM
LIBIA
Oasis de Bahariya
Nilo
Desierto de Arabia
Mar Rojo
Minieh
Hermopolis
Tell el-Amarna
Assiut
Oasis de Farafra
Akhmim
Qena
Abydos
Dendera
Naj Hammadi
Luxor
Valle de los Reyes
Desierto de Libia
Oasis de Dakhla
Esna
Edfu
Nilo
Oasis de Kharga
Kom Ombo
Asuán
Gran dique
Filae
Lago Nasser
Trópico de Cáncer
Abu Simbel
SUDÁN

INTRODUCCIÓN
Descubrir Egipto

El viaje a Egipto constituye, para todos aquellos que tienen la suerte de realizarlo, una aventura inolvidable. Quien descubre la prodigiosa civilización de los faraones vive un acontecimiento extraordinario. Egipto no es un país como los demás. En aquella tierra se desarrolló durante cuatro milenios una cultura de inigualable fulgor que sobrevive aún en centenares de monumentos muchos de los cuales son accesibles para los peregrinos de hoy.

Pero el descubrimiento es, a veces, frustrante. El viajero tiene, a menudo, la impresión —perfectamente acertada, por lo demás— de contemplar un arte que se dirige a lo eterno, de pasear por unos parajes donde reina todavía una magia cuyas claves se le escapan. Y cuanto más se descubre el Egipto de los faraones, más se desea descubrirlo, comprenderlo, penetrar sus misterios. Siempre se vuelve a Egipto. Un solo viaje no basta. Lejos de Egipto, se sueña en ese país de los mil y un soles que se levantan sobre los templos y se ponen con una explosión de colores, en las aguas del Nilo, el río-dios.

Es necesario preparar el viaje a Egipto. Se recurre, naturalmente, a las guías. Pero éstas, escritas por especialistas, son muy a menudo complejas y procuran una abundancia de informaciones la mayoría de las cuales sólo interesa a los arqueólogos.

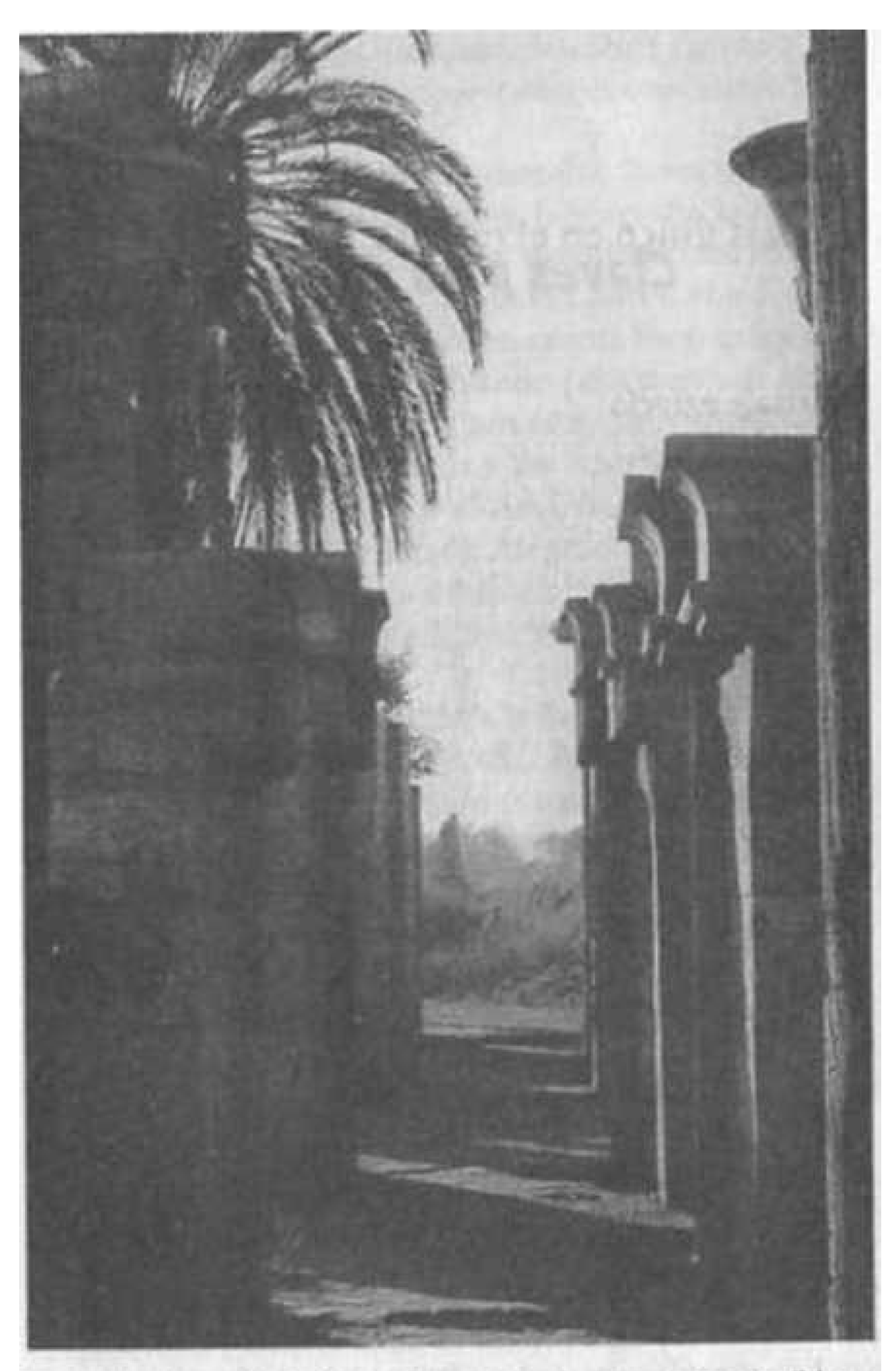
Durante mis numerosos periplos por Egipto, he tenido la ocasión de acompañar a amigos o grupos de apasionados visitantes. He tomado así conciencia de que no existía un libro sencillo, sin pretensiones, que hiciera balance de los conocimientos esenciales para descubrir Egipto y que permitiera abordar los principales parajes con ciertos puntos de orientación.[1]

Tras algunas indicaciones generales, llaves necesarias para abrir las puertas de la historia, la geografía, la religión egipcias, saldremos pues de viaje, deteniéndonos en cada una de las etapas esenciales, desde El Cairo a Abu Simbel. En este recorrido sólo he tenido en cuenta los grandes monumentos, los que siguen hablando para nuestros ojos y nuestros corazones. Existen, claro está, otros parajes, que he citado en anexo, reseñados a los especialistas dado su estado de degradación. Tell al-Amama, por ejemplo, la ciudad solar del célebre faraón Ajnatón, hoy es sólo una soledad desértica donde no subsisten más que algunas piedras, recordatorio de la prodigiosa aventura que allí se desarrolló.

Este libro es una invitación a la fiesta: fiesta de un viaje inolvidable, fiesta para la mirada, fiesta para el espíritu también, pues el antiguo Egipto es una de las más hermosas creaciones del Hombre. Contemplando esas piedras venerables, reviviendo la historia a través de monumentos que son otras tantas obras maestras, se experimenta la sensación de encontrar al Hombre eterno, el que sabe construir, expresar la belleza, dar sentido a la vida.

Como los antiguos griegos, que iban a buscar ciencia y sabiduría a Egipto, abandonemos ahora las brumosas riberas de la vieja Europa y dirijámonos hacia el soleado centro de todas las civilizaciones mediterráneas, hacia el país amado por los dioses.

PRIMERA PARTE
Claves para entender Egipto



Karnak, el templo de Ptah. Uno de los lugares más apacibles y más «luminosos» del inmenso Karnak. Estaba consagrado al señor de los artesanos que había creado el mundo con el Verbo.

Un país único en el mundo

El paisaje egipcio

Egipto es un país extraño. No hay otro que se le parezca. Evoca una flor de loto abierta cuya parte superior ensanchándose correspondería a lo que los modernos llaman el Delta, y cuyo largo tallo seria el Valle del Nilo propiamente dicho, un estrecho corredor de 13 a 15 km de anchura que serpentea entre los acantilados arábicos y líbicos. El Delta tiene aproximadamente la superficie de Bélgica. El Valle del Nilo, de El Cairo a Asuán, tiene más de 900 km de largo. Éste es el decorado: dos países en uno, muy distintos el uno del otro, pero inseparables. El paisaje egipcio es, sobre todo, el Nilo, el desierto, el verde de los cultivos y los palmerales, el encanto de las aldeas, un sentimiento de eternidad, de inmutable. «El paisaje egipcio —escribe Serge Sauneron— absorbe al hombre y le da a cambio una pequeña parte de su eternidad». Para probar este tesoro, claro está, hay que olvidar las grandes ciudades como El Cairo, donde la vida cotidiana está muy lejos de ser sencilla, o también la tecnología de la enorme presa de Asuán. Pero la modernidad apenas ha penetrado en la campiña, se ha detenido en el umbral de los templos. Realmente es posible, en Egipto, ponerse en contacto con una inmensa civilización en su contexto, bajo su cielo.

Es probable que, unos 5000 años a. J. C., se produjera una desecación en esta parte del mundo, haciendo habitables las tierras pantanosas a uno y otro lado del río. Agrupándose en pequeñas comunidades, algunos clanes descubrieron entonces la extraordinaria riqueza que el Nilo les ofrecía.

Egipto, don del Nilo

En palabras del griego Herodoto, Egipto es un don del Nilo. El río más largo del mundo (6500 km) es un gran proveedor de beneficios. Antes de la construcción de las presas de Asuán (la última es, para algunos expertos una catástrofe ecológica) el Nilo acarreaba un limo silícico-arcilloso procedente de Abisinia que formaba una rica «tierra negra» que hizo de Egipto uno de los graneros de trigo del mundo antiguo.

Uno de los más ardientes deseos de los egipcios era que la crecida fuese puntual y que no fuera demasiado escasa ni demasiado abundante. El Año Nuevo, fijado hacia el 19 de julio, coincidía con la crecida de las aguas. A fines de septiembre, Egipto era un inmenso lago del que sólo emergían las colinas sobre las que se habían construido las aldeas. En aquella época del año, como en las demás, el río era la principal vía de circulación, una verdadera autopista por la que bogaban barcas y navíos. Para designar al pobre entre los pobres, aquel a quien el señor local debía yacija y cubierto, se empleaba precisamente la expresión «el sin-barca».

El Nilo era una potencia divina a la que los egipcios denominaban Hapi, lo que tal vez significa «el Brincador». Es inútil buscar en esa tierra las fuentes del Nilo: se hallan en el cosmos, en un inmenso depósito del que procede cualquier vida. El Nilo que vemos en forma de agua es sólo la proyección de un río ce-

lestial que da vida, riqueza, abundancia. Se representaba a Hapi como un personaje andrógino, de colgantes pechos y enorme vientre. Veremos, en los muros de los templos, procesiones de «dioses-Nilo» llevando a los dioses magníficos productos agrícolas.

El Nilo era considerado un ser único que se había creado a sí mismo. Daba fuerza a cada divinidad. ¿Acaso no procedía del inicio del mundo? ¿No se asimilaba la inundación al rocío y al fecundante sudor de los dioses? Gracias a la crecida, Egipto vivía de nuevo en el tiempo primordial, en esa edad de oro en la que los dioses se habían posado sobre la primera colina que emergiera del Océano de los orígenes. Y ese paisaje fue recreado del modo más grandioso y más espectacular en el paraje de Gizeh. Cuando las tierras circundantes estaban cubiertas de agua, las tres grandes pirámides simbolizaban, evidentemente, las colinas primordiales que probaban a los hombres que las energías primeras, vitales, estaban presentes en la tierra. Esta grandiosa realización es característica del espíritu egipcio: nunca se limita a pensar, sino que encama, construye.

El Nilo es la arteria vital del país. A partir de él se desarrolla un verdadero sistema sanguíneo, el de los canales de riego, que fue la gran obra de los primeros reyes. En los periodos de decadencia, la falta de mantenimiento de esos canales tuvo siempre consecuencias catastróficas. Y el Egipto moderno es económicamente muy inferior al Egipto antiguo, en gran parte, porque se ha olvidado este equilibrio de base.

Un país doble y tres estaciones

Egipto es el Ojo de Ra, la mirada del sol, lo que rodea el disco solar, lo que derrama la luz, la tierra amada por los dioses.

Pero es también la Negra (la tierra fértil, fangosa) y la Roja (la tierra árida del desierto). La dualidad Bajo Egipto (Delta)/Alto Egipto (Valle del Nilo) marca un eterno conflicto entre dos hermanos: Horus, señor del Bajo Egipto, y Seth, señor del Alto Egipto. El antagonismo existirá tanto como el mundo. Esta lucha no es negativa: produce una energía necesaria para preservar el equilibrio de las Dos Tierras.

El Delta es el dominio de los papiros; su genio bueno es la diosa-serpiente Uadjet, la verdeante. El Alto Egipto es el dominio de los juncos, protegido por la diosa-buitre Nejbet. En este valle, que hoy parece a menudo pobre en vegetación, existían antaño grandes bosques donde cazaban los nobles. Nada era, por lo demás, más caro al corazón del egipcio que un verde jardín correctamente mantenido. Este amor por los vegetales se encuentra en la lengua: la palabra «ser joven, vigoroso» corresponde a una rama de palmera; «ser verde, ser próspero», se escribe con un papiro. Y para escribir el verbo «ir», signo manifiesto de la vida, se colocan unas piernas bajo un tallo de caña. El propio faraón, entre sus distintos títulos, es «el de la caña».

Cuando se abandonan las zonas cultivadas para entrar en el desierto, se abordan los dominios de Seth. Allí se excavaban las necrópolis. Allí también se hallan las canteras de donde se extraían las piedras. Pues el desierto, mundo peligroso, mundo no construido, es también el mundo que proporciona al hombre los materiales necesarios para edificar las moradas de la eternidad.

En el desierto hay oasis. Los del desierto del oeste eran etapas en las rutas caravaneras, custodiadas por una policía especializada. Allí se cultivaban viñas que producían excelente vino y se cosechaban dátiles con sabor a miel. Los oasis del desierto del este eran menos risueños; allí se hallaban yacimientos de

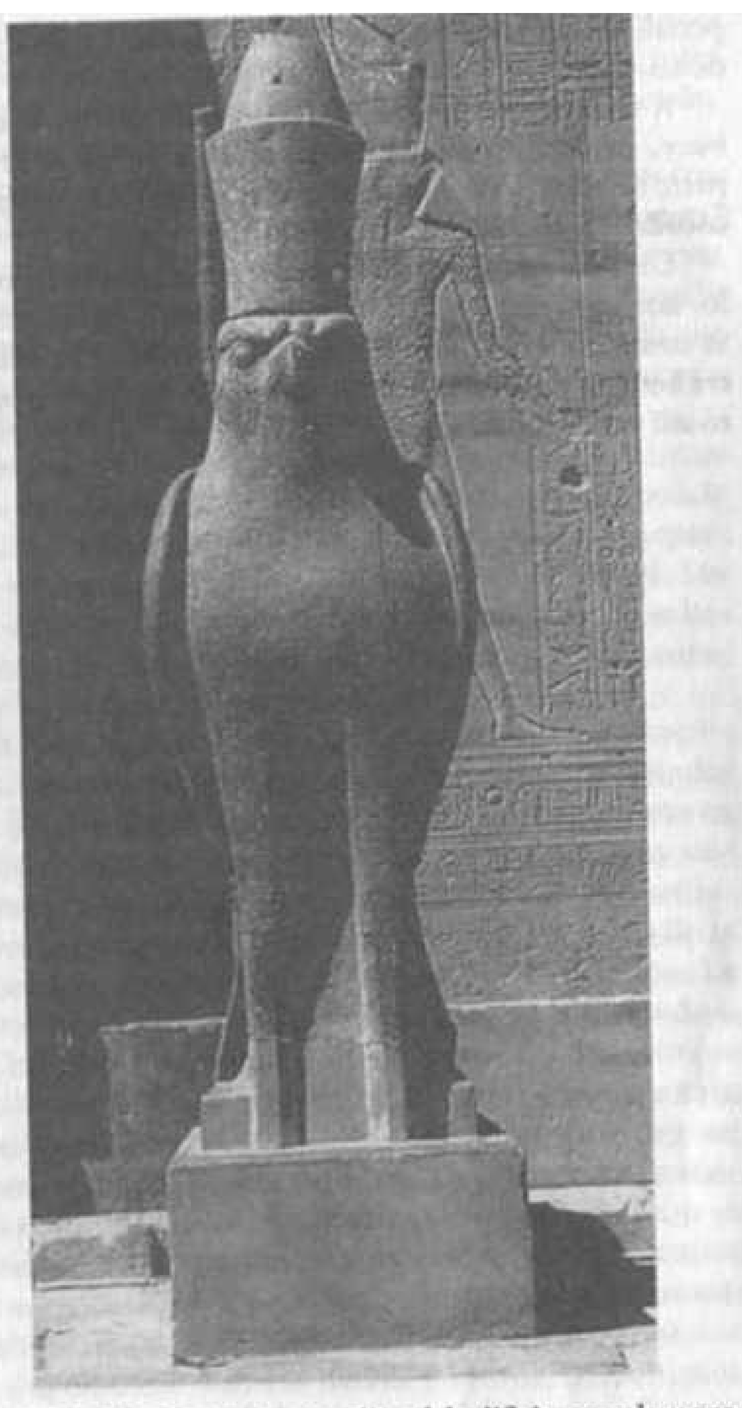
minerales, de piedras para la construcción, de piedras semipreciosas.

El Egipto antiguo no conocía cuatro, sino tres estaciones. La primera se llama *akhet*. Corresponde a la inundación. Se la simboliza con un personaje que lleva un loto en la cabeza. El término *akhet* procede de una raíz muy importante en jeroglíficos, *akh*, que significa «ser útil, ser luminoso». La segunda estación se denomina *peret*, es decir «lo que sube, lo que sale»; es la época de las siembras. La tercera se llama *shemu*: es el tiempo del estío y las cosechas.

Cosechas muy abundantes, pues el antiguo Egipto fue un país de prodigiosa riqueza agrícola, que exportó a toda la cuenca mediterránea. La expresión alimenticia de base es «pan-cerveza»: el trigo para la fabricación de los numerosos tipos de pan, la cebada para la de la cerveza. Pero se cultivaban también numerosas legumbres, entre las cuales eran especialmente apreciadas las lentejas, los garbanzos, la lechuga, la cebolla y el ajo. En cuanto a la fruta, las dos más importantes eran los dátiles y la uva. Los antiguos egipcios, a diferencia de los modernos, eran muy aficionados al vino y algunas regiones, el Fayum y los oasis en especial, tenían fama por sus grandes caldos. La miel servía de azúcar.

A los egipcios de antaño les gustaba mucho la carne: buey, cordero, cerdo, diversas aves de corral formaban parte del menú, sin contar lo que se cazaba, hipopótamos, cocodrilos, animales del desierto.

Los placeres de la mesa contaron siempre mucho para los faraones, que consideraban las riquezas de la naturaleza como dones divinos. Era agradable vivir en aquella tierra bendita y sin duda por eso una gran civilización perduró allí varios milenios.



Templo de Edfu. El halcón guardián del edificio sagrado y protector de la monarquía faraónica.

Cuatro milenios de historia

El Egipto «faraónico»

El antiguo Egipto propiamente dicho es el Egipto «faraónico». Una civilización coherente que duró unos treinta siglos, de finales del cuarto milenio a. J. C. hasta el 332 a. J. C., fecha de la conquista de Alejandro. Tras esta fecha hubo aún faraones y se construyeron o reconstruyeron templos admirables que encontraremos en nuestra ruta. Pero los faraones eran extranjeros que, para gobernar Egipto, debían hacerse coronar según los ritos tradicionales.

Durante unos 3000 años, Egipto consiguió absorber las influencias extranjeras, hizo egipcio todo lo que en su suelo se producía, y casi dan ganas de fechar el final de la aventura egipcia en el 24 de agosto de 394 d. J. C., fecha del último texto jeroglífico conocido. A partir del momento en que no se escribe ya en jeroglíficos, el alma del Egipto de los faraones asciende hacia el sol y abandona su aspecto terrestre.

Los imperios

Las estructuras esenciales de la historia egipcia, de la que a decir verdad conocemos muy pocos aspectos, son simples.

La Prehistoria, cuyas huellas son muy difíciles de analizar, se caracteriza por un gran mito: el enfrentamiento de Horus, se-

ñor del Norte, y Seth, señor del Sur.

Horus acaba logrando una especie de supremacía. Unos seres divinos, los Servidores de Horus, civilizaron la tierra de Egipto. Les sucedió el primer faraón, Menes, cuyo nombre significa «el Estable». Convertido en rey del Alto y Bajo Egipto, es decir, de un país unificado, puso la primera piedra de un largo linaje de faraones distribuidos en treinta «dinastías».

Las dos primeras dinastías constituyen lo que se denomina el «período dinástico». Egipto entra en la historia. Vienen luego tres imperios, separados por períodos intermedios. Los imperios son los momentos álgidos de la historia egipcia, aquéllos durante los cuales el poder faraónico está en la cima de su potencia y de su brillo. Durante los períodos llamados «intermedios», por el contrario, el país conoce divisiones internas o cae bajo los embates de invasiones extranjeras que ponen en cuestión su equilibrio.

El Imperio Antiguo (2628 a 2134 a. J. C.)[2] comprende las III, IV, V, VI dinastías. Es la edad de oro de una civilización en plena juventud, en pleno vigor. Es el tiempo de las pirámides, de las construcciones colosales, de los faraones hijos de los dioses y del Sol, de los grandes dominios dirigidos por nobles de fuerte personalidad. La III dinastía es la de Zoser y su ministro hechicero, Imhotep, que inventó la arquitectura de piedra. La IV dinastía ve los reinados de Keops, Kefrén y Mikerinos, que hicieron edificar las tres célebres pirámides de la llanura de Gizeh. La V dinastía es la de los reyes de Heliópolis, la ciudad de la Luz; adoptan el título de «hijos del Sol» y hacen construir templos a su gloria. La VI dinastía quedó marcada, sobre todo, por el reinado más largo de la historia, el de Pepi I que subió al trono a los seis años y murió centenario.

Se produjo luego un declive por causas aún misteriosas: ¿invasión extranjera? ¿Degradación del poder central? ¿Agitación social? ¿Repetidas hambrunas? Se ignora a ciencia cierta. De 2134 a 2040 tenemos el Primer Período Intermedio, durante el que Egipto parece dormir.

Llega entonces el brillante despertar del Imperio Medio (2040 a 1650 a. J. C). Es la época «clásica» por excelencia, con una prodigiosa floración literaria, un arte elegante y refinado y numerosísimos monumentos de los que muy pocos, por desgracia, se han conservado. El Imperio Medio ve el advenimiento de Tebas, en el sur (en el emplazamiento de los actuales Karnak y Luxor), mientras el polo del Imperio Antiguo era Menfis (cerca de El Cairo). Los faraones del Imperio Medio, los Mentuhotep, Sesostris, Amenemhet, son poco conocidos, pero fueron notables administradores que devolvieron a Egipto una nueva prosperidad. Prudentes, realizaron la conquista de Nubia y construyeron fortalezas para proteger Egipto de las invasiones. Algunos asiáticos se instalan en el Delta pero la Sirio-Palestina es estrechamente controlada. Varios centros de influencia, especialmente la ciudad de Licht, en el Fayum (no lejos de El Cairo), Heliópolis, donde se embellece el gran templo del Sol, o Tebas donde se inician las grandes obras de Karnak. Se reorganiza la Administración, se desarrolla la agricultura. Los nomarcas, es decir los funcionarios colocados a la cabeza de los nomos (las provincias), demuestran ser particularmente eficaces.

Para hacerse una idea de esta época hay que acudir al paraje de Beni-Hassan, en el Medio Egipto, para contemplar el único conjunto de tumbas más o menos bien conservadas. El paraje, de acceso relativamente difícil, sólo es explícito, por desgracia, para los arqueólogos. La capilla de Sesostris, en Karnak, y las

estatuas de los faraones del Imperio Medio, en el Museo de El Cairo, permiten sin embargo apreciar el genio risueño y grave de esa época de equilibrio y serenidad.

Nueva crisis con el Segundo Periodo Intermedio (1650 a 1551 a. J. C.). Esta vez se conocen las causas. Los hicsos, pequeños soberanos de países extranjeros cuya identidad sigue siendo incierta invaden Egipto por el norte. Se instalan en el Delta, pero no consiguen asentar su dominio en todo el país. Éste vive un periodo de anarquía con varias dinastías rivales y ausencia de un poder central. Los hicsos son asiáticos. Difunden el uso del caballo, aportan nuevas técnicas como el trabajo del bronce y cultivan nuevas hortalizas.

Pero Egipto no puede subsistir mucho tiempo sin faraón. Nace en Tebas un movimiento de liberación que pondrá fin a dos siglos de una ocupación, al parecer, bastante suave. Es el nacimiento del Imperio Nuevo (XVIII, XIX y XX dinastías, de 1551 a 1070), durante el cual Egipto se convierte en la primera potencia del mundo mediterráneo. La famosa XVIII dinastía comprende numerosos nombres célebres: Hatsepsut, la reina faraón, Tutmosis III, el Napoleón egipcio, Ajnatón el hereje, o Tutankamón, el joven rey de fabulosa tumba. Egipto queda de nuevo unificado. Un ejército de calidad, una economía fuerte, conquistas, una sociedad refinada, lujosa, Tebas la fastuosa que alberga Karnak, el templo de los templos: un decorado de ensueño que fue, sin embargo, realidad hasta la crisis abierta por el joven Amenofis IV, que reniega de Tebas y sus sacerdotes para fundar una nueva capital en el desierto, Tell el-Amarna, donde podrá adorar a su dios, el Sol Atón. El episodio es breve: regreso a la normalidad con el general Horemheb.

El peligro hitita se perfila en el horizonte. Serán necesarios Seti I y, sobre todo, el ilustre Ramsés II (1290-1224 a. J. C.) para

salvaguardar la paz. La imagen guerrera de Ramsés II es por completo errónea; la mayor parte de su largo reinado estuvo consagrada a la edificación y restauración de numerosísimos monumentos. No hay muchos lugares por donde no hayan pasado sus Maestros de Obra, dejando aquí y allá el nombre de su amo, como si hubiera construido todo Egipto.

La XX dinastía será la del último gran faraón egipcio, Ramsés III (1184-1153 a. J. C.). Consigue repeler las invasiones de los «pueblos del mar» y de los libios, librando especialmente una formidable batalla naval, que aparece evocada en los muros de su inmenso templo funerario de Medina Habu.

Con la Baja Época, que se inicia en 1070 a. J. C., con la muerte del último de los Ramsés, Ramsés XI, comienza una lenta degradación. Tebas en el sur y Menfis en el norte siguen siendo, es cierto, grandes ciudades; Egipto es aún, es cierto, una gran potencia; pero el tiempo de los imperios ha pasado. También el mundo ha cambiado, se producen migraciones de población, aparecen nuevas sociedades, cada vez menos sacralizadas, cada vez más políticas o guerreras; se verá ascender al trono de Egipto a nubios, libios, ciertamente muy «egiptizados» y que siguen las reglas del gobierno faraónico, pero extranjeros pese a todo. Los griegos se instalan en el Delta. Aportan la afición a los negocios, una visión a menudo materialista y mercantil de la vida. El gusano está en la fruta.

Sobresalto en la XXVI dinastía, llamada «saíta» (664 a 525 a. J. C.): se regresa a los valores del Imperio Antiguo, se busca un ideal de pureza y de rigor. Pero es sólo un sueño. Y el despertar es cruel. Es la primera ocupación asiría de Cambises a Darío II. Egipto es liberado en el año 405 y aún conocerá tres dinastías «libres» o «indígenas». La XXX dinastía, la última, es un verdadero castillo de fuegos artificiales: Egipto emprende construc-

ciones inmensas. Quiere transmitir a toda costa su sabiduría, su arte de pensar y de vivir, su genio arquitectónico y escultórico.

Llega entonces, en el año 343 a. J. C., la segunda ocupación persa. Es muy dura, va acompañada de crímenes, de destrucciones sistemáticas. Egipto está de rodillas.

Los últimos fulgores

Un extranjero expulsa al ocupante. En el año 333, Alejandro Magno libera a los egipcios del yugo persa e inaugura lo que se denomina el período grecorromano, el de los últimos fulgores del antiguo Egipto. Funda Alejandría, ciudad que los egipcios considerarán siempre como el linde de su país, como un poco extranjera. Sin embargo, allí se instalarán los sucesores de Alejandro, los tolomeos, encargados de gobernar Egipto.

El país se debilita poco a poco. El sur, con Tebas, cuyo esplendor se extingue, se hunde en el aislamiento, en el empecinado respeto a unas tradiciones que mueren. El Delta, en cambio, se abre a las influencias extranjeras, a la cultura griega y latina.

Cleopatra VII, que sucederá a Tolomeo XIV, el último del linaje, soñará aún en un Egipto poderoso, capaz de dominar el mundo. Pero será vencida por Roma. Tras la Batalla de Actium, en el año 30 a. J. C., Octavio, el futuro Augusto, se convierte en señor de Egipto, gobernado a partir de entonces por emperadores romanos que sólo piensan en desvalijarlo.

Paradójicamente, durante este triste periodo los egipcios crean o desarrollan templos extraordinarios: Edfu, Isná, Filae, Kom Ombo datan de este período «tolemaico» y «grecorromano». Comprendiendo que el país no recuperará ya su independencia, los sacerdotes, con el apoyo de la población, consagra-

rán todos sus esfuerzos a transmitir la antigua sabiduría. El vocabulario de los jeroglíficos aumenta de un modo considerable, los muros de los templos se cubren de textos que nos ofrecen los secretos transmitidos, antaño, con encubiertas palabras.



Templo de Edfu. El rey recibe la doble corona, que simboliza la totalidad de su poder. Es coronado por las diosas del Alto y el Bajo Egipto.



Karnak. Escena de fundación del edificio sagrado: el rey y la diosa Sechat, soberana de la Casa de la Vida, clavan las estacas que delimitan el espacio en el que se construirá el templo. El faraón cumple así con el primero de sus deberes.

Con el cierre del último templo egipcio, Filae, el destino del país toma otros caminos. Será el Egipto cristiano, islámico, moderno. Y será necesario aguardar a la expedición de Napoleón en Egipto, en 1799, y al genial descubrimiento de un joven sabio francés, Jean-François Champollion, en 1822, para poder revivir la aventura de los faraones y descifrar los jeroglíficos.

El faraón y la sociedad egipcia

Durante toda su existencia, el Egipto faraónico conoció sólo un único régimen político: la monarquía faraónica. Fabuloso ejemplo de inigualada estabilidad, que permitió una notable coherencia a la antigua civilización egipcia, a pesar de los sobresaltos de la historia. Incluso los emperadores griegos y roma-

nos, para que el pueblo de Egipto les reconociera como soberanos, tuvieron que pasar por los ritos ancestrales que «hacían» un faraón como una obra de arte. Pues de eso se trata, en efecto: el faraón no es sólo un rey, un jefe de Estado, un jefe de guerra, el amo de la economía y de la diplomacia. Es ante todo el receptáculo de la energía divina y el Maestro de Obra que construye el templo. La palabra faraón deriva del egipcio *per-aa*, «la gran morada»; el faraón era considerado, en efecto, el Ser inmenso que podía acoger en sí a todos los seres. Con sus coronas, sus cetros, su barba postiza, sus cinco nombres sagrados y los demás atributos de su poder, no era un individuo sino el símbolo de todas las potencias energéticas que constituyen la vida.

Los ojos del faraón escrutan el interior de todo ser. Sus planes son perfectos. Lo que ordena se realiza por la fuerza del Verbo. Dios en su palacio, él es el único sacerdote que celebra los ritos indispensables para que los dioses permanezcan en la Tierra. Le dice al Creador. «Me has hecho aparecer rey en el origen, ordenándome: Haz que exista el orden en mi nombre». Los funcionarios son los ojos, los oídos, la boca del rey.

Gracias al faraón el sol brilla para la humanidad. Es la imagen resplandeciente del Dueño del Universo. Un único texto permitirá precisar bien su real estatura: «Te pareces al dios Sol en todo lo que haces; todo lo que tu corazón desea se realiza. Si por la noche has formulado un deseo, se cumple rápidamente al amanecer… Tu lengua es una balanza, tus labios son más exactos que la aguja de precisión de la balanza de Thot… No hay tierra que no hayas recorrido y todo llega a tus oídos… El Verbo está en tu boca, la intuición en tu corazón, el trono de tu lengua es un templo de la verdad y el dios reside en tus labios. Tus palabras se cumplen cada día y los pensamientos de tu co-

razón se realizan como los del dios Ptah, cuando crea obras de arte».

La realeza es una función perfecta creada por los dioses. Por ello el faraón debe ser un sabio y un hombre prudente. Dios le ha distinguido entre miles de hombres, pero eso supone inmensas responsabilidades. Base de la organización social, el faraón se sitúa en un linaje; se inspira en el ejemplo de sus padres y debe respetar su herencia: «Elevada es la función del faraón —reza un papiro—; no cuenta con su hijo ni con su hermano para perpetuar sus monumentos. Cuenta, pues, con otros: un hombre actúa para aquel que le ha precedido, deseando que sus actos sean prolongados por otro que vendrá después de él.»[3]

No hay gobierno «personal», por consiguiente, ni fantasías individuales, sino un respeto a la Tradición legada por los dioses que reinaron antaño en Egipto. Esta gran perspectiva se concretaba en una Administración tan rigurosa como compleja. El faraón se apoyaba, sobre todo, en aquel al que se llama el «visir», primer ministro con múltiples funciones. Su tarea, por lo demás, era tan abrumadora que en ciertas épocas hubo un visir para el Alto Egipto y otro para el Bajo Egipto. Estos encumbrados personajes reinaban sobre un verdadero ejército de funcionarios, los famosos escribas, algunos de los cuales eran temidos por su ánimo puntilloso y su manía de anotarlo todo, de registrarlo todo.

El principio esencial de la sociedad egipcia es sencillo: todo pertenece al faraón. Sin embargo, eso no elimina la propiedad privada ni la responsabilidad individual. De hecho, el rey ofrece lo que posee a quienes son capaces de hacer fructificar una tierra, un dominio, de realizar un oficio. Gozan entonces de los frutos de su trabajo, pero el faraón tiene el deber de alimentar a quien tiene hambre y de vestir al desnudo; en los años de ham-

bruna o de penuria económica, la población se vuelve de manera natural, hacia el poder central.

De la casa real dependen los graneros, los depósitos, las grandes pesquerías, los principales gremios profesionales, en resumen, todos los engranajes esenciales de la economía egipcia. Pero cada uno de ellos posee cierta independencia y el conjunto se articula en relación al templo que, en Egipto, es a la vez un centro religioso, social y económico.

Religión y sabiduría

¿Dios o los dioses?

Muchos creen aún que el faraón «hereje», Ajnatón, inventó el monoteísmo. En realidad, sólo estaba sacando a la luz, dándole el máximo de publicidad, el antiguo modo de ver de los sacerdotes de Heliópolis, la ciudad del Sol.

Desde sus orígenes, Egipto es monoteísta, es decir que reconoce un Principio creador único; pero es politeísta en la medida que este principio se encarna en la Tierra bajo diversas formas, es decir en «los dioses». Sabiduría en verdad ejemplar, que convierte la religión egipcia en una admirable construcción espiritual.

Tres son todos los dioses, dicen los textos: Amón, Ra y Ptah. Amón es «el Oculto», aquel cuya forma no puede ser conocida; Ra es la Luz; Ptah es el patrono de los artesanos, de quienes crean con el ingenio y las manos. Amón es el dueño de Tebas, Ra el de Heliópolis, Ptah el de Mentís. Estos tres dioses, que sacralizan la Tierra entera, son tres aspectos del Principio único: Amón es su nombre secreto, Ra es su rostro resplandeciente, Ptah su cuerpo armonioso.

Podrían escribirse miles de páginas sobre esta religión, a la vez profunda, eterna, respetuosa de la vida y consciente del papel inmenso e irrisorio del hombre. Se caracteriza por no tener dogma absoluto y definitivo; ninguna verdad revelada e impuesta, ninguna rigidez, no hay libro sagrado que afirme, de una vez por todas, la verdad. Esta verdad debe ser reformulada, remodelada perma-

nentemente; la vida es clave de sabiduría, no una teoría intelectual. El mundo es sencillo, en cierto modo: Dios lo crea a cada instante y los hombres son más o menos aptos para comprenderlo. Afortunadamente, disponen de un intermediario, el faraón, que es a la vez dios y hombre y puede, así, guiar a su pueblo por el camino correcto.



Karnak. El rito de confraternización entre el faraón y la diosa Nekhbet, protectora de los nombres reales: la escena muestra la intimidad espiritual que preside las relaciones entre el soberano y el mundo divino.

La religión egipcia comprende un número bastante reducido de divinidades, siempre presentes en los textos o en los monumentos, desde los orígenes de la civilización al período grecorromano. En-

tre los más célebres están Anubis, con cabeza de chacal, que conduce las almas por los caminos del otro mundo; Hator la encantadora, dueña del amor; Khnun, con cabeza de camero, el alfarero que modela en su torno las existencias; Osiris, el dios muerto y resucitado; Isis, su compañera, la gran hechicera; Seth, el señor del desierto, cuyo rostro es el de un animal imaginario e inquietante.[4]

Se necesita muy poco tiempo para aprender a reconocer esos extraños personajes en los que se encarnan las fuerzas de la creación. Los egipcios no eran ingenuos ni crédulos; no se divertían dibujando criaturas extrañas, pero consideraban que estas representaciones simbólicas eran el mejor modo de evocar, a través de la imagen, los elementos constitutivos del universo.

Varias creaciones del mundo

Cada gran ciudad corresponde a una creación del mundo particular. En Heliópolis, se decía que la vida había nacido de un océano de energía. En su seno despertó un dios, Atum, cuyo nombre egipcio significa a la vez «el que es» y «el que no es»». Masturbándose, Atum hizo nacer a la primera pareja: Chu, el aire luminoso, y Tefnut, el medio húmedo. A su vez, éstos dieron vida a Geb, *el* tierra (la palabra es masculina en egipcio) y Nut, *la* cielo (la palabra es femenina). De la unión del cielo y de la tierra nacieron dos nuevas parejas, Osiris e Isis, Seth y Neftis. Al asesinar a su hermano Osiris, Seth marcó el punto de partida de un drama, la aventura de la humanidad en la Tierra.

En Menfís, la ciudad de Ptah, el Verbo lleva a cabo la creación. Todo ha nacido de la lengua del dios, señor de los artesanos, y de su corazón, símbolo de la intuición. No es casual, por otra parte, que el famoso prólogo del Evangelio según san Juan, que comienza con «En el principio es el Verbo, y el Verbo es Dios», sea un calco de un texto egipcio.

En Hermópolis, la ciudad del dios Thot, señor del hermetismo, de las ciencias secretas y de los jeroglíficos, se afirmaba que todo procedía de un huevo que contenía un sol. Se hablaba así de un cáliz de loto, con los pétalos cerrados en la noche de los orígenes. Cuando por primera vez brotó la luz, el loto se abrió y de él salió el Sol. Cada noche regresaba a la flor para regenerarse.

Podríamos relatar muchas otras creaciones del mundo. Según la filosofía del antiguo Egipto, están destinadas a mantener despierto nuestro espíritu, a evitar que nos quedemos fijos en una doctrina, a que aceptemos la multiplicidad de las verdades de la vida.

Todos somos Osiris

El papel esencial de una religión es responder a las preguntas fundamentales que nos hacemos sobre el sentido de la vida, sobre la muerte, sobre la creación, sobre el destino. Egipto no flaqueó en la tarea y las respuestas que da no han pasado, ciertamente, de moda.

Tomemos un simple ejemplo. El faraón, en el instante de su muerte física, se convierte en un Osiris. Lo mismo ocurre con todos los seres. Hoy sólo hablamos de esta muerte. Pero los egipcios consideraban que esa extinción corporal, por penosa que sea, era sólo un acontecimiento secundario. Más grave es la *segunda muerte,* la que puede aniquilar nuestro ser para siempre si no superamos la prueba del tribuna] del más allá.

En ese instante los dioses nos exigirán cuentas sobre el modo como hemos llevado nuestra existencia. Y la ley cósmica, la de la diosa Maat, armonía inalterable de la vida, nos juzgará sin complacencia. Quienes hayan abandonado sus sagrados deberes de ser humano serán presa de la Devoradora, monstruo híbrido, y regresarán al ciclo natural. Los demás serán proclamados «justos de

voz» y penetrarán en diversos paraísos donde disfrutarán de las alegrías de nuevas existencias.

Todos somos Osiris, pues el dios Osiris es ayer, hoy y mañana. Es el símbolo perfecto de una realidad divina y humana que no varía con el tiempo. Los egipcios depositaban su confianza en Osiris, pues era el garante de la resurrección, idea que el cristianismo tomó de la antigua religión egipcia.

Para afrontar el tribunal del más allá, debemos aprender textos sagrados, conocer los ritos, haber practicado la armonía en tierra y sustituir nuestro corazón de carne por un corazón-conciencia, simbolizado por un escarabeo. En jeroglífico, la misma palabra significa «escarabeo» y «transformarse, evolucionar, devenir». Cada cual debe evolucionar de acuerdo con la regla de los dioses. Ésta es, precisamente, lo que permite descubrir el viaje a Egipto y por ello no se trata de un viaje como los demás.

Una tumba para revivir

En Egipto, veremos esencialmente templos y tumbas. Y, sin embargo, no se trata de una civilización funeraria; muy al contrario, tendremos la sensación de que en ella se da una extraordinaria celebración de la vida.

La palabra «muerte», en egipcio, es sinónimo de «madre». Esta gran madre, este cielo de mil luces, es la que nos acoge en su plenitud cuando hemos terminado nuestro viaje terrestre. Una tumba, para el egipcio, es una morada de vida donde se ha recogido lo esencial. Se ve al «muerto» ante una mesa de ofrendas, participando en un banquete, dando gracias a los dioses, rodeado de su familia y de sus íntimos. Cada «tumba» está a la vez en este mundo y en el otro; alrededor de la estela, accesible a los «vivos», éstos celebraban fiestas y festines para que el nombre del muerto, su principio inmortal, siguiera existiendo. Cada vez que «visitemos» una tum-

ba con cierto respeto y algún conocimiento, llevaremos a cabo un acto mágico. En los pilares aparecen grabadas columnas de jeroglíficos donde el difunto nos pide que pensemos en él, que prolonguemos su vida con nuestra presencia y nuestro modo de ser. Mostrémonos atentos y no desdeñemos esta plegaria. Así, a nuestro modo, seremos sacerdotes egipcios.

Los sacerdotes

La palabra podría prestarse a confusión, pues existen grandes diferencias entre el sacerdote de las religiones cristianas y el sacerdote de la religión egipcia. Un sacerdote, en Egipto, es esencialmente un «puro», que practica los ritos, y un «servidor», que se ocupa del bienestar de las divinidades.

Los sacerdotes egipcios no son predicadores ni misioneros; no tienen que convertir a nadie; son especialistas de lo divino que trabajan en laboratorios gigantescos, los templos, donde se manipula la energía espiritual, la más refinada, la más delicada y la más eficaz que existe.

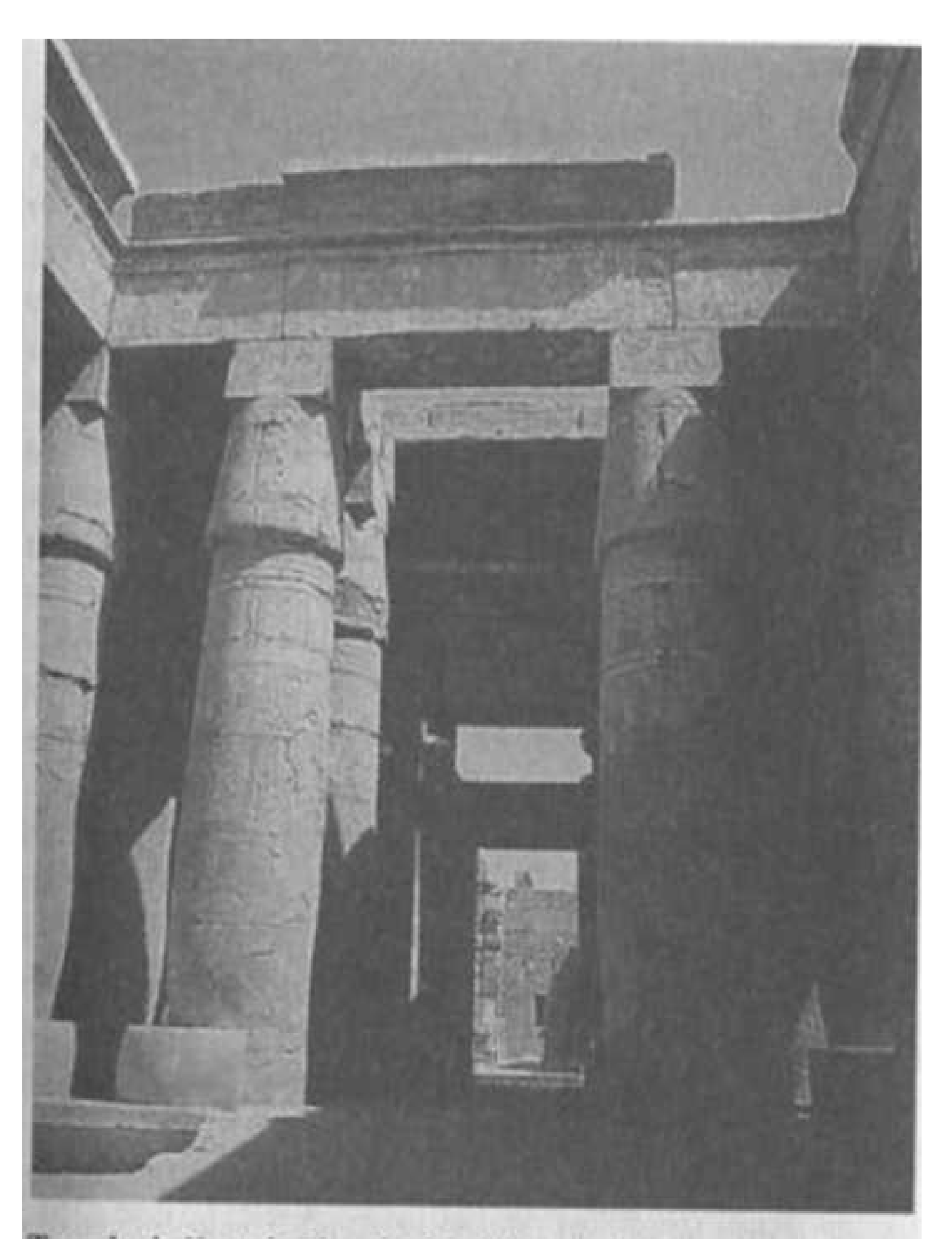
Estos hombres se encargan de mantener el equilibrio de la creación y de asegurar la transmisión de la Vida contra la inercia y el caos que amenazan sin cesar nuestro mundo.

En realidad, hay un solo sacerdote en Egipto: el propio faraón. Está representado en todas partes, en las paredes de los templos, celebrando los actos del culto. Se creía que su imagen abandonaba mágicamente estas representaciones y entraba, momentáneamente, en el cuerpo de un sacerdote de carne y hueso que se encargaba de actuar en su lugar y en su nombre.

Cada egipcio realizaba una función sagrada en el templo durante un período determinado. Tenía entonces que abandonar su familia, afeitarse el cráneo, practicar la abstinencia sexual y vestir

una túnica de lino. Este periodo de retiro permitía desprenderse un poco de lo cotidiano y vivir en lo sagrado durante algunos días.

Algunos vivían en el templo; éstos eran técnicos —astrólogos, dibujantes, escultores, carniceros encargados de las ofrendas rituales— o iniciados que, tras haber recibido la enseñanza de la Casa de la Vida, dirigían comunidades de hechiceros, médicos, arquitectos y aseguraban la continuidad del culto y de los ritos.



Templo de Karnak. El suelo del templo asciende progresivamente hacia el naos donde se produce el encuentro entre el faraón y Dios.

El templo, función y funcionamiento

Cada templo de Egipto es un otero primordial, un lugar de privilegio donde lo divino se manifiesta. El emplazamiento del lugar sagrado se ha elegido y delimitado cuidadosamente. En ese paraje se yergue una «central» de energía espiritual que los hombres necesitan para vivir. Los textos indican que el templo es el ciclo en la tierra. En él reside la potencia divina.

Los egipcios no construyeron templos por placer o por afición a lo monumental, sino porque los consideraban indispensables para asegurar un equilibrio espiritual, social y económico. Todo parte del templo, todo regresa a él. En los edificios mejor conservados, como Edfu, se comprueba que los Maestros de Obra supieron crear un sabio juego entre la sombra y la luz. Ésta debe penetrar hasta el fondo del templo, alcanzar su parte más secreta, el naos, donde la estatua del dios reposa en las tinieblas. Cada noche, el sol muere; cada mañana, resucita en el naos. Si se priva de templos al mundo, el sol deja de levantarse y reina el desorden.



Saqqara. Un ejemplo de «puerta falsa», es decir, para los egipcios, de verdadera puerta entre lo visible y lo invisible que sólo puede franquear la «parte» espiritual del ser.

El templo es el lugar de un encuentro excepcional; en la parte más secreta del edificio, el faraón se encuentra cara a cara con Dios.

Nosotros, simples visitantes, realizamos hoy un recorrido —desde el portal de entrada hasta el sanctasanctórum— que antaño estuvo reservado a muy pocos hombres, reyes o sumos sacerdotes. Nos vemos así invitados a descubrir misterios que permanecían ocultos, a contemplar escenas y leer textos reseñados a los iniciados. Es éste uno de los aspectos más exaltantes del viaje a Egipto.

Para fundar un templo, el faraón, desempeñando el papel de Maestro de Obra, utiliza un ritual que no ha variado mucho en cuatro milenios. Es preciso concebir el plano, formularlo por medio del Verbo, recuperar la perfección del tiempo de Ra haciéndolo mejor que los predecesores, calcular el mejor momento astrológico, excavar los fundamentos, moldear el primer ladrillo, iluminar el edificio… el templo nunca estará realmente acabado; los reyes que se sucederán irán embelleciéndolo.

¿Cuál era el trabajo de los iniciados en el interior de los templos? Ante todo, mantener el contacto con las potencias divinas para que la tierra de los hombres no se vuelva estéril e inhóspita. Para lograrlo, hay que celebrar el culto. Antes de la aurora, se preparan las ofrendas en los talleres especializados. Antes de tocarlas, los sacerdotes se purifican en el lago sagrado. Recitan las fórmulas mágicas que alejan las influencias negativas. Ofrecen alimento al dios. El sumo sacerdote abre las puertas del sanctasanctórum y pide a la potencia divina que despierte en paz. Le presenta una estatua de Maat, símbolo de la armonía universal. Y entonces renace la luz.

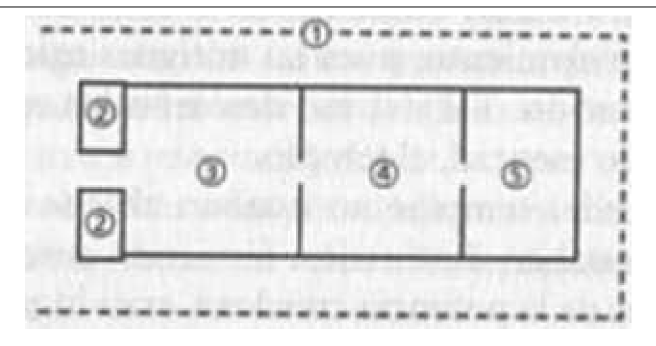
A este oficio matutino, durante el cual también hay que lavar, vestir y adornar la estatua divina, le suceden un oficio en mitad de la mañana, consistente en aspersiones de agua y fumigaciones de

incienso, y un oficio vespertino, durante el cual se repiten las ceremonias matinales antes del regreso a las tinieblas.

El templo egipcio no es un edificio aislado en una ciudad. Es el corazón de la ciudad. Es en sí mismo una verdadera ciudad con las casas de los sacerdotes, los talleres, los almacenes, las escuelas, los mataderos, las bibliotecas y los laboratorios. Hoy contemplamos estos edificios en un espléndido aislamiento, pues las antiguas aglomeraciones han desaparecido. Tal y como desearon los egipcios, sólo permanece lo esencial, el templo.



Karnak, bloque de la «capilla roja». La diosa Amonet, «la Oculta», recibe a la reina-faraón Hatsepsut. En su trono está sentado Amón, «el Oculto», el gran dios del Imperio Nuevo y señor de Karnak.



1. El recinto.

El templo está materialmente protegido por un muro de adobe y mágicamente por una muralla de formulas mágicas que impiden atravesar los muros a las influencias negativas. Estos muros han desaparecido o ya sólo existen parcialmente, pues los adobes sirvieron a la población árabe para construir sus casas.

2. El pilón

La entrada del recinto está señalada por una puerta monumental que se denomina pilón. Está compuesto por dos macizos con los muros inclinados entre los cuales se ha practicado un estrecho paso. Simboliza, en la piedra, un signo jeroglífico: (ver grabado I) en el que se ve el sol levantándote entre las dos montañas del horizonte que delimitan el mundo. Las dos «torres» del pilón, análogas a las de las catedrales de la Edad Media, son Isis y Neftis, las diosas hermanas que preparan la regeneración de la luz. Cuando el iniciado pasa por el pilón para entrar en el templo, se convierte en un ser de luz. En las fachadas de los pilones, el rey somete a sus enemigos y proclama la victoria del orden sobre el caos, de la luz sobre las tinieblas.

3. El gran patio.

Viene luego un gran patio al aire libre donde la luz penetra sin trabas. Está flanqueado por columnas y estatuas. Allí se realizan libaciones y ofrendas, se entra en contacto con el mundo de los dioses, se recibe una enseñanza.

4. La sala de columnas, llamada hipóstila.

La sala hipóstila (puede haber dos) marca la entrada del templo cerrado. Está cubierta por un techo sostenido por columnas. La luz es allí difusa, distribuida por altas ventanas que orientan los rayos del sol hacia puntos distintos, según los momentos del día. Las columnas son plantas petrificadas por las que circula una savia inalterable. La sala entera evoca la marisma primordial donde comenzó a aparecer la vida. En los muros y las columnas, las escenas rituales pretenden preservar la armonía así creada. El suelo sube y el techo baja, ambas líneas se unen simbólicamente en el sanctasanctórum. En el basamento de las columnas, se ven a veces, procesiones de genios de la tierra y el agua, mientras que los techos están adornados con buitres de alas desplegadas, que evocan a la madre celestial.

5. El sanctasanctórum.

Es la parte más secreta y más cerrada del templo la componen tres elementos principales: una sala de las Ofrendas, una sala de la Enéada o sala del medio, y el naos o Sede venerable, donde están la barca (elemento móvil) y la estatua (elemento fijo) del dios.[1]

[1] Otros muchos elementos forman parte del templo, como el lago sagrado, símbolo del océano de los orígenes, o el manantial, santuario del nacimiento. Los examinaremos detenidamente al explorar los parajes donde son todavía visibles.

Los grandes templos no estaban abiertos al público, pues no le estaban destinados. Sirviendo ante todo como receptáculos de la potencia creadora, eran lugar de trabajo y laboratorio para especialistas de lo divino.

En el Egipto agonizante se desarrollaron manifestaciones de piedad popular y supersticiones de todo tipo; por ello se construían capillas y pequeños oratorios a los que acudían los inquietos para pedir a los dioses una protección mágica, y donde los enfermos depositaban exvotos para obtener una curación milagrosa. Un comportamiento que evoca fenómenos comparables a los de Lourdes, por ejemplo.

Los templos que pueden verse en Egipto pertenecen a dos grandes categorías: los *templos funerarios reales* (pirámides, «castillos de los millones de años» como Dayr al-Bahari o Medina Habu) y los *templos divinos* (como Karnak o Luxor). Esta distinción es algo artificial, en la medida en que el rey es un rey-dios. Se celebra un culto y ritos en los dos tipos de edificio. Los más antiguos templos funerarios —las pirámides y su conjunto arquitectónico, desaparecido en gran parte— insisten, no obstante, en la preparación del cuerpo inmortal del rey mientras que el inmenso Karnak, por ejemplo, celebra ante todo la gloria del dios Amón.

La planta tipo de un templo

La mayoría de los edificios en buen estado de conservación (Filae, Edfu, Dendera, etc.), se construyeron de acuerdo con un plano tipo en el que cada parte tiene un significado preciso. Incluso los conjuntos monumentales como los de las pirámides o un templo original como el de la reina Hatsepsut en Dayr al-Bahari corresponden, más o menos, a ese esquema básico.

Hecho esencial: el templo vive. Lleva un nombre. Se le «abre la boca» durante una ceremonia para resucitarlo, como se hace con las estatuas del difunto. Se vela para que la energía circule por sus piedras.

Cuando el culto y los ritos dejan de ser celebrados por seres humanos, toman el relevo los jeroglíficos y las escenas grabadas.



Karnak, recinto de Mut. Estatua de la diosa Sekhmet, «la poderosa», que unas veces es una terrorífica leona y otras una gata dulce y sonriente. Posee una doble naturaleza que el iniciado en los misterios del templo aprende a descubrir.

El arte, creador de vida

Los secretos del arte egipcio

No hay artistas en el antiguo Egipto. No existe distinción entre lo manual y lo intelectual. El que crea trabaja con su espíritu y con sus manos. Ser artesano es crear vida. No es casual que los más importantes personajes del Estado, en el Imperio Antiguo, sean antiguos artesanos que practicaron numerosos oficios. Se desconocía la noción de estético, de hermoso, de gracioso. El artesano no crea obras de arte por capricho, para complacer al público o venderlas a los aficionados. Las estatuas, las estelas, los templos son elementos esenciales. Sin ellos no es posible vida espiritual o social alguna. El gran secreto del arte egipcio es ser útil y luminoso: ambas nociones están expresadas por cierto con la misma palabra, *akh*, en lengua jeroglífica. El artesano, en efecto, realiza en la tierra lo que los dioses crean en el cielo. Por eso, en los textos se afirma que las estatuas están vivas. Una vez que la piedra ha sido correctamente tallada, es preciso además animarla. Se dice que el *ba*, el alma-pájaro, se desliza dentro del cuerpo de piedra. Se abren los ojos y la boca de una estatua; estelas y sarcófagos poseen ojos que contemplarán eternamente nuestro mundo. El arte egipcio no es un repertorio de obras muertas, pasadas, sino un conjunto de creaciones dotadas de una vida inalterable. Cuando los obreros extrajeron del suelo la célebre estatua de madera llamada el «je-

que el-Beled», un notable barrigudo del Imperio Antiguo, de rostro sereno, huyeron lanzando gritos. ¡Habían reconocido al alcalde de su pueblo, muy vivo, con los ojos abiertos! Y muy a menudo, en los dédalos del Museo de El Cairo, el visitante se detiene, sorprendido, ante estatuas como las de Rahotep y Nefret, cuya vida interior transparenta bajo la piedra.

Los artesanos egipcios eran iniciados. Una inscripción nos dice que los secretos del maestro escultor no eran sólo de orden técnico. Fue primero iniciado en los misterios del templo, le revelaron los secretos de las palabras divinas, el modo como los dioses crean el mundo. Vio la luz en las tinieblas; puede practicar la magia.

Para el egipcio, lo que cuenta, es lo real, no lo aparente. Los dibujantes egipcios eran perfectamente capaces de inventar complicadas perspectivas, trampantojos, etc. Pero eligieron lo que se denomina, incorrectamente, «convenciones» que son, en realidad, criterios de representación considerados indispensables. Así, en las escenas que pueden contemplarse en el interior de los templos y las tumbas, se advierte que los personajes están de perfil aunque los ojos estén de frente; que se nos muestra el contenido de los objetos, aunque ello sea teóricamente imposible; que los jardines se levantan en vertical para que puedan detallarse, cuando sólo debiéramos ver una línea horizontal. En resumen, el artista olvida voluntariamente la estética y nos muestra lo que debe verse. Pensemos también en esas extraordinarias representaciones de divinidades con cabezas de animal, como Sobek, hombre-cocodrilo, Anubis, hombre-chacal o Bastet, mujer-gata. Deberían ser monstruosas, repugnantes. Poseen, por el contrario, una extraordinaria belleza, de modo que en ningún momento tenemos la sensación de contemplar a criaturas híbridas.

Los personajes representados gozan a menudo de una eterna juventud, en especial los faraones. No importa su edad física. Lo que cuenta es el poder, el brillo del rey-dios. Cuando el faraón desea evocar la vejez, la meditación, el recogimiento, sus maestros escultores crean estatuas como las de Sesostris (Museo de Luxor) en las que a través de un cierto «realismo» se traducen todas estas nociones.

En las mastabas podremos ver a los dueños de los dominios representados en un tamaño grande, mientras las mujeres e hijos son de tamaño muy pequeño. La voluntad simbólica es clara: el dueño del dominio ocupa aquí sus funciones de jefe, análogas a las del faraón con respecto al Estado. Es responsable de todo lo que ocurre en las tierras que están a su cargo y a él se le exigirán cuentas en caso de incidente o de mala gestión. En cambio, en las escenas de intimidad, en los grupos esculpidos, la mujer es «igual» al hombre y se sabe que los egipcios consideraron siempre la familia como un tesoro sin igual. Se casaban jóvenes y deseaban, por lo general, dos hijos. Nada más conmovedor que esas obras de piedra que inmortalizan familias, con una expresión de serenidad, de gozo interior lo que estuvo unido en la tierra lo estará en el cielo; del escriba meditando al faraón en su trono, la estatuaria egipcia está profundamente marcada por la serenidad. Los personajes miran ante sí o levantan un poco los ojos al cielo, hacia esa luz de la que brotaron y hacia la que regresan.

Una arquitectura para la eternidad

Cada generación debe construir su casa. No está hecha para perdurar y se construirá con materiales perecederos. Lo mismo ocurre con las ciudades donde se desarrolla la existencia coti-

diana de los humanos. Los templos, en cambio, deben erigirse con piedras de eternidad para durar millones de años.

El tiempo ha respondido a las exigencias de los egipcios. Sólo la arquitectura sagrada, la de los templos y las tumbas, ha sobrevivido, en la medida en que el propio hombre no las ha saqueado y destruido.

En esta arquitectura, como en las demás expresiones del arte egipcio, la estética no desempeña papel alguno. Hemos recordado la función del templo, su importancia vital. Lo mismo ocurre con las mastabas del Imperio Antiguo o las tumbas posteriores que no fueron concebidas para albergar despojos mortales sino para generar fuerzas de resurrección.

Templos y tumbas no están «abandonados». Se hallan siempre en estado de funcionamiento, en especial gracias a los jeroglíficos. En cierto modo, al «visitarlos», participamos en esta eternidad que los egipcios supieron transmitir.

El misterio de los jeroglíficos

Cuando Champollion, en 1822, consiguió descifrar los jeroglíficos, rescató del olvido y las tinieblas una de las más hermosas lenguas creada por los hombres. Algunos piensan que el secreto de los jeroglíficos nunca estuvo perdido por completo, pero no tenemos prueba de ello. Tras el cierre del último templo, los cultos rendidos a las divinidades egipcias siguieron practicándose en Oriente y Occidente. Es imposible, por ejemplo, comprender el «milagro» de las catedrales de la Edad Media sin saber que algunos iniciados procedentes de Egipto fueron el punto de partida de las corporaciones de constructores. Tal vez algunos de ellos sabían leer todavía los jeroglíficos o conocían el contenido de ciertos textos. Pero, como quiera que fuere, fue necesario el (re)descubrimiento genial de Jean-François Champollion, sabio de excepcional envergadura, para que fuera posible de nuevo leer los jeroglíficos y descifrar la civilización egipcia.

Las distintas lenguas egipcias

La lengua de los antiguos egipcios es el egipcio. ¿Qué es eso, una perogrullada? Ciertamente, pero es preciso advertir que, en el Egipto moderno, se habla sobre todo árabe, lengua importada por unos ocupantes tardíos y sin ninguna relación con el antiguo egipcio. Esto es tanto más importante porque, para la ci-

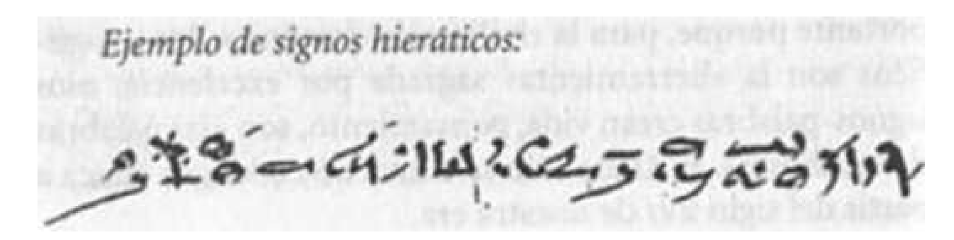
vilización faraónica, los jeroglíficos son la «herramienta» sagrada por excelencia; esos signos-palabras crean vida, pensamiento, son «las palabras de los dioses». El árabe sólo se convirtió en lengua única a partir del siglo XVI de nuestra era.

Para captar bien cómo funciona el espíritu egipcio, es preciso saber que existe, desde el origen de la civilización, una distinción entre la lengua sagrada —los jeroglíficos propiamente dichos— y otras diversas formas de lengua profana, utilizadas para las necesidades de la vida corriente. En los monumentos, destinados a superar la prueba del tiempo, sólo se utilizan los jeroglíficos, desde los orígenes hasta el final de la cultura faraónica. Estos jeroglíficos son una lengua escrita —y no oral—, donde sólo se transcriben las consonantes. El «sistema» jeroglífico, con su alfabeto simbólico y fonético de 24 signos, se formó en las primeras dinastías.

Los principios básicos de los jeroglíficos no cambiarán; sólo aumentarán, con el tiempo, el número de signos. De unos 700 en el Imperio Medio, periodo clásico de la lengua, se pasará a varios miles en la época tolemaica.

En el sistema jeroglífico, las «palabras» son dibujos. Pero existe otra forma de escritura, la hierática; es una especie de taquigrafía que los escribas utilizan para escribir rápidamente y donde ya no se reconocen los jeroglíficos.





Además de esta diferencia de escritura, existen evoluciones y modificaciones según las épocas. Por ello se distinguen varios niveles de lenguaje dentro de los mismos jeroglíficos:

—el *antiguo egipcio* es la lengua del Imperio Antiguo; se utilizó para redactar, especialmente, los *Textos de las pirámides,* las leyendas que explican las escenas de las tumbas (las mastabas), los textos de las estelas y las estatuas. Es una lengua a menudo elíptica, concisa, que descansa sobre una gramática matemática y un número reducido de jeroglíficos. Muchas inscripciones —dada su concisión— siguen siendo enigmáticas;

—el *egipcio medio* o egipcio «clásico» es la lengua del Imperio Medio. La gramática evoluciona, pero sus reglas no cambiarán hasta las últimas inscripciones. Un egiptólogo comienza a estudiar los jeroglíficos con el egipcio clásico, pues esta lengua sirvió para redactar numerosos textos literarios, entre ellos la célebre aventura de Sinuhé;

—el *neo-egipcio,* cuyas primicias se distinguen en los textos de Tell al-Amama, la ciudad del faraón Ajnatón, es sobre todo la lengua de la época ramésida. Acoge cierto número de palabras extranjeras y utiliza mucho la escritura hierática.[5]

Cómo funcionan los Jeroglíficos

Existe una especie de alfabeto en el que cada signo equivale a una consonante.

Por ejemplo: (la piedra) = P

(la pierna) = B

Sólo existen consonantes, pues se consideran inmortales. Las vocales, que sólo servían para pronunciar la lengua en un momento dado, eran pues mortales y no debían pasar a la posteridad.[6]

Los signos del alfabeto transcriben un solo sonido. Pero existen otros jeroglíficos que sirven para escribir dos sonidos (por ejemplo, , el plano de una casa con su entrada, se lee *pr*) o tres sonidos.

La lengua jeroglífica es, pues, una combinación de símbolos y de sonidos donde cada jeroglífico puede servir para escribir lo que representa (, es «la piedra»; es «la casa») o para anotar un sonido en una palabra (por ejemplo se descompone en , P + , N = PN, «aquél»).

Si tomamos la palabra tenemos dos jeroglíficos, y . se lee PR y la palabra significa «salir». El signo , las dos piernas que caminan, no se lee. Es una indicación, un signo «determinativo» que nos ayuda a precisar la categoría de acción en la que se halla la palabra. Con , sabemos que nos hallamos en la categoría del movimiento.

Otro ejemplo, la palabra que se compone de tres jeroglíficos:

(una tela doblada) = S

(la pierna) = B

(un buitre) = A,

leyéndose la palabra entera como SBA.

La palabra SBA, escrita , es decir determinada por la estrella , significa «estrella».

Esta misma palabra SBA escrita , es decir determinada por el rollo de papiro , significa «enseñanza».

Son, pues, dos palabras distintas, aunque existe una relación entre ambas: la contemplación de las estrellas procura al iniciado una enseñanza; cualquier enseñanza válida es una estrella en nuestro camino, una luz que nos guía en la noche.

Los jeroglíficos son una lengua muy difícil que exige numerosos años de práctica; por lo demás, algunos egiptólogos se especializan en una época particular de la lengua.

Los jeroglíficos pueden enseñarnos muchas cosas sobre el funcionamiento del pensamiento humano, sobre el valor de la imagen simbólica, sobre la relación del hombre con las fuerzas vivas del cosmos. Son fuente de una extraordinaria filosofía que algún día merecerá ser expuesta.

Una prodigiosa literatura

Los egipcios escribieron mucho. Por desgracia, las traducciones de buena calidad son escasas, muy poco difundidas y esta literatura, que constituye uno de los más importantes patrimonios culturales de la humanidad, permanece en un gueto intelectual y universitario adonde es muy difícil ir a descubrirla. Alemanes e ingleses llevan ventaja, pues algunos sabios comprendieron que era su deber poner unos textos esenciales al alcance del gran público.

Los eruditos, para mayor comodidad en sus investigaciones, adoptaron la costumbre de dividir la «producción» literaria

egipcia en textos religiosos, mágicos, históricos, etc. Estas distinciones, reconozcámoslo, suelen ser artificiales, pues con frecuencia se entremezclan varios géneros.

Del Imperio Antiguo es preciso retener, sobre todo, la inmensa colección de los *Textos de las pirámides*, la más antigua antología religiosa que reúne tratados teológicos, fórmulas mágicas, elementos rituales, destinado todo ello a la vida eterna del faraón y, a través de su persona simbólica, de su pueblo.

Los *Textos de los sarcófagos* marcan la transición entre el Antiguo Imperio y el Imperio Medio. La edición —incompleta todavía— proporciona materia para siete grandes volúmenes de textos jeroglíficos que recogen y desarrollan los temas de los *Textos de las pirámides*. Pero esta vez ya no se trata sólo del faraón; entran en escena los iniciados. Asistimos a escenas dramáticas, como la entrevista con el barquero de las almas; recorremos con el hombre-justo los senderos del otro mundo, sembrados de trampas y peligros sobre los que sólo el conocimiento permite triunfar.

Del Imperio Medio datan hermosos relatos de aventuras, misterio y magia, el más célebre de los cuales es el *Cuento de Sinuhé* que ha conocido modernas explotaciones literarias muy alejadas del original. Es preciso citar también la odisea del náufrago, que descubre muchos secretos en una isla encantada, las tribulaciones de un campesino maltratado por la justicia que apelará al propio faraón para que se reconozcan sus derechos, el extraordinario diálogo sobre la muerte de un hombre con su alma, las enseñanzas del faraón Amenemhat I a su hijo Sesostris I.

Esta obra pertenece a un género muy particular; transmitir su sabiduría les parecía esencial a los egipcios. El rey asociaba al trono a su sucesor para enseñarle su oficio, para formarle an-

tes de que se viera directamente confrontado a los problemas cotidianos. En el Imperio Antiguo, un visir llamado Ptahotep escribió, a la edad de ciento diez años, una colección de máximas, considerando que su modesta experiencia de la vida podría ayudar a las futuras generaciones a comportarse bien. Punto fundamental: el modo de comportarse en la mesa. Durante un banquete, en efecto, se reconoce el ser profundo de un comensal por su comportamiento y la atención que presta a los demás. Las cosas más pequeñas son dignas de respeto, pues la mirada de Dios se ha posado en la creación entera.

El Imperio Nuevo se caracteriza por la creación del famoso *Libro de los muertos* cuyo verdadero título es «Libro de salir a la luz». Aunque algunos de sus capítulos fueran depositados en las tumbas para garantizar al difunto un viático que le permitiese pasar sin temor al otro mundo, el libro estaba también destinado a los vivos. Contenía rituales de iniciación, heredados de las anteriores colecciones, *Textos de las pirámides* y *Textos de los sarcófagos*.


HORUS

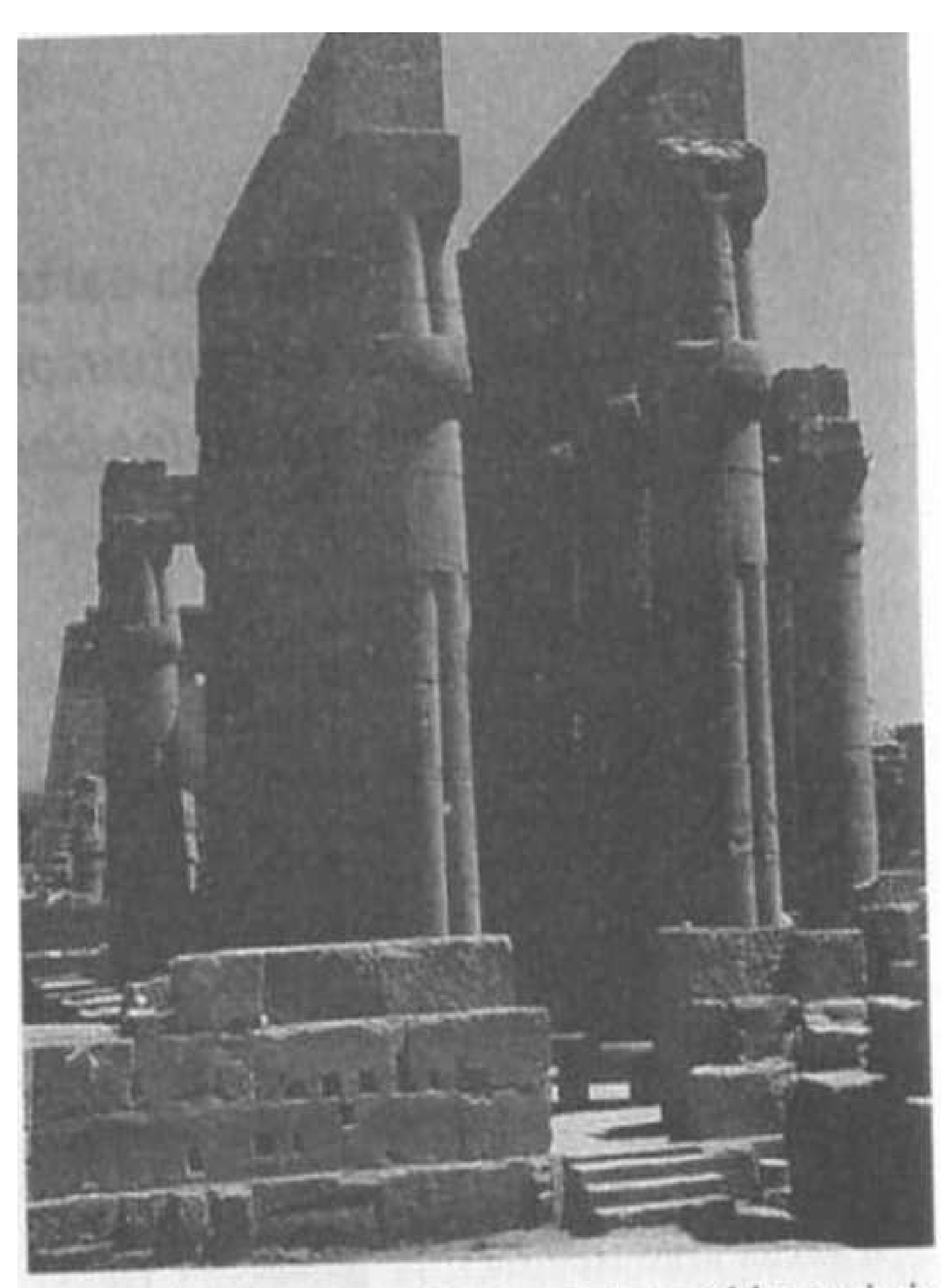
Del Imperio Nuevo datan también maravillosos cantos de amor donde se mezclan sensualidad y pudor, grandes relatos

mitológicos como «la destrucción de la humanidad», cuentos como el del combate entre los dos hermanos divinos, Horus y Seth, o también el Príncipe predestinado que intenta escapar de la fatalidad.

El Egipto tardío producirá también hermosas obras, especialmente colecciones de máximas debidas a unos sabios que evitaron la vanidad; ¿acaso no escribieron: «El verdadero» hombre humilde es como un árbol que crece en un jardín?

Esta enumeración es muy sumaria, pues no tiene en cuenta, sobre todo, numerosos papiros, las inscripciones en las estelas, las estatuas, los muros de los templos… En resumen, las múltiples expresiones del genio «literario» de los antiguos egipcios.

SEGUNDA PARTE
Los grandes conjuntos arqueológicos



Luxor, columnata. Las más hermosas columnas del arte egipcio reúnen potencia y elegancia.

Nuestro itinerario

Para descubrir los grandes parajes de Egipto, hemos adoptado un itinerario que corresponde perfectamente a los distintos tipos de viaje que permiten descubrir el Egipto faraónico.

Por lo general se llega a El Cairo, donde es necesario quedarse para descubrir la necrópolis de Menfis, Saqqara, la llanura de las pirámides, el mundo de las mastabas. Desde El Cairo nos dirigiremos a Tebas.

Alojándose en Luxor, se descubren los templos y las tumbas de la necrópolis tebana. Desde Luxor, y preferentemente en autobús, se desciende hacia el norte para visitar Dendera y Abydos. También desde Luxor, aunque tomando esta vez la dirección sur, se descubre Isná, Edfu, Kom Ombo, Asuán, Filae. Sin embargo, con frecuencia se toma un barco en Asuán y se sube hacia el norte, hacia Kom Ombo, Edfu e Isná. Finalmente, se toma un avión de Asuán hasta Abu Simbel.

Se evocan todos los grandes parajes egipcios, que es absolutamente preciso conocer para apreciar la grandeza de esta extraordinaria civilización. Hay otros muchos, de acceso más difícil o menos «espectaculares», que interesarán sobre todo a los especialistas, a los «locos» por la arqueología egipcia; los citamos en anexo.

La visita que proponemos es una primera aproximación, una invitación al viaje. Cada paraje merecería un libro entero, cuando no varios. Pero es indispensable, además de las «guías»

clásicas, emprender este periplo, descubrir los principales significados de los templos, disponernos a seguir los pasos de los faraones.

Menfis
o el poderío del Imperio Antiguo

Un palmeral a unos treinta kilómetros al sur de El Cairo. Algunos restos de antiguas piedras, una esfinge de alabastro con enigmática sonrisa y que parece velar sobre la nada, un coloso tendido de Ramsés II prisionero de un edificio moderno: eso es todo lo que subsiste de la primera capital de Egipto, la poderosa Menfis, uno de los mayores centros religiosos y administrativos del mundo antiguo.

El nombre de Menfis procede del egipcio *Men-nefer*, «la perfección es estable», nombre de la pirámide del faraón Pepi I (Imperio Antiguo). La ciudad era conocida también como «el muro blanco», en recuerdo del primer recinto de Menes, «la balanza de las dos tierras» y «la vida de las dos tierras», pues era el punto de equilibrio y de conjunción entre el Delta y el Valle, entre el Alto y el Bajo Egipto.

El gran templo de Ptah, joya arquitectónica de Menfis, ha desaparecido. Sin embargo, ha conseguido transmitir un nombre célebre en el mundo entero: el templo se llamaba, en efecto, *Hut-ka-Ptah*, «el santuario de la energía del dios Ptah», palabra que produjo *aiguptos* en griego y, finalmente, Egipto.

Menfis fue fundada por Menes, «el Estable», el faraón que unificó los dos países. Su emplazamiento estaba particularmente bien elegido Ocupando una posición estratégica, Menfis estaba rodeada de tierras muy ricas. En el Imperio Antiguo la ciudad conoció un gran desarrollo; encarna realmente el poderío de esa época en

la que la civilización faraónica, en su primer vigor y juventud, vive una edad de oro que será considerada un modelo por las generaciones posteriores.

Menfis era la sede del dios Ptah, extraña figura desprovista de bóveda del cráneo y envuelta en un sudario. Pero esa fúnebre apariencia es una muerte que oculta la vida: Ptah creó el mundo con el Verbo y dirigió la mano de los artesanos para introducir la vida en la materia inerte. Dios secreto, era el patrono de los Maestros de Obra y los orfebres encargados de trabajar el oro, considerado como la carne de los dioses. Cualquier artesano digno de ese nombre pasaba por una «escuela» menfita para descubrir las reglas de su arte.

Además de sus célebres talleres, Menfis tenía otros puntos fuertes, en especial un puerto, un arsenal y una fábrica de armas. En Menfis se construían también barcos. Por lo demás, ésta es la razón de que la importancia económica de la ciudad perdurase a lo largo de toda la historia egipcia. Los sucesivos invasores, etíopes, asirios, persas, griegos, romanos, sabían que para someter Egipto era preciso apoderarse de Menfis.

Ramsés II se interesó mucho por Menfis, tanto más cuanto uno de sus hijos, Khaemuase, fue su sumo sacerdote. Apasionado por la arqueología, erudito y mago, Khaemuase exploraba incansablemente la necrópolis menfita y hacía restaurar monumentos que amenazaban ruina.

Mientras la otra gran ciudad de Egipto, Tebas, la única capaz de rivalizar con Menfis, se mantuvo estrictamente egipcia, la primera capital de los faraones se abrió de buena gana a las influencias extranjeras a partir del Imperio Nuevo. Todos los viajeros extranjeros van a Menfis. Se comercia mucho: griegos, asiáticos, judíos se instalan en ella. Algunos dioses extranjeros tienen incluso su lugar de culto. Se trataba pues de una ciudad cosmopolita, donde las ra-

zas se mezclaban, donde Oriente palpitaba en un torbellino de colores y ruidos.

Después de la fundación de Alejandría en el siglo III a. J. C., comienza el declive de Menfis. Alejandría nunca será una verdadera ciudad egipcia. Está en el lindero del país, a orillas del mar, pero poco a poco va agrupando las actividades que forjaban la riqueza de la vieja ciudad de los faraones. Menfis conservará su estatuto de centro religioso pero perderá su importancia económica.

Fueron los cristianos y los árabes quienes destruyeron Menfis. En el siglo IV d. J. C., alentados por el edicto de Teodosio, algunos cristianos fueron presa de un furor fanático contra el pasado faraónico. En lugar de limitarse a transformar en iglesias los antiguos templos, destruyeron numerosos edificios. Esta prueba, sin embargo, habría podido ser parcialmente superada si los árabes no hubiesen invadido el país. Para construir lo que iba a convertirse en El Cairo, aniquilaron los vestigios de Menfis, utilizándola como cantera, desmontando piedra a piedra los monumentos. Además, en la época de los mamelucos, el descuido administrativo fue tal que el notable sistema de canales, creado por Menes, se degradó de un modo irremediable. Con la ruptura de los diques que protegían los últimos vestigios de la antigua capital, llegó la muerte definitiva de Menfis. El propio emplazamiento de la «vida de las dos tierras» desapareció de la memoria de los hombres y sólo fue identificado a comienzos del siglo XIX.

Menfis ha desaparecido; sin embargo, permanece lo esencial: su inmensa necrópolis, esos prestigiosos parajes que se llaman Gizeh y Saqqara, un territorio que se extiende a lo largo de 50 Km por la orilla izquierda del Nilo. Cuando escribimos «necrópolis» podría creerse que la muerte ha vencido a la vida. Pero, para los egipcios, no hay realmente tumba, sepultura, cementerio, aunque hoy nos veamos obligados a emplear estos términos para que se nos comprenda. La tumba es la «morada de eternidad». Sólo ella puede

durar y superar la prueba del tiempo. Menfis la poderosa, la brillante ciudad, ha desaparecido. Pero su necrópolis, su inmensa ciudad de los muertos donde reina otra vida, ha subsistido. Ahora dirigiremos nuestros pasos hacia ese universo, «dando camino a nuestros pies», como dicen los textos egipcios.[7]

Saqqara, el templo del alma

Comenzaremos nuestra exploración de la necrópolis menfita por el paraje de Saqqara. Habitualmente los turistas empiezan por el de las pirámides. Pero mejor será seguir un orden cronológico: Saqqara es la pirámide escalonada, que data de la III dinastía mientras que las pirámides de Gizeh datan de la IV dinastía.

Saqqara se halla al sur de El Cairo, en la orilla oeste del Nilo, en el emplazamiento de un arrabal de la antigua Menfís consagrado al dios Sokaris. La aldea dio su nombre a una vasta necrópolis, de casi 8 km de largo. Aquí, al borde de la llanura líbica, está el reino del desierto. Es la tierra sagrada que domina el Valle del Nilo. Es posible encontrar aún el silencio y la soledad en Saqqara, menos desfigurada por el turismo que la llanura de las pirámides. Sokaris, el dios de los espacios subterráneos, vela por unos monumentos de todas las épocas cuyo florón más importante es la extraordinaria pirámide escalonada, el primer gran edificio de piedra de la arquitectura egipcia.

En Saqqara se excavaron las tumbas de los faraones de la I dinastía, con superestructuras de ladrillo crudo y una austera ornamentación exterior en «fachada de palacio».

Egipto nace, Egipto va tomando forma. Sus primeros soberanos quieren descansar en la paz del desierto, protegidos de la inundación.

Fruto de una larga paciencia y de muchos años de preparación, el genio se expresa en la invención de la forma piramidal. Desde la

III hasta la XIIII dinastía, los reyes construyen pirámides en Saqqara, pero la mayoría están muy destrozadas.

Aunque Saqqara se identifique con el Imperio Antiguo, conviene advertir que la necrópolis más antigua de Egipto nunca estuvo abandonada. Vestigios de los imperios Medio y Nuevo, pozos funerarios de la época persa, tumbas tolemaicas y Serapeum demuestran que Saqqara, como todos los grandes parajes egipcios, fue un lugar en perpetua actividad. Hoy prosiguen las excavaciones que a menudo consiguen interesantes descubrimientos, como el de las catacumbas de ibis, pájaros sagrados del dios Thot, el protector de los escribas. Pero se sigue buscando la tumba de Imhotep, el creador de la pirámide y el primer gran Maestro de Obra del Antiguo Egipto.

El centro espiritual y artístico de la necrópolis de Saqqara es el monumento funerario del rey Zoser, la pirámide I escalonada que se levanta en el centro de un conjunto de edificios.

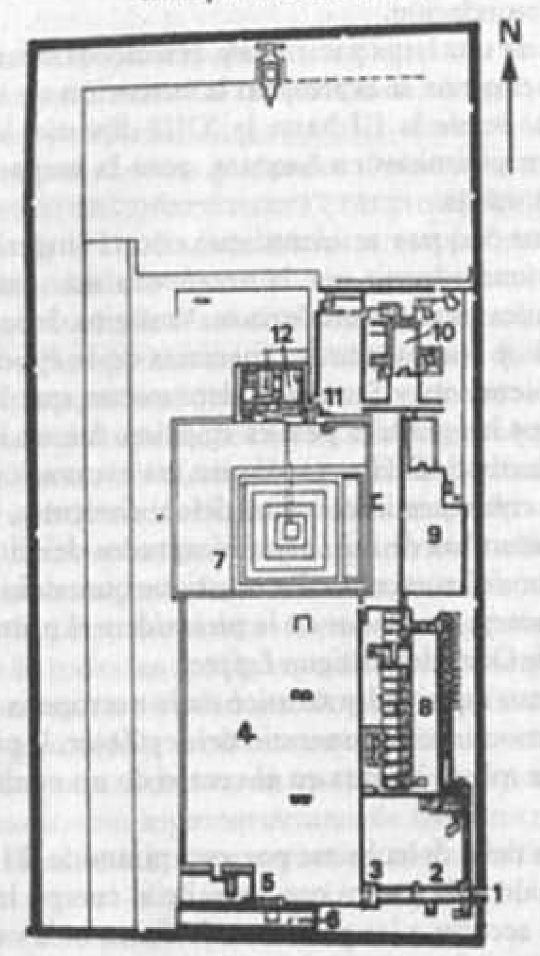
Egipto debe descubrirse por esta pirámide. El monumento escalera de piedra que permite al cuerpo inmortal del faraón acceder a los paraísos celestiales, es la más pura encarnación de la serenidad y el poderío. Estabilidad y ligereza se conjugan en esta forma única.

Es muy difícil sustraerse a la magia de Saqqara. Allí puede encontrarse la soledad habitada del desierto, se disfruta plenamente la inalterable calma de las piedras de eternidad; muy pronto puedes sentirte en total comunión con los hombres que crearon esa obra maestra que eleva el alma del modo más directo y más intenso.

Cierto es que el conjunto de Zoser se concibió para el alma del faraón, para el mantenimiento y la regeneración de su energía espiritual. Egipto afirma aquí su fe en un principio creador, en un soberano arquitecto de los mundos cuyo representante en la Tierra es el faraón. Y está en juego la suerte de todo el pueblo egipcio,

pues el rey no vive la felicidad del más allá para si mismo sino para todos sus súbditos.

Conjunto funerario de Zoser en Saqqara, con la pirámide escalonada



Descripción del plano

① Pequeña puerta de entrada.
② Avenida flanqueada por columnas.
③ Pequeña sala de columnas.
④ Patio del sur, con sus dos mojones simbólicos.
⑤ Muro sur, coronado por un friso de serpientes-uraeus.
⑥ Pozo y tumba sur para el alma del faraón.
⑦ Pirámide escalonada.
⑧ Patio de la fiesta de regeneración del rey (el heb-sed).
⑨ Casa del Sur.
⑩ Casa del Norte.
⑪ El serdab, pequeña capilla que contiene la estatua del faraón Zoser.
⑫ Templo funerario del norte.

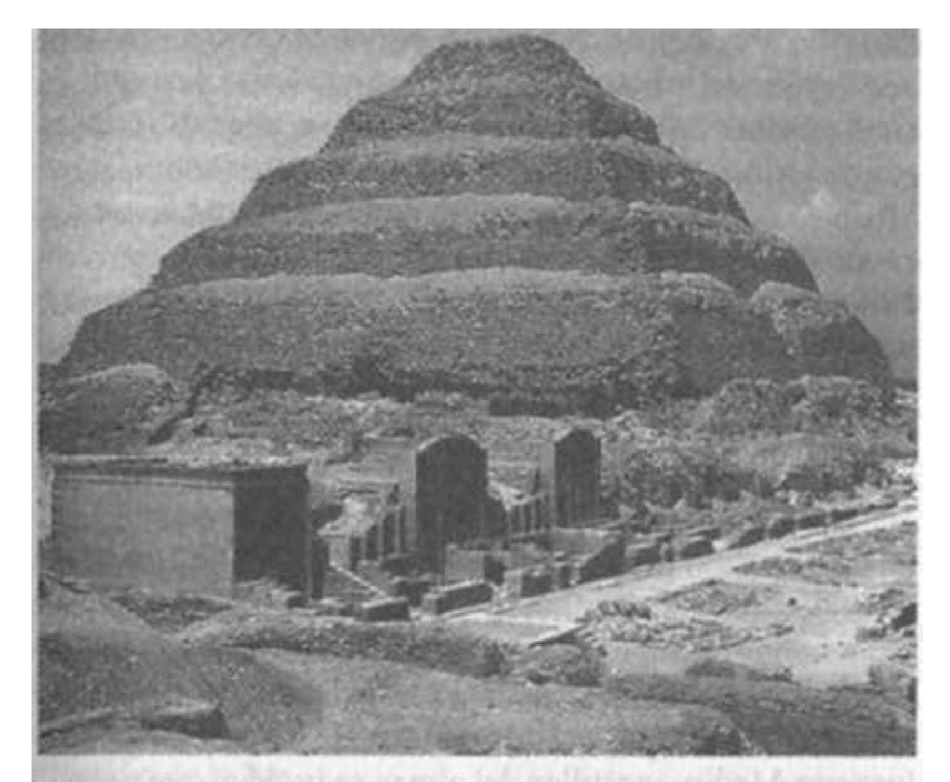
Conviene dedicar a Saqqara el mayor tiempo posible, incluso en un viaje corto. No hay relieves, no hay ninguna de esas encantadoras imágenes que se descubrirán en otros lugares, no hay adorno que seduzca la mirada: sólo piedra, la pirámide y sus anexos, la arena del desierto. Pero es también el Egipto en su verdad primigenia, en su grandeza original, que se percibe en Saqqara mejor que en cualquier otra parte. Este paraje es la clave de todo el arte egipcio. Empapándose de él, se percibe que el sentido de lo colosal no era un desafío técnico ni una voluntad de competición, sino una necesidad interior, una visión arquitectónica que fue posible por la estructura de un Estado servidor de lo divino.

Dos hombres excepcionales fueron el origen de Saqqara: Zoser, faraón de la III dinastía, que reinó de 2624 a 2605 a. J. C., y su Maestro de Obra, primer ministro, médico y mago, Imhotep. El nombre de Zoser significa «Sagrado» (se llama también: «Más divino que el cuerpo de los dioses»); el de Imhotep: «El que viene en paz». Sumo sacerdote de Ra en Heliópolis, es decir representante de la más alta función religiosa del país después de la del faraón, Imhotep es uno de esos genios característicos del Imperio Antiguo que nunca separan el espíritu de las manos, lo material de lo espiritual. Conoce el funcionamiento del Estado y su Administración en sus menores detalles, organiza las obras públicas, pone la economía al servicio de la arquitectura sagrada. Para los egipcios de todas las épocas, Imhotep será el prototipo del sabio. La tradición considera que inventó el arte de construir con piedras sillares. Los griegos le convirtieron en dios, identificándole con su Asklepios. En la época tardía, se pedía a Imhotep que curara las enfermedades e hiciera milagros. Está presente, junto a otro Maestro de Obra, en un pequeño santuario de iniciación, en la terraza superior del templo de Dayr al-Bahari. Hijo del dios Ptah de Menfis, Imhotep era «el conocido del rey, encargado de los forjadores de jarros, de los escultores, el maestro de los maestros en toda clase de venerables piedras: colocó su recuerdo entre los hombres y su

amor entre los dioses». A este magnífico texto debe añadírsele la más conmovedora inscripción, que se encontró en el zócalo de una estatua. Pobre vestigio, aparentemente; pero qué gozo y qué sorpresa descubrir en él el nombre de Imhotep, con estas precisiones: «El canciller del rey del Bajo Egipto, el primero después del rey del Alto Egipto, administrador del gran palacio, noble hereditario, sumo sacerdote de Heliópolis, Imhotep, Maestro de Obra, escultor, fabricante de jarros de piedra». Junto al nombre de Imhotep, el de Zoser: los dos compañeros de camino quedaban así asociados para siempre y una modesta piedra, con un cortísimo texto jeroglífico, lograba que su recuerdo arraigara definitivamente en la memoria de los hombres.

Durante el Imperio Nuevo, numerosos peregrinos acudían a meditar a esos lugares. Se decía que el cielo estaba en ese monumento, que se podían conocer los secretos del más allá contemplando la pirámide y el conjunto funerario de Zoser. Se invocaba a Zoser, el justo, se le pedía una larga vida, se le rogaba que hiciera salir el sol en los corazones como salía en su templo.

La pirámide es el centro simbólico de un vasto conjunto monumental contenido en el interior de un recinto. Está casi en el centro de un rectángulo (555 x 278 m). De una altura de algo más de 60 m, la pirámide está formada por seis enormes peldaños, una escalera hacia el cielo. Aunque el monumento, a pesar de la degradación, ha resistido bien el paso del tiempo, no ocurre lo mismo con los distintos edificios que completan el conjunto funerario. Se han efectuado numerosas restauraciones, en gran parte debidas al arquitecto J.-P. Lauer, sin que faltaran las voces contra unas restituciones a veces hipotéticas.



Saqqara. La pirámide escalonada del rey Zoser y de su Maestro de Obra Imhotep (III dinastía). Es una gigantesca escalera que se yergue hacia el cielo, a la medida del faraón considerado como el Hombre Cósmico. En primer plano, las capillas utilizadas durante la fiesta de regeneración del faraón.

La característica del conjunto de Zoser es que la arquitectura está concebida para la circulación de la energía espiritual. Por eso se habla de «trampantojos», de edificios «ficticios» que debieran estar vacíos cuando están llenos o se han excavado habitaciones demasiado minúsculas para los vivos; en realidad, no se trata de efectos visuales, de engañar la mirada, sino de abrir la buena, la del Ka, personificación de la energía creadora que subsiste más allá de la muerte. Al conseguir penetrar en el recinto de Zoser, pasamos de la apariencia a lo real.

A menudo se ha escrito y repetido como consecuencia de una hipótesis arquitectónica, que la pirámide escalonada es fruto de

una larga sucesión de tanteos. El Maestro de Obra, Imhotep en ese caso, no habría sabido, realmente, lo que iba a hacer y habría cambiado varias veces de proyecto en el camino. La idea podría considerarse tratándose de la construcción de un edificio moderno, pero en modo alguno de un edificio egipcio de tanta importancia. A veces nos cuesta percibir las intenciones simbólicas del Maestro de Obra; no se trata de que él tanteara o construyera al azar, sino de que nosotros hacemos preguntas. Atribuirle nuestra ignorancia sería una gran vanidad.

* * *

El área sagrada de Zoser —aproximadamente 15 hectáreas— estaba protegida por un recinto que imitaba una fortificación, con bastiones, partes entrantes y salientes, las reconstrucciones se efectuaron con piedras originales. Nos hallamos ante la fachada de un palacio primitivo, motivo tradicional que encontraremos en los sarcófagos del Imperio Medio, «castillos del alma» reducidos que necesitan, también ellos, una protección eficaz contra las fuerzas nocivas. La construcción de este muro en piedra calcárea de gran calidad, procedente de las canteras de Turah, fue especialmente escrupulosa. En su origen, tenía unos diez metros de altura. La cima de la pirámide escalonada emergía por encima del muro, mientras que los monumentos interiores permanecían ocultos.

No era fácil entrar en el interior del dominio de Zoser. En los cuatro lados del recinto, catorce puertas cerradas. En apariencia son aberturas. Están tapiadas. En realidad, hay una única entrada posible, como en cualquier laberinto. Y ésta, situada en la esquina sudeste, era muy estrecha (n.º 1 en el plano). Aquí todas las puertas son de piedra. Esa entrada única estaba siempre abierta, pues sólo el alma del justo podía franquear sin riesgo el recinto mágico. Pasada la entrada, se descubre una columnata (n.º 2 del plano) formada por dos hileras de columnas. El paso sigue siendo muy estrecho. Es el exiguo camino que lleva a lo divino. La avenida, cubierta antaño de losas de piedra, desemboca en una sala con ocho

columnas cuyo techo era claramente más bajo que el de la avenida, como si fuera preciso rebajarse antes de alcanzar los misterios, mostrarse humilde antes de ser enaltecido por la iniciación. Las columnas de esta sala estaban pintadas de rojo, el color del poder. Representan tallos de cañas que, una vez petrificadas, mantenían el poder vertical del vegetal que se eleva hacia la luz. En esta pequeña sala se celebraban ritos de purificación. Se sale de ella por una puerta perpetuamente abierta y se desemboca en el gran patio del sur (n.º 4 del plano) en cuyo extremo se levanta la pirámide escalonada (n. 7 del plano). El primer detalle sorprendente, en el muro de este patio, frente a la pirámide, es un friso de serpientes-uraeus (n.º 5 del plano) que simbolizan la purificación por el fuego. Estos reptiles, que suelen verse en la frente de los faraones y forman una especie de tercer ojo, se encargan de destruir con las llamas a quienes impiden la difusión de la luz.

En el eje central del gran patio subsisten dos mojones. Simbolizan los extremos sur y norte de Egipto. El faraón llevaba a cabo una carrera ritual del uno al otro y viceversa, significando así su toma de posesión de las Dos Tierras convirtiéndose en responsable ante los dioses. Señalaba su voluntad de mantener el movimiento vital mediante ese vaivén entre los dos polos esenciales de la vida.

Antes del muro de las cobras, en el grosor del recinto, se abre un impresionante pozo que conduce a una tumba (n. 6 en el plano). Al fondo, un panteón y algunos aposentos funerarios donde se representa al dios Zoser en actitudes rituales destinadas a su regeneración. Se trata, por tanto, de una tumba del faraón, la del sur, mientras que la del norte se halla bajo la pirámide escalonada. Los arqueólogos estimaron que esa tumba sur fue desvalijada por Hijos ladrones. Pero muy probablemente, siempre estuvo vacía, puesto que su función consistía en albergar el cuerpo invisible del rey, mientras la tumba del norte albergaba su cuerpo de carne, momificado. Esa doble tumba era también la del faraón simbólica-

mente desdoblado, como rey del Bajo Egipto a) norte y rey del Alto Egipto al sur.

* * *

Dirijámonos ahora hacia la propia pirámide escalonada. Tiene dos funciones principales: vinculo entre el cielo y la tierra y protección de los aposentos funerarios del rey. Construir una forma piramidal supone pensar que el universo está ordenado, que responde a cierta arquitectura por la que el alma puede trepar, en la que se hace capaz de orientarse: para los antiguos egipcios, la tierra debía levantarse hacia el cielo y el cielo estar presente en la tierra. La pirámide es el símbolo perfecto de este vínculo entre los mundos.

Debajo de esta pirámide, la primera en su género, una de las más nobles creaciones nunca concebidas por un espíritu humano, reposan el faraón Zoser y su familia. Lamentablemente, esta parte subterránea no es accesible a los visitantes. Un complejo dispositivo se centra en torno a un gran pozo de más de 28 m de profundidad, al fondo del cual se halla la tumba del faraón, semejante al centro de una rueda cuyos radios son las demás capillas. En este panteón de granito sólo se encontró un modestísimo vestigio de la momia de Zoser, un fragmento de pie.

Paneles de loza azul, que evocan el cielo bajo tierra, decoraban ese dominio de las tinieblas. En ellos se veía a Zoser realizando la carrera ritual de la fiesta-sed, con sus insignias de poder, la misma carrera que su espíritu seguía realizando en el gran patio al aire libre. El faraón desempeñaba de este modo su papel esencial, el de fundador de templo: Zoser creaba un templo en el Alto Egipto, el otro en el Bajo Egipto, resumiendo así todas las fundaciones sagradas de las que se encargaba en el doble país.

Un faraón nunca está solo. Zoser está en el centro de su familia. Alrededor de su sepultura, tumbas de reinas e hijos reales. La fa-

milia real, modelo de todas las demás familias, se ha reunido para el viaje al más allá.

Dos galerías de este espacio subterráneo eran almacenes que contenían más de 40000 recipientes, vasijas, copas, boles, platos, etc., de distintos materiales, como el alabastro, la diorita, el esquisto. Se trata de una fabulosa vajilla para la eternidad, destinada a los grandes banquetes celestiales a los que eran invitados los justos. Entre estos objetos, algunos de los cuales llevan los nombres de los faraones de las dos primeras dinastías, hay uno especialmente enigmático: un cuenco de pórfiro con el nombre de Narmer, un rey anterior a la historia, al que se cree que debe identificarse como Menes, el fundador del Egipto unificado. Sea como fuere, Zoser rendía un homenaje religioso y mágico a los soberanos que le habían precedido, invitándolos a una suntuosa comida.

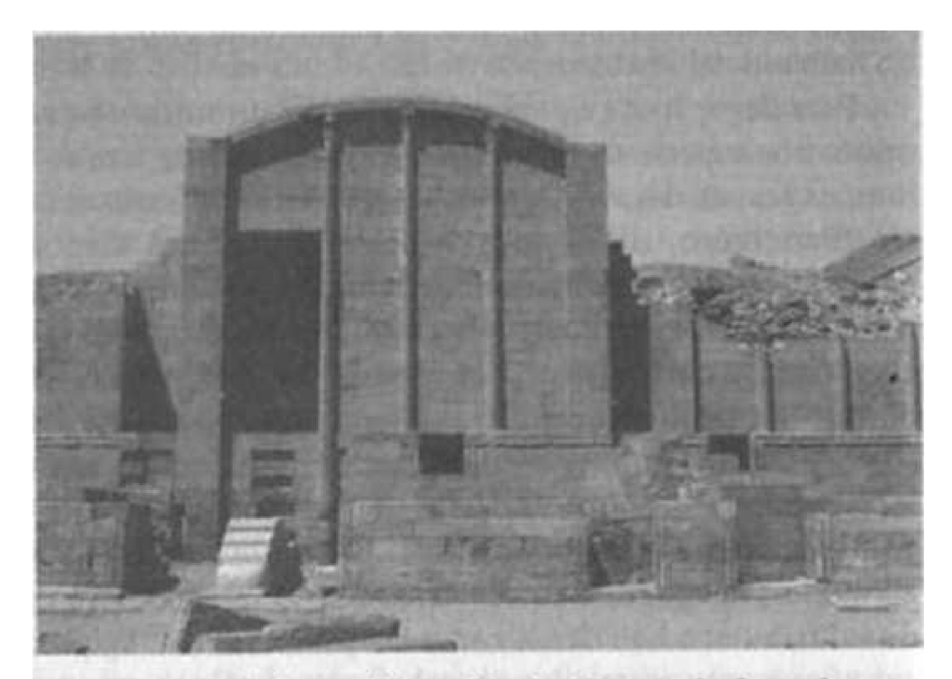
A la derecha de la pirámide, cuando nos situamos frente a ella, se halla un conjunto simbólico muy particular (n.º 8 en el plano), que se prolonga en la «Casa del Sur» (n.º 9 en el plano) y en la «Casa del Norte» (n.º 10 en el plano). La parte este del conjunto funerario comprende tres patios y una columnata, colocada ante el primero de ellos, el patio llamado del «hebsed».

Para llegar hasta él, era preciso seguir un tortuoso camino, una especie de laberinto. Hoy se pasa ante tres columnas acanaladas, vestigios de un santuario de forma rectangular, luego, dirigiéndonos hacia el sur, nos vemos obligados a girar en ángulo recto. En este punto del paso, el muro describe un cuarto de círculo, perfectamente ejecutado. Llegamos al sur de un patio longitudinal, flanqueado por pequeñas capillas. Allí se reunían los dioses del Norte y del Sur durante la gran fiesta del Heb-Sed, cuya celebración permitía al faraón, tras unos treinta años de reinado, recuperar el vigor espiritual y físico disminuido por el ejercicio del poder y el peso de las responsabilidades. Las divinidades acudían desde todas las provincias de Egipto; sus efigies eran instaladas en pabellones de fiesta con armazón de madera, fácilmente desmontables, que

aquí se hacen inmutables gracias a la piedra. Y es que Zoser celebra su fiesta-sed del más allá, su regeneración permanente. Los aspectos materiales de las divinidades han desaparecido, su potencia espiritual permanece. Al sur del patio se levanta un estrado provisto de dos pequeñas escaleras. Allí se mantenía el faraón, desdoblado en el faraón del Bajo Egipto, que llevaba la corona roja, y el faraón del Alto Egipto, que llevaba la corona blanca. Nutrido y regenerado por los dioses, el *ka* del rey acumulaba poder para hacer vivir Egipto. Gracias a la creación de Saqqara, el mismo rito se reproducía en el más allá.

El objetivo principal del conjunto funerario de Zoser era hacerla fiesta. Una fiesta del alma, de la energía del espíritu, una fiesta que reunía a las divinidades dispersas, que hacía de la vida eterna una perpetua regeneración.

A los dos aspectos de la realeza corresponden las dos «casas» del Sur y del Norte (en n.º 9 y 10 en el plano) que se hallan al norte del patio de la pirámide y en el flanco derecho (este) de la pirámide escalonada. Estos dos edificios representaban la administración sagrada del doble país; albergaban unas salas correspondientes al doble gobierno de Egipto, a su doble Tesoro. Cuatro columnas adornaban la fachada de la Casa del Sur, tres la de la Casa del Norte.



Saqqara. Una de las capillas utilizadas durante la fiesta de regeneración del faraón. Estaban ocupadas por las divinidades procedentes de todas las provincias de Egipto.

Una extraordinaria sorpresa nos aguarda en la cara norte de la pirámide escalonada, ante el templo funerario (n.º 12 en el plano). Descubrimos una pequeña habitación cerrada (n.º 11) que presenta sin embargo dos orificios cilíndricos. Con un gesto espontáneo, nos acercamos y miramos al interior. Se siente entonces una emoción de prodigiosa intensidad que nos retiene largo rato. Vemos en el serdab (término técnico que designa la minúscula capilla) al propio rey Zoser. Él es la primera piedra, la piedra angular y el guardián de su pirámide. Su rostro expresa una gran severidad, casi hosco, parece intratable. Los ojos de cristal de roca han sido arrancados, pero la expresión sigue siendo tan potente que encarna a las mil maravillas la nobleza de la función faraónica. Los pómulos son prominentes, los labios gruesos. Zoser lleva la túnica ritual de la fiesta-sed, que recuerda la blanca vestidura de Osiris. Tiene el brazo derecho sobre el pecho, con el puño cerrado; la ma-

no izquierda se posa, abierta, en su muslo. Una larga barba postiza adorna el mentón. Y por los orificios practicados en su serdab, Zoser sigue observando Saqqara, Egipto, el mundo.

La estatua de este serdab es sólo una copia en escayola del original que se conserva en el Museo de El Cairo. Era necesario preservar del mejor modo posible la primera gran estatua real de piedra. Pero era esencial que Zoser, aun en forma de copia, de un «doble», estuviera presente para que nuestra mirada se cruce con la de ese personaje inmenso que, con toda evidencia, conocía los secretos de este mundo y del otro.

Este encuentro con Zoser es el punto culminante de nuestra exploración de Saqqara. Ciertamente, podemos seguir vagabundeando por las ruinas, observando un determinado detalle arquitectónico, admirando determinada columna, contemplando la pirámide, pero siempre volveremos a Zoser. Su mirada se ha clavado en nosotros. Su estatua está viva, pues fue animada por los ritos y sigue siéndolo por la fiesta silenciosa e impalpable que se desarrolla en ese lugar donde sopla el espíritu del Antiguo Egipto.

Una pequeña observación práctica

El itinerario que debemos seguir nos lleva ahora hacia la llanura de Gizeh, donde se levantan las tres famosas pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos. Descubriremos luego las tumbas de nobles que formaban parte de la corte real, sepulturas que han recibido el nombre técnico de mastabas. Concluiremos luego nuestro itinerario, en la necrópolis menfita, por el Serapeum, el monumento más importante de las épocas posteriores.

Aunque este trayecto tiene la ventaja de respetar la cronología,[8] el simbolismo y la evolución del arte egipcio, lamentablemente no es muy práctico para el viajero que se encuentra allí. La llanura de Gizeh, en efecto, es un paraje aparte que se visita por su propio in-

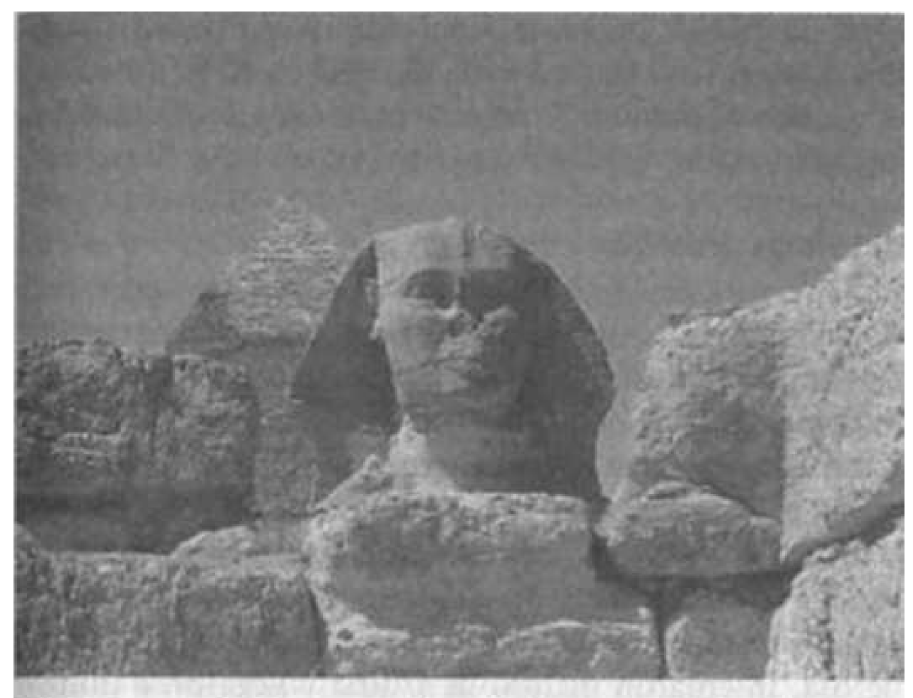
terés. Cuando se está en Saqqara, en cambio, es fácil visitar el conjunto funerario de Zoser, varias mastabas, y el Serapeum. Los viajeros exigentes podrán seguir el orden correcto partiendo de la pirámide escalonada, en Saqqara, yendo luego a las pirámides de Gizeh, regresando más tarde a Saqqara para visitar las mastabas y el Serapeum. Aquéllos que carezcan de tiempo tendrán que resignarse a ver Gizeh aparte y luego las innumerables riquezas de Saqqara. Encontrarán sin dificultades las partes del libro que se refieren al paraje visitado.

Gizeh, en el reino de las pirámides

Las tres pirámides de la llanura de Gizeh son una de las siete maravillas del mundo. Pero hay que jugar limpio; ese admirable paraje, uno de los más fabulosos de la historia humana, está hoy parcialmente desfigurado por un penoso mercantilismo. La visión de las pirámides de Gizeh debe merecerse. Si se llega de El Cairo por la «carretera de las pirámides», se descubrirán poco a poco los triángulos de piedra que, aumentando de tamaño a medida que nos acercamos, acabarán ocultando todo lo demás. Todo lo demás, es decir los atascos, el ruido, las construcciones modernas. Mil veces te interpelan los arrieros, los camelleros, los vendedores de antigüedades falsas, los vendedores de falsos recuerdos, cuando desearías estar solo ante los gigantes de piedra que te aplastan con su potencia y reducen a muy poco esa humanidad en exceso hormigueante de la que formamos parte.

Lo ideal, claro está, es ir a Gizeh al amanecer o al ocaso. La muchedumbre se habrá marchado, los vendedores del templo habrán desaparecido. Se puede caminar libremente, recuperar la paz que debería reinar en esos lugares, saborear los juegos de la luz y de la piedra. Pero no es posible a esas horas obtener la banal entrada que permite acceder al interior de las pirámides de Keops y Kefrén

o visitar el templo de granito. Y sin embargo, esa peregrinación es indispensable.



Gizeh. La gran Esfinge, guardiana de la meseta de las pirámides. Es la encarnación de la luz del levante.

La Esfinge, guardiana de la luz

En la llanura de Gizeh vela un muy enigmático personaje de piedra. Es imposible no fijarse en él. Es célebre en el mundo entero. Esta esfinge, la mayor nunca concebida por los Maestros de Obra egipcios, se ha convertido en La Esfinge. Y hay que decir que su tamaño da la medida de su función: proteger la llanura de las grandes pirámides, velar por que la luz se levante cada mañana. Los árabes siempre la temieron. La llamaban «el padre del terror». Sentían que esa fiera gigantesca, de cabeza humana, irradiaba una fuerza peligrosa. Intentaron incluso destruirla y llegaron a utilizar

un cañón —lo que explica la mutilación de la nariz—, pero el guardián de la luz salió victorioso de estas pruebas.

La esfinge de la leyenda griega hacía preguntas. La de Gizeh prefiere el silencio. León con cabeza humana, tocado con una peluca real, es la obra maestra de los escultores que tallaron una colina de piedra calcárea para extraer de ella la Esfinge. Como afirmaba Durero, cualquier obra maestra está contenida en la piedra en bruto. Basta con ir puliéndola para hacer aparecer lo que contenía. 57 m de largo, 27 m de alto, el coloso se levanta a 350 m al sudeste de la Gran Pirámide, a lo largo de la rampa que asciende hacia el templo funerario de Kefrén.

Todo el mundo concuerda en decir que la Esfinge data del reinado de Kefrén (hacia 2620 a. J. C.) pero, reconozcámoslo discretamente, sin la menor prueba. Nada prueba tampoco que ese rostro sea el de aquel faraón. En la XVIII dinastía se nos revela que el nombre de la Esfinge es Horakhty, Khepri-Re-Atum, es decir «Horus que está en la región de luz», que simboliza los tres aspectos principales del curso solar: Khepri, el sol al amanecer, Ra, el sol de mediodía; Atum, el sol poniente. La Esfinge es el ser de luz por excelencia, el que posee su energía. Conoce el secreto del ciclo que va del nacimiento a la muerte, de la resurrección a otra vida. En su cara este, hacia levante, se edificó un templo de granito, hoy deteriorado. En él se hacían ofrendas al guardián de la luz; en la Baja Época, se elevaban súplicas pidiéndole que su oído permaneciese atento, como indican las «estelas con orejas» donde se la representa junto al órgano del oído.

Los asiáticos, en el Imperio Nuevo, llamaron a la Esfinge Hurun, el nombre de una divinidad de Canaán. Reconocieron en ella a un dios que repelía a los enemigos de la luz. Uno de los adversarios más tenaces de la Esfinge, llamado también «imagen viva», es la arena. Varias veces fue necesario arrancarla a ese sudario que amenazaba con hacerla desaparecer. La última vez que hubo que retirar la arena fue en los años 1925-1926.

Dos reyes de la XVIII dinastía sintieron especial afecto por el guardián de piedra. Amenofis II, calificado primero de «rey deportista», porque realizó varias hazañas con el remo y el tiro al arco, actos de carácter tanto simbólico como físico. A ese faraón le gustaba pasear en carro por el desierto.

La Esfinge le fascinaba. Sin duda la interrogaba sobre el arte de gobernar sin dejar de ser un «hijo de la luz», uno de los más hermosos títulos del faraón. Amenofis II, tras su coronación, no olvidó al compañero de piedra de sus paseos solitarios. Hizo construir una capilla para la Esfinge, al noroeste de la fiera de rostro humano, en la que colocó una estela a la gloria del poder faraónico.

Tutmosis IV (1412-1402 a. J. C.) fue, también, un íntimo de la Esfinge. En la estela que hizo colocar entre las patas del dios cuenta un acontecimiento extraordinario. Antes de su coronación, el futuro faraón cazaba en el desierto. Se acercaba el mediodía. El joven estaba muerto de cansancio. Se concedió un poco de reposo y se durmió a los pies de la Esfinge, aprovechando un poco de sombra. Nunca iba a olvidar su corta siesta. Durante el sueño se le apareció la Esfinge y le habló. El guardián de la llanura de Gizeh manifestó un vigoroso descontento. Prisionero de la arena, no soportaba ya su miserable estado. Si el joven Tutmosis le liberaba, sería faraón. ¿Acaso la Esfinge no era su padre omnipotente, capaz de ofrecerle la realeza a la cabeza de los vivos?

Tutmosis IV se tomó muy en serio el ruego divino. Hizo construir un muro que impidió las avalanchas de arena y grabar el contenido de su sueño en una estela para que sirviera de ejemplo a las generaciones futuras. La supervivencia de su padre de piedra prueba que el hijo de la Esfinge fue escuchado.

Algunos consideran que convendría realizar excavaciones alrededor de la Esfinge y por debajo de ella. La arqueología, es cierto, se ha mostrado muy descuidada. Se han realizado algunas excava-

ciones de manera rápida, si no por pura curiosidad, y ciertos informes parecen muy imprecisos.

Guardián de las tres pirámides, encarnación de la triple luz solar, la Esfinge es un dios cuyos favores debemos obtener para recibir la iluminación que nos permita percibir su mensaje y el de las pirámides. Tomando prestada la voz de un iniciado de Heliópolis, que llevaba el maravilloso nombre de «La-luz-está-en-fiesta», podríamos dirigir a la Esfinge estas palabras: «Tú creaste el nombre de los dioses, antes de que nacieran montañas, desiertos y las profundidades de la tierra; con tus manos los creaste en un instante. Tendiste el cordel y dibujaste la forma de los países».

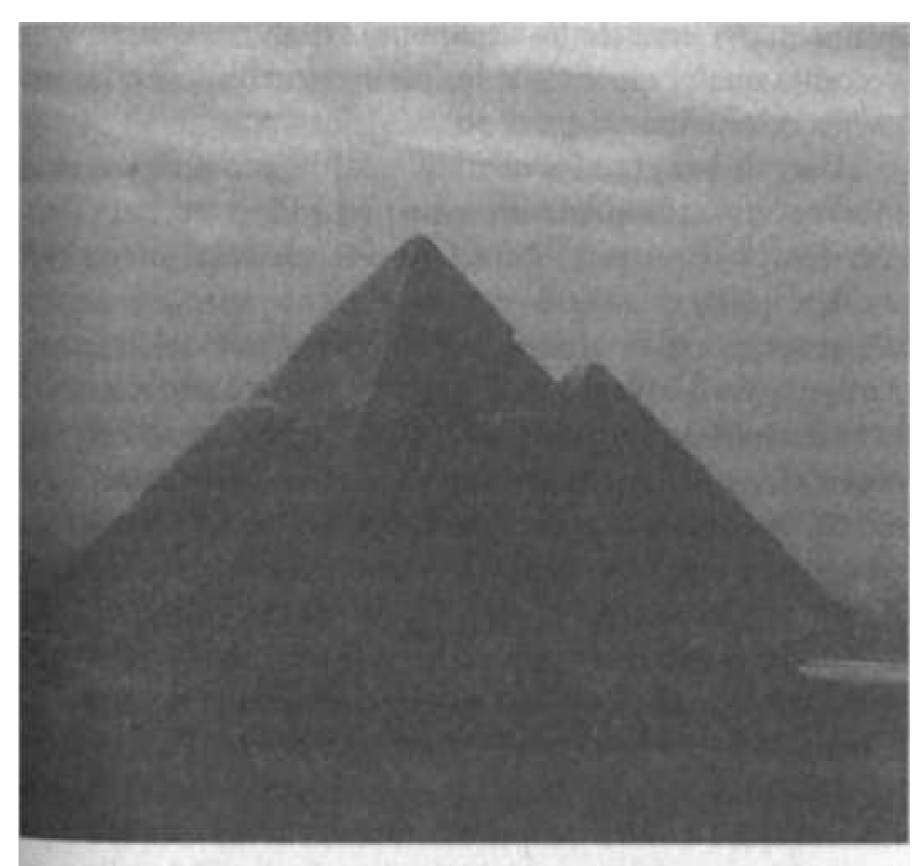
Las tres grandes pirámides

En Gizeh nos hallamos en el reino de las pirámides. Tres de ellas, debidas a los faraones Keops, Kefrén y Mikerinos, conocen una gloria muy especial. No olvidemos que en la necrópolis de Menfis podían contarse más de ochenta pirámides, muchas de las cuales están hoy muy degradadas. A las pirámides de Gizeh se suman las de Saqqara —entre ellas, la pirámide escalonada de Zoser —, de Dahchur, de Licht y de Meidum, para citar sólo algunas.

Sin embargo, así como la esfinge de Gizeh se ha convertido en LA Esfinge, las pirámides de Gizeh se han convertido en LAS pirámides, símbolo de la omnipotencia de los faraones del Imperio Antiguo y del genio arquitectónico de los Maestros de Obra egipcios.

Restablezcamos primero una verdad olvidada, la de los nombres egipcios de los faraones y de sus pirámides, puesto que cada una de ellas era «bautizada» ritualmente y recibía un nombre, como un ser vivo. El Keops de los griegos se llama Kufu, es decir «que Dios me proteja»; su pirámide es «la región de la luz». Ke-

frén se llama Khaefre, es decir «aparece Ra (la luz divina)»; su pirámide es «Grandeza».



Gizeh. Las tres grandes pirámides de Gizeh (por orden, Mikerinos, Kefrén que parece más alta que Keops, y Keops). En primer plano, las tres pequeñas pirámides de reinas del conjunto funerario de Mikerinos.

Mikerinos se llama Menkaure, es decir «la potencia de la luz divina es estable»; su pirámide es «la divina».

Keops se eleva a 146 m; Kefrén llega casi a los 144 m; Mikerinos, la más pequeña, supera los 65 m de altura.

Sorprendentemente, lo que denominamos la «llanura de las pirámides» no es natural sino que fue aplanada por las manos del hombre tras unos trabajos cuya importancia puede sospecharse.

Las tres pirámides se dispusieron de acuerdo con un eje que iba del nordeste al sudoeste de la planicie, en el que la Gran Pirámide ocupa el borde norte. El territorio de las pirámides se llamaba, en egipcio, Occidente, la región del poniente donde el alma encuentra reposo pero, también, «Debajo del dios», es decir la tierra sagrada de la necrópolis colocada bajo la protección divina y, asimismo, «Cerca-de-lo-alto», pues Gizeh era el lugar que permitía que el espíritu de los faraones accediese a los espacios celestiales.

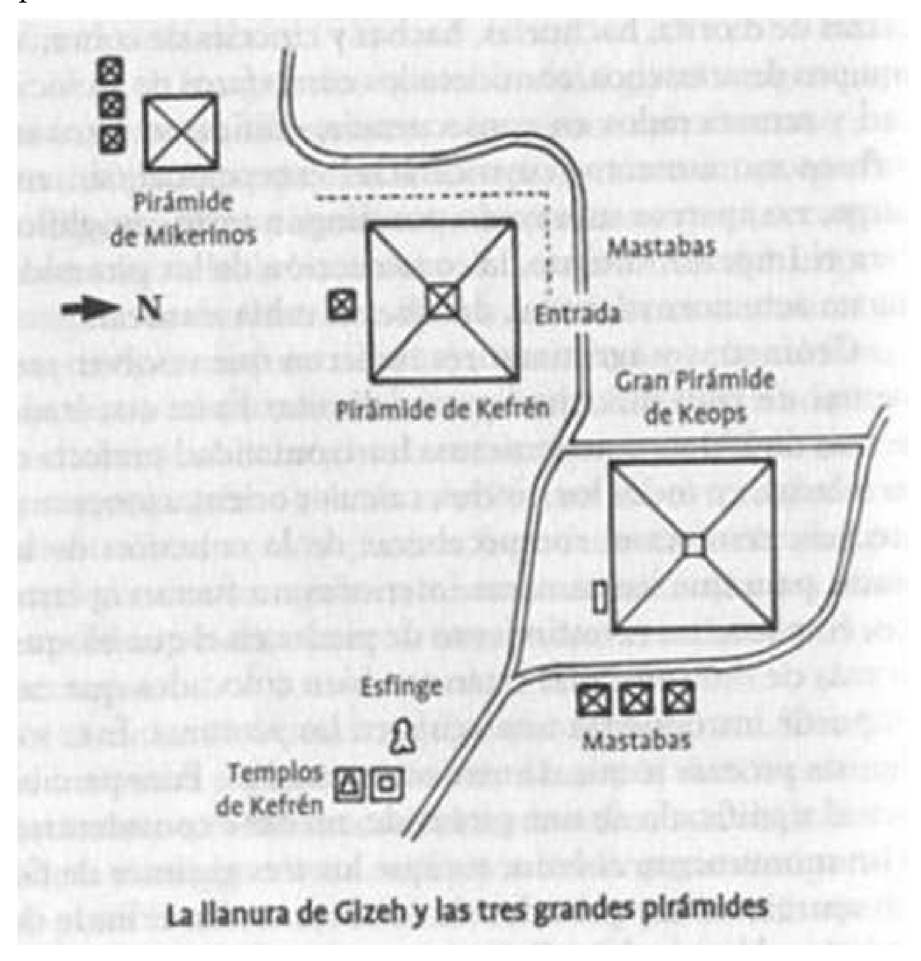
Uno de los grandes misterios del Egipto antiguo es el modo como se construyeron las pirámides. Durante mucho tiempo se propagó el tendencioso relato del griego Herodoto, quien gustaba de contar chismes y que se complació ensuciando la memoria de los faraones del Imperio Antiguo, convirtiendo a Keops y Kefrén en abominables tiranos. A Herodoto debemos también la estúpida fábula según la cual cientos de miles de esclavos, sufriendo bajo el sol, tratados a latigazos, reducidos al estado de bestias de carga, pagaban con su salud o su vida el transporte de enormes bloques de piedra. Esta fantasía estúpida, por desgracia, fue recogida en numerosos manuales escolares e, incluso, en obras que se pretendían científicas o documentadas.

La esclavitud existía en Grecia, no en Egipto. El faraón no trabajaba contra su pueblo. Maestros de Obra, constructores y artesanos constituían la «clase social» más respetada y más poderosa del Egipto del Imperio Antiguo. En las grandes canteras del faraón, como en las de nuestra Edad Media, había un reducido número de especialistas ayudados por gran número de peones, a los que se pagaba y se consideraba según sus méritos. La vida del bajo pueblo egipcio se conoce perfectamente por las escenas y los textos de las tumbas del Imperio Antiguo. A pesar de la dureza de los trabajos de los artesanos y los campesinos, no hay rastro alguno de tiranía u opresión por parte de los nobles o del faraón. Las pirámides de Gizeh no son obra de oprimidos y esclavos, sino de una élite de Maestros de Obra, de una civilización en la plenitud de su

genio, capaz de una extraordinaria organización del trabajo, desde la extracción de las piedras hasta su levantamiento, pasando por el transporte. Durante los meses de inundación, buena parte de la población descansaba. Numerosos peones eran reclutados entonces para trabajar en la obra de las pirámides. Se supone que sin rueda ni polea, aunque se conocieran esas técnicas, con taladros de broca de sílex, percutores y hojas de sílex, mazas de diorita, hachuelas, hachas y cinceles de cobre, los equipos de artesanos, considerados como faros de su sociedad y remunerados en consecuencia, edificaron estos inmensos monumentos cuyo carácter excepcional, sin embargo, no aparece subrayado por ningún texto jeroglífico. Para el Imperio Antiguo, la construcción de las pirámides fue un acto normal, ritual, del que no cabía alardear.

Geómetras y agrimensores tuvieron que resolver problemas de gran dificultad para delimitar bases cuadradas de más de 200 m, conseguir una horizontalidad perfecta de las hiladas, en todos los niveles, calcular orientaciones muy precisas, resolver el rompecabezas de la cohesión de las masas para que las cámaras interiores no fueran aplastadas, emplazar un revestimiento de piedra en el que bloques de más de dos toneladas están tan bien colocados que casi no puede introducirse una aguja en las junturas. Ésas son algunas proezas técnicas entre otras muchas. Para percibir bien el significado de una pirámide, no debe considerársela un monumento aislado, aunque los tres gigantes de Gizeh aparezcan hoy privados de su entorno. En el linde del desierto, al borde del valle, había un templo bajo o templo de acogida donde se practicaban ritos de purificación; de este templo partía una calzada cubierta, con los muros decorados con relieves, que llevaba a un templo alto, en la cara este de la pirámide. El conjunto simbólico se completaba con una pequeña pirámide, por lo general al sur de la grande; era el lugar de reposo del alma del rey o de su compañera, la reina, como principio espiritual femenino. En tomo a este complejo arquitectónico, gigantesco ya, se edificaban las tumbas de los nobles, las

mastabas, formando verdaderas «calles de tumbas». Así, se reconstruía la corte real para el viaje por este mundo y por el otro, de modo que la vida sigue «girando en redondo», puesto que el cuerpo del faraón resucitado rodeaba el universo como un círculo.



La llanura de Gizeh y las tres grandes pirámides

¿Son tumbas las pirámides? Sí, responden a coro la mayoría de los egiptólogos, prefiriendo un error relativo a las elucubraciones ocultistas que convierten las pirámides en monumentos proféticos que anuncian cataclismos, guerras o epidemias, pero siempre después del acontecimiento. En la época bizantina, la teoría oficial afirmaba que las pirámides eran antiguos graneros para trigo. En el siglo XII, un califa árabe consiguió llegar hasta el interior de la

Gran Pirámide y descubrió allí un curioso sarcófago donde reposaba una momia cubierta de oro y pedrería. No se dio crédito a su relato. Los árabes, más tarde, se mostraron poco preocupados por la importancia de los grandes monumentos y comenzaron a destruir su revestimiento, que fue desmantelado entre el siglo XIII y el XVII, privando a las pirámides del prodigioso atavío calcáreo que irradiaba su luz bajo el sol. Los bloques sirvieron para construir las casas de El Cairo, uno de los actos de vandalismo más lamentables de la historia.

La palabra pirámide procede del griego *pummis*, «pastel de trigo», golosina que tenía forma triangular. En jeroglífico, pirámide se dice *mer*, palabra que era sinónimo de tres términos importantes más, «azada», «canal» y «amor». En esta lengua hay un principio esencial, el «juego de palabras». Cuando las palabras se parecen tanto, es porque tienen algo en común. Entre la pirámide y la azada, que servía para excavar los fundamentos del templo, se subraya el tema de la construcción; entre el canal y la pirámide se subraya el del monumento por el que pasa la energía divina, siendo la pirámide el canal por el que circula la fuerza creadora entre cielo y tierra. Además, los canales de riego eran para Egipto un verdadero sistema sanguíneo del que dependía la vida de todos; la pirámide es, también, una construcción vital de la que dependía el equilibrio espiritual de las Dos Tierras. Finalmente, la relación entre «pirámide» y «amor» indica que el monumento está destinado a captar el amor divino, que crea permanentemente el mundo.

La pirámide se concibió como la expresión monumental, en piedra, de la colina primordial, la primera eminencia brotada del Océano original, al alba de la creación. Es, pues, el recuerdo simbólico de la primera mañana, de la edad de oro. Ahora bien, cada año, durante la inundación, el valle y las tierras quedaban cubiertos de agua. Sólo emergía del paisaje la llanura de Gizeh con sus monumentos de eternidad. Los Maestros de Obra habían recreado la realidad de los primeros instantes de la vida en la tierra, y los

egipcios volvían a descubrirla, año tras año, cuando el Nilo sumergía el país para fecundarlo.

Las leyendas afirman que las pirámides contienen tesoros. Tienen razón, pero matizando que se trata de tesoros espirituales, referentes a la resurrección y a la vida en espíritu. Antiguos escritos indican que en la Gran Pirámide están inscritas estrellas y textos que conceden la ciencia de los talismanes, de los remedios, de la arquitectura, en resumen, todo el saber humano. Es una evocación de los *Textos de las pirámides*, que no figuran en los tres edificios de Gizeh, pero que eran utilizados por aquel entonces, antes de aparecer unos años más tarde en el interior de la pirámide de Unas.

Triángulo de luz petrificada, otero primordial que revela los misterios de la creación, centro espiritual de un país y de un pueblo, la pirámide es la más perfecta expresión geométrica y arquitectónica de lo sagrado. Algunos egiptólogos por fin comienzan a decir en voz alta lo que muchos piensan en voz baja: ningún faraón habría realizado tamaños esfuerzos para edificar una simple tumba.

Consejo práctico

Trayecto que suele tomarse para dirigirse a las pirámides de Gizeh (si no se reside en las proximidades): la «avenida de las pirámides», que va de El Cairo al pie del hotel Mena House. De ahí se toma una rampa que lleva hacia la Gran Pirámide.

Camino menos utilizado y más conforme con el significado del paraje: abandonar la avenida de las pirámides antes de un canal, un kilómetro antes del final, tomar a la izquierda una carretera que flanquea ese canal, cruzar un puente, atravesar una aldea y proseguir hasta la Esfinge. Se pasará así ante el guardián de las pirámides antes de dirigirse a ellas.

La Gran Pirámide de Keops

Su nombre: la región de luz. Su altura actual: 137 m (146 m en su origen), una masa de piedras de más de dos millones quinientos mil metros cúbicos, más de 230 m de anchura de los lados a la base, 6 millones de toneladas de piedras, algunas de las cuales pesan más de 15 toneladas, una superficie de más de 4 hectáreas, cuatro caras inclinadas a 51º 52' y orientadas con sorprendente precisión hacia los cuatro puntos cardinales.

Éstas son las medidas del gigante cuyo Maestro de Obra fue el faraón Keops, quien veneraba especialmente al dios-carnero Khnum, el alfarero que modelaba el mundo en su torno. El faraón se mostró digno de su divino maestro.

Del reinado de Keops no se sabe prácticamente nada. Las civilizaciones felices no tienen historia. Del faraón que concibió el mayor de los gigantes de piedra sólo subsiste, por ironías del destino, la más modesta de las efigies, una estatuilla de 5 cm de altura, que se conserva en el Museo de El Cairo. Es un boceto de escultor, en el que se ve al rey coronado sentado en su trono. Un texto nos comunica que la estatua de oro de Keops ha sido «dada a luz» y que su boca ha sido abierta: es decir que se han celebrado los ritos de resurrección. Pero su último «soporte» sigue siendo la Gran Pirámide.

El gigantesco monumento ha sobrevivido, aunque su revestimiento calcáreo fuera enteramente desvalijado por los árabes; el recinto, el templo funerario, la calzada cubierta de relieves que unía el templo bajo con el templo alto han desaparecido casi por completo. Del «complejo piramidal» de Keops sólo queda el sanctasanctórum, la propia pirámide, y tres pequeñas pirámides al este. Una de ellas se convirtió en santuario de Isis durante la XXI dinastía. Es decir que esos monumentos eran de naturaleza «femenina», sin duda consagrados a reinas.

Al este de la Gran Pirámide se encuentra el conjunto de las mastabas pertenecientes a los grandes personajes de la corte de

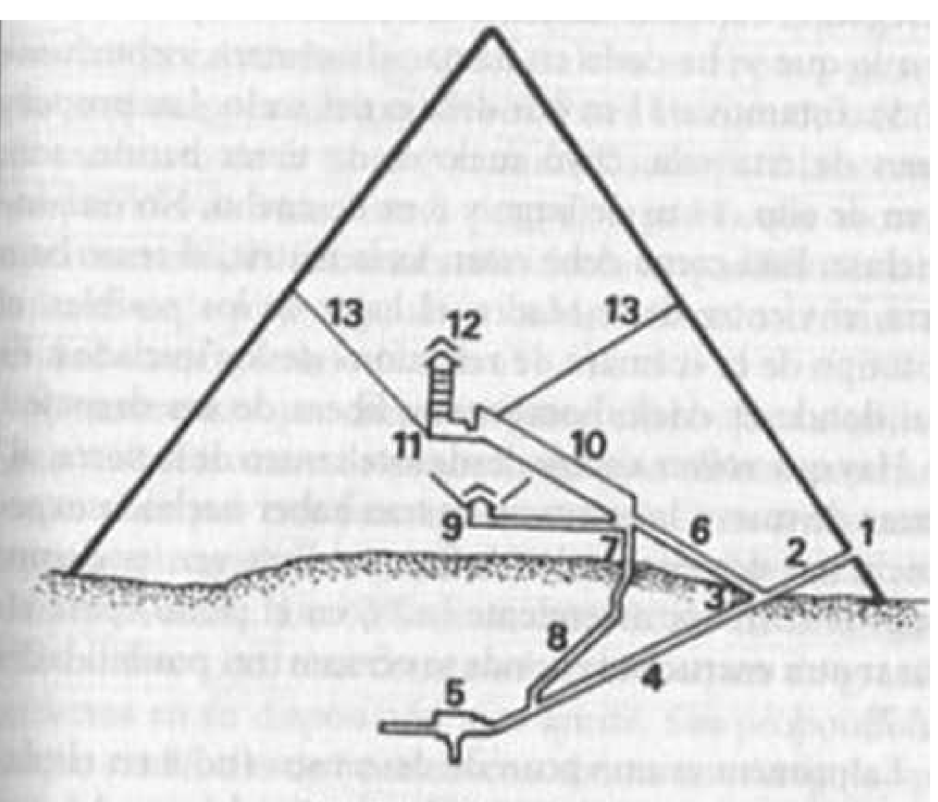
Keops, entre ellos su madre, la reina Hetep-Heres, a la que hizo célebre el descubrimiento de su tumba inviolada donde se conservaba perfectamente un admirable mobiliario.

El conjunto de tumbas —algunas de las cuales han vuelto a quedar enterradas en la arena y se han perdido tras haber sido encontradas por Mariette— ha sido objeto de excavaciones americanas. Por desgracia, no son accesibles al público.

En 1954 se produjo un acontecimiento inesperado junto a la cara sur de la Gran Pirámide. Los arqueólogos estaban convencidos de que nada podía descubrirse en semejante lugar. Unos escombros dificultaban el paso, los quitaron, cavaron… y esas fortuitas excavaciones pusieron al descubierto unas inmensas losas, de 15 a 20 toneladas cada una. Las retiraron y pudo contemplarse una magnifica barca de cedro del Líbano, parcialmente desmontada. La embarcación, reconstruida en 1968, está hoy en un museo, ante la cara sur de la Gran Pirámide. Había cuatro barcas más: dos en la cara este, otra en la cara sur y la cuarta en la norte. Las barcas desempeñan un gran papel en la mitología y el culto. Las de Keops servían para los viajes del espíritu del rey, que atraviesa la noche y el día en compañía del sol, lanzándose también por las rutas navegables del cielo. El faraón forma parte de la tripulación divina de la barca que recorre sin cesar el universo, velando por el buen orden del cosmos.

En el interior de la Gran Pirámide: un camino iniciático

La visita al interior de la Gran Pirámide es una experiencia inolvidable. Es también una prueba física que no se aconseja a los claustrofóbicos, pues es obligado trepar inclinado en una atmósfera bastante asfixiante hasta la «cámara del rey», donde, gracias a los canales de ventilación excavados en la masa de piedra, se disfruta de un aire la mar de agradable.



La Gran Pirámide de Keops

Descripción del plano

① Entrada.
② Corredor descendente.
③ Encrucijada.
④ Corredor descendente que lleva a la sala subterránea.
⑤ Sala subterránea.
⑥ Corredor ascendente.
⑦ Encrucijada de tres caminos.
⑧ Pozo de bajada.
⑨ Cámara media (llamada «de la reina»).
⑩ Gran galería.
⑪ Sanctasanctórum, llamado «cámara del rey».
⑫ Cámaras superiores, llamadas «de descarga».
⑬ Conductos de ventilación.

La entrada de la Gran Pirámide se halla en la cara norte, a 15 m por encima del suelo, a la altura de la decimotercera hilada (n.º 1 en el plano). Se comienza por bajar, tomando un corredor (n.º 2) que desemboca en una primera encrucijada (n.º 3). Allí, tres tapones de granito cerraban el paso. Era preciso franquear esta triple puerta nombrándola, demostrando así que se conocía «la contraseña».

Antes de subir, era preciso llegar hasta el fin del «descenso a los Infiernos». Desgraciadamente, hoy es imposible seguir el corredor descendente (n.º 4 en el plano) y llegar a lo que se ha dado en llamar «la cámara inconclusa» (n.º 5). Estamos a 31 m por debajo del suelo. Las proporciones de esta sala, cuyo suelo es de tierra batida, son: 3,5 m de alto, 14 m de largo y 8 m de ancho. No está inconclusa. Está como debe estar. Es la matriz, el reino bajo tierra, el vientre de la Madre, el lugar de los posibles, el prototipo de la «cámara de reflexión» de los iniciados. Es aquí donde el «viejo hombre» se libera de sus despojos.

Hay que volver a subir desde este centro de la tierra, alcanzar de nuevo la encrucijada tras haber hecho la experiencia del descenso a los Infiernos. Esta vez, podemos tomar el corredor ascendente (n.º 6 en el plano) para alcanzar otra encrucijada donde se ofrecen tres posibilidades (n.º 7).

La primera es un «pozo de descenso» (n.º 8 en el plano), camino sinuoso que nos devolvería al lugar del que venimos, por debajo de la pirámide. La segunda es un camino que lleva hacia lo alto, ampliándose y convirtiéndose en la «Gran Galería». La tercera es un camino horizontal que nos permitirá explorar el nivel alcanzado, llegar hasta el final y descubrir la cámara mediana de la pirámide (n.º 9), incorrectamente bautizada como «cámara de la reina», situada en el eje del monumento. De 6,70 m de alto, 5,70 m de largo y 5,20 m de ancho, es una abertura en la masa interior de la pirámide. Sus bloques están admirablemente ajustados. Las piedras que forman su suelo están dispuestas de modo irregular. En

la pared este hay una hornacina. Así pues, en las tinieblas se rendía culto a la luz naciente.

Volvamos luego al punto de conjunción de las tres vías y subamos de nuevo por la Gran Galería (n.º 10 del plano). Caso único en la arquitectura universal, de 47 m de largo y 8,50 m de alto, es un prodigio de técnica que los arquitectos contemporáneos no estarían seguros de poder igualar.

Se experimenta una intensa sensación de vastedad y elevación después de los estrechos corredores que hemos atravesado. El ajuste de los bloques es perfecto. A lo largo de los muros descubrimos banquetas en las que se han practicado cavidades. La Gran Galería es el paso entre la sala mediana y la cámara del rey, entre el segundo y el tercer santuario de la Gran Pirámide. Tanto para la momia, receptáculo de vida, como para el iniciado que recorría este itinerario, es una mutación decisiva que lleva hasta el corazón de la pirámide, al sanctasanctórum o cámara del rey (n.º 11 del plano).

Primero hay que cruzar un gran rellano que culmina la Gran Galería, antes de penetrar en este último santuario constituido por tres partes: un vestíbulo, una antecámara cerrada por gradas de granito y la cámara funeraria propiamente dicha. De 5,85 m de alto, 10,45 m de largo y 5,22 m de ancho, está construida con bloques de granito perfectos en su disposición y su ajuste. Sus proporciones fueron calculadas de acuerdo con el famoso triángulo «pitagórico» (que de hecho es egipcio) o triángulo sagrado 3/4/5. El techo está constituido por nueve losas de granito de un peso de 400 toneladas, que evoca la enéada de los dioses, en el origen de toda vida.

En este lugar donde reina la divina proporción tenemos de pronto la impresión de respirar mejor, de haber llegado por fin al término de una larga andadura y de un incómodo ascenso. Es sólo una impresión. Gracias a dos canales de ventilación practicados en

los flancos norte y sur de la pirámide (n.º 13 del plano), respiramos el aire Procedente del exterior. Son los canales del alma, uno orientado hacia el eje del cosmos, la estrella polar, al norte; el otro hacia Orión, la estrella del sur.

Al oeste de la cámara del rey, la tumba, un sarcófago de granito. Ni ornamento, ni inscripción, ni tapa; 1,03 m de alto, 2,24 m de largo, 0,96 m de ancho. Ni rastro de la momia, tal vez nunca la hubo. En una de las escasas pirámides no «violadas», se abrió una sepultura intacta… y la cubeta funeraria no contenía momia. Es cierto que algunas pirámides no fueron sólo tumbas sino que sirvieron como templos de iniciación, comenzando por la del propio faraón, mientras vivía. El que se tendía en el ataúd de piedra concebido según la divina proporción vivía un rito de resurrección tal como aparece, ampliamente descrito, en los *Textos de las pirámides*.

Por encima de la cámara del rey, cinco pequeñas estancias superpuestas (n.º 12 del plano), muy bajas, la más alta de las cuales tiene un techo a dos aguas. Este extraño dispositivo parece haber tenido la misión de aliviar el formidable peso de las piedras sobre la cámara del rey y asegurar la estabilidad de la pirámide en caso de seísmo. Un detalle esencial, en las dos pequeñas estancias más elevadas se encontró, grabado en rojo, el nombre de Keops. Allí estaba, oculto para siempre, condenado al anonimato.

* * *

Desde lo alto de la Gran Pirámide, plataforma cuadrada que en su origen media aproximadamente 3 m de lado, se descubre un paisaje inolvidable (siempre que se haya podido efectuar la ascensión, que exige prudencia y una buena forma física). Ante nuestros ojos, a lo largo de varios kilómetros, se revela la necrópolis entera. El mundo de las tumbas egipcias es un universo de vida. Del paraje no emana tristeza sino una formidable esperanza en el Hombre, una confianza en un más allá vivido, experimentado. Desde la ci-

ma de ese gigante de piedra contemplamos mucho más que cuarenta siglos. Tenemos enfrente la eternidad.

La Gran Pirámide no estaba concluida. Falta el piramidión. La más perfecta obra maestra de la geometría sacra no podía estar terminada. Pues sólo Dios, decían los antiguos sabios, puede concluir la obra del hombre.

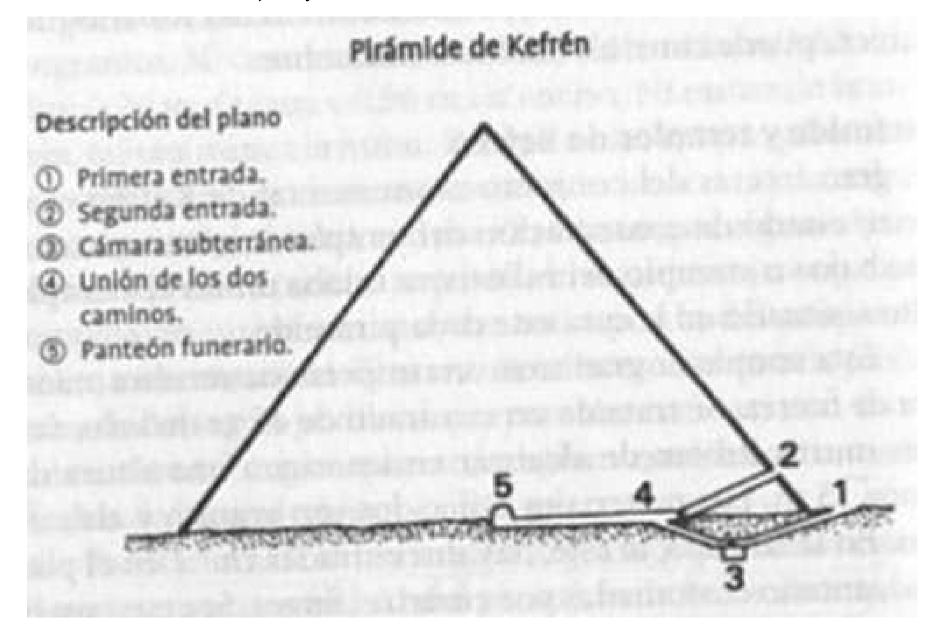
Pirámide y templos de Kefrén

El gran interés del conjunto monumental de Kefrén es el buen estado de conservación del templo de granito, «templo bajo» o «templo del valle», que estaba unido al «templo alto», situado en la cara este de la pirámide.

Este templo de granito es una impresionante obra maestra de fuerza. Se trata de un cuadrado de 45 m de lado, cuyos muros debían de alcanzar en su origen una altura de unos 15 m. Los materiales utilizados son granito y alabastro. En la fachada, al este, hay dos entradas (n.º 1 en el plano), antaño custodiadas por cuatro esfinges. Sea cual sea la entrada utilizada, se llega a un vestíbulo (n.º 2), luego a una gran sala dispuesta en T invertida (n.º 3) con dieciséis pilares monolíticos, de rigurosa austeridad. Contra las paredes estaban adosadas veintitrés estatuas de Kefrén. Una de ellas, en diorita, muestra al faraón sentado en su trono con el halcón Horus ciñéndole la nuca con sus alas en la que tal vez sea la más hermosa estatua egipcia.

A la izquierda, al sudoeste de la barra superior de la T invertida (n.º 4 en el plano), tres profundas hornacinas; a la derecha, al noroeste, el corredor que lleva hacia la pirámide (n.º 5). Antes de salir de este templo para proseguir el camino hacia lo alto, es preciso, rendir culto en este santuario a tres hornacinas donde se veneraba el dios único en forma de triada.

El edificio estaba cubierto. Reinaba allí una atmósfera de intenso recogimiento. El arquitecto había jugado con pequeñas aberturas para que la luz iluminara las estatuas reales en función de los distintos momentos del día. Ese templo era, por tanto, el de la animación de las estatuas reales por la luz divina, lo que permitía transformar la materia inerte en ser vivo: se abría ritualmente la boca y los ojos del faraón, que revivía en su nuevo cuerpo de piedra. £n este templo, donde todo es ángulo recto, el visitante tendrá a la vez la impresión de descubrir el rigor propio del Imperio Antiguo y una solidez inmutable. Caminaremos también por una especie de laberinto cuyas vías no están destinadas a perdernos sino a llevamos más lejos y más arriba.



De la rampa que sale del templo bajo y del templo alto hacia el que conducía subsisten nada más unos pobres vestigios. Ese templo alto, sin embargo, seguía parcialmente en pie a comienzos del siglo VXIII, antes de ser explotado como cantera. Podemos ver aún un bloque de 400 toneladas, uno de los mayores del paraje de Gizeh y con el que los desvalijadores no supieron qué hacer. Mientras que el templo bajo tenía una triple hornacina, el templo alto se

basaba en el número 5. Así, se rendía culto a cinco estatuas reales, cinco aspectos de la persona divina del faraón.



Del lado este de la pirámide debemos pasar al lado norte para descubrir su entrada. Kefrén no es menos colosal que Keops. Con 143 m de alto originalmente, hoy sólo alcanza los 136,40 m. Su silueta es característica, pues ha conservado, en su vértice, parte del revestimiento. 214,80 m de longitud de los lados, en la base, una inclinación de las caras de 53º 8’ calculada gracias al triángulo sagrado, 2200000 m3 de piedras:[9] ésas son algunas de las medidas

del segundo gigante de Gizeh apenas inferior a su hermano mayor.

La diferencia, sin embargo, será muy clara en el recorrido interior de la pirámide. En Keops hemos descubierto tres cámaras, de abajo a arriba, tres etapas de la realización del ser. El templo bajo de Kefrén tenía dos entradas: lo mismo ocurre con su pirámide. La primera entrada se abre a ras de suelo, un poco adelantada con respecto a la pirámide, en el enlosado del contorno (n.º 1 en el plano); es la que actualmente se utiliza para la visita.



Gizeh. La pirámide de Kefrén. El documento permite distinguir perfectamente, en el suelo, el trazado de la muralla. Puede verse también la propia llanura de las pirámides, que domina la moderna ciudad de El Cairo.

La segunda entrada está más arriba. A unos 12 m por encima de este enlosado, a la altura de la 10ª hilada (n.º 2). Ambas, siguiendo el mismo esquema que la Gran Pirámide, desembocan en un corredor descendente. El corredor que corresponde a la primera entrada llega a una cámara subterránea (n.º 3 en el plano) que está «inconclusa», como es debido. Nos encontramos bajo tierra, como

en la cámara correspondiente de la Gran Pirámide, en el interior de una matriz de resurrección donde todo se prepara. Al salir de estos «Infiernos» positivos, se asciende por un corredor y en una sección horizontal se encuentra el otro corredor que parte de la segunda entrada: es la unión de los dos caminos (n.º 4 en el plano). Ambos ya sólo forman uno, la vida se vuelve recta, horizontal, fácil, hasta llegar a un vasto panteón funerario que contiene una cubeta de piedra vacía y sin ninguna inscripción, como en la cámara del rey de la Gran Pirámide. Esta sala está recubierta de enormes bloques calcáreos y mide 4,97 m por 14,13 m, alcanzando los 6,84 m de alto en su parte más elevada. Cerca del sarcófago hay una cavidad para los canopes, vasos rituales que contienen las vísceras del faraón.

En el interior de esta pirámide reina una atmósfera muy apacible. De las piedras parece emanar una suave luz. Tan difícil y exigente es la «visita» a Keops, como tranquila, casi fácil es la de Kefrén. En el primer caso, es cierto, debemos cubrir un camino vertical para acceder al corazón del gigante, al centro de la construcción. En el segundo caso, aunque la vía principal es horizontal, exige sin embargo reunir ambos caminos que se habían separado, como hiciera el faraón al colocarse la «doble corona» que unía el Alto y el Bajo Egipto. Se cumplía con ello el deseo formulado en el nombre egipcio de Kefrén: que la luz divina aparezca.

La pirámide de Mikerinos

Mikerinos, Menkaure, significa en egipcio: «la potencia de la luz divina es estable». Su pirámide realiza maravillosamente este «programa». Se trata de un monumento paradójico. Es ciertamente la más pequeña de las tres, con una altura de unos 65 m y una longitud de lado, en la base, estimada entre 105 y 108 m. Las distintas medidas son aún muy imprecisas, la más pequeña de las grandes pirámides es, sin embargo, también aquella en la que se

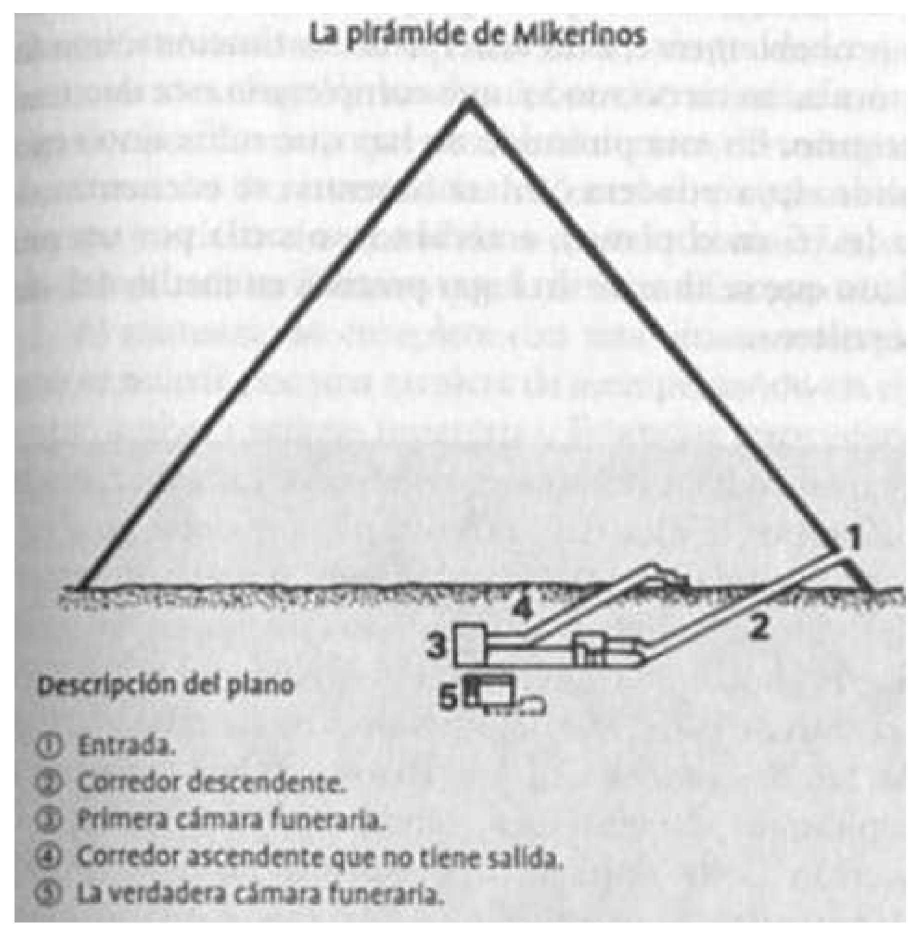
utilizaron bloques de mayor tamaño. En materia de estabilidad, nada tiene que envidiar a ningún otro monumento.

Una inscripción indica que el faraón acude a menudo a inspeccionar las obras para verificar el progreso de los trabajos, insistiendo ante el Maestro Real de los albañiles para que se respeten los plazos. Sabemos así, al mismo tiempo, que ese Maestro estaba a la cabeza de cincuenta obreros y dos artesanos de élite, lo que confirma una vez más el escaso número de especialistas presentes en estas enormes obras.

Hay historias de mujeres en torno a esa pirámide. Primero los griegos, muy aficionados a los chismes falsos, Propalaron el rumor de que Mikerinos prostituyó a su propia hija a fin de obtener el dinero necesario para finalizar las obras. Pura invención. Luego, la leyenda afirmaba que una tal reina Nitokris, que efectivamente vivió a finales del Imperio Antiguo, concluyó la construcción y se hizo enterrar en la pirámide, en un sarcófago de basalto azul que, desgraciadamente, no ha sido encontrado. Por último, Rhodopis, la hermosa de rosadas mejillas, es indisociable del monumento. La joven princesa se estaba bañando en el Nilo cuando un halcón, o un águila, bajó de lo alto del cielo para robarle una de sus sandalias y la dejó luego caer en las rodillas del faraón, en Menfis. Inmediatamente seducido por la idea del hermoso pie que debía proteger semejante sandalia, el rey mandó localizar a su propietaria. La desposó y ella se convirtió en reina de Egipto. El lector habrá reconocido, fácilmente, el original egipcio del célebre cuento de la Cenicienta. Rhodopis no ha muerto. Desnuda, tan bella como siempre, aparece a veces, muy cerca de la pirámide, a mediodía y cuando el sol se pone. Los que se acercan a ella, seducidos por su belleza, se enamoran perdidamente y se vuelven locos. Olvidan que para amar a Rhodopis hay que ser faraón…

La sólida pirámide de Mikerinos ha conservado parte de su revestimiento calcáreo que, en el siglo XIV, permanecía intacto. El tercio inferior del monumento estaba revestido de granito, del que

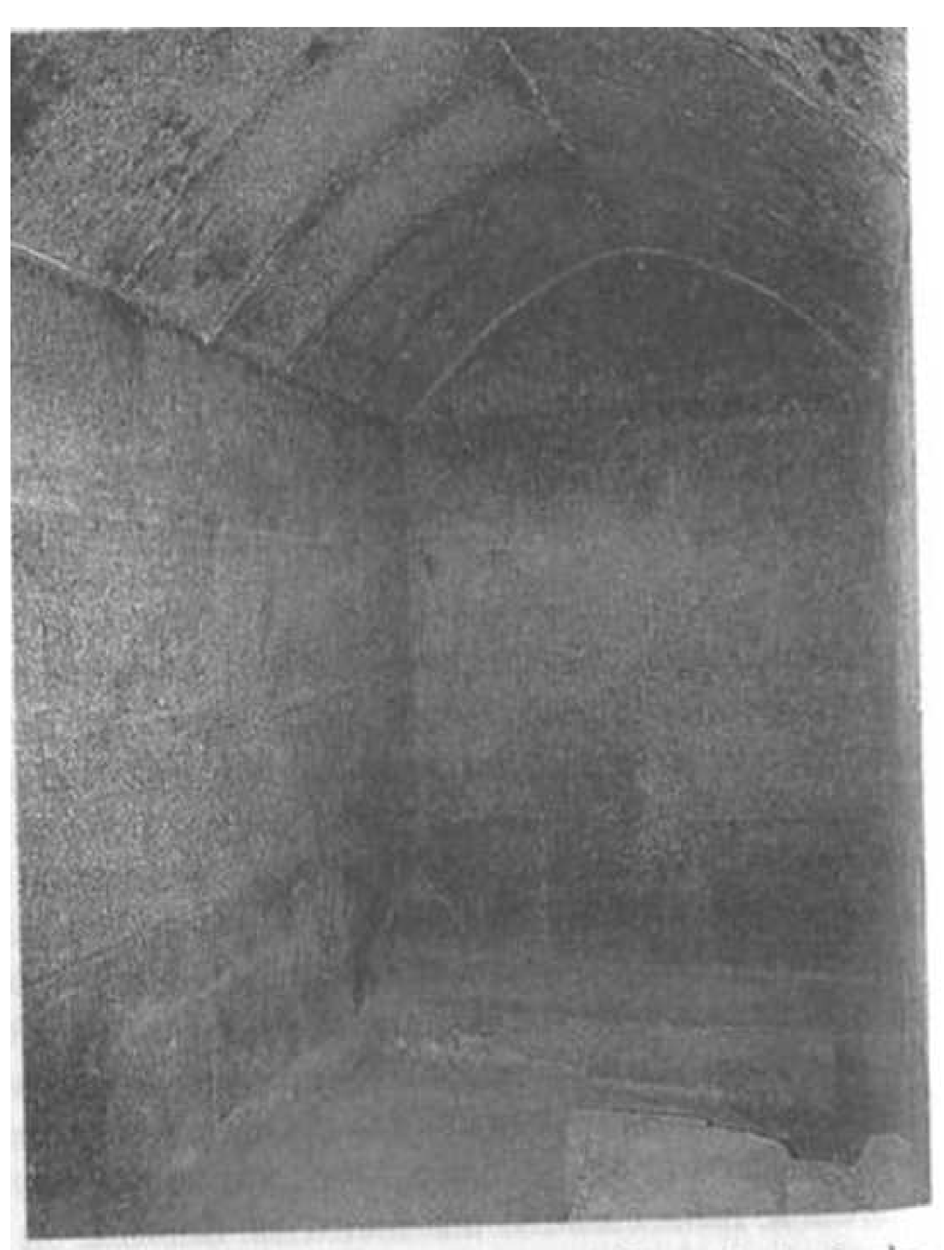
se conservan imponentes restos en las caras norte y este. En la cara este se levantaba el templo funerario, destruido en el siglo XVIII. Allí se descubrieron las célebres tríadas de Mikerinos (hoy en el Museo de El Cairo), donde el rey aparece rodeado de diosas o personificaciones de provincias. Las tres pequeñas pirámides, al sur de Mikerinos, estaban dedicadas a reinas. Por lo demás, encontramos de nuevo el número tres, que parece haber sido especialmente importante para este faraón.



El interior de la pirámide de Mikerinos presenta numerosos enigmas. La entrada, como era regla en la época, se halla en la cara norte, a unos cuatro metros por encima del nivel del suelo. Esta pirámide raramente se visita, pues el recorrido resulta bastante

penoso. Tomemos pues esta entrada (n.º 1 del plano): no nos extrañará encontrar un corredor que desciende hacia las entrañas de la tierra (n.º 2). El corredor se vuelve horizontal y se topaba con unas gradas de granito, una vez superadas, se llega a una gran cámara funeraria (unos 4 m de alto, 10,57 m por 3,85 m, n.º 3 en el plano). Todo parece indicar que nos hallamos en la cámara funeraria de Mikerinos. En realidad, no es así. De la estancia sale un corredor (n.º 4) en sentido ascendente, que es en realidad un callejón sin salida. No permite llegar al interior de la pirámide. Además, al oeste de esta Rancia se había excavado una hornacina. Contenía un sarcófago con el nombre de Mikerinos. ¡Pero era una obra y posterior a su reinado! A su lado, algunos restos moqueados. No son los del faraón ni los de algún egipcio del Imperio Antiguo. Se supone que pertenecen a un ladrón o, más probablemente, a un «cuerpo de sustitución», una falsa momia, en cierto modo, que completaría este decorado de engaño. En esta pirámide no hay que subir sino seguir bajando. La verdadera cámara funeraria se encuentra debajo (n.º 5 en el plano), accediéndose a ella por un paso oblicuo que se abre en un lugar preciso, en medio del «falso sepulcro».

Esta vez llegamos al centro vital de la pirámide, una magnífica cámara totalmente revestida de granito, que contenía un sarcófago de basalto decorado en fachada de palacio, decoración de la que ya vimos un ejemplo monumental en el recinto de la pirámide de Zoser, en Saqqara. No hay cuerpo en el interior, y, el colmo del infortunio, el sarcófago ha desaparecido. El barco que lo llevaba a Europa naufragó.



Gizeh. Pirámide de Mikerinos, la cámara funeraria. Aquí se hallaba el sarcófago del faraón, la «morada de resurrección» donde se convertía en un ser inmortal.

El santuario se completa con una última estancia a la que se accede por una escalera de siete peldaños, en el paso entre ambas cámaras funerarias. Estancias muy pequeñas, hornacinas en número de seis se abren en las paredes norte y este. En este lugar se celebraba el culto del alma del rey, en las profundidades de la tierra.

* * *

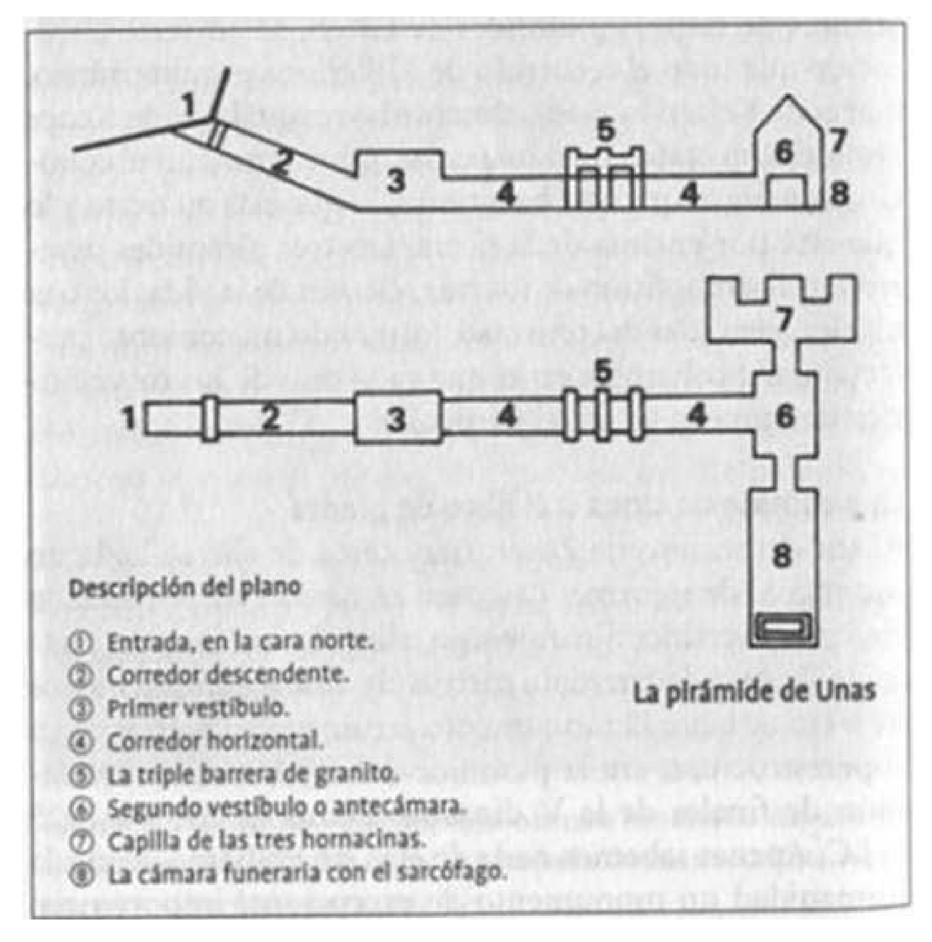
Si echamos una mirada al conjunto de los caminos interiores de las tres pirámides de Gizeh, se advierte claramente que todo el recorrido de Mikerinos es subterráneo, que el de Kefrén es esencialmente horizontal y el de Keops vertical, con etapas bien marcadas. Obtenemos así el conocimiento de lo que está bajo tierra, lo que está en tierra y lo que está por encima de la tierra. Las tres pirámides desarrollan el simbolismo de los tres rellanos de la vida, los tres niveles esenciales del universo, formando un conjunto perfectamente coherente en el que cada uno de los tres edificios desempeña su papel particular.

La pirámide de Unas o el libro de piedra

Al sur del recinto de Zoser, muy cerca de allí, se halla un montículo de informes cascotes. Es fácil pasar por su lado sin casi advertirlo. Sin embargo, allí se levantaba una pirámide de más de cuarenta metros de altura aunque menos de 60 m de lado. El monumento arruinado, al menos en su superestructura, era la pirámide del rey Unas, oscuro faraón de finales de la V dinastía. Reinó de 2355 a 2325 a J. C. Apenas sabemos nada de él y, sin embargo, legó a la humanidad un monumento de excepcional importancia.

No nos fiemos, por tanto, de las apariencias y penetremos en la pirámide o, más exactamente, bajo la pirámide para revivir el descubrimiento que en 1881 hizo el egiptólogo francés Maspéro, en 1881. Una gran calzada decorada con escenas del transporte de columnas, en barcos procedentes de Asuán conducía a esta pirá-

mide. La entrada del monumento, como era regla entonces, se sitúa en la cara norte. Recordamos a otro «explorador» ilustre, Khaemuase, hijo de Ramsés II, quien mandó se efectuaran trabajos de restauración y restablecer el nombre de Unas que no figuraba en la pirámide. Este arqueólogo anticipado acertó a vislumbrar el interés del monumento.

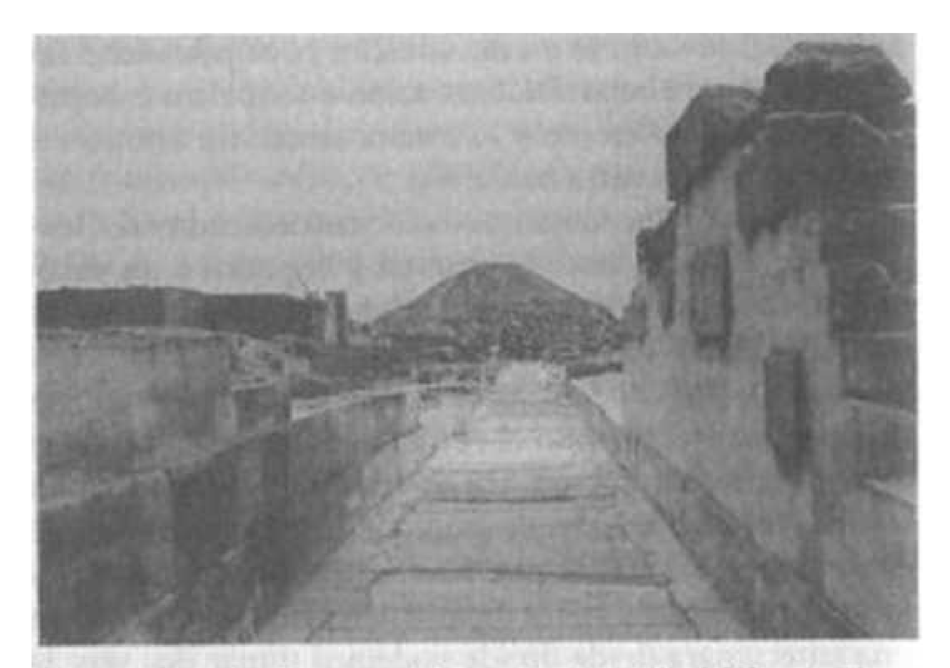


Para entrar es preciso inclinarse. Sobre el corredor descendente, hallamos un elemento tan impresionante como tranquilizador: un bloque que formaba parte de la hilada de base del revestimiento del edificio, cuyo peso debe superar las 30 toneladas. La decoración queda clara enseguida: se trata de lo eterno y lo monumental, un asunto del que estos lugares van a hablarnos.

El corredor que tomamos comienza descendiendo; luego, el recorrido se hace horizontal y llegamos a un vestíbulo de 2 m por 2 m, donde podemos incorporarnos. Se trata sólo de un rellano de descanso. Estamos bajo tierra, hemos abandonado la superficie de las cosas, pero sólo es un comienzo. Siguiendo el corredor horizontal, debemos bajar de nuevo la cabeza. En el recorrido nos aguarda un triple obstáculo. Una triple grada de granito que nos exige el conocimiento de las puertas (lo proporcionaban unos formularios rituales) para seguir adelante y desembocar en una antecámara desde donde podemos tomar dos vías: la de la izquierda lleva a una capilla con tres hornacinas, la de la derecha a la sala del sarcófago.

Al final del corredor horizontal, una vez superadas las gradas de granito, pudimos observar la presencia de jeroglíficos en los muros; en la antecámara hay otros. Y cuando se penetra en la sala del sarcófago, después de traspasar una tercera «compuerta» baja y estrecha desde nuestra entrada, seguimos contemplando otras columnas con signos enigmáticos, pintados de verde, que forman un inolvidable paisaje de piedra con partes de alabastro en las que se han dibujado las puertas del palacio real, confundidas con las del más allá, el sarcófago de basalto negro y la bóveda constelada de estrellas de cinco puntas.

El cielo está bajo tierra. Sobre nuestras cabezas, el cosmos. Las estrellas dejan pasar la luz del Principio, que enseña la vía de la sabiduría. En ellas residen las almas de los faraones que, tras su muerte física, siguen fulgurando.



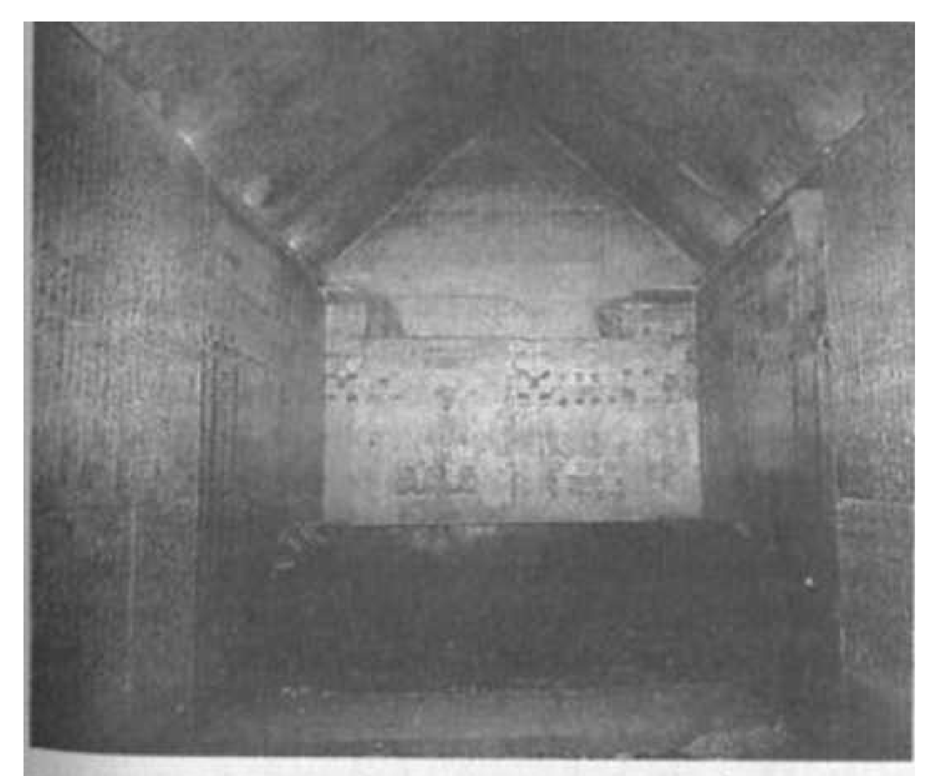
Saqqara. La calzada que conduce a la pirámide del faraón Unas. Esta calzada, que en su origen estaba cubierta, es un camino de piedra que conduce del templo de acogida al sanctasanctórum, constituido por la propia pirámide.

El gran descubrimiento son esos textos jeroglíficos, los *Textos de las pirámides,* grabados por primera vez en la pirámide de Unas, mientras que las paredes de las grandes pirámides de Zoser, Keops, Kefrén y Mikerinos eran mudas. Los iniciados de Heliópolis, en esta segunda mitad del tercer milenio a. J. C., decidieron transmitir por escrito una enseñanza oral que databa de los orígenes de Egipto. Ciertamente no se trataba de un trabajo de divulgación, pues los *Textos de las pirámides* estaban reservados a una minoría. Pero la transmisión quedaba asegurada y, efectivamente, ha atravesado los tiempos.

Estamos aquí en un libro de piedra, en el corazón de esas páginas de jeroglíficos, en el seno de los propios textos. Es una experiencia única. Leyendo estos jeroglíficos, estas palabras de los dioses que transmiten la vida, nosotros mismos nos convertimos en

jeroglífico, escribimos una nueva página de este libro que aseguraba al faraón una vida en la eternidad.

Necesitaríamos varios volúmenes para ofrecer la traducción de los *Textos de las pirámides* y comentarlos. La más antigua colección religiosa, mágica y esotérica del antiguo Egipto posee una prodigiosa riqueza. Su tema central: el viaje del rey hacia los paraísos cósmicos, el paso de la vida terrenal a la vida universal, el periplo del espíritu por las rutas del más allá. Las fórmulas mágicas están destinadas a apartar los seres maléficos simbolizados por serpientes y escorpiones. La diosa del ciclo, Nut, se extiende sobre el cuerpo del faraón para protegerle del mal: «Te entrega tu cabeza, reúne tus huesos, recompone tus miembros, aporta tu corazón a tu cuerpo». Para acceder a los espacios celestiales, el rey emplea los más diversos medios: se convierte en humo de incienso, en pájaro, en saltamontes. Sube los peldaños de una escalera, trepa por una escala gigantesca que une el ciclo y la tierra. El faraón come la energía de los dioses, es admitido en el círculo de las estrellas imperecederas.



Saqqara. El panteón funerario de la pirámide de Unas. Aquí se grabaron por primera vez los *Textos de las pirámides*, un conjunto de rituales, fórmulas mágicas y simbólicas, de exposiciones teológicas que tratan de la dimensión espiritual del faraón y de su devenir cósmico.

He aquí algunas de las revelaciones que contienen esos textos esenciales, que comienzan con una frase clave: «El rey no ha partido muerto, ha partido vivo». Egipto afirma aquí su fe en lo sagrado, toda su confianza en el Hombre-Dios al que eligió para que le guiara.

El mundo de las mastabas del Imperio Antiguo

A tal señor tal honor: hemos comenzado visitando los dominios de eternidad de los faraones; tenemos ahora que saludar a sus súb-

ditos, presentes junto a sus dueños en las tumbas llamadas «mastabas». Mastaba es una palabra árabe que significa «banqueta»; la superestructura de estas tumbas tenía, en efecto, la forma de un paralelepípedo alargado, una especie de gran banqueta.

Desde el exterior, la mastaba tiene forma de un gran rectángulo. Sus dimensiones son muy variables. El lado mayor alcanza a veces 50 m de largo. Los materiales empleados son la piedra y el ladrillo. La estructura de una mastaba es simple: una parte visible, por encima del suelo, y una parte subterránea.

La parte visible, orientada siempre norte-sur, tiene como elemento esencial una capilla. En su origen, en la cara este de la mastaba sólo había una «falsa puerta», que debe entenderse como frontera entre la vida y la muerte. Luego se desarrolló una sala más o menos amplia, excavada en el interior de la mastaba. En esta capilla (o a veces en varias capillas que formaban un verdadero «aposento funerario» en el caso de las mastabas más vastas) pueden contemplarse maravillosas escenas esculpidas que relatan la existencia cotidiana de los egipcios del Imperio Antiguo.

La capilla era un punto de contacto entre los vivos y los muertos. En ella se celebraba el culto al difunto, cuyas estatuas se colocaban en una pequeña estancia, el serdab, contigua a la capilla. Este serdab estaba enteramente cerrado, a excepción de una pequeña rendija por la que los ojos de la estatua, devueltos a la vida por los ritos de resurrección, contemplaban lo que ocurría en la capilla. Por medio de su cuerpo de piedra, el difunto absorbía las esencias sutiles de las ofrendas.

La mastaba no es una sepultura malsana, un lugar para la desesperación donde reina la muerte. Es un lugar de paso entre esta vida y la otra. Hoy como ayer, el «propietario» de una mastaba observa a sus visitantes. Les exige respeto y atención. Se dirige directamente a nosotros a través de los textos inscritos en las paredes, rogándonos que pronunciemos su nombre para hacerle vivir eter-

namente, que dediquemos a su alma un recogido pensamiento. Se le ha construido tan magnífico monumento, explica, porque siempre cumplió con la justicia, dijo la verdad, actuó de acuerdo con la regla divina, dio pan al hambriento y ropas al desnudo. Actuemos como él y viviremos la vida eterna.

Esta «llamada a los vivos» es un mensaje de despertar. La mastaba entera dialoga con nosotros para que nuestra experiencia terrestre cobre sentido y el dios Anubis guíe nuestra alma por las bellas rutas del Occidente.

A través de un pozo, camino vertical en la masa de la mastaba, se accede a la parte subterránea, el panteón funerario.[10]

Se subía la momia a lo alto de la mastaba y a continuación se la iba bajando por este ancho canal hasta la plataforma. Allí se tomaba un estrecho pasillo horizontal que desembocaba en una sepultura que contenía un sarcófago donde se depositaba la momia. Terminado el rito de los funerales, se cerraba la tumba y se cegaba el pozo.

Las escenas de la mastaba, morada de eternidad, muestran una vida de aquí bajo los gestos y en las actividades esenciales, para que nada se pierda y desaparezca en el más allá. La mastaba, por otra parte, no es una tumba privada, reseñada a un individuo sino la casa de un notable, de un hombre importante rodeado por su familia, sus subordinados, sus servidores. Toda la casa sigue viviendo de modo coherente. Acerca de un hombre responsable, se escribió: «Fortificó el nombre de sus subordinados, representando según sus funciones a las personas de calidad que formaban parte de su casa».

Igual que el faraón está rodeado por su corte, el dueño de una mastaba está rodeado por las personas a las que hace vivir y de las que es responsable; por eso cada mastaba brinda la ocasión de descubrir a un personaje importante del Imperio Antiguo, a uno de

aquellos competentes y rigurosos servidores de un Egipto en plena juventud y plena pujanza.

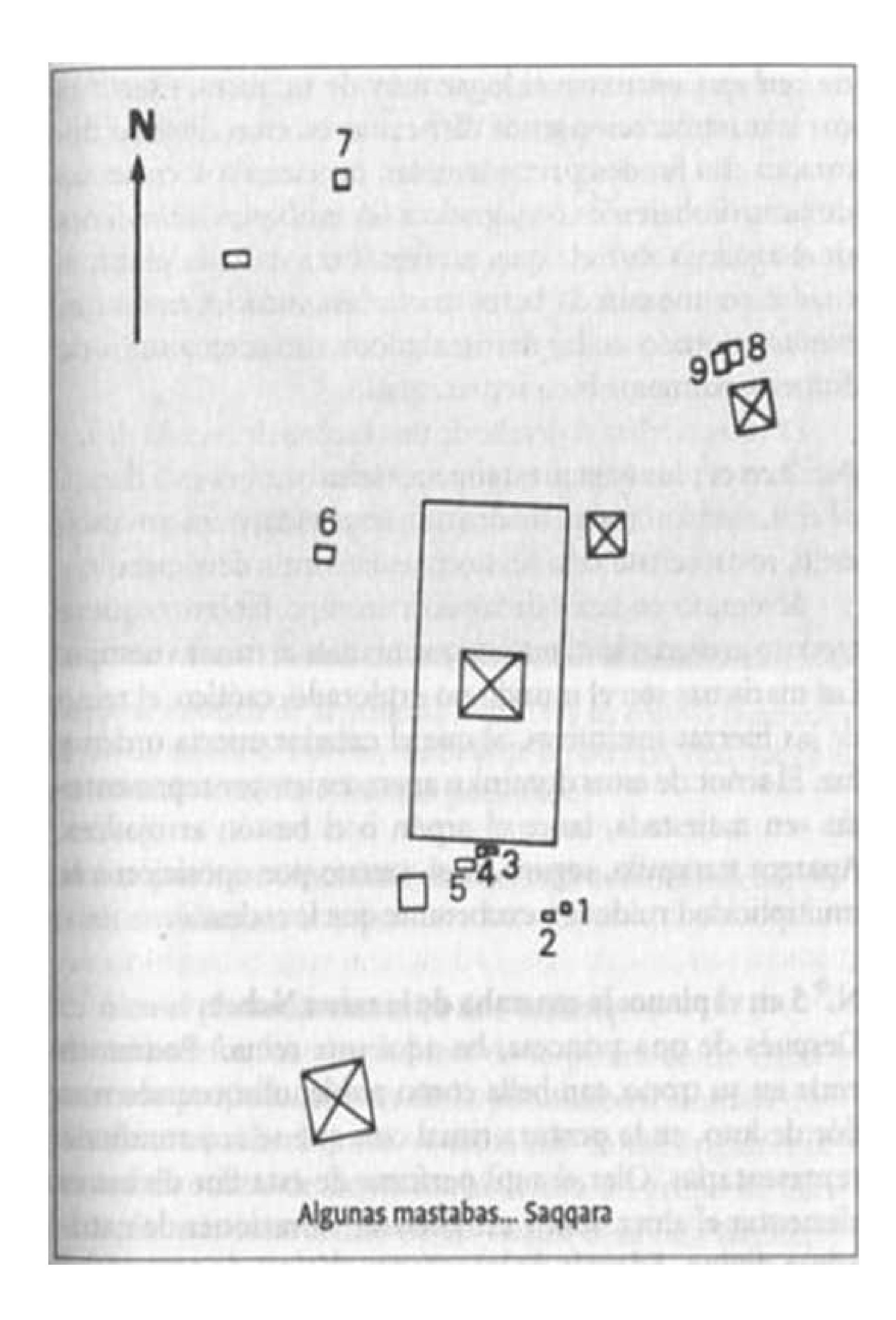
Necesitaríamos muchos meses para visitar las numerosas mastabas conocidas, y demorarnos en tal o cual detalle. Disponemos siempre de muy poco tiempo para descubrir las innumerables escenas hirvientes de vida y color, esos mil y un oficios, esa actividad desbordante y ordenada en la que cada cual tenía su lugar preciso.

En las mastabas nos codeamos con labradores, cosecheros, pescadores, carniceros, escribas, orfebres, carpinteros, asistimos al «trabajo de la pradera», al desfile de los bueyes para el *ka*, presenciamos la potencia creadora del Señor. El pescador nos explica que «lava su corazón» haciendo lo que le gusta; el cazador captura pájaros con las trampas, el pastor repele la muerte apartando al cocodrilo cuando hace que sus bestias crucen el brazo del río. La mesa está provista de vituallas, la fiesta es hermosa, se vierte vino en las jarras. El Señor pasea en silla de manos, inspeccionando con cuidado sus dominios. Su alta estatura inspira tranquilidad. Él es la personificación de la serenidad. Pero no sólo se trabaja, caza o viaja; se juega mucho, se baila, se organizan conciertos. Hay animales por todas partes; peligrosos como el cocodrilo o el hipopótamo, domésticos como el gato; también grullas a las que se ceba, hienas a las que se domestica, peces a los que se pesca, pájaros que juguetean entre la espesura de papiros y tantos otros animales que aportan una nota de humor o ternura. Ante nuestros ojos se manifiesta la vida en sus múltiples aspectos. Una vida que no caduca, que no termina, un canto de alegría tan perfecto en su forma y su expresión que estos seres, grabados en un muro, están presentes entre nosotros.

Algunas mastabas... una elección difícil

Cada mastaba posee su originalidad, escenas que le son propias, un repertorio particular de temas. Al visitar una despierta en nosotros el irresistible deseo de verlas todas, pero, lamentablemente, hay que hacer una elección tan restringida como difícil.

Proponemos un periplo que incluye nueve etapas, partiendo de la calzada de la pirámide de Unas, en Saqqara, de una pequeña mastaba hasta la mayor.



Algunas mastabas... Saqqara

N.º 1 en el plano: la mastaba de Nefer-her-Ptah

Es una pequeña tumba perteneciente a un hombre cuyo nombre significa «Perfecto de rostro es Ptah (el dios de los artesanos)». Es significativa, a la vez por su exiguo tamaño, prueba de que sólo cuenta el simbolismo del monumento y no su tamaño, y por una curiosidad de orden artístico: el grabado de los relieves no está terminado. Contemplamos, pues, el dibujo en estado puro: es una maravilla de precisión y de encanto. Los pájaros están especialmente conseguidos. Veremos diversas escenas de recolección (uva, papiro, higos), una cacería de aves, la distribución de la leche. El señor del lugar, apoyado en su bastón de mando, inspecciona el trabajo de los boyeros. Observamos una escena muy curiosa en la pared del fondo, en el cuarto registro empezando por abajo, el primero perfectamente legible: dos personas sentadas en el interior de un círculo cruzan sus bastones. Se trata de un ritual mágico durante la vendimia.

N.º 2 en el plano: la mastaba de Iru-Ka-Ptah

Iru-Ka-Ptah, cuyo nombre expresa la veneración hacia el dios de los artesanos, era un personaje muy importante. Como jefe de los mataderos reales, era el primer carnicero de Egipto. Controlaba la llegada de los animales, su sacrificio y la preparación de la carne. Las escenas de la tumba evocan esta función, pero también pueden verse episodios de caza, de viaje y de construcción de embarcaciones. Poco después de la entrada, nos reciben diez estatuas del difunto, dos en una pared y ocho en otra. Algunas lucen un fino bigote, moda que adoptaron algunos altos dignatarios del Imperio Antiguo.

N.º 3 en el plano: la mastaba de Mehu

Mehu, visir (una especie de primer ministro), responsable de la justicia, fue uno de los más encumbrados personajes de Egipto en la IV dinastía. El tiempo ha favorecido al poderoso dignatario, puesto que los colores de su tumba se hallan en un excepcional estado de conservación.[11]

Mehu nos recibe personalmente; representado a ambos lados de la puerta de su tumba. Es un hombre panzudo, entrado en años. Los viejos dignatarios del Imperio Antiguo no temían mostrar su vientre, pues no les privaba en absoluto de su dignidad y su tranquila seguridad. En la primera sala, puede verse, además, al visir entregado a actividades muy deportivas, como la caza con bumerán en familia o la pesca con arpón. El resultado por lo visto es positivo ya que, a continuación vemos a unos cocineros en plena tarea, preparando algunas aves. En las paredes del corredor que lleva a un gran patio, vemos treinta y nueve personajes femeninos y un hombre: simbolizan los cuarenta campos de los que se encargaba el visir. Las demás escenas narran los episodios de la vida agrícola, las vendimias, la pesca y también el viaje simbólico de la momia instalada en un barco que zarpa hacia las ciudades santas.

El visir está presente en los dos pilares del patio al que da una vasta capilla cuyo fondo está ocupado por una estela. Allí, Mehu celebra un banquete. No corre peligro de morir de hambre, puesto que los alimentos son abundantes y variados. Se sacrificará todo el ganado necesario para proporcionar una carne excelente, de modo que la fiesta no se interrumpa nunca.

N.º 4 en el plano: la mastaba de la Dama Idut

He aquí una curiosísima tumba que albergó a dos ocupantes. Primero a Ihy, juez y visir; luego a una princesa de sangre real que encontró el lugar muy de su gusto. Cierto es que la mastaba comprende diez cámaras, cinco de ellas decoradas. En las dos primeras

salas, las escenas forman un conjunto coherente consagrado a las múltiples actividades en el agua y sobre el agua: atravesar un vado, la pesca, el viaje de la momia en barco hacia las ciudades santas. El profuso mundo de las marismas, con su fauna y su flora, está especialmente bien representado.

Es muy célebre el detalle de una escena de cacería de hipopótamos; en el agua, un hipopótamo hembra está dando a luz. La infeliz cría no tendrá una larga vida, pues un cocodrilo, aprovechando la ocasión, se dispone a devorarla.

El tema de la caza y de la pesca no es profano sino que se trata de una actividad realista y simbólica al mismo tiempo. Las marismas son el mundo no explorado, caótico, el reino de las fuerzas instintivas, al que el cazador aporta orden y luz. El señor de estos dominios aparece siempre representado «en majestad», lance el arpón o el bastón arrojadizo. Aparece tranquilo, seguro de sí, sereno por oposición a la multiplicidad ruidosa y exuberante que le rodea.

N.º 5 en el plano: la mastaba de la reina Nebet

Después de una princesa, he aquí una reina[12] Podremos verla en su trono, tan bella como noble, olisqueando una flor de loto, en la postura ritual con que se acostumbra a representarlas. Oler el sutil perfume de esta flor divina es alimentar el alma, sentir armoniosas vibraciones de naturaleza divina. Además de las escenas clásicas de caza en las marismas, esta mastaba ofrece un tema raro, el de los aposentos femeninos en el palacio real. Es lo que se denomina, de un modo incorrecto, el «harén». En Egipto las mujeres no estaban enclaustradas. Sus aposentos no eran salas cerradas y sometidas a vigilancia. Las reinas desempeñaban un papel espiritual y temporal considerable y la mujer, por regla general, ocupaba

una posición jurídica que muchas contemporáneas, incluso entre las más evolucionadas, podrían envidiarles.



Saqqara, mastaba de la princesa Idut. Tres sacerdotes funerarios llevan un muslo de bovino, símbolo de la potencia vital que en el otro mundo necesita el muerto glorificado.

N.º 6 en el plano: la mastaba de Ptahotep

Abandonemos los alrededores de la pirámide de Unas y pasemos por la izquierda de la pirámide escalonada dirigiéndonos hacia el norte. A unos 200 m del ángulo noroeste del recinto de Zoser se encuentra un grupo de mastabas, la más interesante de las cuales es la de Ptahotep y de Akhthotep. Este último fue visir y desempeñó las más altas funciones administrativas. Su hijo Ptahotep insiste en su papel religioso de sacerdote de Maat, es decir la armonía universal, entidad abstracta que tenía sus fieles, una verdadera cofradía de iniciados a cuya cabeza estaba el rey.

La parte de la tumba reservada al padre, Akhthotep, es la más vasta. Comprende un corredor de acceso, una sala con cuatro pilares y una sala en forma de T invertida. La Parte reservada al hijo, Ptahotep, se abre en el ángulo sur de la sala de las columnas y consiste en una simple capilla a la que se accede por un estrecho paso.

El padre y su hijo aparecen con frecuencia asociados en las escenas de su vida cotidiana, permaneciendo así unidos más allá de la muerte. Se ve al padre cazando, una procesión de mujeres que simbolizan algunos dominios y mientras se dirigen hacia el hijo, al padre y el hijo admirando sus rebaños.

El arte de las mastabas es aquí de extraordinaria belleza. Además, en la capilla de Ptahotep pueden descubrirse cierto número de escenas raras o tratadas de una manera excepcional, como esas justas de jóvenes que practican la lucha, o bien escenas de la vida del desierto donde figuran gacelas, antílopes, perros salvajes, el desfile de los animales capturados (león, pantera), el concierto dado para arrobar al señor del lugar mientras se procede a su acicalamiento y sus animales domésticos, lebreles y mono, aguardan sus deseos.

Un detalle sorprendente: un escultor saborea una copiosa comida, instalado en una barca. Este artesano, feliz y colmado, se llama «Vida de Ptah» dios que es, precisamente, su genio bueno. ¿Fue este hombre el autor de las obras maestras que le rodean? ¿Se incluyó su rostro entre los demás para que celebrase, también, la fiesta del espíritu y los sentidos?

N.º 7 en el plano: la mastaba de Ti

Dirigiéndonos hacia el noroeste, dejamos atrás el hemiciclo de los poetas y los filósofos, dejamos el Serapeum a nuestra izquierda y alcanzamos la mastaba de Ti, considerada por algunos la más hermosa y perfecta.

Ti vivió en la corte de Egipto a finales de la V dinastía, la de los faraones «solares» que adoptaron en sus títulos el epíteto de «hijo de la Luz», conservado por sus sucesores. Ti se casó con una mujer muy allegada al faraón y desempeñó distintas funciones como Maestro de Obra, intendente de varias pirámides y templos funerarios, administrador de extensos territorios agrícolas, jefe de los peluqueros de faraón y encargado especial de sus tocados de cabeza. «Amigo único» del soberano. Ti era «jefe de los secretos de su señor».

La mastaba de Ti muestra un soberbio aislamiento, al norte del camino que conduce al Serapeum. El señor del lugar aguarda a sus visitantes sentado en un sitial con pezuñas de toro, en una postura de inigualable nobleza. Debajo del asiento, su lebrel favorito. A su lado, su esposa, representada de pequeño tamaño, estrechando la pierna de su marido cuya «heroica» estatura significa que es el protector de cuantos viven en sus tierras y están a sus órdenes.

Hay que bajar una escalera para acceder a la entrada de la mastaba, situada más abajo. En los dos pilares de la fachada de su tumba, Ti se presenta con sus títulos. Se cruza un vestíbulo donde los dominios del dueño, representados por mujeres, forman una procesión, para llegar a un palio cuadrado, con una galería cubierta sostenida por doce pilares.

Puede verse a Ti realizando un paseo en palanquín y ocupándose de la construcción de su tumba. Le muestran el mobiliario fúnebre, sus estatuas son llevadas a la necrópolis. Acompañado por su perro y su mono favorito, el dueño contempla con satisfacción el buen estado de su corral, donde se ceban grullas y ocas.

Un estrecho paso lleva al patio de las dos capillas. En los muros del corredor está presente Ti, con su esposa y su hijo. Hacen que se celebre un rito donde música y danza desempeñan el principal papel, mientras las estatuas, a las que se infundirá vida con la apertura de la boca y los ojos, son conducidas hasta la tumba. Se indi-

can dos monumentos rituales más: el viaje hacia los parajes sagrados del Delta y el acto de agitar el papiro para satisfacer a la diosa Hator y dispersar las energías negativas.

En la primera capillita, a la derecha, el tema principal es la fabricación del pan y la cerveza, una de las bases de la alimentación egipcia. Es la seguridad de que los afortunados presentes en la tumba no carecerán nunca del alimento sutil que necesita su alma. La segunda capilla, en la que desemboca el pasillo, tiene dos pilares. Es uno de los parajes más destacados del arte de Imperio Antiguo. Ante la mirada de la estatua de Ti, que observa a los visitantes por los orificios practicados en el serdab, al fondo de la capilla, se desarrollan los principales temas de las mastabas, tratados con gran riqueza de inventiva, en los que se mezclan la observación del natural, el humor, la nobleza de las actitudes. En la pared sur, contra el serdab, asistimos a escenas de vendimia y, sobre todo, a las actividades de los orfebres, los escultores, los fabricantes de jarras, los ebanistas, además de los curtidores y los especialistas en sellos. Ti, el señor de estos gremios cuyos secretos conoce, recibe con alegría y al son de la música innumerables ofrendas y vituallas, lo que permite admirar los animales que forman parte de su cabaña: antílopes, gacelas, grullas…

En la pared norte, del lado opuesto, una procesión de mujeres, que simbolizan los 36 dominios sobre los que reina Ti, le llevan los mejores productos de la tierra. Ti dirige una cacería con red y otra de hipopótamos, mostrando una fuerza serena en un mundo sin piedad, donde los depredadores se apoderan de su presa, como esos pequeños carniceros que trepan por los tallos de papiro para devorar los pajarillos; las fuerzas instintivas se libran a implacables combates, como el cocodrilo y el hipopótamo. Cuando el boyero cruza un brazo de agua con sus reses, debe pronunciar una fórmula mágica para que escapen de los peligros que las acechan.

En la pared este, una gran variedad de escenas de labores agrícolas: recolección del lino, siega, transporte, trilla del grano en la

era. Los campesinos trabajan cantando, al son de la flauta, ante la atenta mirada del dueño y su esposa, resguardados del sol. Una interesantísima escena de construcción de barco, en presencia de Ti, evoca los textos iniciáticos donde el ensamblaje de distintas partes de una embarcación se compara a la reconstrucción del cuerpo de Osiris desmembrado.

El menor detalle merece atención. No cabe duda que la vida cotidiana se despliega en esos muros; pero también una vida sagrada, que trasciende las apariencias, que trasciende la muerte, pues está en armonía con los grandes ritmos del cosmos.

N.º 8 en el plano: la mastaba de Kagemni

Saliendo de la mastaba de Ti, dirijámonos hacia el este, hacia la pirámide de Teti, junto a la que se construyeron importantísimas mastabas. La de Kagemni es la más extensa.

Kagemni fue un visir enamorado de la Justicia, cuyo responsable era como atestiguan las palabras que nos dirige: «Oh vivos, cumplid la Justicia para el rey, pues Dios ama la Justicia; decid la verdad al rey, pues el rey ama la verdad». Kagemni era también inspector de los sacerdotes encargados del culto funerario en la pirámide de Teti.

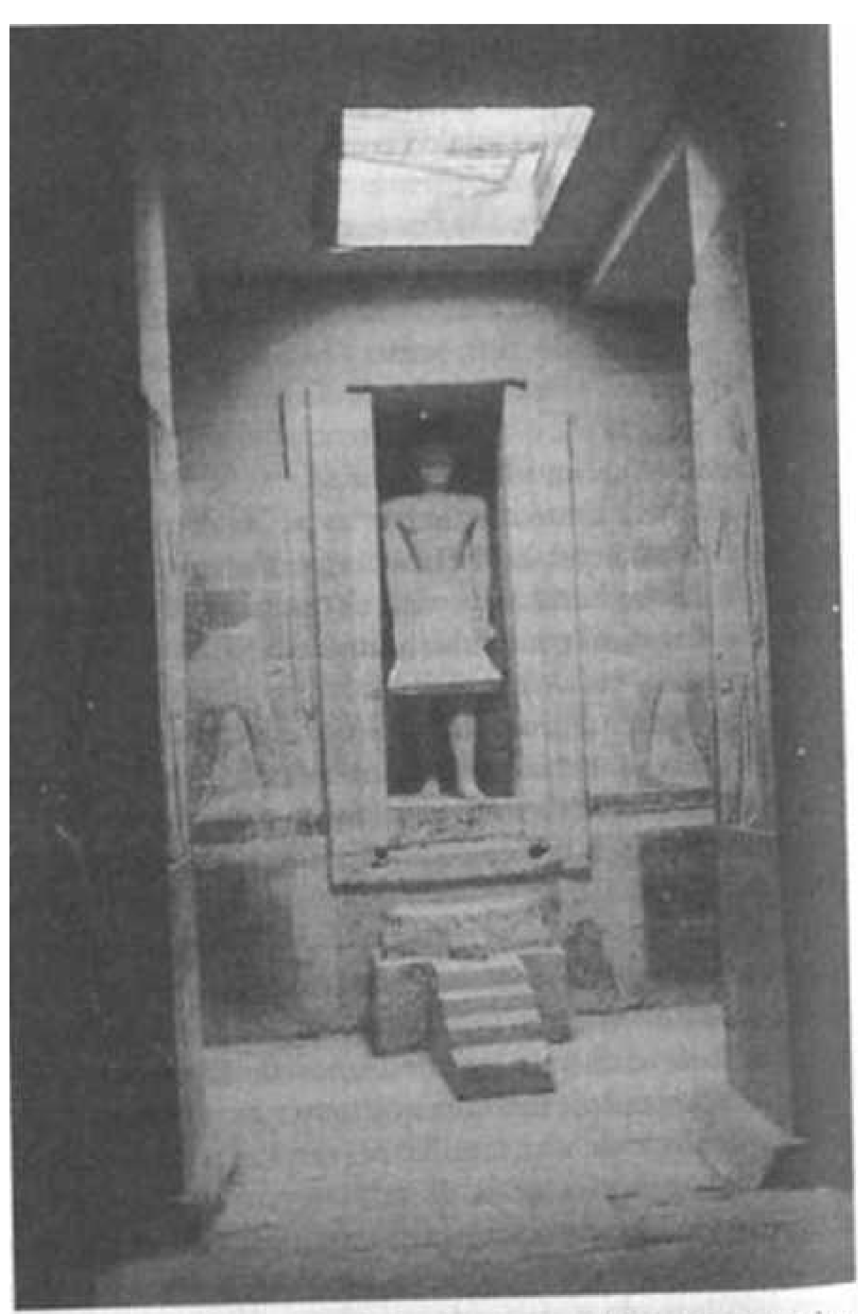
En su inmensa mastaba[13] se halla el repertorio clásico de las escenas ya mencionadas, como ciertas originalidades, como los ballets femeninos destinados a alegrar a la diosa Hator, las evocaciones de deportes y juegos, una escena de tribunal.

N.º 9 en el plano: la mastaba de Mereruka

Se trata de una mastaba gigantesca, que mide 40 m de largo por 24 de ancho y no tiene menos de 32 cámaras. En realidad es una triple mastaba que reúne, para la eternidad, a los miembros de una

familia: Mereruka, su esposa, hija de rey y sacerdotisa de la diosa Hator, y su hijo. Es un mundo que debe descifrarse siempre y cuando, como nos advierte Mereruka, se penetre en estado de pureza. Lo impuro será juzgado y castigado por el gran dios.

Excepcionalmente, la entrada de esta mastaba, se halla al sur. A Mereruka, visir con numerosos cargos administrativos, concedía gran importancia a su papel de sacerdote de la pirámide de Teti. Por eso eligió esta orientación, para velar por la pirámide de la que era responsable.



Saqqara, mastaba de Mereruka. La estatua del muerto resucitado, tras haber sido reconocido como justo por el tribunal divino, avanza por los caminos del otro mundo.

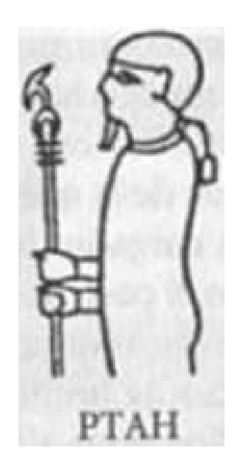
Este gran personaje, cargado de honores y títulos, era un artista. Él es quien, en el paso de entrada, dibuja los tres personajes (dos mujeres y un hombre) que simbolizan las estaciones del año egipcio, la inundación, el invierno y el verano. Cada uno de ellos pone de relieve las fases de la luna.

Dado el tamaño de esta tumba familiar, dividida en tres partes de desigual importancia, es imposible ofrecer aquí un análisis detallado de la misma. Podrán verse las escenas clásicas de ofrendas, de cacería, las representaciones de animales domésticos y salvajes, los juegos y las danzas (una de ellas con espejos, en honor de Hator, puesto que la mujer de Mereruka era una iniciada en los misterios de la diosa), las labores del campo, los artesanos en su labor, el paseo del señor en silla de mano.

Tres escenas resumen perfectamente la vida y la carrera de ese gran dignatario: en la primera, le vemos presidiendo un tribunal que ha dictado un severo veredicto —castigo corporal en forma de bastonazos— contra unos intendentes que no han cumplido su misión; la segunda nos introduce en la intimidad de la pareja: Mereruka, sentado en la cama, se abanica con un espantamoscas mientras su mujer le deleita tocando el arpa; la tercera es el cortejo fúnebre, con sus plañideras, que lleva el sarcófago hasta su morada de eternidad, la mastaba en donde nos encontramos.

* * *

Sin duda no existe arte más rico, más seductor, más preciso que el de las mastabas. Cuantas más escenas descubrimos, más deseamos admirar nuevas escenas. Existe un Meadero repertorio de temas, con variantes tales que no puede advertirse repetición ni monotonía.



Una vida cotidiana transfigurada, sacralizada se ofrece a nuestra mirada. Merece la pena estudiar cada inscripción pues contiene alusiones a ritos, a acontecimientos mitológicos. Todo está perfectamente ordenado y pensado para que la «familia» en sentido lato, el dueño, su esposa, sus hijos y cuantos están a su cargo, prosigan su tarca al otro lado del espejo.

El Serapeum y el culto a los animales sagrados

Muy cerca de la mastaba de Ti se encuentra el acceso a un curiosísimo conjunto funerario, el Serapeum de Menfis. En 1850, un pionero de la egiptología, Auguste Mariette, gran descubridor pero también gran enterrador de tumbas ante el Eterno, iba a hacer el descubrimiento más sensacional de su carrera. Con la ayuda de un texto griego de Estrabón y algunos indicios arqueológicos, Mariette partió en busca de un monumento cubierto por la arena, el Serapeum. Sabía que estaba precedido por una avenida de esfinges. ¡Cuál no sería su gozo al descubrir una esfinge medio hundida en la arena que, una vez desenterrada, resulto ser uno de los elementos de una avenida de catorce esfinges! Mariette y sus obreros sacaron de nuevo a la luz lo que se denomina «el hemiciclo de los poetas y los filósofos», un conjunto de estatuas de la época helenística donde se reconoce, en especial, a Platón y Homero. Marie-

tte se empecina. Él no está en Egipto para exhumar escultura griega decadente. Por fin aparecen los rastros de un recinto antiguo que hay que descombrar mientras elude las inextricables complicaciones administrativas que tan bien conocen quienes excavan en Egipto.

El 1 de noviembre de 1850, Mariette alcanza la puerta de un impresionante subterráneo. Penetra en él y descubre 28 cavidades, 24 de las cuales contenían todavía gigantescos sarcófagos, aunque vaciados de su contenido. En un camino subterráneo más pequeño, las 28 momias de los bueyes Apis, las «almas magníficas de la Luz», habían sido ritualmente colocadas en sarcófagos de madera. Los animales sagrados del dios Ptah de Menfis no estaban solos. A su lado, los restos mortales de Khaemuase, hijo de Ramsés II, sumo sacerdote de Ptah, mago. Sepultura excepcional para un hombre de excepción que durante toda su vida sintió pasión por los monumentos antiguos, ordenando varias restauraciones en el emplazamiento de Saqqara. Había decidido, pues, vivir eternamente en compañía de los animales sagrados de su dios, los vigorosos toros cuya potencia vital era la transcripción terrestre de la potencia creadora del sol.

En el Imperio Nuevo, durante la XVIII dinastía, comenzaron a enterrar ritualmente los bueyes Apis. Pero sólo hacia el siglo VII a. J. C., en la XXVI dinastía, se iniciaron grandes obras en el Serapeum. En tiempos de los tolomeos, el monumento conoció sus mayores horas de gloria, beneficiándose de la asimilación de un dios extranjero, Serapis (de ahí el nombre del Serapeum), con el Osiris Apis, convirtiéndose cada buey Apis en un Osiris después de su muerte. El paraje se convirtió en lugar de peregrinación, provisto de albergues, escuelas, una comisaria, un sanatorio para acoger a los enfermos y celdas para quienes desearan recluirse. Se levantó allí una especie de Lourdes antiguo, donde se vendían muchos exvotos y donde se desarrolló una religión popular.

Hoy sólo se visitan los «grandes subterráneos», es decir los más recientes. Podrán verse gigantescos sarcófagos que alcanzan los 4 m de altura y llegan a pesar casi 70 toneladas. Esas enormes cubas de piedra duermen un apacible sueño. Se recogieron allí gran número de estelas que permitieron obtener mucha información religiosa.

* * *

Con esta postrera impresión de gigantismo, de poderío y equilibrio termina nuestra peregrinación a Menfis, al corazón del Imperio Antiguo que es, a nuestro entender, la más perfecta expresión de la civilización egipcia. Muchas maravillas nos aguardan a lo largo del Valle del Nilo. Pero el tiempo de las pirámides y las mastabas sigue siendo una inolvidable edad de oro.

Tebas
o la gloria del Imperio Nuevo

Tres eran las grandes ciudades del antiguo Egipto: Heliópolis, ciudad sagrada, sin importancia económica: Menfis, colocada en el punto de confluencia del Delta con el Alto Egipto; Tebas, la gran ciudad del sur. Las dos primeras están a la altura de El Cairo, base de partida para explorar Gizeh y Saqqara. Tebas es el segundo lugar de estancia preferido. Alojándonos allí estaremos muy cerca de los templos de Karnak y de Luxor. Atravesando el Nilo y pasando de la orilla derecha a la orilla izquierda, descubriremos los templos funerarios como el Ramesseum, Medina Habu o Dayr al-Bahari, así como el Valle de los Reyes, el Valle de las Reinas y las tumbas de los Nobles. Saliendo de Luxor —puesto que éste es el nombre moderno adoptado para designar el emplazamiento de la antigua Tebas—, resultará fácil llegar hasta los grandes templos de Dendera, Abydos y Edfu.

Hay que permanecer el mayor tiempo posible en Luxor, tan numerosas son las riquezas que pueden descubrirse. La pequeña ciudad actual no tiene los inconvenientes de la capital superpoblada y fatigosa en que se ha convertido El Cairo. Aquí se puede apreciar el sol de Egipto, vivir a un ritmo más lento, más mesurado.

La más hermosa urbe del mundo, Tebas, la de las cien puertas, la orgullosa capital del dios Amón, ha desaparecido. No subsisten más que los templos. Así lo exigía la evolución normal. Sólo debía legársenos lo eterno. El Luxor moderno es una modesta aglomeración de la que te olvidas muy pronto cuando te familiarizas con el inmenso templo de Karnak y el luminoso santuario de Luxor, ale-

jados el uno del otro unos cuatro kilómetros. Su belleza y su majestad borran lo secundario y lo temporal.

La orilla este ofrece una vasta y fértil llanura. Allí se implantó Tebas, .allí emergió de las aguas la primera isla, en la primera mañana de la creación. «El agua y la tierra, dice un texto, estuvieron en este lugar la primera vez, y la arena, que bordeó los campos y constituyó una emergencia elevada. Así se hizo la tierra». El origen de Tebas es la propia Creación.

En la historia, Tebas no parece haber sido una ciudad de gran importancia en el Imperio Antiguo, aunque fuera una ciudad provinciana bastante opulenta. Menfis, la capital, eclipsa a todas las demás aglomeraciones.

Con el Imperio Medio, después de la crisis que sufrió Egipto, la situación cambia. Los administradores de Tebas, donde reina una tradición de feroz independencia, son el origen del renacimiento del país. El aspecto positivo de su acción repercute en la ciudad. Pero la gloria de Tebas data, esencialmente, del Imperio Nuevo. Fueron los tebanos quienes liberaron Egipto de la ocupación de tos hicsos, gracias a la intervención de Amon. Éste se convierte en dios de Imperio mientras la ciudad se afirma como el punto de equilibrio del país, entre el Norte y el Sur. El ejército de los faraones parte en expedición hacia Asia, Libia, Siria, Nubia. Para proteger las fronteras hay que llevar el hierro a la morada de los eventuales adversarios, no aguardar pasivamente las posibles invasiones. Amón da la victoria a sus hijos. Les ofrece también la riqueza, la opulencia y el lujo. Aprovechando una brillante paz, una civilización refinada, los Tutmosis III, Amenofis III y Ramsés II construyen admirables templos.

A partir de la XXI dinastía la estrella de Tebas comienza a palidecer. Poco a poco, el Delta ocupa el proscenio económico y comercial. Tebas se limitará progresivamente a su papel de custodio

de lo sagrado y de las antiguas tradiciones, lejos de las mutaciones sociales y culturales que agitan el Egipto del norte.

Las invasiones asirías del siglo VII a. J. C. le asestarán terribles golpes: el pillaje de los templos, destrucciones, deportaciones de gran parte de la población. Tebas se convierte poco a poco en un museo, un campo de ruinas que los egipcios acuden a visitar con la nostalgia de una grandeza pasada, símbolo de una gloria desvanecida para siempre. En el año 27 a. J. C., un terremoto se suma a las desgracias de la ciudad. Llegarán luego los cristianos que, instalándose en las ruinas, degradarán más aún los monumentos, salvando también —aunque involuntariamente— algunos relieves, al cubrirlos con un revoque para no verlos.

Amón-Ra era el rey de los dioses, Tebas se había convertido en «la ciudad». Pese a los sufrimientos, pese a los irreparables daños causados en los templos, éstos siguen siendo mundos de piedras vivas de un valor inestimable, donde siempre es posible encontrar lo divino y lo sagrado.

Karnak, templo de los templos

Cuando Jean-François Champollion llega a Karnak, en noviembre de 1828, queda pasmado ante el inmenso templo que se ofrece a su mirada. «Ningún pueblo, antiguo o moderno —escribe— ha concebido el arte de la arquitectura a una escala tan grandiosa como lo hicieron los antiguos egipcios».


AMÓN

El moderno Karnak, es decir el pueblo fortificado, se llamaba en egipcio *Ipet-Sut* «la que enumera los lugares», dicho de otro modo, el lugar santo por excelencia: donde se incluyen los territorios de los dioses. Karnak era también el «lugar elegido», la «Heliópolis del Sur» (referencia a la más antigua ciudad santa de Egipto) y «el cielo en la tierra», pues allí se manifestaban las potencias divinas. Según un espléndido texto, estamos en «la ciudad de luz donde el Creador golpeó con el pie, la madre de las ciudades del dios grande que existe desde los orígenes, el templo de aquel a quienes los dioses claman su amor».

Karnak, el templo de los templos, no tiene una escala humana. Sus ruinas cubren más de cien hectáreas. Es el más vasto conjunto de edificios religiosos del antiguo Egipto. Desde el Imperio Nuevo hasta la época romana, los faraones no dejaron de embellecer Karnak, templo privilegiado de Amón, rey de los dioses y dios del Imperio desde la XVIII dinastía. Sin embargo, un documento remonta el origen de Karnak mucho más atrás en el tiempo. Se trata de la «cámara de los antepasados», procedente de la sala de los festejos de Tutmosis III y llevada al Louvre en 1843. Allí se ve al Napoleón

egipcio rindiendo culto a las estatuas de algunos de sus predecesores. El más antiguo de todos ellos es el «buen rey» Snefru, que vivió en el Imperio Antiguo e hizo construir tres pirámides de gran tamaño, que preceden a las de la llanura de Gizeh. Tal vez ese prodigioso constructor «inventara» el paraje de Karnak e imaginase su primer templo.

Cuando Amenemhat I fundó el Imperio Medio, hacia 2000 a. J. C., Tebas se convirtió en capital. La fama del dios Amón supera entonces la del más antiguo dios local, Montu, un hombre con cabeza de halcón, encargado de proteger al faraón en el combate.

Amón es «el oculto». Es tan misterioso que nadie conoce su verdadera forma. Se encarna en el cuerpo de un hombre tocado con una alta corona de dos plumas. Los colores de la vestidura que lleva son el azul, el rojo y el blanco. A veces su carne es azul. Es dueño del aire vivificador, que da vida a los seres y permite a las embarcaciones bogar por el Nilo. Dos animales sagrados sirven de receptáculo a Amón: el carnero, símbolo de la potencia vital, la energía constantemente renovada, y la oca del Nilo, que lanzó el primer grito en el origen del mundo y puso un huevo del que brotó el cosmos. El nombre de este animal, *smon*, es un juego de palabras con el verbo «hacer firme», «sólidamente establecido», que corresponde perfectamente a un dios fundador de imperio y de templo.

Amón es el primer ser que nació al comienzo. No tiene padre ni madre. Es el Uno, oculto a los ojos de los hombres y los dioses. Artesano del universo, levantó el cielo a la anchura de sus brazos. La tierra fue concebida a la medida de sus pasos. Da la victoria a los faraones: por eso éstos le ofrecen riqueza tras riqueza. Según un texto esotérico, Amón es por sí solo la Enéada, el colegio de nueve dioses origen de toda vida: «Soy Uno que se convirtió en Dos, soy Dos que se convirtió en Cuatro, soy Cuatro que se convirtió en Ocho, y soy el Uno que engloba todo eso».

Serian necesarias numerosas páginas para traducir los himnos y las plegarias a Amón que se hallan entre los más hermosos tesoros espirituales de la humanidad, junto a ese Amón de los sabios y los iniciados existe, también, un Amón considerado el protector de la viuda y el huérfano. Presta atentos oídos a los pobres y a los enfermos. En época tardía, se construyeron varios pequeños oratorios donde se expresaba esta piedad popular, e incluso un templo a Amón «que atiende las plegarias».

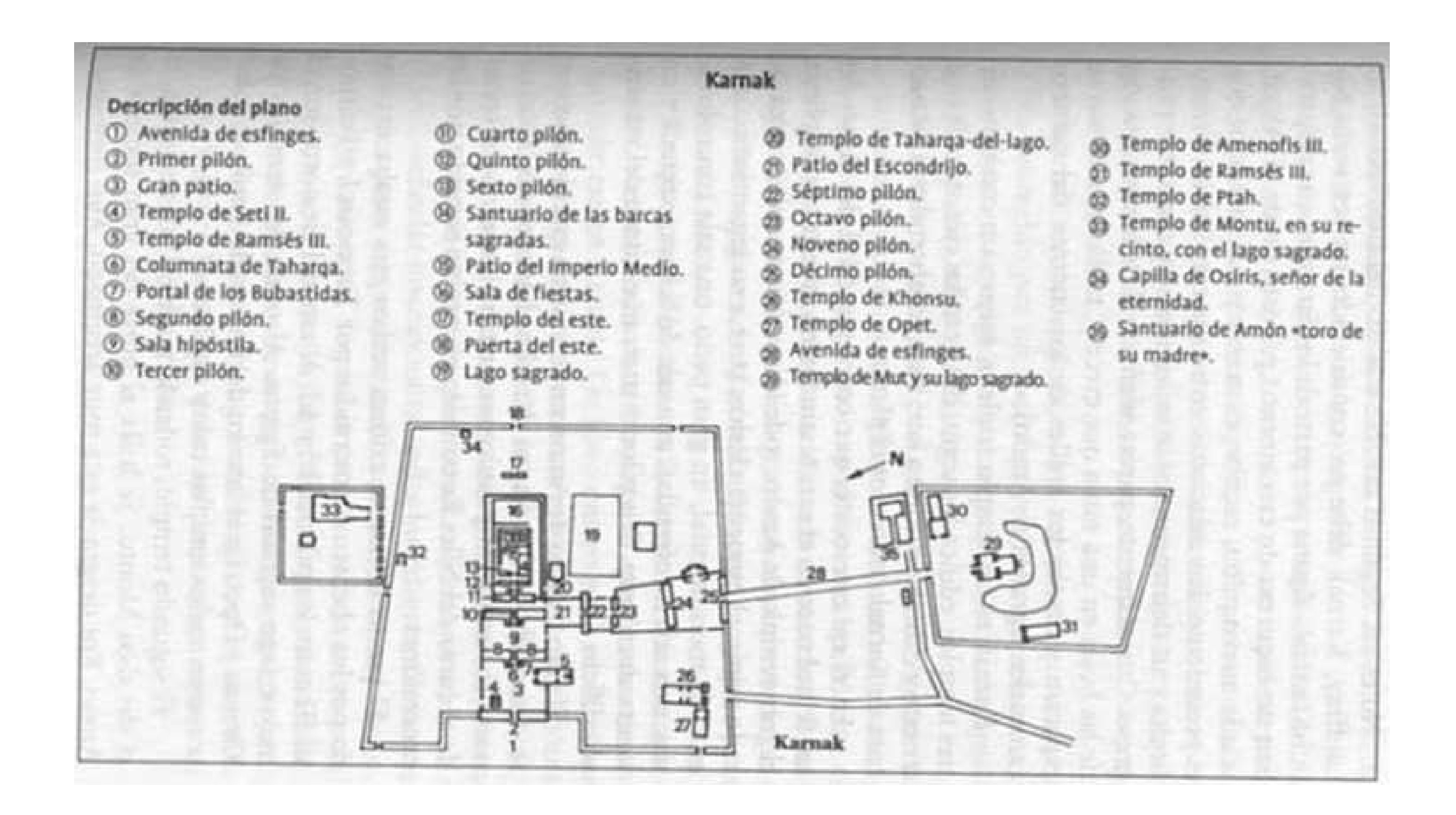
En el apogeo de su fortuna, Karnak reinaba sobre 65 pueblos, más de 2000 km2 de tierras, disponía de una considerable cabaña, de un astillero y empleaba a unas 80000 personas. Era una inmensa empresa, sagrada y económica a la vez, dirigida por el faraón y un colegio de sumos sacerdotes. Aunque el Imperio Medio de los Sesostris y los Amenemhat comenzara a hacer de Karnak un paraje de excepción, fue la XVIII dinastía, en el Imperio Nuevo, la que le dio unas proporciones gigantescas ¿Acaso no es Amón el libertador, el que permitió a Egipto recuperar su esplendor expulsando al ocupante?

Tutmosis I inaugura el conjunto monumental erigiendo dos pilones y dos obeliscos. Hatshepsut organiza grandes campañas de obras, erecciones de obeliscos, programas de esculturas. Tutmosis III va más lejos todavía, especialmente con la construcción de su «sala de los festejos». Amenofis III, cuyo arquitecto Amenhotep, hijo de Hapu, estaba iniciado en los libros divinos, creó avenidas de esfinges, levantó columnas, erigió un pilón. Amenofis IV, antes de convertirse en Ajnatón, hizo construir varios edificios que serán desmontados, pero no destruidos, muchos de cuyos elementos han sido recuperados. Seti I y Ramsés II, en la XIX dinastía, edificaron la fabulosa sala hipóstila. Obras, acondicionamientos y rehabilitaciones proseguirán, reinado tras reinado, hasta que Tebas pierda el aliento y descienda al rango de pueblo de provincia, incapaz de mantener sus templos.

Karnak es el templo de los templos para los faraones del Imperio Nuevo, pues van allí a que los coronen y a recibir sus cinco nombres sagrados.[14]

Dos ejes, tres recintos y tres templos

Karnak es, a la vez, simple y complejo. A primera vista, nos hallamos ante un conjunto de monumentos imbricados unos en otros y nos preguntamos si todo ello no se habrá construido al azar, en el más completo desorden.


Karnak
Descripción del plano
1 Avenida de esfinges.
2 Primer pilón.
3 Gran patio.
4 Templo de Seti II.
5 Templo de Ramsés III.
6 Columnata de Taharqa.
7 Portal de los Bubastidas.
8 Segundo pilón.
9 Sala hipóstila.
10 Tercer pilón.
11 Cuarto pilón.
12 Quinto pilón.
13 Sexto pilón.
14 Santuario de las barcas sagradas.
15 Patio del Imperio Medio.
16 Sala de fiestas.
17 Templo del este.
18 Puerta del este.
19 Lago sagrado.
20 Templo de Taharqa-del-lago.
21 Patio del Escondrijo.
22 Séptimo pilón.
23 Octavo pilón.
24 Noveno pilón.
25 Décimo pilón.
26 Templo de Khonsu.
27 Templo de Opet.
28 Avenida de esfinges.
29 Templo de Mut y su lago sagrado.
30 Templo de Amenofis III.
31 Templo de Ramsés III.
32 Templo de Ptah.
33 Templo de Montu, en su recinto, con el lago sagrado.
34 Capilla de Osiris, señor de la eternidad.
35 Santuario de Amón «toro de su madre».
N
Karnak

No es así. Según el notable análisis del arquitecto Jean Lauffray, Karnak debe ser considerado un ser vivo. No hubo fantasía alguna por parte de los faraones que respetaban un esquema de crecimiento previsto desde el origen. «Cada nuevo pilón, escribe, es mayor y está más lejos que el precedente. Las relaciones entre sus respectivas dimensiones y su alejamiento están en el mismo y constante progreso. Curiosamente, parece idéntico al de la distribución de las hojas en una rama que crece y, también, a como se espacian y crecen los anillos de los cuernos del carnero (animales sagrados de Amón).»

Karnak es un templo triple o, mejor, un conjunto de tres templos, edificados según dos grandes ejes, uno de este a oeste y el otro de norte a sur. Para comprender la estructura de Karnak, miremos el plano.

En el eje este-oeste, que corresponde al del curso del sol (el sol nace en el sanctasanctórum, al este) se despliega el gran templo de Amón, rodeado por su muralla y organizado según el esquema clásico, pese a su gigantismo: una entrada monumental, un gran patio, una sala con columnas, una sala de ofrendas, una sala de la barca sagrada y un sanctasanctórum. Seis pilones marcan el ritmo del inmenso edificio.

El gran templo de Amón no se limita a este eje sino que se desarrolla por su flanco derecho, hacia el sur. Este eje norte-sur está acompasado por cuatro pilones. Corresponde al curso del Nilo. Es también el camino seguido por las procesiones.

El punto donde se cruzan ambos ejes estaba marcado por los obeliscos construidos por Tutmosis I y Tutmosis III entre los pilones 3.º y 4.º. Al este del eje norte-sur, el mayor lago sagrado de Egipto. AI oeste, los templos de Khonsu y Opet. En el interior del recinto de Amón se construyeron varios templos más y capillas.

El segundo templo, rodeado también por un muro, es el del dios Montu. Se halla al norte del gran templo de Amón. Por desgracia

está muy arruinado. Aun formando parte del conjunto de Karnak, era un lugar de culto independiente, provisto de su lago sagrado.

Lo mismo ocurría con el tercer templo, el de Mut, al sur del gran templo de Amón, en el punto donde desembocaba una avenida de esfinges que unía ambos recintos entre sí. En el interior del recinto de Mut hay, de este a oeste, un templo de Amenofis III, el templo de Mut rodeado por un lago sagrado en forma de creciente lunar y un templo de Ramsés III.

Karnak equivale, pues, a tres templos, cada uno de ellos protegido por un muro que define su territorio, en cuyo interior se erigieron numerosos edificios, templos, capillas, patios, salas y obeliscos.

El corazón de Karnak es el gran templo de Amón-Ra, con sus seis pilones. Amón, Montu y Mut son los tres divinos señores del lugar. Amón es el dios oculto; Montu es una estrella que proporciona la fuerza necesaria al brazo del faraón, es también el dios guerrero con cabeza de halcón; Mut es, a la vez, la Madre y la Muerte, acogedora para el alma del justo.

Resulta imposible, como es fácil suponer, citar simplemente, y menos aún describir todo lo que puede verse y descubrirse en Karnak. Un libro entero no bastaría. Nos veremos obligados a proporcionar puntos de orientación a partir de los cuales sea posible iniciar la exploración del fabuloso conjunto de monumentos. Toda una vida, varias incluso, serían necesarias para conocer bien todos los edificios, todas las inscripciones, todos los relieves. Cada uno de ellos posee su propio significado, su genio, su historia.

Hoy como ayer, Karnak es un taller donde se preserva, se repara, se restaura. Lo importante, a nuestro entender, es poner de relieve los «momentos clave» de este templo de los templos. Luego resulta agradable vagar por él, perderse en él. Siempre habrá una divinidad benevolente que nos Mantenga en el buen camino.

El gran templo de Amón

Entre el Nilo y el recinto de Amón se construyó un embarcadero que no era un edificio profano. Subsiste una plataforma que estaba adornada por dos obeliscos de Seti I. Sólo uno ha sobrevivido. Hasta allí llegaban los materiales para la construcción del templo y la gran barca sagrada de Amón, que se sirgaba para llevarla en procesión. Por encima del muelle, una tribuna quedaba reservada a los iniciados que asistían al ritual de la desaparición del sol en el Nilo y a su renacimiento, así como a la fiesta de la inundación.

Del embarcadero sale una avenida de esfinges (124 en su origen, 40 hoy) que lleva al primer pilón (n.º 2 en el plano). Estas esfinges tienen cuerpo de león y cabeza de carnero, el animal sagrado de Amón. Entre sus patas delanteras, el faraón sujetaba dos signos-*ankh*, las «llaves de la vida». Esta avenida es, en efecto, la que conduce a la verdadera vida, revelada en el templo; pero las esfinges son guardianas exigentes que sólo dejan pasar a los seres puros.

El recinto de Amón, vasto cuadrilátero de 2 400 m cuyos cuatro lados están orientados hacia los puntos cardinales, sólo se conserva parcialmente. Construido con ladrillo crudo, con ocho metros de grosor, en él se abrían ocho puertas, dos de ellas pilones (n.º 1 y n.º 10). El muro protegía el conjunto de los edificios contenidos en el interior del recinto. Se construyó con la indicación de un movimiento ondulatorio, pues simbolizaba las aguas primordiales que rodeaban el primer montículo sagrado sobre el cual se edificó el gran templo.

Consumemos pues el gran periplo de Karnak, que nos llevará desde el primer pilón hasta el sanctasanctórum. Por este último, muy complejo en Karnak donde comporta varios aspectos, se inició la construcción del templo. Ésta es, por lo demás, la regla en casi todos los templos egipcios, como también lo fuera para las catedrales de la Edad Media. El Maestro de Obras empieza por lo es-

encial, lo más sagrado, el naos, sanctasanctórum o el ábside, es decir, el lugar de encarnación de lo divino. Formulado ya el «núcleo» primordial, puede desarrollarse el cuerpo del edificio.[15]



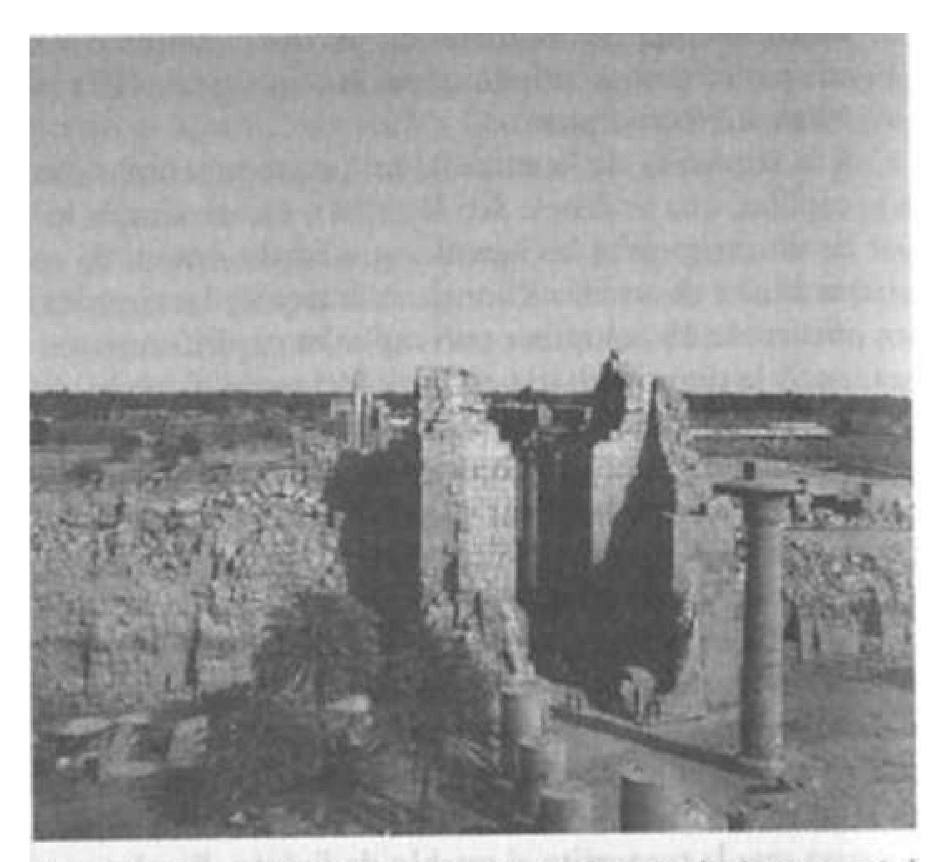
Karnak, avenida de esfinges. Estas esfinges con cabeza de carnero, encarnación del dios Amón, símbolo a su vez del principio misterioso de la vida, ejercen un papel de protectoras del templo y del rey.

El primer pilón (n.º 2 en el plano), el último construido, posee un tamaño gigantesco: 133 m de largo, 15 m de grosor. La fecha de construcción, probablemente en la XXX dinastía, es discutida. Es evidente que esta colosal puerta quedó inconclusa. Ni escenas ni inscripciones. En su fachada se practicaron aberturas por encima de grandes ranuras que servían para alojar los mástiles portadores de oriflamas, cuya forma recordaba el jeroglífico que significa «dios». Todo ocurría como si estas oriflamas, danzando al viento, fueran la llamada de lo divino para quien las contemplase. La austeridad era aquí máxima. La puerta del templo no es amable ni risueña. La entrada estuvo antaño cerrada por una gran puerta de madera. Ninguna mirada podía penetrar en el interior.

¿Por qué quedó inconcluso este pilón gigantesco? La explicación más sencilla es la interrupción de las obras por falta de medios materiales. Pero existe otra hipótesis: la voluntad del Maestro de Obras de darle este aspecto y no otro al último pilón de Karnak. Creaba así un símbolo perfecto del templo en perpetua evolución.

Por la escalera exterior, se ascenderá a lo alto de la torre norte del pilón, la de la izquierda si estamos colocados frente a él. Con un plano del lugar ante los ojos, podremos descifrar la estructura de Karnak y soñaremos con los tiempos en que los templos «funcionaban», cuando los monumentos brillaban con su belleza original cuando el ser de Karnak se animaba por los ritos y las procesiones.[16]

Pasemos entre las dos torres del pilón y penetremos en el gran patio, el más amplio conocido en Egipto (103 m por 84 m, n.º 3 en el plano).



Karnak, vista desde lo alto del primer pilón. Se distingue aquí el gran patio, con la columnata de Taharqa y la entrada de la sala hipóstila, verdadero «embudo» donde eran revelados textos rituales y simbólicos inscritos en las columnas.

A la izquierda de la entrada, un pequeño templo con tres capillas, que se debe a Seti II (n.º 4). Era un simple lugar de descanso para las barcas sagradas de Amón, de su esposa Mut y de su hijo Khonsu. A la izquierda, también, un pórtico de 18 columnas con capiteles papiriformes cerrados. A la derecha, hacia el fondo del patio, flanqueado por el pórtico de los bubastidas (los faraones originarios de la ciudad de Bubastis) con el mismo tipo de columnas, un templo de Ramsés III (n.º 5 en el plano). Es un edificio de tipo clásico (53 x 25 m) cuya entrada estaba enmarcada por dos colosos de los que sólo uno subsiste. Tenía también una función de

depósito de las tres barcas de la triada tebana. En su pilón, las escenas habituales en las que el faraón sale vencedor sobre sus enemigos, sean del norte o del sur. Gracias a esta victoria, el país está en paz. Una escena de la entrada muestra a Amón dando la vida a su hijo Ramsés para que la transmita al pueblo de Egipto. En el muro interior del pilón, Ramsés celebra la fiesta que asegura la eterna renovación de su energía. Ramsés III insiste en su fidelidad a Heliópolis, la antiquísima villa santa, al tiempo que ofrece su santuario a Amón-Ra. Ra, señor de Heliópolis, y Amón, señor de Tebas, son complementarios e indisociables. Veremos en este edificio, que consta de un patio con pórticos, una sala de columnas y un santuario para las barcas, varias estatuas del rey vistiendo un sudario fúnebre: el rey-individuo muere, pero la función faraónica perdura. Y la procesión del dios Min (pórtico oeste del patio) aporta una necesaria fuerza de resurrección.

El centro del gran patio está ocupado por un altar y dos altas columnas, una de las cuales conserva un capitel papiriforme abierto (mientras que los capiteles de los pórticos norte y sur eran cerrados). Se trata, por lo tanto, del lugar de una revelación. En este lugar se elevaban antaño diez columnas de unos veinte metros de altura que sostenían un techo de madera tallada o un inmenso toldo. Este titánico quiosco, que se debe al faraón etíope Taharqa, servía de depósito para la barca sagrada, colocada en el altar-peana que aún se conserva.

Antes de llegar al segundo pilón, se descubre el pórtico de los Bubastidas (n.º 7 en el plano) que recuerda un acontecimiento espectacular. Durante un eclipse, el cielo devoró la luna. El país se llenó de inquietud. El faraón Osorkon, para calmar la cólera de los dioses, celebró una gran fiesta en Karnak y ofreció a Amón toros, gacelas, antílopes, oryx, ocas cebadas, bajo un diluvio de vino, miel e incienso.

El segundo pilón (n.º 8 en el plano) forma el fondo del gran patio.[17] Estaba precedido por dos colosos de Ramsés II, de los que

sólo queda uno, muy dañado.

El lugar es misterioso, no hay paso entre el patio al aire libre, al que todavía podían acceder algunos «profanos» y la sala de columnas (la hipóstila) donde sólo entraban los iniciados en los misterios de Amón.

Las escenas que decoran el antepilón y las torres del pilón están consagradas a los ritos de las ofrendas. Sabemos que, para recibir el mensaje de los dioses —que miran hacia la salida, de espaldas al sanctasanctórum— primero hay que dar mucho. Las piedras muestran huellas de un incendio y, para explicar la degradación de este pilón cuyas torres se levantaban hasta los 40 m, se habla incluso de un terremoto. Numerosas sorpresas aguardaban a los investigadores que exploraron el interior y los fundamentos del pilón. Había allí miles de bloques pertenecientes a once monumentos anteriores, una estela que cuenta cómo el tebano Kamosis expulsó a los hicsos de Egipto, a comienzos de la XVIII dinastía, y un coloso (visible hoy) que representa al faraón Pinedjem I —aunque suele atribuirse a Ramsés II, que añadió su nombre a la estatua. Ante las inmensas piernas del faraón, una minúscula princesa sujetando el matamoscas, objeto simbólico que servía para alejar los malos espíritus.

El descubrimiento más sorprendente fue el de numerosos bloques de gres procedentes de monumentos construidos en Karnak por Ajnatón, «el hereje». Ahora bien, es seguro que el autor del pilón no es otro que el faraón Horemheb, al que se acusaba de haber organizado una «caza de brujas» contra Ajnatón y sus fieles. En realidad, ordenó desmontar cuidadosamente sus construcciones en Karnak para utilizarlas, según la regla, como partes de los cimientos de algún nuevo monumento.

Crucemos la puerta del segundo pilón y penetremos en la sala hipóstila, el lugar más espectacular de Karnak. Algunas cifras para apreciar un gigantismo de una belleza que corta el aliento: más de

5 400 m^2, 53 m de profundidad por 102 de anchura, 134 columnas, 122 de las cuales con capitel papiriforme cerrado, a ambos lados, y 12 gigantescas de capitel papiriforme abierto, flanqueando la avenida central y que alcanzan los 23 m de altura. Sus capiteles son de tales dimensiones que cincuenta personas podrían mantenerse sobre ellos sin estar apretadas. La nave central es más alta que las laterales. Esta diferencia de nivel permitió abrir ventanas para jugar con la luz que iluminaba las columnas, una tras otra, a medida que el sol avanzaba por el cielo. La sala estaba cubierta por una techumbre de piedra en la que los astrólogos y los «sacerdotes de la hora» pasaban las noches estudiando las estrellas. Karnak no dormía nunca. Las actividades eran incesantes día y noche e iban desde la preparación material de los alimentos hasta el culto de la armonía del mundo.

La expresión «bosque de columnas» acude de inmediato al espíritu. Nunca estuvo más justificada que en Karnak. Amenofis III, Horemheb, Ramsés I, Seti I y Ramsés II fueron los artesanos de esta extraordinaria obra maestra a la que su principal constructor, Seti I, dio el nombre de «el rey es un ser de luz en la morada de Amón». La gran sala de columnas se llama también «lugar de reposo para el señor de los dioses, lugar perfecto de residencia para la Enéada». Los textos precisan que es un trabajo concluido, destinado a la eternidad, estable como el cielo, tan duradero como el disco solar. Estamos en una región de luz donde el sol se levanta.

Esta inmensa sala recibió dos tipos de ornamentación, uno en el exterior de sus muros, el otro en el interior. En el exterior de los muros se trata de conmemoraciones de grandes victorias de los faraones sobre sus enemigos: las de Seti I sobre los palestinos, los libios y los hititas; las de Ramsés II en Kadesh, sobre los hititas; y las de Chechonq I sobre el hijo de Salomón, Roboam, siendo ayudado el rey de Egipto por la misma Tebas, encarnada en una diosa que sujeta con fuerza una cuerda que ata cinco hileras de prisioneros. Se contemplan los episodios clásicos, el faraón en su carro de

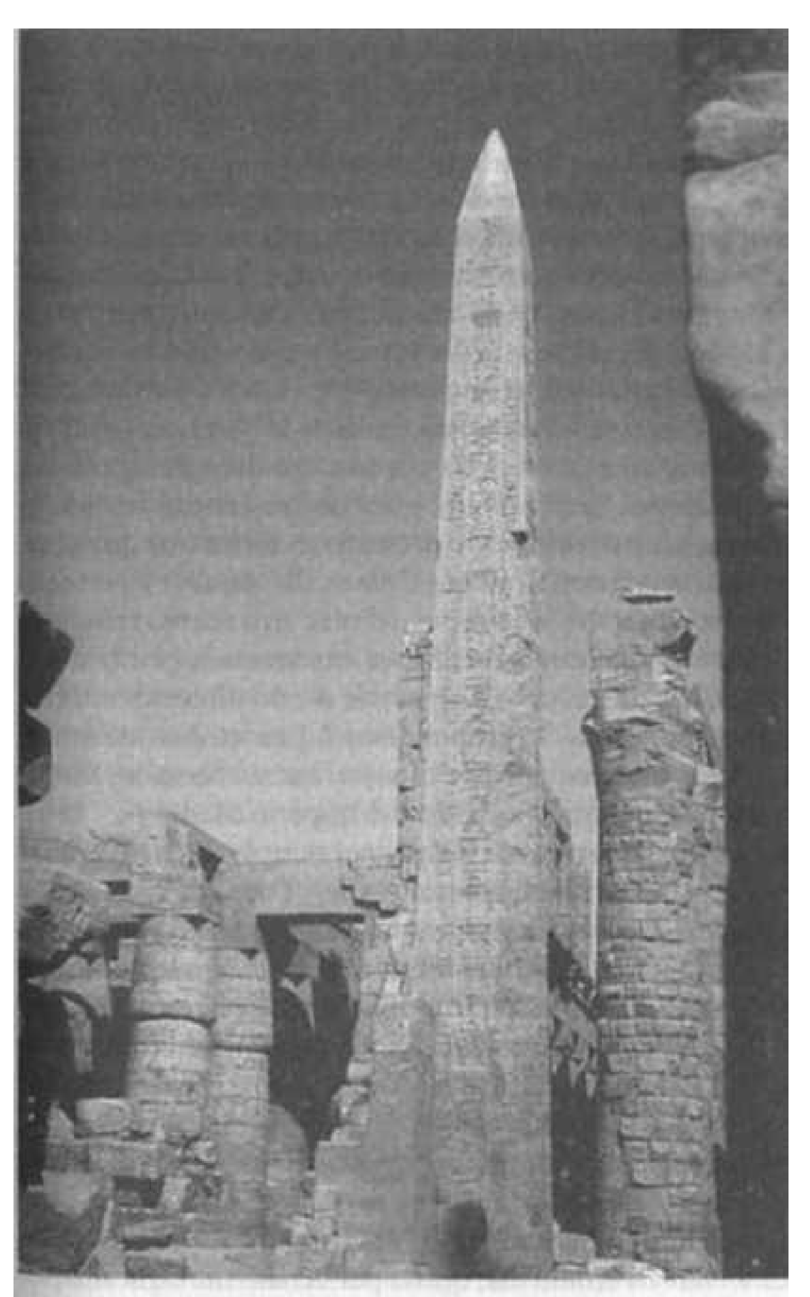
guerra, la toma de las fortalezas enemigas, los cautivos y el botín llevados a Egipto con la idea permanente de que el faraón encarna el equilibrio y el orden del mundo frente a las fuerzas de las tinieblas.

En el interior de la sala hipóstila acaban el estruendo de las armas y los cantos de conquista: sólo silencio y recogimiento. El faraón cumple con los ritos ante las divinidades de Tebas, ofreciéndoles agua, vino, incienso, flores, animales; consagra el templo ofreciéndoselo a Dios, su único y verdadero señor y, celebra la fiesta del renacimiento de la luz en el Año Nuevo.

El fondo de la sala hipóstila es el tercer pilón (n.º 10 en el plano), en muy mal estado de conservación. Casi en seguida se levanta el cuarto (n.º 11 en el plano). El ritmo del templo, tras el gran patio y la inmensa sala de columnas, se acelera brutalmente. Estamos, es cierto, en el punto donde se cruzan los dos ejes del templo. A la derecha, hacia el sur, el camino de las procesiones, con espacios más vastos. Siguiendo en línea recta avanzamos hacia el sanctasanctórum. Adoptemos la solución de la vía directa.

Entre el tercer y el cuarto pilón se alzaban cuatro obeliscos; sólo subsiste uno, debido a Tutmosis I. El cuarto pilón era la entrada del templo de Amón-Ra a comienzos de la XVIII dinastía. Entre el cuarto y el quinto pilón (n.º 12 en el plano), había catorce columnas papiriformes recubiertas de oro; en este espacio, que hoy es un patio al aire libre, se levanta todavía uno de los dos obeliscos erigidos por la reina Hatsepsut y cuatro colosos reales. Este obelisco, de 30 m de altura y un peso de más de 300 toneladas, es sin duda el más hermoso de Egipto. Sus jeroglíficos, grabados en hueco en la inmensa aguja de granito, son de una delicadeza y una precisión extraordinarias. Gracias al relato del transporte de los dos obeliscos de Asuán a Tebas grabado en el templo de Hatsepsut en Dayr al-Bahari, sabemos que transcurrió el cortísimo plazo de siete meses entre su extracción de las canteras y su erección en Karnak. Los arquitectos contemporáneos no se comprometerían a hacerlo

tan deprisa. Ambos obeliscos, cuyo piramidión estaba recubierto de oro, fueron erigidos para celebrar el decimoquinto año del reinado de la soberana, durante la fiesta de regeneración del poder real. Las escenas desarrollan el ritual de la coronación, uno de cuyos momentos esenciales es el abrazo fraternal entre Dios y el faraón. Los textos del obelisco que permanece de pie precisan que Karnak es el otero primordial que apareció en la creación del mundo y la región de luz en la tierra.



El universo vertical de Karnak: muros, columnas y obelisco traducen una aspiración a lo divino. Piedras vivas y piedras de eternidad se unen en un universo arquitectónico que obtiene su fuente del sentido de lo eterno.

Entre el cuarto y el quinto pilón, el iniciado obtenía una nueva vista y un nuevo oído gracias a la diosa Sechat, dueña de la «Casa de la Vida» y custodio de los archivos sagrados. El espacio es reducido entre el quinto y el sexto pilón (n.º 13 en el plano), ambos en ruinas. Más allá del sexto pilón, un patio marcado por la presencia de dos «pilares heráldicos», dos grandes pilares de granito rosado adornados con tres tallos de lis, símbolo del Alto Egipto, y tres tallos de papiro, símbolo del Bajo Egipto. Ante la puerta norte, otra dualidad: las estatuas de Amón y su compañera. Amonet; dicho de otro modo, «el Oculto» y «la Oculta».

Amón se encarna aquí en el cuerpo del célebre faraón Tutankamón, cuyo rostro juvenil expresa una suave luz interior. Pareja divina y pareja real se unen sin confundirse.

En este lugar del templo se construyó el santuario que contenía las barcas sagradas (n.º 14 en el plano). Fue totalmente reconstruido en el siglo IV a. J. C., sustituyendo los edificios anteriores, entre ellos la magnífica «capilla roja» de la reina Hatsepsut. El monumento, un rectángulo alargado compuesto por dos salas sucesivas abiertas en sus respectivos extremos, es imponente y austero. Dos grandes temas en sus relieves: la procesión de la barca, su salida de Karnak y su regreso, y la coronación del faraón tras su purificación. El dios Thot, señor de los jeroglíficos y de la ciencia sagrada, está muy presente en este ritual que concluye con la coronación que lleva a cabo Amón en persona. Un detalle simbólico propio del más vivo acervo religioso: el rey, de talla muy reducida, es amamantado por la diosa Amonet, «la Oculta». La esposa de Amón ofrece al rey la leche celestial que le proporcionará una eterna juventud.

Tras este santuario de la barca, hacia el este, un nuevo misterio de Karnak: el patio del Imperio Medio (n.º 15 en el plano). Es el corazón del primer templo. Tras el santuario de la barca venía, normalmente, el que albergaba la estatua del dios, las dos salas que formaban el conjunto del sanctasanctórum. Ahora bien, aquí se

abre ante nosotros un espacio vacío, un patio al aire libre. Se piensa, claro, que falta un edificio, que fue desmontado o utilizado como cantera. Sea como fuere, este espacio se ha respetado como tal. ¿No podría ser comprendido, conscientemente, como símbolo de Amón, dios oculto, invisible, que supera el entendimiento humano?

El aspecto luminoso, visible, dicho de otro modo, la faceta «Ra» de Amón-Ra, queda perfectamente indicada por el monumento erigido tras este patio. Tres grandes umbrales de granito rojo dan acceso a esta parte del templo, denominada «el cielo» y que suele llamarse la «sala de las fiestas» de Tutmosis III.

El sanctasanctórum de Karnak es «el interior», «la región de la luz», «lo que está por encima». En él se situaba la parte más sagrada del templo, donde el faraón se encontraba con Amón-Ra. Puesto que el patio del Imperio Medio estaba vacío, ¿dónde se hallaría la parte construida del sanctasanctórum sino en el magnífico monumento conocido por el nombre de «sala de las fiestas»» de Tutmosis III o *akh-menu*, es decir «el radiante de monumentos» (n.º 16 del plano)? No es un edificio aparte, aislado, sino un punto culminante donde se procedía a practicar los ritos de la regeneración del faraón. La gran sala con columnas comporta tres naves, una central y dos laterales menos elevadas, un dispositivo que recuerda a las basílicas románicas. La parte central del techo está bien conservada de modo que en el interior del templo reina un profundo recogimiento.

Vale la pena explorar las numerosas salitas que rodean la sala de las columnas; allí se efectuaban los ritos de purificación, allí estaban presentes las «almas» de los dioses antiguos y las de los faraones convertidos en estrellas que comunicaban su energía al nuevo rey. El faraón llevaba a cabo una carrera ritual, tiraba al arco con el dios Seth, aprendía a redactar los anales al dictado de la diosa Sechat. Asociaba potencia física y potencia espiritual.

En la «sala de en medio», quienes habían superado las pruebas eran iniciados en los misterios. Los textos nos informan de que el futuro adepto caminaba hacia la sala de los festejos, el horizonte del cielo. Se le abrían las puertas de esa región de luz para que contemplara a Horus radiante. Una vez realizado el rito de regeneración, el iniciado pasaba a las salas consagradas a Sokaris (al sur) y luego a las consagradas al sol (al norte). En las primeras, el iniciado revivía la pasión de Sokaris, dios momiforme con cabeza de halcón que conoce los caminos de los espacios subterráneos, lo que los cristianos llamarían los «Infiernos». Guiado por este dios, el iniciado declara: «Las puertas del mundo subterráneo se abren, Sokaris, sol en el cielo, tú que rejuveneces». Es el descubrimiento de la luz en las tinieblas lo que permite pasar a las salas solares donde se libra un combate: los hijos de la luz deben vencer a las fuerzas de la destrucción para que la armonía reine en la tierra. Obtenida la victoria, el iniciado concluye: «Fui un maestro de los secretos, viendo la luz en sus diversas formas y al Creador en su verdadero aspecto».

Entre las pequeñas salas solares, una se ha hecho célebre con el nombre, arbitrario por otra parte, de «jardín botánico»; sus admirables relieves muestran animales y vegetales exóticos. Tutmosis III los había visto en Siria, durante sus expediciones militares; haciéndolos grabar así, hacía ofrenda a Amón de toda la naturaleza.

En el extremo norte, tres capillitas donde se veneraba a Amón, el señor de Karnak, Maat, la Armonía cósmica, y la Enéada, los nueve dioses creadores. En la esquina nordeste, una escalera lleva hasta una plataforma elevada donde hay un altar cuyos cuatro lados muestran el signo jeroglífico (un pan sobre una estera) que significa «estar en paz», «conocer la plenitud». Se trata de una referencia al templo de Heliópolis. Una vez más, comprobamos la estrecha asociación entre la luz de Ra de Heliópolis y el secreto de Amón de Tebas.

Después de haber venerado a los dioses en el silencio de la triple capilla, el iniciado ascendía a esta plataforma solar donde su espíritu alcanzaba la plenitud extendiéndose a los cuatro puntos cardinales, es decir al universo entero.

El *akh-menu* en su conjunto era por tanto un templo de regeneración del rey, un santuario de iniciación a los misterios y un componente esencial del sanctasanctórum de Karnak, donde se «recargaba» la estatua del culto de Amón ofreciéndole las energías necesarias.

Resulta particularmente significativo que Karnak, el mayor templo de Egipto, muestre de la forma más ostensible el aspecto iniciático de la religión egipcia que es ante todo una larga preparación del espíritu humano para el descubrimiento de los misterios de la vida.

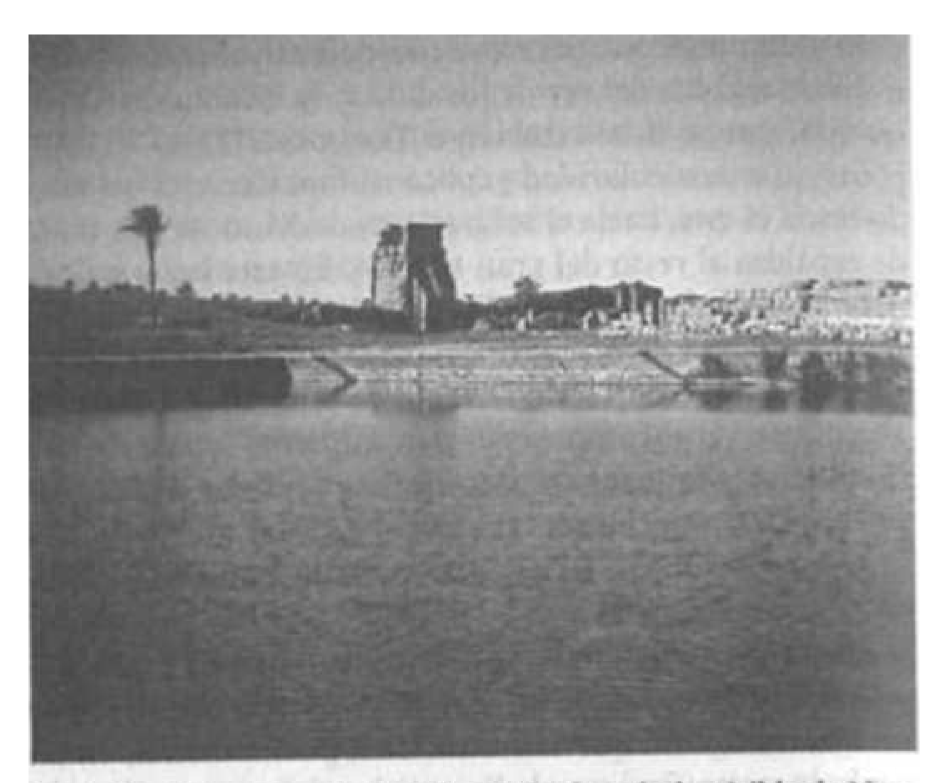
El sanctasanctórum de Karnak no está terminado. Adosado a un muro que parece cerrar definitivamente los dominios sagrados del rey de los dioses, se levanta un nuevo templo, que se debe también a Tutmosis III (n.º 17 en el plano). Su particularidad explica su función: está orientado hacia el este, hacia el sol naciente, hallándose por tanto de espaldas al resto del gran templo. En este lugar golpeó Atum con el pie para crear Tebas, la madre de las ciudades. Aquí escucha y satisface Amón las plegarias de quienes siguen el camino correcto. Delante de este templo de la luz renaciente, que comprende esencialmente una sala con seis pilares y un naos, Hatsepsut hizo levantar dos obeliscos hoy desaparecidos.

A partir de la XVIII dinastía, por consiguiente, se indicó claramente que más allá del templo cerrado, más allá de la iniciación a los grandes misterios, aún quedaba una etapa hacia lo divino: la de un nuevo sol, la del nacimiento de un nuevo mundo que se concretaba, por lo demás, en un símbolo magnifico: un obelisco único del que ya sólo subsiste el gran zócalo cuadrado. Ese monumento esencial fue desgraciadamente transportado a Roma, a la plaza de

San Juan de Letrán, cuando debiera servir de simbólica coronación del gran templo de Amón-Ra. Con sus 33 m de altura, el obelisco, que se debe a Tutmosis III, era, en todos los sentidos de la palabra, el punto culminante del lugar. Símbolo de la luz única, de la vertical que une el cielo a la tierra, el obelisco era, por sí solo, la imagen del sanctasanctórum. Era también el recordatorio del obelisco único de la ciudad santa de Heliópolis y del piramidión de las pirámides, siendo así una fulgurante síntesis de las distintas enseñanzas religiosas e iniciáticas del antiguo Egipto. Con esta última obra maestra, que hoy sólo podemos imaginar Karnak se afirmaba como el templo de los templos.

* * *

El recorrido esencial de Karnak, en su eje oeste-este, de las tinieblas hacia la luz única, ha terminado. Al este del obelisco único se encuentra todavía el gran muro de ladrillo con su puerta monumental (n.º 18 en el plano). En este sector se encontraron enterrados los extraños colosos de Ajnatón, actualmente en el Museo de El Cairo.



Karnak, el lago sagrado. Este lago era el símbolo visible de Nun, el Océano cósmico de los orígenes que rodea el universo creado y del que procede toda vida.

Vayamos ahora hacia el sur, hacia uno de los más hermosos paisajes de Egipto: el lago sagrado y su entorno de templos. Este lago es —Karnak obliga— el mayor de Egipto. Era un lugar muy animado; en él los sacerdotes se purificaban varias veces al día en las aguas del lago, antes de asumir sus funciones en el templo. Estas aguas presentaban una particularidad esencial. Procedían directamente de Num, el Océano de los orígenes que rodea la tierra. No puede imaginarse más eficaz agua de juventud. Las barcas sagradas bogaban por el lago durante los rituales reservados a los iniciados que celebraban un culto solar y osiriaco (espacios celestiales y espacios subterráneos) en el templo llamado de Taharqa-del-lago, edificado en el ángulo noroeste del lago (n.º 20 en el plano). A los lados de esta extensa superficie de agua se construyeron vi-

viendas para los sacerdotes, salas para almacenar las ofrendas y también una pajarera para las aves sagradas, que se soltaban durante la coronación a los cuatro puntos cardinales para anunciar al universo el advenimiento de un nuevo rey.

Cerca del edificio de Taharqa-del-lago descubrimos una impresionante escultura: un monumental escarabeo en un zócalo. Es la encarnación del dios Atum-Kheper, el principio creador que se manifiesta en el sol naciente que emerge de las tinieblas que ha conseguido atravesar. Es el símbolo de las metamorfosis y las mutaciones del iniciado que, después de purificarse en el lago sagrado, el abismo original, y el «filtro» que constituye el templo de Taharqa-del-lago, renace por la mañana con una nueva forma.

Y junto al escarabeo un conmovedor vestigio: la punta de un obelisco roto de la reina Hatsepsut. Naturalmente, el piramidión debiera estar en el cielo, resplandecer bajo la luz solar. Sin embargo, yace a nuestros pies, separado de su cuerpo de piedra, pero intacto. En sus jeroglíficos, de total perfección, nos muestra a la reina coronada por su padre Amón, como si nada hubiese cambiado, como si el obelisco siguiese en pie. ¿Pero acaso el tiempo sagrado de Karnak no escapa al tiempo de los hombres?

Yendo hacia el oeste, llegamos hasta lo que se denominan «los propileos del sur», es decir una sucesión de pilones (del 7.º al 10.º) y de patios, que siguen el segundo gran eje del templo de Amón, norte-sur, en dirección al templo de Mut.

Reducido a su estructura esencial, el templo de Amón-Ra se presenta, pues, como un ⊢; ahora bien, en la unión de estas dos barras, ante el séptimo pilón (n.º 22 en el plano), se encuentra un curioso lugar denominado patio del Escondrijo (n.º 21). Los muros de este patio están consagrados a la paz y la guerra: paz de Ramsés II con los hititas, expuesta en el muro oeste; guerra victoriosa de Mineptah contra los libios y los pueblos del mar, en el muro este. Sin embargo, la sorprendente función de este patio es servir de cementerio a un gran número de estatuas. Se trata, pues, más que de un escondrijo, de una verdadera necrópolis donde, a comienzos de siglo, se descubrieron unas 800 estatuas de piedra, 17000 estatuas de bronce, estatuas de madera en muy mal estado, desgraciadamente, y gran cantidad de exvotos, objetos que se conservan en el Museo de El Cairo. Su entierro ritual tuvo lugar en la época tolemaica, asegurando la vida eterna a esas estatuas vivas; la magia egipcia, una vez más, funcionó perfectamente.

De los pilares octavo al décimo, seguiremos la vía de las procesiones, acompasada por vastos patios y enormes pilones. Este eje norte-sur no posee la misma naturaleza que el eje oeste-este. No se trata de un recorrido iniciático que va de las tinieblas a la luz sino de un itinerario de viaje para las barcas sagradas que se dirigen al templo de la gran madre, Mut, o hacia el templo de Luxor. Rehacer el camino supone uno de los paseos más conmovedores que existen; la vegetación tiende a invadir unas ruinas a menudo imponentes.[18]

Dos monumentos notables se erigen al oeste de este gran eje de procesiones: el templo de Khonsu (n.º 26 del plano) y el templo de Opet (n.º 27).

Khonsu es el tercer miembro de la tríada tebana, el hijo de Amón y Mut, del padre de los dioses y de la gran madre. Su nombre está formado a partir de un verbo que significa «atravesar el cielo». Khonsu, hombre con cabeza de halcón, cuyo cuerpo está

cubierto por un sudario blanco parecido al de Osiris, desempeña a menudo un papel de dios lunar. En este sentido, provoca acontecimientos, buenos o malos, y no vacila en degollar a los seres malignos. La luna, en egipcio, es un dios masculino de virtudes guerreras. Los ritos propios de Khonsu se celebraban por la noche, especialmente durante la luna llena, del ciclo lunar cuando está en su máxima intensidad. El faraón, que había conocido la regeneración solar en el gran templo de Amón, conocía aquí su complemento, la regeneración lunar.

El templo está rodeado por un muro en el que se abrió un hermoso pórtico tolemaico, durante la segunda mitad del siglo III a. J. C, en el que se ve a Tolomeo II y a la reina Berenice realizando ofrendas a las divinidades. Cruzado este pórtico, se abría una avenida de esfinges, hoy desaparecidas, que llevaba al pilón cuyas dos torres conservan su cornisa superior. Se penetra en un patio flanqueado por columnas. En las escenas que lo decoran, al igual que en la iconografía del interior del templo, hay un intruso. Un sumo sacerdote de Amón, llamado Herihor, quien, aprovechándose del debilitamiento del poder faraónico después de Ramsés III, se proclama rey. Con la riqueza y el prestigio de Tebas a sus espaldas, se consideraba el legítimo soberano del Alto Egipto e, incluso, del país entero. Nadie pensó en destruir los relieves donde se le ve ocupando la barca real u ofreciendo incienso a los dioses de la tríada tebana, un acto reservado al faraón en que se convirtió con la aprobación de su colegio sacerdotal.

Después del gran patio viene una salita con columnas, el santuario de la barca en cuyo centro se halla el zócalo destinado a ella; finalmente, el sanctasanctórum donde Ramsés IV ofrece perfume floral al dios Khonsu. Ramsés no expulsó del templo a su «competidor» Herihor; Herihor recibió en Tebas a su «competidor» Ramsés IV; hubo, pues, un mutuo reconocimiento, hecho que sorprende al historiador. Pero el Egipto de los templos no es el de las luchas intestinas y las guerras civiles. En este santuario de Khonsu,

obra maestra de la época ramésida, reinan una serenidad luminosa, una paz profunda, propicias a la resurrección de Osiris, velado por Isis y Neftis (escena en la esquina nordeste del santuario).

Convenía subrayar la presencia de esta escena porque el templo de Opet (n.º 27 en el plano), levantado junto al templo de Khonsu, se comunicaba con él a través de una capilla considerada la tumba de Osiris. La diosa Opet, encamada en un hipopótamo hembra, era una Madre, diosa del nacimiento, genitora de la luz, matriz en la que tomaba forma la vida. Amón no rivalizaba con Ra, dios de la luz, ni con Osiris, juez de los muertos y señor de la resurrección. Amón se identificaba con Osiris en esta parte del espacio sagrado de Karnak, donde estaban representadas todas las formas divinas.

El lugar de nacimiento de Osiris es un templo muy particular, bastante degradado hoy, que no se parece a ningún otro: un vestíbulo con dos columnas y unas pequeñas cámaras donde reinan el silencio y las tinieblas. Algunas servían de refugio a los objetos simbólicos utilizados en los rituales. El santuario está precedido por tres pequeñas salas; pasamos así de la trinidad a la unidad. Descubrimos las escenas de la resurrección de Osiris tendido en un lecho funerario, velado por Isis, su esposa, y Neftis, su hermana. El cuerpo parece condenado a la muerte, pero la presencia de un pájaro con cabeza humana, el *ba* (el alma, en una traducción aproximada), prueba que Osiris sigue vivo. Isis, la gran maga, es ayudada por cuatro dioses con cabeza de rana y cuatro más con cabeza de serpiente. Es la ogdóada, es decir una cofradía de ocho dioses de Hermópolis (cuyo nombre egipcio significa precisamente «la ciudad de los Ocho» donde reinaba Thot). Los ocho son las fuerzas elementales y oscuras de la creación, el dinamismo primigenio que actúa sobre las tinieblas antes del nacimiento de la luz. Isis, la maga, los utiliza para devolver la vida a Osiris, mientras su hijo Horus, después de haber sido amamantado, combate victoriosamente con Seth.

Estamos en Karnak, de modo que Amón debe intervenir, incluso en un ritual osírico. Son los diez *bau*, las diez manifestaciones del poder de Amón (felinos, serpientes y un humano), que entregaban el collar de vida a Osiris resucitado. Amón se presenta como el omnipotente del que proceden y al que regresan todos estos genios.

En el sanctasanctórum, una hornacina contenía la estatua de la diosa Opet bajo la cual se había excavado un pozo que conducía a la morada de resurrección subterránea de Osiris, que comunicaba con el templo de Khonsu.

Opet, misteriosa divinidad cuya enseñanza estaba reservada a los iniciados en los misterios de Osiris, tenía también un aspecto muy popular. Durante la gran tiesta de Opet, Amón, Mut y Khonsu se dirigían en barco a Luxor, en medio de un indescriptible regocijo popular. Se celebraba a Opet, la buena madre, la nutricia, la que protegía a las mujeres encinta. Se cantaba y bailaba la alegría de ver salir a los dioses del templo.

* * *

Algunas noches, una barca de oro emerge del lago sagrado, recordando aquellas grandes fiestas de la antigüedad, cuando los hombres eran felices porque sabían venerar a los dioses. La conduce un faraón de oro con marineros de plata. En su estela, la barca abandona piedras preciosas para quien sepa verlas. Si se desea subir a esa maravillosa barca hay que tener el corazón rodeado de triple bronce y saber guardar silencio. Quien lance el menor grito será aniquilado. Quien posea el sentido del misterio regresará a su casa con fabulosos tesoros.

* * *

Tomemos ahora la avenida flanqueada por esfinges que se abre tras el décimo pilón (n.º 28 en el plano) y que lleva hasta el recinto de la diosa Mut (n.º 29), a unos 300 m del recinto del templo de Amón-Ra. Mut, cuyo animal sagrado era un buitre, al que con fre-

cuencia se representa en el techo de los templos con las alas desplegadas, disponía de un inmenso dominio de unas diez hectáreas. El conjunto, donde figuraban tres templos, está por desgracia muy arruinado y en gran parte no ha sido aún explorado; el templo de Mut está reducido a escombros invadidos por las malas hierbas de las que emergen, dispersas, espléndidas estatuas de granito de la diosa-leona Sekhmet. Aquí quedan sólo algunos ejemplares, pues la mayoría de las estatuas están distribuidas por los distintos museos del mundo. Amenofis III hizo esculpir dos series de 365 Sekhmet, atribuyéndose una doble diosa a cada día del año. La diosa-leona, patrona de los médicos, podía mostrarse muy dañina, provocando la enfermedad, el mal tiempo, la desgracia, llegando incluso a destruir a la humanidad si el dios Ra no hubiese puesto personalmente freno a su ardor. Pero conocía también el secreto del mal y de la enfermedad, enseñándolo a sus adeptos, que podían así cuidar a quienes lo sufrían. La furiosa. Sekhmet, apaciguada por los himnos, los cantos y las danzas, se convertía en la dulce gata Bastet: un felino también, aunque más «civilizado». Se ha advertido que el granito tenía vetas de color rosado que con increíble habilidad los escultores utilizaron para destacar mejor partes importantes de la estatua, como la cruz de vida que sujeta Sekhmet, que dispone del poder de muerte.

El templo de Mut está rodeado por un lago sagrado en forma de creciente lunar o de herradura: es un caso único. Debemos plantear aquí la hipótesis muy plausible según la cual los templos tebanos tenían la forma de un inmenso ojo *udjat*, es decir el ojo completo de Horus, cuyas distintas partes permitían medir el mundo y conocer el universo. Las distintas partes de Karnak serian, entonces componentes de ese ojo, formando una gigantesca mirada divina construida en la tierra que contemplaba a los dioses.

En el templo de Ramsés III, situado en la esquina nordeste del recinto, se grabó una escena de circuncisión del rey niño (muro norte del patio). El rito fue al parecer obligatorio para penetrar en

las partes secretas del templo; la ceremonia tenía también un sentido simbólico profundo, que encuentra eco en los Evangelios con la «circuncisión en espíritu».

Antes de abandonar Karnak para dirigirnos a Luxor, vayamos en dirección opuesta al recinto de Mut, hacia el norte, hacia el recinto de Montu, el antiquísimo dios tebano, señor de la guerra. Pasando de nuevo por el eje sur-norte, o por el gran patio del templo de Amón en cuyo muro norte se abre una puerta, iremos hacia el muro del recinto de Amón y pasaremos ante el templo de Ptah (n.º 32 en el plano).

Ra, Osiris… Karnak habría estado incompleto de no haber acogido a Ptah, señor de Menfis, dueño del Verbo, patrón de los Maestros de Obras. Todo el mundo el reconoce al santuario de este dios austero un encanto muy especial, debido a la belleza de sus ruinas, protegidas por la bienhechora sombra de las palmeras. Cinco puertas sucesivas que conducen a un pilón de pequeño tamaño dan acceso a un patio con columnas que precede a un santuario compuesto por tres capillas cubiertas aún por su techo.

Antes de penetrar en ellas, debemos subrayar que dicho templo, construido en el Imperio Medio y reconstruido por Tutmosis III, que desplegó una considerable actividad en Karnak, fue restaurado y devuelto a su estado original en época tardía, por un rey que no dejó inscrito su nombre en el monumento.

El sanctasanctórum de este edificio es excepcional. En la capilla de la izquierda no hay estatua; en la de la derecha, la esposa de Ptah, está la leona Sekhmet, de granito negro, de pie; en el centro, el dios Ptah, hecho sorprendente, pues el dios del Verbo no solía encamarse en un cuerpo de piedra. Por desgracia, la cabeza de la estatua se ha roto. El buen estado de conservación de las capillas produce una sensación de lugar sagrado muy intensa. Con las puertas cerradas, un rayo de luz se cuela por un tragaluz practicado en el techo e ilumina las estatuas divinas, haciéndolas surgir de

las tinieblas. Cuando se sabe que el prólogo del cuarto Evangelio, el de san Juan («En el principio era el Verbo», etc.), es una trasposición de un texto egipcio, se comprende, al ver a Ptah, Verbo y Luz saliendo de las tinieblas que no la han detenido, que estamos en presencia de una altísima espiritualidad manifestada por una arquitectura y una escultura a su medida.

Después de este monumento de especial intensidad, el templo de Montu (n.º 33 en el plano), su recinto, su lago sagrado, parecerán tan sólo pobres vestigios y piedras dispersas. Un pequeño templo, adosado al de Amón-Ra-Montu, es particularmente importante pese a su mísero estado. En él quisiéramos terminar nuestra peregrinación por Karnak. El edificio estaba dedicado a Maat, la hija del sol, la personificación femenina de la Armonía universal. A ella le correspondían, en último término, todas las ofrendas. Era el punto culminante del culto cotidiano celebrado por el faraón. Maat es la norma del universo, eterna, imperecedera. Su templo de piedra está en ruinas. Su realidad no ha cambiado, a la espera de que otra civilización tome de nuevo conciencia de ello.

Luxor, la fiesta divinizada

Luxor marca para muchos un momento de perfección en el arte egipcio. Se ha escrito a menudo que aquí se alzaban las más hermosas columnas concebidas por los arquitectos egipcios.

El templo de Luxor está íntimamente ligado al inmenso Karnak. Los antiguos accedían a él de dos modos; o bien en barco, siguiendo el Nilo, o por la vía de las procesiones el gran eje norte-sur de Karnak que se prolongaba del décimo pilón. Era una amplia avenida de esfinges guardianas y protectoras que unía ambos templos; está previsto ponerla al descubierto en su totalidad.

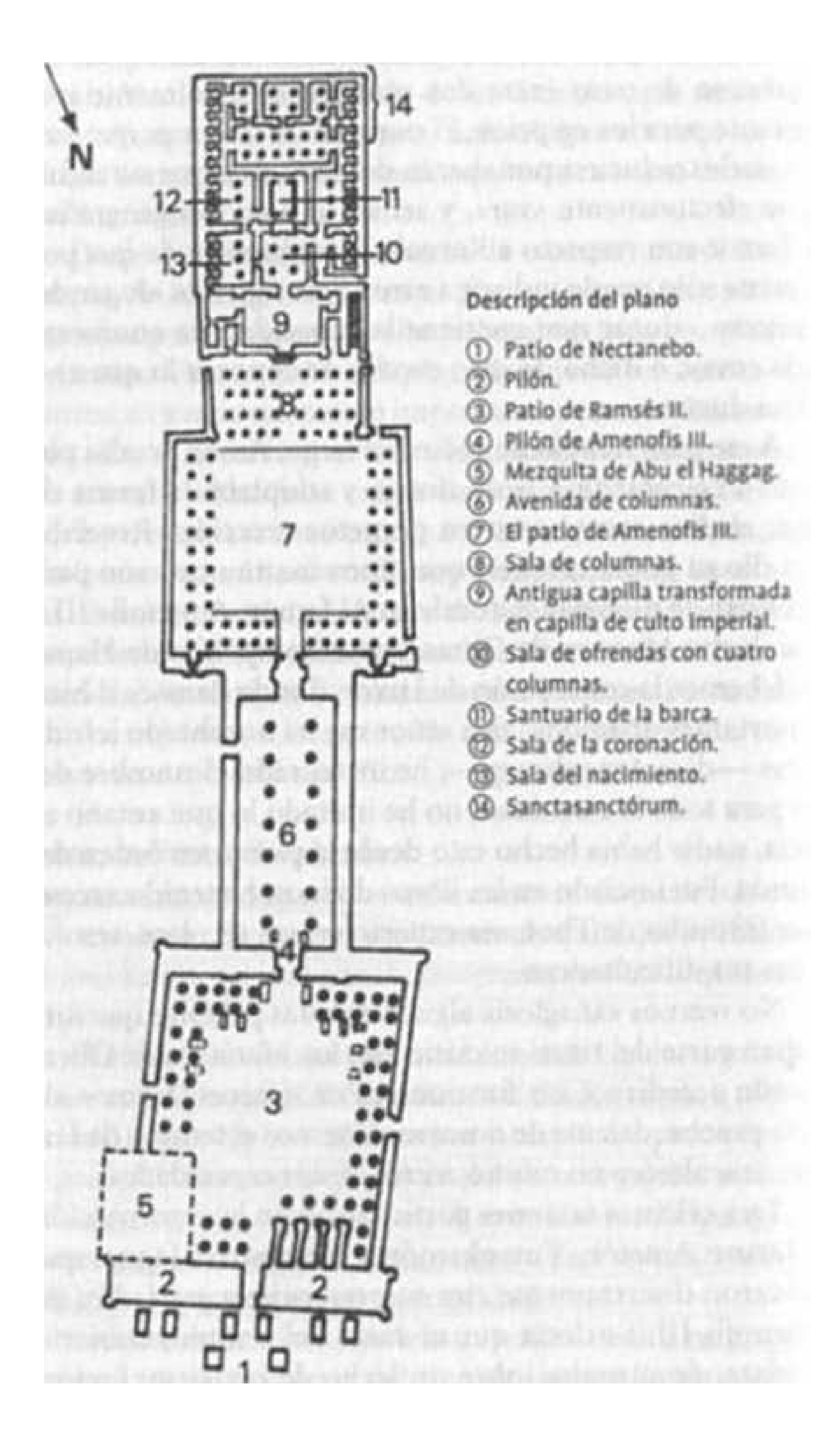
La estatua del dios y su barca hacían un alto en pequeños lugares de descanso, del tipo de la «capilla blanca» de Sesostris I; esas «salidas del dios» eran ocasión para festejos populares en los que el común de los mortales veía manifestarse la presencia divina.

Amón acudía a Luxor con ocasión del Año Nuevo, momento de paso entre dos mundos especialmente importante para los egipcios. El nombre de Luxor es *ipet-sut*, que suele traducirse por «harén del sur». Aunque *sut* signifique efectivamente «sur», y señale la posición geográfica de Luxor con respecto a Karnak, la traducción de *ipet* por «harén» sólo puede inducir a error. *Ipet* significa «lugar del número», «lugar que contiene la capacidad de enumerar cada cosa», o dicho de otro modo, de conocer lo que es y ser su dueño.

A ese gran templo de 260 m de largo, Amón acudía por tanto a celebrar una fiesta divina y adoptaba la forma de Min, el dios con el sexo en perpetua erección. Revelaba con ello su poder creador, que renovaba año tras año para fecundar de nuevo la naturaleza. Al faraón Amenofis III y a su ilustre Maestro de Obras, Amenhotep, hijo de Hapu, les debemos la concepción de Luxor, donde Ramsés II hizo importantes añadidos. «Mi señor me ha nombrado jefe de obras —dice Amenhotep—; he instaurado el nombre del rey para toda la eternidad, no he imitado lo que antaño se hacía, nadie había hecho esto desde la puesta en orden del mundo. Fui iniciado en los libros divinos, he tenido acceso a las fórmulas de Thot, era experto en sus secretos, resolví todas sus dificultades».

No veamos vanagloria alguna en estas palabras que formaban parte del ritual iniciático de los Maestros de Obras cuando accedían a sus funciones. Por si necesitásemos alguna prueba, delante de nosotros tenemos el templo de Luxor: Amenhotep no mintió acerca de sus capacidades.

Tres célebres faraones participaron en la construcción de Luxor: Ajnatón, Tutankamón y Alejandro Magno, que marcaron discretamente con su presencia la gran obra de Amenofis III. Se decía que el suelo del templo, cubierto de plata, descansaba sobre un lecho de incienso; Luxor, por su belleza y la pureza de sus líneas, fue objeto de los mayores cuidados hasta el fin de la civilización faraónica. A comienzos del siglo IV d. J. C., fue transformado por los romanos en templo de culto imperial antes de servir de iglesia cristiana. A estos avatares se añadieron la invasión asiría y el terremoto del año 27 a. J. C.


N
14
12
11
13
10
9
8
7
6
4
3
5
2
2
1
Descripción del plano
① Patio de Nectanebo.
② Pilón.
③ Patio de Ramsés II.
④ Pilón de Amenofis III.
⑤ Mezquita de Abu el Haggag.
⑥ Avenida de columnas.
⑦ El patio de Amenofis III.
⑧ Sala de columnas.
⑨ Antigua capilla transformada en capilla de culto imperial.
⑩ Sala de ofrendas con cuatro columnas.
⑪ Santuario de la barca.
⑫ Sala de la coronación.
⑬ Sala del nacimiento.
⑭ Sanctasanctórum.

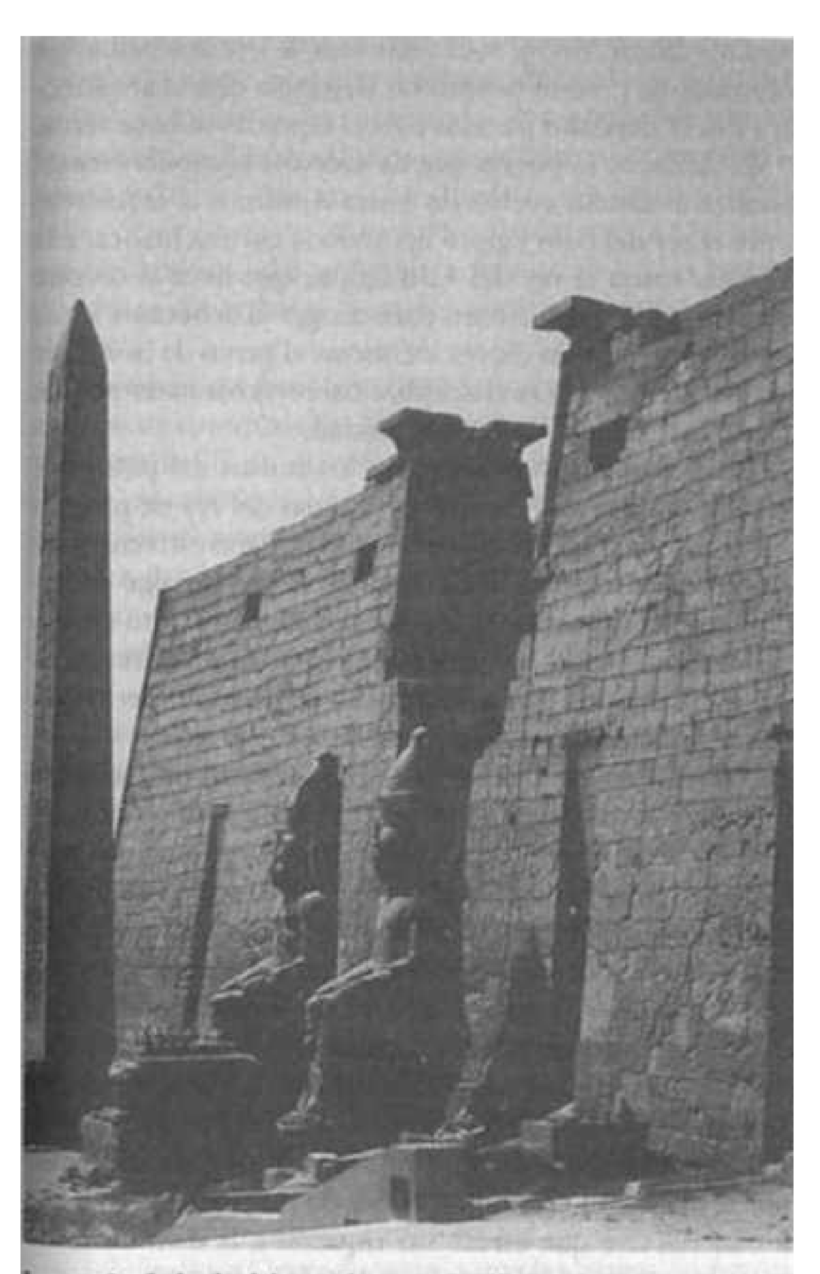
Otra sorpresa: la presencia de una mezquita que avanza hacia el interior del templo, un extraño apéndice que estorba a la vista. Luxor no ha sido descubierto por completo; no se han podido practicar excavaciones debajo de esta mezquita donde está enterrado el bienaventurado jeque El Said Yusef Abu el Haggag, patrón musulmán de Luxor, padre de los peregrinos, capaz de multiplicar el agua de una calabaza para quienes tienen sed. Muerto en 1244 d. J. C., había recortado una piel de cabritilla en finas tiras que, puestas una tras otra, formaron un recinto protector en tomo a la ciudad. Los ángeles se lo llevaron sobre sus alas cuando agonizaba y lo depositaron en el templo de Luxor. En su honor, cada año se celebra, una procesión de la barca que es un lejano recuerdo de la antigua fiesta.

* * *

Luxor se levanta sobre un zócalo de piedra, muy cerca del Nilo que en este lugar alcanza su mayor anchura. Antes de la entrada en el templo, señalada por el gran pilón, encontramos una avenida de esfinges y un gran patio que se deben a uno de los últimos faraones egipcios, Nectanebo I (n.º 1 en el plano). La mirada se siente atraída en seguida por la fachada del templo. Un obelisco (en los orígenes había dos), dos colosos flanqueando la puerta del templo (seis en su origen; queda un tercero en el extremo derecho) y las dos altas torres del pilón (n.º 2) cuyas cimas han desaparecido casi por completo.

El conjunto es de una inigualable majestad. El obelisco que falta se levanta en la plaza de la Concordia, en París, donde se erigió en 1836 a costa de grandes dificultades. En el obelisco que queda (25 m de altura, más de 250 toneladas), cuyo piramidión estaba cubierto de oro, Ramsés II venera a Amón-Ra, el señor del templo. En la base, unos cinocéfalos, los monos sagrados de Thot, celebran la llegada de la luz matinal, ayudándola con sus gritos a alcanzar su plenitud. Los dos obeliscos tenían la función de apartar las

energías negativas para atraer las fuerzas positivas procedentes del cielo.



Luxor. La fachada del templo, constituida por un pilón, está precedida por dos colosos reales sentados y dos obeliscos (el que falta está en París, en la plaza de la Concordia). Los primeros son los guardianes del umbral, los segundos disipan las energías negativas.

Verdaderos pararrayos sagrados, los obeliscos protegían el templo. Los seis colosos reales de Ramsés son guardianes. A su lado, la esposa de Ramsés, Nefertari, y una de las hijas del rey. En el pedestal, una representación indica perfectamente las funciones de esas gigantescas estatuas: los «nueve arcos», es decir el conjunto de los pueblos extranjeros, están sometidos a la autoridad del faraón. Se trata de lo contrario de la Enéada de los dioses, de las nueve regiones que simbolizan el mundo entero colocado a los pies del rey.

La superficie ofrecida por las dos torres del pilón dio a Ramsés II la posibilidad de desarrollar uno de sus temas preferidos, la Batalla de Kadesh, librada contra los hititas. En la torre de la derecha se representa el campo egipcio protegido por una muralla relativamente sencilla, hecha de escudos. El momento es decisivo. Dos espías hititas han sido capturados. En realidad, se han arrojado voluntariamente en las fauces del lobo para practicar la «desinformación»; en efecto, han dado informaciones falsas sobre la posición del ejército hitita. El faraón celebra un consejo de guerra con sus oficiales superiores. Nadie ha advertido la traición. En la torre de la izquierda, la propia batalla donde el faraón, abandonado por los suyos, aterrorizados por el adversario, se enfrentará solo a 11000 hititas. De un tamaño considerable con respecto al enemigo, Ramsés II, inspirado por su padre Amón, dispersa las fuerzas del caos.

Una vez pasada la puerta del templo, accedemos al primer patio, el de Ramsés II (n.º 3 en el plano), cerrado por un nuevo pilón que se debe a Amenofis III (n.º 4); a la izquierda, la mezquita Abu el Haggag (n.º 5). A la derecha, un pequeño santuario compuesto por tres capillas dedicadas a los dioses Amón, Mut y Khonsu, la tríada tebana. Las columnas de granito poseen tal elegancia que la arquitectura de ese depósito para las barcas sagradas se hace aérea.

El dintel de la puerta que da acceso a la capilla central muestra al faraón corriendo hacia Amón; a la izquierda, como el rey del Bajo Egipto llevando la corona blanca; a la derecha, como el rey

del Alto Egipto que lleva la corona roja. Hay, pues, dos Amón para acoger al soberano; en el centro, entre ambos dioses idénticos, el genio de la eternidad lleva en su cabeza el nombre del rey, coronado por un sol. En la luz, todo vuelve a la unidad.

Las columnas que flanquean los muros del patio son austeras y macizas. Entre ellas, estatuas del rey de pie con una reina o una princesa de pequeño tamaño estrechándose tiernamente contra la pierna del coloso. Hay algo curioso: una sola de esas estatuas está tallada en granito negro, mientras las demás son de granito rosa. Es un tema esencial de la religión egipcia, el de lo Uno y lo múltiple, lo que es potencial, no expresado, lleno de vida (el rojo).

Los relieves de los muros de ese patio, como todos los de Luxor, son de excepcional calidad. En la esquina sudoeste se desarrollan dos escenas extrañas. La primera es una procesión muy particular en la que, entre sacerdotes portadores de ofrendas, figuran 17 hijos de Ramsés II, que llevan en la mano izquierda largos ramilletes cuyo suave olor alimentará el alma de los dioses. Pero las «estrellas» del cortejo son seis enormes bueyes que fueron cebados para el sacrificio. Van adornados y llevan incluso flores entre los cuernos. Sobre dos de ellos se ve una cabeza de un hombre negro y una cabeza de un hombre asiático. Los animales, que se arrastran con dificultad dado su peso, simbolizan la materia viva que ofrece sus riquezas a la divinidad, así como las regiones del mundo sometidas a un rey.

La segunda escena es la inauguración del pilón de Luxor. Este tipo de ceremonias eran para los egipcios la ocasión para una gran fiesta en la que participaba la población, disfrutando de días de vacaciones y noches bastante apasionadas en las que el vino y la cerveza no estaban racionados. En este relieve está representado el propio pilón, con sus cuatro mástiles para banderolas, precedido por los seis colosos de Ramsés II y los dos obeliscos. Así concluía la última parte del templo cuya construcción había comenzado por el sanctasanctórum. No olvidemos que las escenas están vin-

culadas entre si: la procesión de los bueyes cebados se dirige hacia el templo donde serán ofrecidos en sacrificio.

Para salir del patio, pasamos ante dos colosos de Ramsés II, muy deteriorados, que flanquean la puerta del pilón de Amenofis III (n.º 4 en el plano). En los zócalos de las estatuas, los enemigos del faraón vencidos y atados; contra la pierna derecha del faraón, su esposa Nefertari, de pequeño tamaño, con la forma de la diosa Hator o, más exactamente, llevando el hábito de la gran sacerdotisa de Hator. Puesto que su real esposo ha obtenido la victoria sobre las tinieblas, la reina puede organizar la fiesta y dejar que el júbilo se exprese. Tomemos una soberbia avenida de 52 m de largo, flanqueada por siete columnas (15,80 m de altura) a cada uno de los lados, que produce a la vez una impresión de elevación y de embudo (n.º 6 en el plano). Aquí se produce un cambio de eje evidente, como si el templo fuese de pronto devuelto a la línea recta. No se trata de torpeza ni de dificultad técnica no resuelta, sino de voluntad simbólica del Maestro de Obras. Pasamos por una «compuerta» y el camino cambia de naturaleza, pues el propio templo se vuelve distinto. Al este y al oeste, dos muros flanquean esta columnata, su ornamentación se debe a dos faraones, Tutankamón y Horemheb, que reinaron tras la «herejía» de Ajnatón y cantaron de nuevo la gloria del dios Amón. Hicieron también representar los episodios de la fiesta de la diosa Opet, durante la que las barcas de Amón, de Mut, de Khonsu y del faraón salen del templo de Karnak para dirigirse a Luxor por el Nilo. En la orilla, una imponente muchedumbre, con músicos y danzarines. Esta fiesta se celebra en el mundo exterior, en ella se admiten los profanos. Pero muy pronto las barcas sagradas entrarán en una parte del templo reservada a los iniciados. La gran columnata encarna, de modo monumental, el paso entre esos dos mundos.



Luxor. La columnata que da acceso al patio de Amenofis III. Es uno de los lugares donde de un modo más directo se percibe el carácter sagrado de la geometría egipcia y la luz inscrita en la piedra por los Maestros de Obra.

Pero entremos en el segundo gran patio del templo, el de Amenofis III (52 m de ancho por 48 de largo, n.º 7 en el plano), que precede al templo cubierto. Está flanqueado en tres de sus lados por dos filas de columnas papiriformes, de capitel cerrado, sin duda las más hermosas de Egipto. Espacio al aire libre, es cierto, pero capiteles cerrados: todo está presente, nada se revela.

Aquí, nos impregnamos plenamente del poder de la vertical, de esos trazos de luz grabados en la piedra para permitirnos pasar de una visión material del mundo a una visión sagrada, y para prepararnos a los misterios del templo interior.

Este templo cubierto comienza, como es norma, por una sala de columnas, que en este caso son 32 (n.º 8 en el plano). Primera advertencia: esta parte del edificio está claramente diferenciada del resto, pues se construyó sobre una especie de plataforma. Su basamento, además, recibió un texto y una ornamentación particula-

res, a saben una procesión de personajes que simbolizan las provincias de Egipto. Por lo tanto, el país entero sirve de soporte a lo divino.

Tras la sala de columnas se abren varias pequeñas estancias; las más importantes de ellas son la sala de ofrendas, con cuatro columnas (n.º 10 en el plano), donde el faraón realiza los ritos de las ofrendas a Amón y a Min, y el santuario que albergaba la barca sagrada (n.º 11 en el plano), parte del templo modificada por Alejandro Magno, que se hizo representar en las paredes adorando a los dioses egipcios. El conquistador griego imitó las escenas en las que se ve al faraón Amenofis III en acción. Después de liberar a Egipto del yugo asirio, después de hacer que le coronaran rey en el oasis de Amón, Alejandro quiso llegar hasta Tebas y demostrar su piedad por la antigua religión, en el secreto de un templo cubierto. Extraña andadura que ilumina, tal vez, con nueva luz la aventura del conquistador cuyo poder temporal quedaba así, depositado como ofrenda a los pies de Amón.

A la izquierda de la capilla de la barca, encontramos dos capillas más; una (n.º12 en el plano) nos cuenta la coronación de Amenofis III mientras la otra evoca la concepción divina y el nacimiento del faraón (n.º 13). Las escenas se grabaron en el muro oeste, en un relieve tan fino —y degradado además— que son muy difíciles de descifrar.

El faraón no intenta «demostrar» su nacimiento divino ni recoger los sufragios de la población. Su estatuto de jefe de Estado está establecido desde el inicio de los tiempos y nunca se ha cuestionado, puesto que incluso los griegos y los romanos se vieron obligados a convertirse, ritualmente, en faraones, para poder gobernar Egipto. Estamos en un templo cerrado, lejos de cualquier idea de propaganda. Lo que aquí se revela es el proceso de un nacimiento en su aspecto divino. Khnum, el alfarero con cabeza de carnero, moldea en su torno al faraón y su *ka,* su «doble» o, más exactamente, la energía inmortal que animará su cuerpo mortal. El futu-

ro rey está potencialmente dispuesto a nacer. Pero falta que el dios Amón, habitando el cuerpo del rey Tutmosis IV, se una carnalmente con la reina Mutemuia (cuyo nombre significa «madre que está en la barca»). Thot anuncia a la reina el nacimiento de un hijo. Es conducida por unas divinidades hacia la cámara del nacimiento y recibe su ayuda durante el parto. Amón acoge a su hijo con gozo, mientras se le asegura mágicamente el más feliz destino. El niño y su *ka* son amamantados por Hator, como vaca celestial. Finalmente, el nuevo faraón sube al trono.

Ese sucinto resumen de un largo ritual, desarrollado también en Dayr al-Bahari en el templo de la reina Hatsepsut, es una exposición casi científica del modo como los dioses crean la vida y modelan un faraón destinado a ser «la luz de los vivos».

Más allá del santuario de la barca, hacia el sur, se halla el sanctasanctórum (nº 14 en el plano). Se compone de un vestíbulo con 12 columnas que preceden a tres capillas. En la del medio había un naos que contenía la estatua divina. Allí, como muestran los relieves, el faraón se encontraba con su padre Amón. Dos dioses le conducen hacia él: Horus, protector de la realeza, y Atum, el creador. Los ruidos de la gran fiesta se habían acallado, la exuberancia de la muchedumbre quedaba en el exterior, en lo más secreto del templo, el Padre se encarnaba en el Hijo, divinizando así la tierra de Egipto y ofreciéndole una fiesta ininterrumpida del espíritu.

El Museo de Luxor

Hay un lugar en Luxor que el visitante no debe perderse: el Museo Egiptológico. Inaugurado en 1975, es uno de los más ordenados y más agradables de visitar.

Se han elegido pocas obras, pero son casi todas excepcionales. Además, es posible moverse alrededor de las estatuas, descifrar las inscripciones, hay espacio suficiente para admirar lo que se exhibe: una extraordinaria cabeza de Sesostris III, de edad avanzada, grave, profundo; Hatsepsut celebrando la erección de sus dos obe-

liscos de Karnak, cubiertos de oro fino y que llegan al cielo; Amenofis II de pie en su carro, disparando el arco con tanto vigor que sus flechas atraviesan blancos de cobre; un «dúo» sorprendente, formado por el faraón Amenofis III y un impresionante Sobek, dios cocodrilo sentado en un trono; una estatua del gran arquitecto Amenhotep, hijo de Hapu.

La obra más espectacular que se conserva en el museo es una pared de 18 m por 4, reconstruida a partir de bloques de gres decorados, de la época de Ajnatón, que fueron encontrados en el noveno pilón de Karnak. Ajnatón era todavía Amenofis IV, no había fundado su nueva capital. Pero el «estilo amárnico» ya existía. Lo que se relata aquí, con notable frescura y espontaneidad, es la vida cotidiana, la de los obreros, los artesanos, los campesinos. Ajnatón, acompañado por su esposa Nefertiti, venera el disco solar, el dios Atón, que da al conjunto su significado sagrado. Los hombres pueden trabajar porque habita en ellos la luz de Atón.

Dayr al-Bahari, la sonrisa de la reina Hatsepsut

Dayr al-Bahari, «el sublime de los sublimes» según los textos egipcios, es la obra maestra de la reina Hatsepsut, la más célebre soberana de Egipto, que reinó en las Dos Tierras en la XVIII dinastía, de 1490 a 1468 a. J. C. Años de paz, de quietud, de tranquila felicidad. Egipto es poderoso y rico. Hatsepsut y su Maestro de Obras, el genial Senmut, se consagran a la creación de un edificio extraordinariamente original, tanto por su emplazamiento como por su Concepción. Dayr al-Bahari, «el convento del Norte», se encuentra en la orilla occidental del Nilo, frente a Karnak, en un gran anfiteatro natural dibujado por un acantilado perteneciente a la cadena líbica. Al sur, una montaña sagrada entre todas, la cima de Occidente, donde vela una diosa que acoge a los justos que mueren. En este lugar el sol brilla con rara intensidad. Todo res-

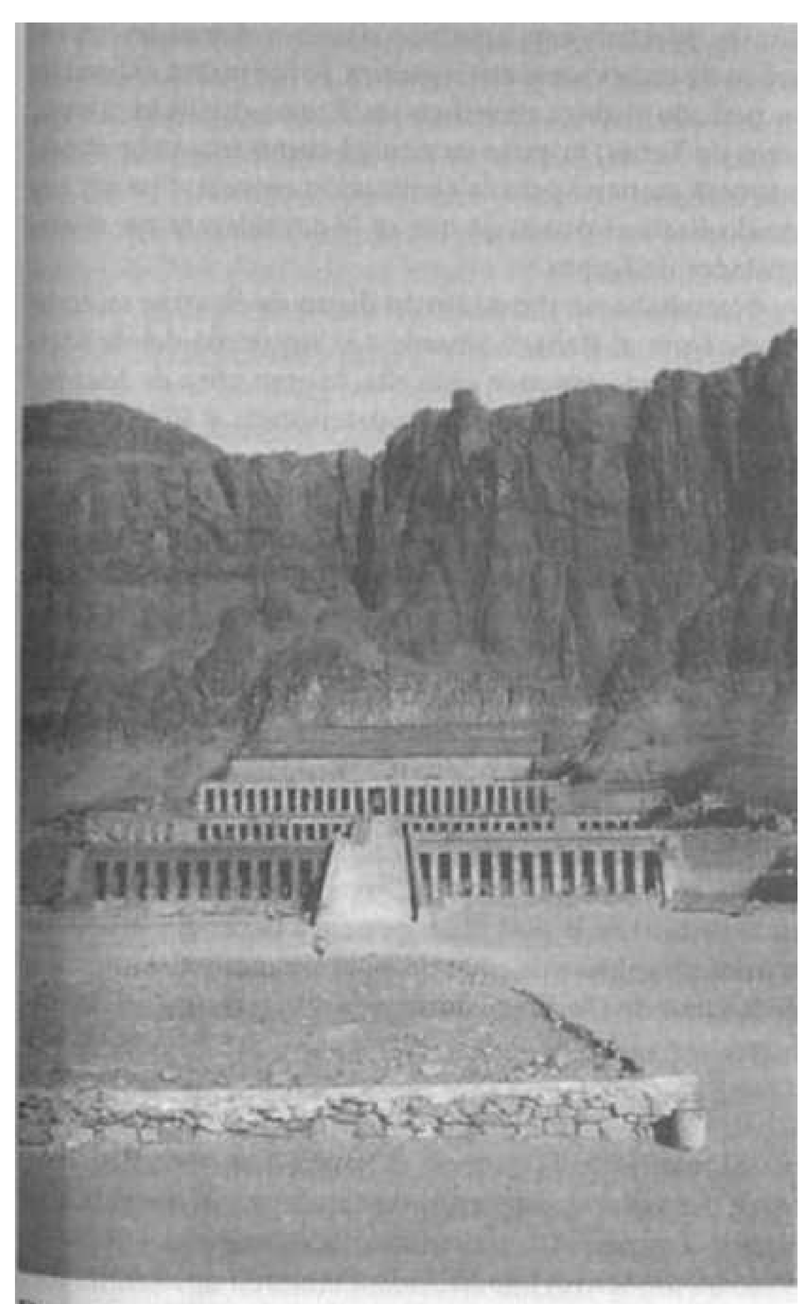
plandece con una blancura cegadora que, en pleno mediodía, hace que el templo se confunda con la montaña a la que se adosa. En realidad, el templo es montaña o, más exactamente, la montaña se ha hecho templo. Ésta fue la apuesta del Maestro de Obras: utilizar esta naturaleza salvaje, ingrata, para componer una obra tan llena de encanto mágico que se convierta en la sonrisa de una reina. El contraste es llamativo entre el reseco rigor del acantilado y el encanto mágico del templo. El paisaje se ha convertido en lugar santo. Las sucesivas terrazas, que caracterizan el edificio, están unidas entre si por una rampa, línea ascendente que refuerza la verticalidad del acantilado. Ascendemos hacia el interior de la montaña, iremos confundiéndonos poco a poco con la piedra de eternidad. Aquí la materia se hace consciente, sirve de relicario a los dioses y al alma de una reina. Esta montaña, como veremos, es también la de los muertos beatificados y las divinidades que velan por ellos. Nos encontraremos con el chacal Anubis y la vaca Hator, que ayudan a los justos a pasar al otro lado del espejo de la montaña.

El paraje entero, por otra parte, está consagrado a Hator. Aunque la diosa se encarne en el cuerpo de una vaca, no olvidemos que es, ante todo, de naturaleza cósmica y que brilla entre las estrellas.

Ella es quien, en la montaña de Occidente, acoge en el ocaso a los seres de luz. Ninguna claridad puede compararse a la de Dayr al-Bahari. Abrumadora, casi insoportable en los atrios del templo, se suavizará paulatinamente hasta los santuarios de la terraza superior, tal vez para que presintamos que la muerte es también luz.

Nada concreto sabemos sobre el paraje de Dayr al-Bahari antes del reinado del rey Mentuhotep (Imperio Medio, XI din., hacia 2050 a. J. C.). Cinco siglos antes de Hatsepsut, aquel faraón quedó encantado ante unos lugares de inhóspita apariencia y decidió construir allí su templo funerario. Mentuhotep, apodado a veces «el grande», es un faraón de excepcional envergadura. Él fue

quien, al final de un período turbio, reunificó un Egipto dividido. Originario de Tebas, impuso su ciudad como una urbe desde entonces esencial para la civilización egipcia. Fue un rey amado hasta el punto de que se le considerara un nuevo fundador de Egipto.



Dayr al-Bahari. El templo de la reina-faraón Hatsepsut está constituido por tres terrazas que ascienden hacia el acantilado, las piedras levantadas por los hombres se confunden así con las piedras de eternidad.

Necesitaba un monumento digno de él, y fue su templo de Dayr al-Bahari. Situada a la izquierda del de Hatsepsut, cuando estamos ante ella, la gran obra de Mentuhotep está por desgracia muy deteriorada y sus vestigios sólo interesan a los especialistas.

La estructura del templo era especialmente interesante: un patio con árboles del que salía una rampa que desembocaba en un vasto zócalo sobre el que se levantaba una pirámide. Tras ella, una sepultura excavada en la roca de modo que el templo propiamente dicho tenía a la pirámide como sanctasanctórum, protegiendo un tipo de sepultura en la montaña, que conocemos en Asuán para algunos particulares, pero que podemos encontrar sobre todo, en distintas formas en el Valle de los Reyes.

Un detalle significativo: aunque la tumba estuviera excavada en la roca, el sarcófago real quedaba exactamente en la vertical de la pirámide, que era a la vez el símbolo de la primera colina que emergió en el amanecer del mundo y de la cima de Occidente, que protegía el descanso del difunto.

* * *

El marido de Hatsepsut, el faraón Tutmosis II, murió joven. La reina se convirtió en regente del reino; el futuro faraón, Tutmosis III, era entonces sólo un niño. Los historiadores modernos han hablado a menudo de terribles disputas entre la reina y el príncipe heredero. Digamos que son fruto de su imaginación. En realidad, Hatsepsut y Tutmosis III, que iba a convertirse en el Napoleón egipcio, reinaron conjuntamente hasta la muerte de la reina.

Hatsepsut es profundamente pacifista. Venera a Hator, la señora de la Alegría. La reina define sus intenciones con sus distintos nombres: «La primera de las nobles», «La que besa a Amón», «Poderosa en fuerza de vidas», «Verdeante en años», «Divina en apariciones». Dayr al-Bahari será el paraje donde pueda expresar la plenitud de un reinado armonioso. Fiel al pasado, se inspira en el monumento precedente, el de Mentuhotep; también ella constru-

ye un templo en terraza, también ella traza una línea ascendente hacia el corazón de la montaña. Pero Hatsepsut no hace erigir pirámide alguna, pues la propia montaña será su pirámide natural.

Para señalar el interés que sentía por su templo de Dayr al-Bahari, Hatsepsut orienta su tumba del Valle de los Reyes de un modo muy preciso: en efecto, su eje principal está en la dirección del «Sublime de los sublimes», del templo de luz.

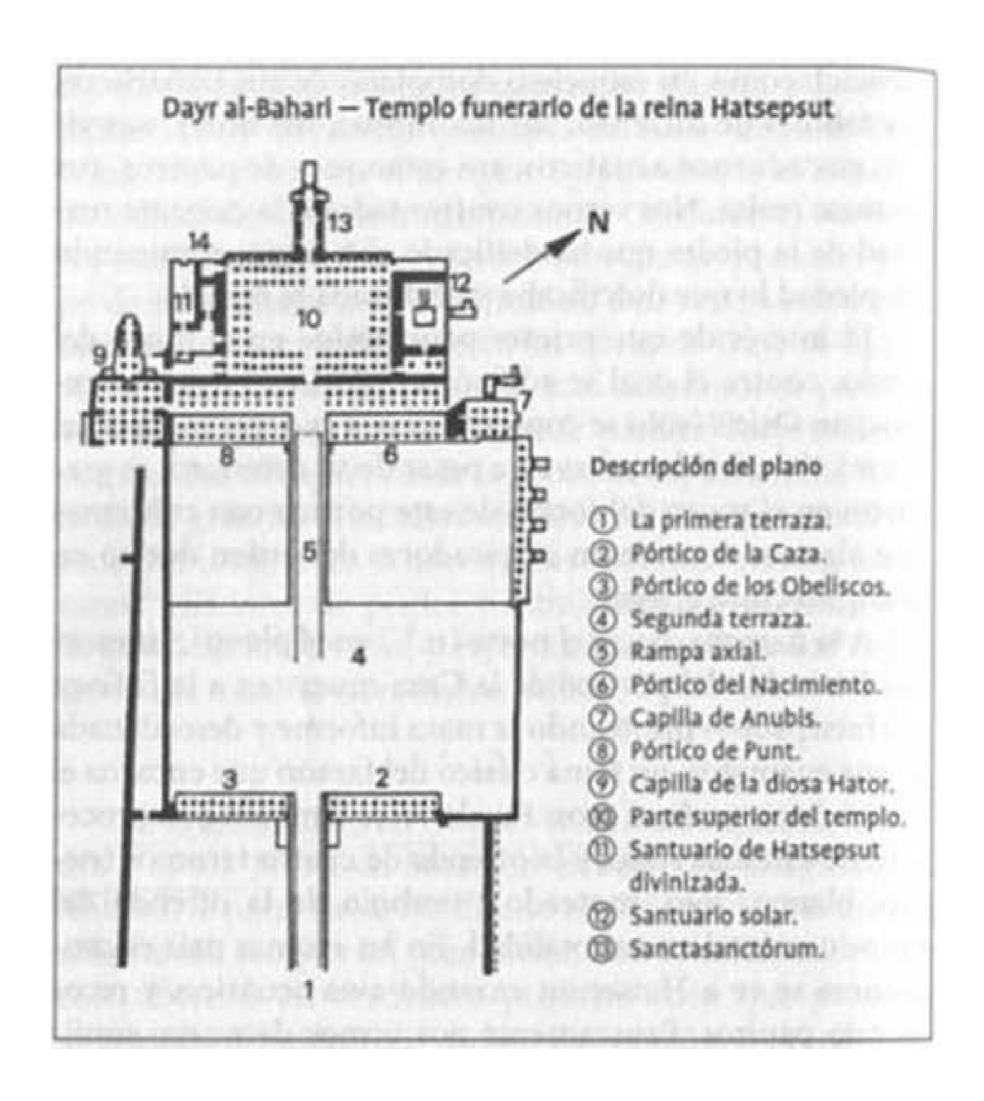
Dada la perfección de su templo, la fama de Hatsepsut perduró muchos siglos después de su muerte. Se acudía en peregrinación a Dayr al-Bahari y, durante mucho tiempo, la reina fue considerada como una gran soberana que procuró la felicidad a su pueblo. Aunque Dayr al-Bahari sea ante todo la coronación artística del reinado de Hatsepsut, ya hemos visto que no debíamos desdeñar el ejemplo de Mentuhotep; existe un tercer personaje que puebla el paraje con su presencia, Tutmosis III en persona. En 1962 se descubrieron vestigios de su templo entre el de Mentuhotep y el de Hatsepsut. La reina y su ilustre sucesor quedaban así reunidos por toda la eternidad.

Senmut (o Senenmut), cuyo nombre significa que vivía en fraternidad con la Gran Madre que protege a Egipto, fue el Maestro de Obras de la reina Hatsepsut. Algunos consideran que se convirtió en su amante y que, a veces formaron una pareja escandalosa para numerosos altos funcionarios sujetos a una rígida etiqueta. Lo cierto es que no tenemos prueba alguna de ello. Sabemos simplemente que Senmut, intendente de los dominios de Amón. Maestro de Obras que ejercía su talento en Karnak y Dayr al-Bahari, fue el personaje principal del reino después de la reina. No es raro en el antiguo Egipto, donde el artesano ocupaba una situación excepcional. Confidente, consejero, escriba de alto rango, Senmut dirigía un pequeño grupo de especialistas muy cualificados. Una «cuenta de explotación» nos hace saber que en las obras de Dayr al-Bahari sólo había dieciséis carpinteros, diez talladores de piedra y veinte grabadores. La cosa puede parecer sorprendente, pero así

fue siempre, desde la época de las pirámides hasta la de las grandes catedrales medievales. Y es que, no debemos confundir a los denominados «peones» con los escultores, talladores de piedra y dibujantes que recibían una larga iniciación técnica y espiritual antes de poder transformar la materia en radiante belleza.

* * *

En la actualidad, en Dayr al-Bahari sólo quedan la piedra y el sol. Nos toca hacer un esfuerzo de imaginación. Antaño, la reina había fertilizado el desierto. Había creado delante del templo un gran jardín con árboles, adornado con albercas, un verdadero pequeño edén que precedía al templo propiamente dicho. Este sueño de verdor ha desaparecido. Para recibimos sólo subsiste un león, que marca el inicio de la gran rampa. Antaño era la simbólica desembocadura de una avenida de esfinges y frente a él se hallaba su compañero. Ambos leones se encargaban de velar por el templo y de impedir que los seres impuros siguieran adelante. Son ayer y mañana, conocen el pasado y el porvenir. Encarnan también las montañas del Oriente y del Occidente, las dos columnas del mundo en medio de las cuales pasa el iniciado. Con los ojos siempre abiertos, sin dormir nunca, esos leones son la vigilancia misma.



La primera terraza (n.º 1 en el plano)

En Dayr al-Bahari no dejaremos de subir, pasar de una terraza a otra. Sólo subsiste, pues, el corazón del templo, lo esencial, como un esqueleto despojado de sus tamariscos, sus árboles de incienso, sus sicomoros, sus flores, sus viñas, sus adornos acuáticos, sus estanques de papiros, sus estatuas reales. Nos vemos confrontados a la exigente realidad de la piedra que ha deificado el tiempo, eliminando sin piedad lo que dulcificaba y hechizaba la mirada.

El interés de este primer patio reside en el muro del fondo, contra el cual se edificó un pórtico. En sus extremos, un Osiris (sólo se conserva uno, a la derecha, hacia el norte). Admirables relieves, a pesar de su deterioro, se grabaron en el muro del fondo de este pórtico con columnas que algunos consideran inspiradoras del orden dórico en la arquitectura griega.

A la derecha, hacia el norte (n.º 2 en el plano), las escenas llamadas del pórtico de la Caza muestran a la Esfinge —Hatsepsut— pisoteando la masa informe y desordenada de sus enemigos, un tema clásico del faraón que encarna el orden derrotando al caos. Puede verse también una procesión de estatuas reales y la ofrenda de cuatro terneros (negro, blanco, rojo, moteado), símbolo de la ofrenda del mundo animal en su totalidad. En las escenas más encantadoras se ve a Hatsepsut cazando aves acuáticas y recogiendo papiros. Bruscamente nos vemos de nuevo sumidos en el universo paradisíaco de las tumbas del Imperio Antiguo, con esa diversidad salvaje y palpitante por la que el humano se aventura con respeto. Pájaros, flores, colores, todo parece sumido en una armonía muy alejada de las crueldades de una cacería. Pero Hatsepsut no es una Diana cruel sino que: pesca las almas, captura los estados espirituales del ser haciéndose depositaría de ellos, en su condición de faraón.

Al otro lado del pórtico, a la izquierda, hacia el sur (n.º 3 en el plano), se magnifica la actividad de Hatsepsut como Maestro de Obras. Como todos los faraones del Imperio Nuevo, Hatsepsut embelleció Karnak, especialmente erigiendo esas flechas pétreas a las que llamamos obeliscos. El pórtico de los Obeliscos narra una auténtica hazaña, la de los artesanos de la reina que salieron de Tebas en dirección a Asuán para extraer de las canteras de granito rosa los monolitos capaces de convertirse en obeliscos. Conocemos pocos detalles sobre el trabajo de los canteros cuyas técnicas —especialmente las de su erección— permanecieron en gran parte secretas. Los relieves se limitan a mostramos la parte pública de la

obra, es decir, el transporte fluvial de los obeliscos, gracias a una flotilla de bajeles perfectamente organizada, y su triunfal recibimiento en Karnak, donde algunos soldados tocan trompetas y tambores para celebrar vigorosamente el éxito de la empresa. Fue necesario emplear una chalana de más de 50 m de largo y pedir a los dioses que protegieran el convoy, que tal vez guió la propia reina, al menos en la última parte del recorrido. Al ruidoso júbilo de la llegada suceden el silencio y el recogimiento. Es preciso consagrar el terreno donde se erigirán los dos obeliscos. La reina efectuará una carrera ritual, delimitando magníficamente un espacio. Llegarán entonces unos especialistas que levantarán hacia el cielo los dos monolitos, para que atraigan la luz y dispersen las energías nocivas.

La segunda terraza o terraza intermedia (n.º 4 en el plano)

Sigamos subiendo utilizando, de nuevo, la rampa axial del templo. Pasamos delante de un león guardián y desembocamos en una terraza de vastas dimensiones. Aproximadamente, desde su centro, asciende la continuación de la rampa, también en el eje del templo.

Varios centros de interés: en el lado norte, a nuestra derecha, un pórtico de 15 columnas que nos recuerdan el orden dórico de los griegos. Enfrente, donde termina la rampa que continúa hacia arriba, el pórtico del oeste, con dos hileras de 22 pilares; a la derecha, hacia el norte, las escenas que justifican la realeza de Hatsepsut (n.º 6 en el plano). Más a la derecha aún, en el extremo norte, la capilla de Anubis (n.º 7). Al otro lado, a la izquierda, hacia el sur, los relieves que cuentan la expedición al país de Punt (n.º 8); más a la izquierda, en el extremo sur, la capilla de la diosa Hator (n.º 9).

Examinemos primero el pórtico del oeste, comenzando por su parte derecha, el «pórtico del nacimiento» (n.º 6 en el plano). Estas

escenas son especialmente importantes, pues la reina justifica en ellas su función divina del faraón. Esta justificación no se debe al hecho de que sea una mujer tenga que dar más explicaciones que un hombre. Cada faraón recuerda esta verdad esencial para Egipto, a saber, su doble condición humana y divina. Participando de las naturalezas de la tierra y el cielo, puede ejercer su gobierno material sin traicionar la regla espiritual. Escenas del mismo orden grabó en los muros de Luxor Amenofis III, y vestigios de otros templos demuestran fehacientemente que existían tantas versiones esculpidas como faraones.

¿Qué nos recuerdan estas escenas? Nada menos que la concepción y el nacimiento de Hatsepsut. Vemos primero a doce dioses celebrando consejo bajo la presidencia de Amón-Ra. Los doce representan la Enéada, es decir nueve dioses. Que el número sagrado sea 9 y la cifra 12 no representa traición alguna en el espíritu egipcio. La cifra es secundaria con respecto al número; sea cual sea la cifra de las divinidades que la representan, la Enéada es siempre el 9, símbolo del poder creador y organizador del universo.

Durante el consejo se evoca a la hermosa soberana Ahmes. Es hora ya de darle una descendiente. El dios Amón se introduce entonces en el cuerpo del rey, su esposo. Cuando éste entra en la cámara nupcial, la reina desfallece ya de placer y de amor. El olor del faraón es tan suave que la muchacha se embriaga. El amor recorre su ser, la unión carnal se consuma. La reina está encinta. Su felicidad es inmensa, pero se dispone a sufrir. Los dioses la ayudarán a parir de acuerdo con los ritos. El alma de la niña, la futura Hatsepsut, es modelada por el divino alfarero. Le dan un nombre sagrado: Maat-ka-Ra, es decir «la Armonía universal es la energía de la Luz divina». Se toman todas las precauciones mágicas. Señalemos que la futura reina es aquí un faraón predestinado, por lo tanto de sexo masculino, y que el alfarero le crea dos cuerpos, mortal y temporal uno, inmortal e intemporal el otro (el *ka*).

Cuando su hija nace, el dios Amón la toma en sus brazos, la reconoce como hija de su carne, muestra una inmensa alegría. Siete genios masculinos y siete genios femeninos (antepasados de nuestras hadas buenas) colman a la divina niña de todos los dones que le permitirán reinar correctamente. La vida oficial del nuevo faraón puede comenzar: Hatsepsut es asociada al trono por su padre, para que aprenda el arte del gobierno. Asistimos a su coronación y luego a sus viajes rituales hacia el Norte y hacia el Sur, para ser reconocida como soberana por los dioses de las grandes ciudades.

Algunos de estos relieves han sufrido mutilaciones que con excesiva ligereza se han atribuido a Tutmosis III. De hecho, nada prueba que éste odiara a su tía. Si hubiera deseado borrarla de la historia, le habría bastado con arrasar Dayr al-Bahari. Por el contrario, como hemos visto, añadió su propio templo, pero con discreción y conservando preciosamente la obra maestra arquitectónica de quien le precedió en el trono. Además, en algunos lugares del templo, se conservan los rostros y los nombres de Hatsepsut. Finalmente, esos «martilleos» no son destrucciones eficaces, pues dejan asomar la escultura; cuando estaba demasiado borrada, reyes como Seti I se encargaron de restaurar sus contornos para que siguiera siendo legible. No inventemos, pues, una guerra civil que nunca existió; observemos en realidad que Tutmosis III quiso inscribirse en un linaje, vinculándose directamente a Tutmosis I y ocultando simbólicamente los reinados de Tutmosis II y de Hatsepsut, que forman un conjunto aparte, una originalidad, por lo demás, en perfecta relación con el propio templo.

La parte izquierda del pórtico, hacia el sur, se conoce como pórtico de Punt. Es el relato de una gran expedición organizada por la reina hacia un país medio fabuloso y medio real (n.º 8 en el plano).

Hoy se admite que el maravilloso país de Punt (o de Opon) se hallaba en algún lugar de la costa de los somalíes. Sin embargo, esta localización geográfica es menos importante que la propia fun-

ción de esta región. La reina no organizó aquella importante expedición al país de Jauja por afán de hacer un hermoso viaje. Necesitaba incienso para las ceremonias rituales y, en tal circunstancia, los egipcios estaban dispuestos a conocer cualquier aventura para que el culto se llevara a cabo conforme a las reglas.

Es un verdadero tebeo, compuesto por relieves tan admirables como detallados. Salen contando con los mejores auspicios. Se ha consultado al cielo y se colocan bajo su protección. Hay que lanzarse, entonces, por la «Gran Verde», con cinco embarcaciones cargadas de regalos y vituallas.

La llegada de los egipcios a Punt provoca cierto asombro. ¿Han viajado por los caminos del cielo? En cualquier caso, no suscitan ningún temor. No son invasores descubriendo un poblado africano, con sus chozas, sus palmeras, sus monos. La familia reinante en Punt recibe a los enviados de Hatsepsut. A la soberana de Punt se la representa sin la menor complacencia: es pequeña, gorda, deforme, sufre elefantiasis. Las negociaciones comerciales se inician con buen humor, los egipcios cambian sus productos por árboles de incienso, arrancados, con sus raíces cuidadosamente envueltas en esteras. Queda muy claro que los árboles están vivos. Los egipcios embarcan también oro, ébano, marfil, pieles de pantera, y diversos animales exóticos, entre ellos una soberbia jirafa. En Punt, la expedición concluye con un banquete muy bien regado y, ciertamente, con la promesa de volver a verse.

Luego se pasa, directamente, a la llegada triunfal a Egipto. Cada desembarco se celebra con una ceremonia religiosa. Ésta es excepcional. Está presente Tutmosis III quien ofrece incienso. La propia Hatsepsut mide el incienso con el celemín y el dios Thot anota el resultado.

La reina ha cumplido su misión. Ha hecho que trajeran de Punt el incienso indispensable para la hermosa fiesta del valle y las ce-

remonias del culto de Amón. Así, con alegría y orgullo, puede encontrarse con el dios Amón y hablar con él.

El santuario de Hator

En el extremo izquierdo del pórtico de Punt se encuentra el santuario de la diosa Hator. Para acceder a él se utiliza una rampa. El edificio es un templo en reducción, con un vestíbulo, dos salas con pilares y un santuario excavado en la montaña.

Aquí reina la diosa Hator, dama del Occidente, que acoge en su seno al sol poniente y el alma de los muertos.

Se le ofrecían flores, frutas y copas con una rana, símbolo de resurrección, en el centro. Podrán verse columnas y pilares llamados «hatóricos», pues los capiteles son cabezas de mujer con orejas de vaca, uno de los animales sagrados de la diosa.

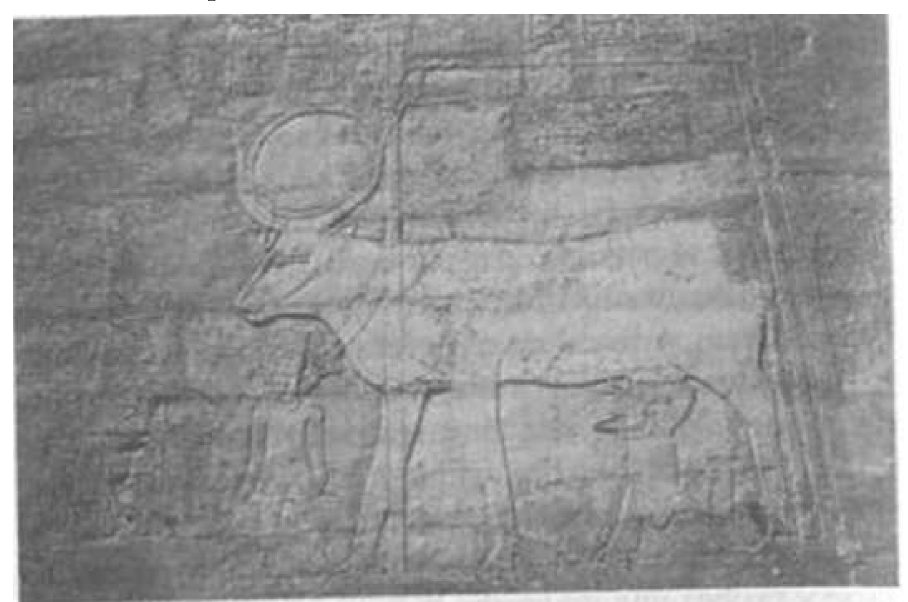
Antaño, el pequeño templo tenía su entrada propia y era objeto de un culto particular. En la segunda sala de pilares podremos descubrir unos relieves en los que se desarrollan escenas festivas en honor de Hator. Los festejos tienen lugar en el Nilo, con el vaivén de los barcos mientras, en la orilla, unos soldados agitan ramas. Podemos ver también dos episodios rituales, «la carrera del pájaro» y «la carrera con remo», que el faraón llevaba a cabo para regenerarse y probar que manejaba bien el gobernalle del navío del Estado.

Una escena muy sorprendente muestra el vínculo sagrado que une a la reina con la diosa; Hatsepsut, sentada bajo un dosel, tiende la mano hacia la vaca que le lame los dedos. «Ojo en ojo —dice el texto—, bajar el brazo, lamer las carnes divinas, saturar al faraón de vida y de poder».

En el santuario podrá verse también el rito de «golpear la pelota» para Hator (juego ritual relacionado con el «control» del mal de ojo y la apertura del buen ojo), distintas escenas de adoración y

ofrenda y, sobre todo, la regeneración de la diosa por la leche de la vaca Hator. Hatsepsut, arrodillada, bebe la leche de la vaca del cielo, licor de juventud, mágico líquido que ya devolvía fuerza y vigor a los reyes del Imperio Antiguo, según *Los textos de las pirámides*.

El santuario de Hator, al que se accedía por tres peldaños y donde se celebraba Hatsepsut en su papel de Maestro de Obras, presenta dos notables particularidades. Primero, por encima de una hornacina, en el muro donde está grabada la escena del amamantamiento, podemos ver a dos Personajes realizando la ofrenda de la leche y el vino. Sus rostros son extrañamente parecidos. El hombre es Tutmosis III. La mujer es Hatsepsut. El rostro de la reina no ha sido martilleado. En el muro del fondo está también presente la reina, entre Hator, la soberana del edificio, y Amón, el dios de Imperio. Era esencial que en este pequeño sanctasanctórum estuviera presente la reina.



Dayr al-Bahari. La reina-faraón Hatsepsut goza de un alimento celestial bebiendo leche estelar de las ubres de la vaca Hator, diosa del cosmos.

Luego encontramos al Maestro de Obras del que ya hemos hablado, el ilustre Senmut. También él está presente, en el secreto de estos templos, del modo más discreto posible, tras los batientes de las puertas de hornacinas, en la oscuridad. Sobre todo, no veamos en ello, vanidad o vanagloria, pues nadie, aparte del faraón y de los dioses, podía ver la imagen del arquitecto. Como los Maestros de Obras de la Edad Media, cuyo rostro figura a veces en inaccesibles recodos de las catedrales, Senmut quiso estar mágicamente presente y participar en el ritual que se desarrollaba en este lugar.

La capilla de Anubis (n.º 7 del plano)

En el extremo del pórtico del Nacimiento, a la derecha, hacia el norte, se halla el santuario de Anubis, que hace pareja con el de Hator. Un dios, una diosa, ambos en un papel funerario, asumiendo la función de guardianes de la montaña sagrada.

Anubis, el que preside el pabellón de embalsamamiento, el señor de la necrópolis, el que está plantado sobre la montaña, el que sabe manejar las vendas de la momia, es un hombre con cabeza de chacal. Es un guía de los muertos, pero un guía exigente. Conoce los secretos del viento, del agua y de la piedra. Él es, naturalmente, quien conduce a la reina hacia el fondo de su santuario.

El pequeño templo de Anubis lo compone esencialmente un pórtico, una sala con columnas donde el visitante descubre sus maravillosos relieves de frescos colores, y un sanctasanctórum. El rigor de Anubis, dios de rostro negro, se ve atenuado por esta exuberancia de tonos suaves, relajantes, que anima las paredes de la sala con columnas. Bajo la protección de Anubis, que la guía por las regiones del más allá, Hatsepsut venera a Osiris, que se muestra aquí muy discreto. Contempla a Hator con la cabeza adornada con cuernos de vaca entre los que se levanta el sol, descubre al dios

con cabeza de halcón, encarnación del sol que da la vida, venera a Sokaris, dios funerario, a quien se ofrece el vino que regenera.

Para penetrar en el santuario del fondo, hay que girar en ángulo recto, hacia la derecha, pues esta parte del edificio forma un codo, como una escuadra. El sanctasanctórum está abovedado. Su decoración prueba que, como la mayoría de los edificios de este tipo, era un lugar de iniciación. En la hornacina terminal descubrimos a dos dioses, Amón, el principio oculto de la vida en espíritu, y Anubis, el conductor de almas que lleva al iniciado hacia Amón. Hatsepsut está arrodillada ante el chacal. Le ha seguido con toda confianza y se encuentra con su padre Amón, el dios que la creó, al igual que el iniciado alcanza de nuevo la fuente de la que brotó. Un detalle significativo: una piel de animal colgada de un asta. El simbolismo de esta piel es fundamental. Es la del «hombre viejo» de la que el iniciado debe despojarse para convertirse en el «hombre nuevo», purificado, liberado de sus trabas. Durante el rito, el iniciado, desnudo, entraba en esta piel. Volvía a ser embrión en la matriz. La piel ya no era vestidura que se abandona sino vientre donde se producía una nueva fecundación, de orden espiritual.

Este pequeño templo es uno de los escasos lugares donde la enseñanza iniciática que corresponde a las funciones de Anubis fue en parte revelada. Oficiaba un «sacerdote», llevando una máscara de chacal. Evocaba esta «piel de resurrección» y señalaba las «buenas rutas de Occidente» que conducían a la montaña donde la muerte física sería derrotada.

La terraza superior o tercera terraza

Subamos un peldaño más para acceder a la parte superior del templo (n.º 10 en el plano), punto en el que desemboca la larga rampa que partía de los atrios para llegar a este santuario. Admira-

ble ilustración arquitectónica de una vía recta, sin recodos, que lleva de la apariencia a lo real.

Sólo unos pocos personajes tenían la posibilidad de penetrar en estos lugares. Era preciso haber pasado por las enseñanzas de Anubis y Hator, haber franqueado ya numerosas puertas para ser admitido en este «último círculo».

La decoración de la rampa que lleva a esta tercera terraza es interesante: en ella se ve a la diosa buitre del Alto Egipto y a la diosa serpiente del Bajo Egipto. Dicho de otro modo, al llegar al tercer rellano del templo se concilia lo que era doble; la reina-faraón reunía las dos partes de su país que, por otra parte, correspondían a las dos partes de su ser espiritual. Unificada, coherente, podía abordar los grandes misterios.

Esta terraza, por desgracia, está dañada. Tiempo atrás, había un pórtico compuesto por veintidós pilares llamados «osiriacos», pues representaban al dios Osiris momificado. Era el paso de la muerte a la vida. Hatsepsut, reconocida como justa por el dios de los muertos y su tribunal, traspasaba el soberbio portal de granito rosa, verdadera puerta del otro mundo. La inscripción del dintel es, por lo demás, luminosa: «Horus da la vida».

Entramos entonces en un patio (26 m de profundidad por 40 de ancho, aproximadamente), flanqueado antaño por dos hileras de columnas por sus cuatro costados. De ahí parten, tres conjuntos de capillas que son tres expresiones de la espiritualidad vivida en este lugar a nuestra izquierda, al sur (n.º 11 en el plano), el santuario de la reina Hatsepsut divinizada; a nuestra derecha, hacia el norte, un santuario solar (n.º 12); frente a nosotros, hacia el oeste, el último santuario del templo (n.º 13).

Los tres santuarios forman un sanctasanctórum de tres facetas, que corresponden a una cierta actuación del iniciado en el templo. No nos dirijamos en seguida hacia el centro, hacia la capilla del fondo, en el eje. Para prepararnos para el encuentro con el dios su-

premo de este templo, primero debemos descifrar las capillas del sur y del norte.

Dirijámonos a nuestra izquierda, hacia la capilla del sur (n.º 11 en el plano). Es el santuario de Hatsepsut divinizada. El tema principal es incluso más vasto, puesto que está presente el padre de la reina, Tutmosis I, dotado de una capilla que le es propia. Lo que se evoca aquí, es el linaje faraónico en su aspecto sagrado.

Para entrar en el edificio es preciso pasar por una puerta abierta en el muro sur del palio. Después de un vestíbulo descubrimos, a la izquierda, la capilla de Tutmosis I y la de Hatsepsut a la derecha. No están solos pues con ellos está también el inevitable Maestro de Obras Senmut, que se hizo representar arrodillado, con las manos levantadas en señal de veneración, tras una puerta. Le parecía imposible permanecer lejos de la reina. Por su mediación, todos los constructores rinden homenaje al rey y a la reina divinizados. Pero Senmut supo también mostrarse discreto; se hacía invisible cuando se cerraba la puerta.

Estamos aquí en los aposentos funerarios, en una especié de tumba donde las almas del rey y la reina conocían la felicidad eterna. Portadores de ofrendas les traen los alimentos necesarios. En la capilla abovedada de Hatsepsut, donde reina una paz de rara calidad, se procede al sacrificio del buey y del antílope, animales cargados de una energía especial que se ofrecerá al cuerpo sutil de los reyes-dioses. Al fondo de la capilla, una estela, punto central del culto.

Salgamos de esta capilla, atravesemos el patio y dirijámonos hacia la capilla norte, a la derecha del eje central (n.º 12 en el plano).

Lo que se denominan «las cámaras del Norte» o «el santuario del sol» es un verdadero pequeño templo consagrado a la luz. La capilla de Hatsepsut, con su aspecto cerrado, interiorizado, era la de la luz oculta, nocturna; la capilla de Horakhty (Horus que está

en la región de la luz) es la de la luz revelada. Tinieblas y claridad, indisociables, son aquí complementarias y no antagonistas.

La estructura de este pequeño edificio es sencilla: primero, un vestíbulo en cuyo fondo hay una hornacina donde está la reina Hatsepsut, grave y recogida; luego, un patio con un altar en el centro para celebrar el culto del sol al aire libre y de cara al este. Se han reunido la reina, Ra-Horakhty, dios de luz, y Amón-Ra. Hatsepsut, hecho notable, lleva aquí el más sagrado y el más simbólico de sus nombres: Maat-ka-Ra, «la Armonía universal es la energía de la Luz divina». Ciertamente, es preciso ser faraón para llevar semejante nombre, especialmente justificado en este santuario de la cima de la montaña, donde uno se siente embargado por una intensa emoción. Allí se celebraba el rito del sol naciente, en el que participaban algunos iniciados —el tamaño del patio demuestra su reducido número—, rogando para que la luz saliera una vez más de las tinieblas. Es la tradición de la vieja ciudad de Heliópolis: si los iniciados no actúan para que el sol se levante, éste no saldrá ya del reino de las sombras y la tierra estará condenada al desorden.

Es también el anuncio de la famosa religión solar de Ajnatón. El gran templo de Amarna, a pesar de sus considerables dimensiones, se parecía a este pequeño santuario por su concepción general: un culto vivido al aire libre, en presencia del disco solar cuyos rayos dan la vida.

En una exigua capilla, a la derecha de este patio, encontramos de nuevo a Anubis. El guía de los muertos se ha colocado muy cerca del sol, sin duda porque los difuntos que lo han merecido viven por siempre en la luz de la que habían brotado. Además, Anubis vela por la familia más próxima de Hatsepsut, en especial por su padre y su madre, como si hubiesen atravesado el patio, como nosotros hemos hecho, para comunicarse con el sol naciente.

Estamos ahora en condiciones de concluir nuestro periplo y penetrar en la parte central del sanctasanctórum. Volvamos, pues, al

centro del patio y caminemos en línea recta, siguiendo el eje del templo, para penetrar en el «santuario del oeste» (n.º 13 en el plano).

Entramos ahora en los dominios secretos del Señor del templo, el misterioso Amón. Es cierto, como ya hemos visto, que la vaca Hator y el chacal Anubis están muy presentes en Dayr al-Bahari; pero el soberano del lugar, el que está en la cima, es el padre divino de la reina Hatsepsut, el dios de Imperio Amón, aquel cuya forma verdadera nunca conocerá ser alguno.

Dos detalles más, antes de seguir a ambos lados de la entrada del sanctasanctórum veremos, en la pared, nueve hornacinas. Contenían nueve estatuas de la reina Hatsepsut que al divinizarse se convertía por sí sola en la Enéada, esa «compañía divina» que detenta las fuerzas de la creación. Otro hecho significativo: en los dos extremos de la pared hay dos pequeñas capillas. La de la izquierda, hacia el sur (n.º 14 en el plano), es muy curiosa porque revela la existencia de una pareja divina, Amón y su esposa Amonet, el Oculto y la Oculta.

Para entrar en este lugar que ella consideraba el más secreto de este mundo, Hatsepsut se calzaba unas sandalias blancas para no mancillar el suelo. Recogida, silenciosa, descubría la primera sala donde estaba la barca divina de Amón. Son numerosas, por otra parte, las representaciones de barcas en Dayr al-Bahari, pues Amón era el señor del viento favorable que hinchaba las velas y permitía a las embarcaciones que circulaban por el Nilo llegar a buen puerto. Naturalmente, era una barca reducida la que se conservaba en este santuario donde Hatsepsut y Tutmosis III ofrecen vino a Amón y a los soberanos que les precedieron. La familia real, en su más amplio sentido, se reúne para venerar a Amón cuyos relieves evocan los dulces jardines y el culto a su estatua. Por desgracia, el hollín del humo impide apreciar en su justo valor estos relieves. No por ello deja de ser cierto que el extremo del templo de Dayr al-Bahari era un lugar excepcional donde la mayor de las rei-

nas de Egipto conversaba con su padre Amón sobre los asuntos del cielo y de la tierra.

Las sorpresas de Dayr al-Bahari

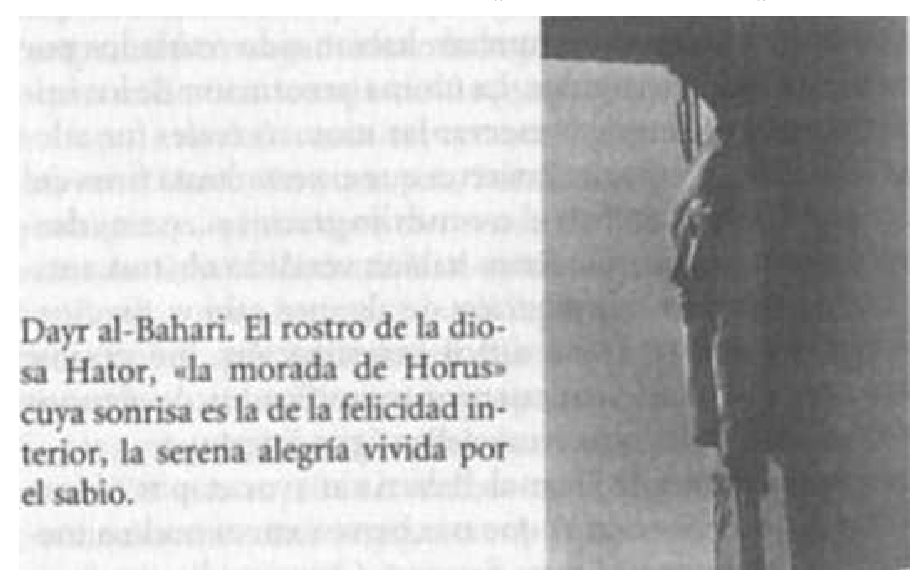
El templo de Hatsepsut presenta algunos aspectos insólitos. El primero de ellos es que el sanctasanctórum donde nos hallamos no pone fin al templo. En efecto, el muro del fondo fue excavado en la época tolemaica para dar acceso a un nuevo santuario. Allí nos aguardan dos personajes de excepcional envergadura: Imhotep, el Maestro de Obras de la pirámide escalonada de Saqqara, y Amenhotep, hijo de Hapu, uno de los más importantes Maestros de Obras del Imperio Nuevo. Por una vez, Senmut está ausente, por lo que algunos egiptólogos creen que no fue el único arquitecto de Dayr al-Bahari. Este tras-templo, consagrado a dos ilustres arquitectos, fue un lugar de ceremonias mágicas. Imhotep y Amenhotep fueron considerados como verdaderos dioses sanadores que poseían la ciencia necesaria para proporcionar a los hombres salud espiritual y corporal. En esta capilla se realizaron milagros. La sombra bienhechora de ambos gigantes de la historia de la humanidad vela todavía sobre el lugar.

Otras sorpresas de Dayr al-Bahari: los famosos «escondrijos». Existía uno bajo las losas del vestíbulo que da acceso a las capillas de Tutmosis I y Hatsepsut. En él se descubrieron ataúdes, hoy dispersos por distintos museos pertenecientes a sacerdotes de Amón y que databan de la Baja Época. Estos grandes dignatarios —hombres y mujeres— conocieron como postreras sepulturas sagradas, el templo de la reina Hatsepsut, en un lugar lo bastante protegido como para gozar por fin de un último reposo. Sin duda ese centenar de sarcófagos fue desplazado debido al riesgo de violación de sus sepulturas. El segundo escondrijo contenía un tesoro más fabuloso aún. Estaba cerca del templo, en la ladera sur. En un pozo de 12 m de profundidad se excavó un corredor de 70 m de longi-

tud que desembocaba en una gran sala. Ésta albergaba las momias de faraones de la XVIII y la XIX dinastías, entre los cuales se hallaban Seti I, Amenofis I, Tutmosis II y el gran Ramsés II en persona. Sin duda fue desgarradora la decisión de sacar las momias de sus tumbas del Valle de los Reyes y llevarlas, en medio del mayor secreto, a este escondrijo cuidadosamente dispuesto. No obstante, los trastornos sociales debían de ser tan graves que algunos desvalijadores no habrían vacilado en profanar los sarcófagos. El Valle de los Reyes no debía estar ya custodiado y sus planos secretos, que permitían entrar en las tumbas, habían sido revelados por sacerdotes sin escrúpulos. La última precaución de los iniciados encargados de preservar las momias reales fue adecuada: los arqueólogos tuvieron que esperar hasta fines del siglo XIX para descubrir el escondrijo gracias a… ¡unos desvalijadores de tumbas! Éstos habían vendido objetos antiguos que llamaron la atención de algunos sabios. Siguiéndoles la pista, tras una difícil investigación, fue posible arrancar del olvido los cuerpos momificados de algunos de los principales monarcas del antiguo Egipto.

No salgamos de Dayr al-Bahari sin evocar, por última vez, un personaje con el que nos hemos encontrado a menudo, el Maestro de Obras Senmut. Como podía suponerse, su tumba está muy cerca de este templo que tanto amaba. Se halla en una cantera —admirable lugar de eterno descanso para un arquitecto—, no lejos de la terraza inferior a la derecha del templo, según se sube. En esta tumba puede verse un dibujo que es un retrato del Maestro de Obras, e importantísimas representaciones astrológicas y astronómicas. Todos los Maestros de Obras, en efecto, tenían que conocer perfectamente dichas ciencias para calcular la fecha en la que debían ponerse los fundamentos de un edificio, definir su orientación y armonizarlo con las fuerzas del cosmos. Senmut no está enterrado en la tumba, pues no estaba reservada a su cuerpo sino a su espíritu y a su función como Maestro de Obras. Además, ésta es la razón por la que el panteón, última parte de la tumba, se excavó

en el ángulo noreste de la terraza inferior del templo. Panteón inconcluso, por otra parte, como la obra de cualquier arquitecto, como cualquier templo. El Dayr al-Bahari de Senmut le sobrevivió por los siglos de los siglos. Oculto tras una puerta, al fondo de una hornacina, bajo el templo, el Maestro de Obras de la reina Hatsepsut no permite que nadie, salvo él mismo, se encargue de velar por el «sublime de los sublimes», el templo de la sonrisa de piedra.



Dayr al-Bahari. El rostro de la diosa Hator, «la morada de Horus» cuya sonrisa es la de la felicidad interior, la serena alegría vivida por el sabio.

Los colosos de Memnón

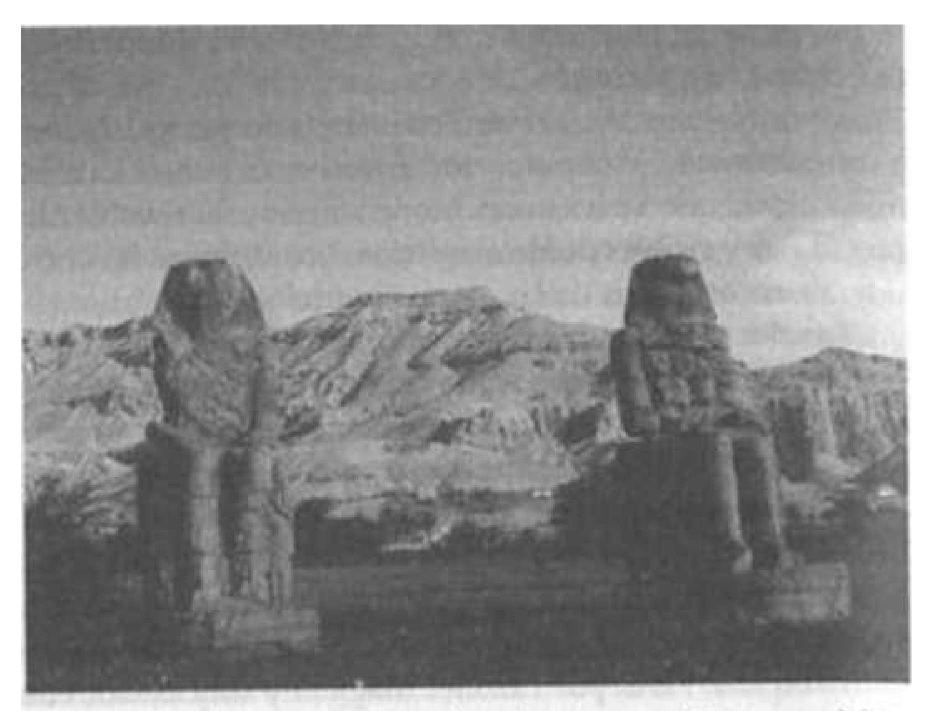
Es imposible permanecer en Tebas sin ir en peregrinación á los colosos de Memnón, dos gigantescas estatuas de la orilla oeste, que se levantan hoy en tierras cultivadas, de cara al este y visibles desde muy lejos. Los antiguos las consideraban como una de las maravillas del mundo.

Las dos estatuas, muy impresionantes, son los únicos vestigios que subsisten del gran templo funerario de Amenofis III, construido por su célebre Maestro de Obras, Amenhotep, hijo de Hapu. Ambos colosos son obra sin duda de un arquitecto de Heliópolis,

llamado Men. Los talladores de piedra utilizaron un solo bloque de gres para cada estatua (más de 20 ni de altura). La piedra se extrajo de la cantera de la Montaña Roja, que distaba de Tebas unos 700 km. Pero, por razones mágicas y simbólicas, era preciso emplear ese gres y no otro.

Durante el reinado de Amenofis III precisamente, se comenzó a venerar la función real en forma de estatuas gigantes que exaltaban el poder y la grandeza del faraón como receptáculo de la fuerza divina. No se trata por tanto de Memnón, sino de Amenofis III en persona, sentado en un trono gigantesco donde figura un acto esencial, la unión de las Dos Tierras: dos dioses Nilo ligan el lis, símbolo del Alto Egipto, y el papiro, símbolo del Bajo Egipto. Puesto que el faraón se sienta en su trono, la división queda abolida y el país vive en la unidad.

La madre y la mujer del rey, de reducido tamaño, están presentes a ambos lados, confirmando así la legitimidad del rey que asocia a su familia y, a través de ella, a todas las familias del país a su esplendor.



Los colosos de Memnón. Estas dos gigantescas estatuas guardaban el acceso al templo funerario de Amenofis III, hoy desaparecido.

En el año 27 a. J. C., un terremoto, que sacudió toda la región tebana, dio una particularísima celebridad a los colosos. Con la sacudida, uno de ellos, el situado más al norte sufrió importantes daños. Fracturas y grietas hicieron «trabajar» la piedra, creando un curioso fenómeno; cuando salía el sol el coloso parecía emitir sonidos, algo parecido a un cántico. Después de verificar el fenómeno, no cupo duda alguna; las piedras cantaban. Había para ello, claro está, una indispensable justificación mitológica. Memnón, héroe griego muerto en el campo de batalla troyano, había reaparecido en forma de estatua y emitía, con el nacimiento de cada nuevo día, un desgarrador lamento. Su madre, la aurora de rosados dedos, lloraba ante esa llamada, creando el rocío que devolvía la vida a su hijo muerto. El mito, retomado por los alquimistas, correspondía perfectamente, por lo demás, a dos estatuas que custodiaban un templo funerario donde el faraón revivía, también él,

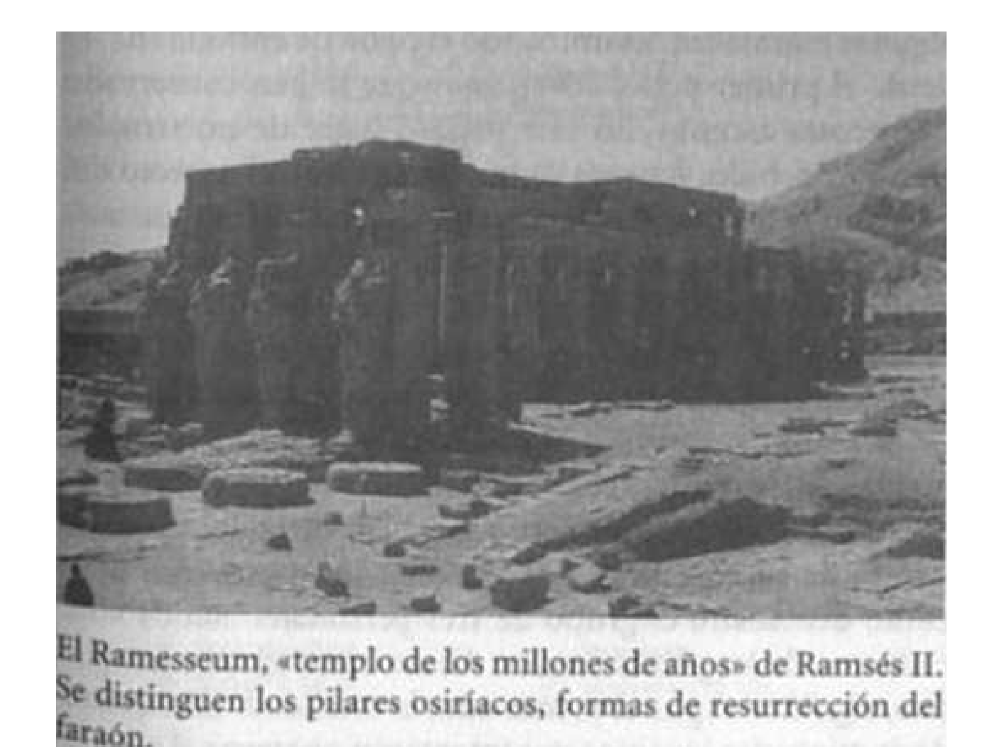
cada mañana durante la celebración de ritos que se iniciaban con el cántico tradicional «Despierta en paz» dirigido a la divinidad.

El milagro de los colosos cantantes se hizo célebre en todo el mundo antiguo. La gente viajaba hasta allí para escuchar la maravillosa música de las estatuas que, algunas mañanas, sin embargo, guardaban silencio. Mal presagio, en verdad, que por fortuna no era muy frecuente. En 130 a. J. C., el emperador Adriano acudió a escuchar varias veces el extraño concierto, desafiando el frío del amanecer.

Otro romano, Septimio Severo cometió, en 199 d. J. C., lo irreparable… restaurando los colosos. Su intención fue buena, pero el resultado deplorable: el milagroso canto cesó. La voz de Amenofis III-Memnón calló para siempre. Tal vez algún día los dioses permitan que volvamos a escucharla de nuevo.

El Ramesseum, gigante destrozado

El gran Ramsés II tenía que dejarnos un templo a su medida. No dejó de hacerlo, pero esta vez su colosal obra superó muy mal la prueba del tiempo. Al sureste de la colina de Cheikh Abd el-Gurna, descubrimos con asombro y cierta tristeza, en el lindero de los cultivos, las ruinas de un enorme templo llamado el Ramesseum. Aquí todo tenía unas dimensiones gigantescas, que despertaron la admiración de los antiguos viajeros.



El Ramesseum, «templo de los millones de años» de Ramsés II. Se distinguen los pilares osiríacos, formas de resurrección del faraón.

En el primer patio, por delante del segundo pilón, un coloso fulminado (A en el plano) da una clara idea de las gigantescas dimensiones del templo. Este «sol de los príncipes» (nombre que se da al coloso) alcanzaba los 18 m de altura y pesaba más de mil toneladas. En contraste con ese poderío sobrehumano, el trabajo de la piedra es de una elegancia y una precisión sorprendentes.

Al igual que este coloso de los colosos, el Ramesseum está, por desgracia, en muy mal estado. Su planta se analiza así: un monumental pilón de acceso (n.º 1 en el plano), un primer patio (n.º 2), un segundo pilón (n.º 3), un segundo patio (n.º 4), una sala de columnas (n.º 5), tres pequeñas salas con cuatro columnas alineadas (n.º 6) y el sanctasanctórum, capilla de cuatro columnas (n.º 7). Del conjunto, que se inscribía en un rectángulo de 260 m por 170 m, sólo subsiste parte de un pilón de entrada, algunos elementos del segundo patio, unos pilares osiríacos, algunas columnas de la parte central de la sala hipóstila y fragmentos de pared diseminados.

Templo funerario de Ramsés II (Ramesseum)

N

7

6

5

4

3

A

2

1

① Pilón de entrada.
② Primer patio.
③ Segundo pilón.
④ Segundo patio.
⑤ Sala de columnas.
⑥ Tres salas de columnas sucesivas.
⑦ Sanctasanctórum.

Sin embargo, en medio de esa desolación nos esperan algunas maravillas. Examinando el pilón de entrada (n.º 1) desde el primer patio, advertimos que se han conservado numerosas escenas. En este preciso lugar de un templo, como es debido, Ramsés se manifiesta bajo el aspecto del guerrero que abate a sus enemigos, como la luz que aniquila las tinieblas. Naturalmente, se narran algunos episodios de la Batalla de Kadesh, recordada también en Karnak, Luxor y Abu Simbel, por poner tres ejemplos entre otros. En el macizo norte del pilón, el de la izquierda cuando estamos de espaldas con respecto al fondo del templo, el ejército de Ramsés II se apodera de varias fortalezas sirias que no resisten un asalto tan bien dirigido; los ocupantes de las fortalezas se ven obligados a rendirse, tal y como demuestra el grupo de tres personajes atados ante cada una de las plazas fuertes. Ahora bien, tres, en jeroglífico, significa el plural y, más aún, la totalidad. Ello quiere decir que todos los sirios que intentaron oponerse al avance del faraón fueron obligados a entrar en razón. Los sirios se habían aliado con los hititas, a quienes Ramsés había decidido combatir en su propia casa, lejos de sus bases, para prevenir cualquier intento de invasión. Tras una serie de pequeñas victorias, el ejército egipcio planta su campamento, protegido por un recinto de escudos. Es la ocasión para exponemos, con muchos detalles pintorescos, la cotidianeidad de los soldados en campaña. No parece que fuera muy distinta ayer de hoy: tareas diversas, preparación de las comidas, mantenimiento del material. La tranquilidad no dura. El campamento es atacado por los hititas que son repetidos con dureza. Inquietos por su fracaso, los hititas deciden emplear la astucia. Envían unos emisarios que se dejan prender y confiesan rápidamente, durante un interrogatorio, la posición de las fuerzas hititas. Las informaciones que revelan son falsas y arrastrarán al faraón hacia una trampa que ni sus consejeros ni sus oficiales superiores sospechan.

La continuación de la historia se cuenta en la cara interior del macizo sur del pilón, el situado a la derecha. Es la victoria total de

Ramsés II que, esencialmente, es un vencedor simbólico. Simbólico porque los hechos históricos son distintos del relato del templo. En realidad, hubo un «empate» entre egipcios e hititas, que acamparon en sus posiciones antes de preferir la paz a la guerra y recurrir al arma, mucho más suave, de las bodas diplomáticas.

Ramsés II no era un general cualquiera, ávido de combates y de sangre. Es el Hijo de la luz, el representante de Dios en la tierra. Por esta razón puede aventurarse por un país caótico, oscuro, donde se agitan enemigos y rebeldes, espíritus maléficos dispuestos a arruinar cualquier civilización para satisfacer sus pasiones. El Kadesh del que se nos habla es el marco de un combate místico, aunque los realistas detalles confieran una gran verosimilitud al furioso combate en el que el faraón, montado en su carro, pone en fuga a las tropas hititas. Ante él sólo hay cadáveres asaeteados, soldados caídos, fugitivos que se dispersan. La ciudad de Kadesh, para escapar a la destrucción, se somete al faraón. En el río Orontes flotan algunos muertos y carros desmantelados. Un detalle concreto, además de la intervención de Amón invistiendo al rey con un poder divino, indica perfectamente la función de Ramsés II: se lo compara con un sol que sale del templo. Con sus rayos, que son aquí sus armas de jefe guerrero, disipa las tinieblas. ¡Qué claro es el contraste entre el orden, la calma, la serenidad de los egipcios y el clima de pánico que reina entre sus adversarios!

A la izquierda del primer patio, hacia el sur, se había levantado el palacio de Ramsés II. En su templo de Medina-Habu, Ramsés III, gran admirador de su glorioso antepasado, repetirá un dispositivo semejante. Eso permitía al faraón residir muy cerca del templo, dar audiencias y administrar los asuntos públicos sin alejarse del santuario donde cumplía cotidianamente sus deberes sagrados.

Del segundo pilón (n.º 3 en el plano) sólo queda el macizo norte. En su cara interna, una nueva descripción de la Batalla de Kadesh en la que vemos al faraón atravesando con sus flechas a los hititas. Multitud de enemigos perecen ahogados. Sobre la parte

conservada, ritos en honor de Min. En presencia de la reina Nefertari se ofrece la primera gavilla a un toro blanco, animal sagrado del dios. Es el faraón en persona el que maneja la hoz para segar la gavilla. Min, virilidad del cosmos, era el «toro de su madre», el animal fecundador por excelencia. Pero el rito no tenía sólo un aspecto agrario, sino que se completa con una suelta de pájaros a los cuatro puntos cardinales para que todo el universo conozca el nombre del faraón que ha subido al trono. Sigue una extraña procesión en la que los sacerdotes llevan sobre sus hombros la efigie de varios faraones, entre ellos Menes, el fundador de Egipto. Este detalle subraya la constante preocupación de los reyes de Egipto por incluirse en un linaje, en una tradición, por respetar el mensaje de los antepasados cuyo nombre egipcio es «quienes están ante nosotros», es decir quienes nos abren el camino con su sabiduría.

En la sala hipóstila (n.º 5), que en su origen contaba con 48 columnas, reinaban todavía los ruidos del combate junto a escenas de ofrendas. Ramsés II seguía apoderándose de las fortalezas enemigas por toda la eternidad, haciendo don de su victoria a los dioses, mientras una noble procesión en la que figuran hijos e hijas del faraón se dirige hacia el templo cubierto. Ramsés asocia a sus triunfos su numerosa descendencia.

En la pequeña sala de ocho columnas (n.º 6 en el plano), se honra la astrología sagrada. Mientras la barca de Amón se desplaza por el mundo inferior, los cuerpos celestes se mueven por los cielos, por donde boga la barca del sol que acoge al faraón para un viaje infinito. Otra representación notable: el faraón está sentado bajo el árbol de la ciudad santa de Heliópolis, una persea. Mantiene una absoluta serenidad, mientras Atum, el creador, Thot, el señor de los jeroglíficos, y Sechat, la regente de la Casa de la Vida donde se forman los iniciados, inscriben sus nombres en las hojas del árbol. Es un rito esencial: nombrando así al rey, las tres divinidades, especialmente competentes en materia de ciencia sacra, le dan vida. El resto del templo interior, por desgracia, está en rui-

nas. Más allá del sanctasanctórum, y del recinto propiamente dicho, se habían edificado numerosos almacenes de ladrillo, abovedados, de los cuales se conserva una parte. Se almacenaban en el alimentos y bebidas. Existían también depósitos de papiro y, sin duda, como en cualquier templo de cierta importancia, una Casa de la Vida donde los futuros iniciados aprendían los jeroglíficos, la magia y la medicina entre otras disciplinas. Es raro que tales construcciones, que no estaban destinadas a la posteridad, hayan superado la prueba del tiempo. El ejemplo del Ramesseum demuestra que el templo, además de su función sagrada, tenía también la de centro económico. Una intensa vida animaba los alrededores del recinto. Los santuarios de Egipto, soberbios hoy en su aislamiento, estaban antaño rodeados de almacenes parecidos, de talleres, de viviendas para los sacerdotes.

Pese a su degradación, el Ramesseum ha conseguido legarnos esta visión de un mundo donde trabajo cotidiano y actividad religiosa no estaban separados.

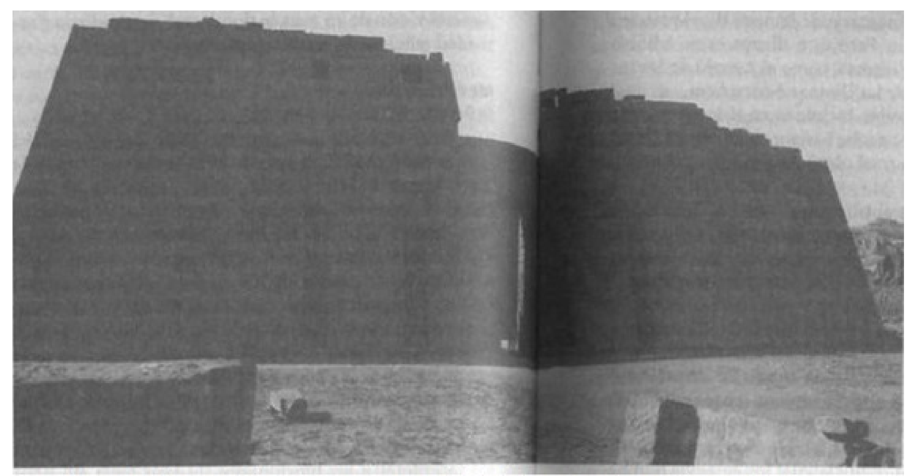
Medinet Habu, la última victoria de Ramsés

A un kilómetro y medio aproximadamente al sudoeste del Ramesseum, en la parte sur de Tebas-oeste, en el límite de los cultivos, se yergue la imponente masa de Medinet Habu, el más vasto de todos los templos funerarios egipcios. Ramsés III, el último de los grandes faraones (1184-1153) lo hizo construir en el emplazamiento de anteriores edificios. Este «palacio de los millones de años» es una apología del poderío real, muy necesaria en una época en la que Egipto se veía amenazado por una doble oleada de invasores, los libios y los pueblos del mar.

A finales de la época ramésida, Medinet Habu era el centro religioso y económico de la orilla izquierda tebana. Se trataba de un

verdadero templo-ciudad, que incluía almacenes, talleres, locales administrativos, viviendas para los sacerdotes y los funcionarios. El visir tenía allí unos despachos y presidía un tribunal de justicia. El distrito tenía su propio alcalde y su propia policía.

Aunque Amón era el dios principal del templo, no se olvidaba el culto de Osiris, que el pueblo llevaba en el corazón. Como vemos, no es un lugar banal. Medinet Habu se edificó sobre un territorio sagrado entre todos, «la colina de Djeme», donde fueron enterrados los ocho dioses primordiales que existieron antes de la creación del mundo, en forma de cuatro parejas de ranas y serpientes. Después de haber preparado las condiciones necesarias para la vida en la tierra, durante una edad de oro en la que «la espina no pinchaba, donde no había cocodrilo raptor, no había serpiente que mordiera», fueron a gozar un descanso eterno a ese lugar de Tebas donde, por lo demás, un túmulo señalaba su tumba dentro del templo. Se habían reunido en torno al Padre, Kematev, «el creador del instante justo». El dios Amón los consideró sus antepasados. Cada diez días, les visitaba, celebrando la memoria de esas potencias elementales sin las cuales el mundo no existiría. Constructor de seres, padre de los dioses y las diosas, Amón era el principal usuario de esas ocho energías. Además, ese viaje regular entre Karnak y Medina-Habu unía la orilla este y la orilla oeste, los dominios de los vivos con los de los muertos.



Medinet Habu, el gran templo funerario de Ramses III, En la fachada de este impresionante pilón se ve al faraón derribando a sus enemigos y se distinguen los alojamientos de los mástiles que indicaban la presencia de lo divino

Después del Imperio Nuevo, durante los períodos de invasión y de disturbios sociales, la zona de Tebas-oeste se volvió poco segura. Los bandoleros la atravesaban en pandillas armadas, algunas de las cuales subsistieron hasta el siglo XX d. J. C. Medinet Habu se convirtió en un templo refugio donde los artesanos gustaban de instalarse para poder trabajar en paz. Esta vocación de asilo contra toda clase de peligros duró mucho tiempo, puesto que el paraje fue habitado constantemente hasta el siglo IX d. J. C. La pequeña ciudad copta se hallaba parcialmente instalada en el interior del templo. Sus habitantes fueron obligados a huir —eran cristianos— durante la invasión árabe.

En la antigüedad existía un bosque de acacias entre Medinet Habu y los colosos de Memnón. El delicado verde de esos árboles dedicados a Osiris ponía una nota de dulzura y de serenidad en un paisaje hoy severo y nostálgico, que es Preferible vigilar al caer la tarde. Los juegos del sol poniente en los poderosos muros de Medinet Habu son inolvidables. Se advierte entonces que el inmenso esfuerzo de los constructores y su elección de lo colosal no fueron gratuitos. Era necesaria esa fuerza, encarnada en la piedra, para alcanzar la Serenidad de un crepúsculo que no fuera decadente.

Cuando se habla de Medinet Habu se piensa inmediatamente en el templo funerario de Ramsés III, el principal monumento del paraje. Pero éste alberga otros edificios que datan de épocas distintas, como el templo de los tutmósidas y las capillas de las Divinas Adoratrices.

Sin embargo, se hallan incluidos en el interior de un recinto, una muralla de adobe bastante bien conservada de modo que se integran en el plano de conjunto del territorio sagrado.

El recinto impide al profano acceder al templo. Sin embargo, no por ello es mudo. Ramsés III, debido a las circunstancias políticas de su tiempo, tuvo que librar largos y difíciles combates para preservar la integridad de Egipto, atacado al mismo tiempo por los libios, los sirios y los pueblos del mar. El ejército egipcio, inferior en número, bien mandado y bien preparado, consiguió repetir los ataques, esquivando unas amenazas de invasión que posteriormente, se convertirían en una triste realidad. En el lado nordeste del recinto asistiremos al episodio central de las guerras de Ramsés III: la primera gran batalla naval de la historia, durante la cual los egipcios hundieron la Ilota adversaria. En el costado suroeste de este mismo recinto, el aspecto «guerrero» del faraón queda completado por su aspecto «cazador»; lo vemos dirigirse al desierto y a las zonas pantanosas para cazar la cabra montés, el asno salvaje y el toro, cuyas agonías en lacerantes posturas vemos. Tres animales peligrosos, tres criaturas del dios Seth, el asesino de Osiris que reina en las extensiones desérticas y no cultivadas. Caza y guerra proceden de la misma voluntad civilizadora del faraón: impedir que cunda el desorden, someter las potencias que pueden resultar destructoras. Todo ello se inscribe en un contexto religioso, puesto que un gran calendario de las festividades indica la sucesión de los rituales que deben celebrarse a lo largo del año. Así, los profanos sabían que el templo estaba en perpetua actividad y que de él dependía la prosperidad del país.

Al punto de llegada de la carretera que conduce a Medinet-Habu le correspondía un embarcadero, que señalaba el término de un canal que unía el Nilo con el templo. Este dispositivo, clásico en Egipto, facilitaba el transpone de los materiales de construcción y permitía el avance de las procesiones. Desde este punto de vista, Medinet Habu aparece como un edificio casi abrumador. Recordemos que el templo de Ramsés III está inspirado, si es que no lo imita, el Ramesseum, el templo funerario de Ramsés II, desgraciadamente muy deteriorado. Éste era el modelo de Ramsés III que, por lo demás, se mostró digno de él, por su valor y su voluntad de mantener a Egipto en el rango de gran potencia.

Pero el estruendo de las armas se ha acallado. Queda la paz profunda de esas piedras, blancas antaño, en las que los tornasolados colores de los jeroglíficos y las escenas brotaban como otras tantas imágenes vivas, animadas en su interior. No hay nada menos fúnebre que un templo, porque la muerte es fermento de vida.

Sorprendente imagen de Medinet Habu: sus dos torres fortificadas que custodian el acceso y lo convierten en un templo-fortaleza (n.º 1 en el plano) presentan un carácter militar absolutamente excepcional dentro de la arquitectura religiosa egipcia, tanto más cuanto que el pilón se inspira en un modelo extranjero, sirio en este caso. La elección obedece a razones profundas, de origen mágico. El rey, a la vez que protege el edificio contra las agresiones exteriores, graba su victoria en la eternidad de la piedra. Ningún adversario conseguirá tomar las torres fortificadas.

Como era habitual, uno de los elementos esenciales de decoración de este pórtico es la victoria del faraón sobre sus enemigos. Amón-Ra le otorga el poder sobre todas las naciones. La fuerza está en su puño. Es el halcón Horus volando en los cielos. Sus miembros son los de los dioses. Parece como el sol. Cielo y tierra se complacen en su pues su corazón es sabio, su discurso perfecto. Nubios, hititas, libios y pueblos del mar caen derrotados por Ramsés, quien sacrifica ritualmente a sus jefes en honor de Amón y del

dios de la luz, Ra. El faraón rinde también homenaje a Seth que, lejos de ser sólo un dios maléfico y peligroso, le concede valor y fuerza para triunfar sobre las tinieblas.

Las torres tienen pisos en los que se abren ventanas; su alféizar descansa sobre cabezas de enemigos vencidos. Los adversarios de ayer se han convertido, por tanto, en apoyos para las aberturas por las que pasa la luz.

Uno de los nombres de Medinet Habu es «Unido-con-la-eternidad» o, más exactamente, «lo que suelda la eternidad», lo que la hace coherente. Se beneficia de la protección especial del dios Ptah, presente en la cara exterior del pórtico. Tenía fama de escuchar las plegarias, como un guardián del umbral que aparta a los ambiciosos y acoge a los humildes.

Cuando se sube a los pisos superiores de este pórtico de acceso, [19] nos espera una sorpresa. Ya no hay escenas de guerra ni ruidos de batalla sino, a los lados de las ventanas, representaciones de Ramsés III descansando y complaciéndose entre las jóvenes de su harén. Acaricia la barbilla de una de ellas, probablemente una cortesana que gozaba entonces de sus favores. No se trata de una anécdota amable. En el exterior de la torre, el combate y la acción brutal. En su interior, la paz, el lujo, la voluptuosidad. La guerra es necesaria para que exista la paz, pero son indisociables una de otra. En nuestro propio exterior, siempre encontraremos conflictos. En nuestro interior, podemos crear un paraíso.

Además de esta enseñanza, Ramsés III quería protegerse también, mágicamente, contra su harén, tras una grave conjura. Una mujer de la corte, un intendente del harén, un militar de alto rango, algunos escribas y un mago decidieron asesinar al faraón. Fabricaron unas estatuillas de brujería para paralizar a la guardia del rey, pero sus manejos fueron descubiertos y se inició un gran proceso que desembocó en la condena a muerte de los cabecillas. La sanción se ejecutó de dos modos. Por una parte, supresión del

nombre sustituyéndolo por otro, negativo (por ejemplo: el señor «Ra-me-ama» se convirtió en «Ra-me-detesta»), lo que supuso la exclusión del paraíso y la aniquilación del ser; por otra parte, el suicidio. Para evitar que semejantes abominaciones se repitieran, el faraón mandó representar un harén feliz sin intrigas.

Ligeramente a la izquierda de ese pórtico de entrada, según se avanza hacia el gran templo, hay dos edificios adosados: las capillas de las sacerdotisas de Amón, llamadas las Divinas Adoratrices (n.º 2 en el plano). Por sus vínculos con la familia real, desempeñaron un papel político y religioso no desdeñable en la Baja Época, especialmente en las dinastías XXV y XXVI (712-525). Eran unas vestales adelantadas a su tiempo, sin la obligación del celibato. Los textos grabados en las paredes contienen una «llamada a los vivos» dirigida a quienes pasen ante esos santuarios levantados a la memoria de mujeres iniciadas en los misterios; cualquiera que les testimonie respeto, respirará el soplo de la vida y ya no padecerá enfermedades. Las escenas que decoran el interior de esas capillas muestran a las Divinas Adoratrices ante algunas divinidades. Contiene también algunos textos rituales como el de la «apertura de la boca» y párrafos de los más antiguos textos religiosos, los de las pirámides y los sarcófagos. Es un retorno a la tradición primigenia, una nueva ilustración de la sabiduría que creó Egipto. No obstante, las Divinas Adoratrices también sabían innovar: y así aquí contemplamos el primer ejemplo egipcio de una bóveda de piedra.

Frente a las capillas de las Divinas Adoratrices, a la derecha del portal de entrada, se levanta el pequeño templo de la XVIII dinastía (n.º 3 en el plano). El edificio original, instruido por Amenofis I, fue ampliado y embellecido por los tres primeros Tutmosis. También Hatsepsut participo en él. El edificio refleja la claridad y la elegancia de esta época. Se trata en realidad del lugar más sagrado de Medinet Habu, el corazón del paraje primitivo donde descansan los ocho dioses de los que hablábamos antes. Es el emplazamiento exacto del otero primordial. Sin duda por ello el templo

fue objeto de múltiples añadidos y remodelaciones, especialmente en las épocas etíope, saíta y tolemaica. Los cristianos lo ocuparon, plasmando incluso en pintura, episodios de la vida de un santo, inesperado inquilino de un santuario faraónico.

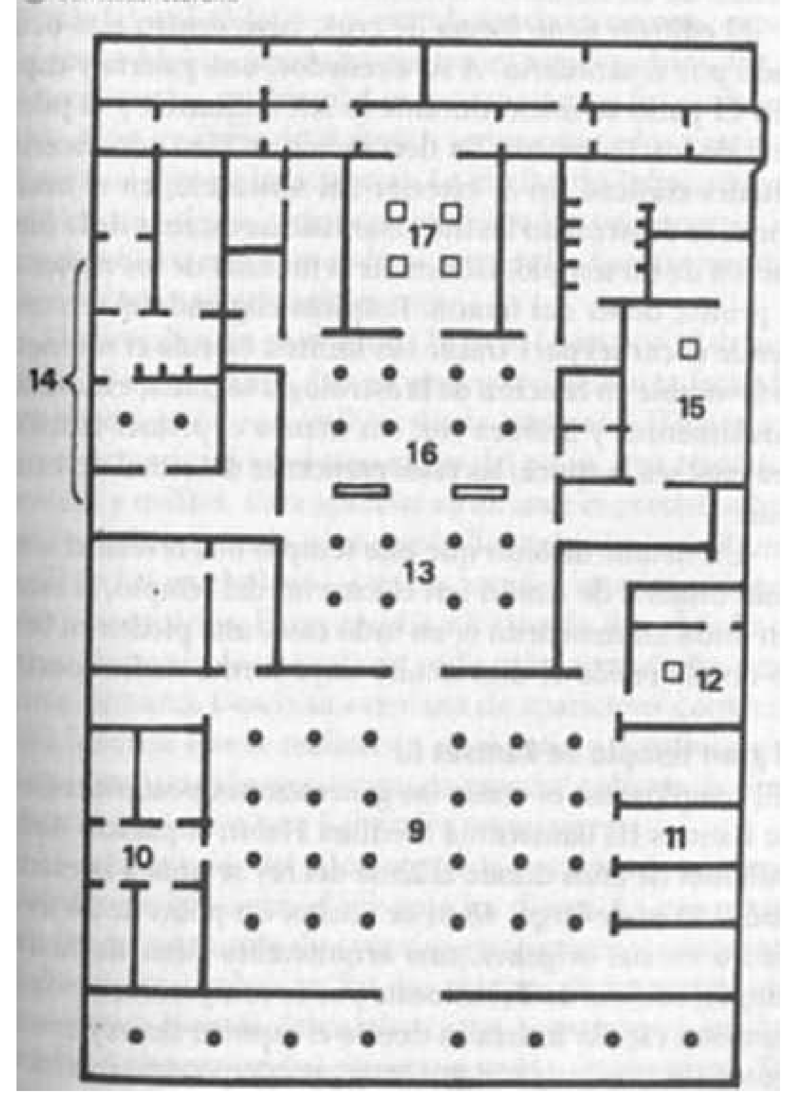
El edificio tiene forma de cruz, cuyo centro está ocupado por el santuario. A su alrededor, una galería y capillas. El patio se inició durante la XXV dinastía y el pilón data de los Tolomeos. La decoración se hizo con escenas rituales clásicas. En el exterior del santuario, en el muro norte, se desarrollan las interesantísimas escenas de la fundación de un templo. Construir la morada de los dioses es el primer deber del faraón. Empieza eligiendo el terreno, tiende el cordel para trazar sus límites, calcula el momento favorable en función de la astrología sagrada, excava los fundamentos y moldea con sus manos el primer ladrillo. Sea cual sea la época, las fases esenciales del ritual no cambian.

Un detalle insólito que este templo nos revela: el símbolo mineral de Amón (en el exterior del templo, al este), sin duda un meteorito o, en todo caso, una piedra en bruto donde reside el dios oculto cuya forma nadie conoce.

Medinet Habu

Planos y descripción

1. Portal fortificado de la entrada.
2. Capillas de las Divinas Adoratrices.
3. Pequeño templo de los Tutmósidas.
4. Pilón del gran templo de Ramsés III.
5. Primer gran patio.
6. Palacio de Ramsés III.
7. Segundo pilón.
8. Segundo gran patio.
9. Primera sala de columnas.


Gran templo, parte cubierta.
⑨ Primera sala de columnas.
⑩ Las cinco salas del Tesoro.
⑪ Capillas de culto.
⑫ El matadero.
⑬ Segunda sala de columnas.
⑭ Aposento funerario del espíritu de Ramsés III.
⑮ Templo solar.
⑯ Tercera sala de columnas.
⑰ Sanctasanctórum.
17
14
15
16
13
12
9
11
10

El gran templo de Ramsés III

«El templo»: así es como las generaciones posteriores a la de Ramsés III llamaron a Medinet Habu, el palacio de los millones de años donde el alma del rey se unía a la eternidad. 150 m de largo, 48 m de ancho, un pilón de 24 m de altura en sus orígenes, una arquitectura llena de fuerza: ningún edificio de Tebas-oeste puede compararse a esta gigantesca capilla funeraria donde el espíritu del rey era regenerado por los ritos mientras su cuerpo descansaba en una tumba del Valle de los Reyes.

Una gran animación reinaba en la ciudad-templo para la que trabajaron más de 60000 personas. Las actividades profanas han desaparecido, pero los símbolos permanecen. Por todas partes, en los muros del templo, se repite incansablemente, la ofrenda a los dioses, en un mismo movimiento hierático, fuera del tiempo.

El acceso al templo está cerrado por un pilón. De acuerdo con la regla, lo decoran escenas de batalla en las que el faraón triunfa sobre sus enemigos, símbolo de las tinieblas. Ramsés III utilizó las duras realidades de su tiempo, expediciones a Nubia, combates contra los sirios y libios, batalla naval con los pueblos del mar cuyos navíos fueron hundidos. Con una espada el faraón «consagra» a los cautivos a Amón, el dios de las victorias. La ciudad de Tebas, encarnada en una diosa, mantiene atados a los prisioneros. El mundo entero está sometido al faraón, las fuerzas negativas son dominadas mágicamente.

El pilón da a un gran patio (34 m de largo por 32 de ancho, n.º 5 en el plano). Las escenas que decoran la fachada interior del pilón son visibles desde este patio. Tienen en su mayor parte, al igual que en las del patio, una temática guerrera y militar. Para apreciar su alcance es preciso saber que, hacia la izquierda, al sur, se hallaba el palacio de Ramsés III (n.º 6 en el plano), con las paredes interiores decoradas con azulejos. El rey residía allí cuando iba a Medinet Habu. Disponía de una sala de audiencias, una alcoba y un

cuarto de baño. Desde su «ventana de aparición» contemplaba los ritos que se realizaban en el patio y distribuía recompensas y condecoraciones, en especial collares de oro, quienes merecían que Egipto les premiara.

La cara interior del pilón contenía dos tipos de escenas: alrededor de la puerta, el rey ante los dioses. La paz reina. Para cruzar este umbral es preciso estar sereno y conocer a los dioses. En cambio, en los dos macizos de las torres, vemos nuevas escenas de combate que responden a las del exterior. La superioridad egipcia se revela abrumadora. Ya no es sólo la guerra, es el triunfo absoluto del faraón. Idénticas victorias en los muros que rodean el patio, con un detalle macabro: los cadáveres se cuentan sumando las manos cortadas y los sexos no circuncidados.

Unas estatuas de Ramsés III, con un príncipe y una princesa a su lado, afirman la presencia de la función real en este patio cerrado por un segundo pilón (n.º 7 en el plano) cuya decoración está también aquí consagrada a las hazañas militares del rey. Da acceso al segundo gran patio (38 x 41 m), donde las estatuas del rey lo representan en forma de Osiris. El clima de las escenas ha cambiado. En las paredes del fondo de los pórticos, encontramos aún algunos episodios guerreros, el triunfo del rey sobre sus enemigos comentado por unos textos que celebran el valor y la eficacia de Ramsés III. Estos temas, casi obsesivos, tienen como misión repeler mágicamente a los invasores que amenazaban la existencia misma de Egipto.

Dos grandes procesiones religiosas en honor de los dioses Sokaris y Min aportan una tonalidad sacra muy particular. La procesión de Sokaris empieza en el muro sur del patio y prosigue por el muro este. Unos sacerdotes llevan el relicario de esa extraña divinidad, un halcón momificado con la cabeza coronada por dos plumas. La barca de Sokaris es sorprendente, con una cabeza de antílope a proa, una especie de collar de perlas y una loma de la que sale la rapaz. Sokaris, conocedor del secreto de los espacios subte-

rráneos, no teme el poder destructor de Seth, encarnado en el antílope. Sokaris permite que el alma se introduzca sin temor en los pasillos de la tumba, atraviese los muros y penetre en el otro mundo. El dios se manifiesta pocas veces a la luz; la procesión de su barca quedaba reservada para los iniciados que habían pasado «por el sudario», los iniciados que habían «cambiado de piel».

Al Sokaris nocturno, secreto, oculto, corresponde el dios Min, potencia viril que se manifiesta con esplendor en la naturaleza. El ritual del dios Min se revela en el muro norte del patio y prosigue por el muro oeste. La procesión parte del palacio real, donde se han efectuado los preparativos; el faraón está presente, rodeado de dignatarios y sacerdotes. Tras haber honrado la realidad divina con ofrendas, unos sacerdotes llevan a hombros la estatua del dios, de pie sobre un escudo. Se dirigen hacia un área sagrada, al aire libre. A la cabeza va un toro blanco, símbolo de potencia y de fecundación. En la procesión figuran también los portadores de mobiliario, de oriflamas y, sobre todo, de estatuas de los faraones que precedieron a Ramsés III. Son los antepasados, los difuntos ilustres que asisten a esta ceremonia y la refrendan. El faraón en persona suelta cuatro pájaros que vuelan hacia los cuatro puntos cardinales del mundo para anunciar la buena nueva: un rey reina en Egipto, la tradición no se ha interrumpido, la armonía reina en la tierra. El faraón ya sólo tiene que tomar una hoz y segar una gavilla de trigo, ofreciéndola al toro blanco, asegurados así la fecundidad del suelo egipcio, transmitiendo la potencia creadora de Min a las futuras cosechas. El dios regresará en paz a su santuario, tras comprobar que el faraón cumple su función de proveedor de riquezas.

Para salir de este patio y avanzar hacia el templo cubierto, hay que trepar por una rampa de suave pendiente. El suelo se eleva, el alma también. Pronto accederemos a nuevos misterios, abandonando estos espacios al aire libre. Ante el umbral, una hilera de pilares, luego otra de columnas papiriformes: pasamos de formas

inorgánicas a formas vegetales, señalando una eclosión. Aquí está el acceso al templo cerrado, como prueba la presencia de Ramsés III, al que Atum, el creador, y Montu, el dios guerrero de Tebas, conducen hacia el santuario. Además, el rey está purificado, coronado, ha sido reconocido como soberano. Ha llegado al final de su recorrido como jefe de guerra. Entra ahora en los dominios de la realeza en espíritu.

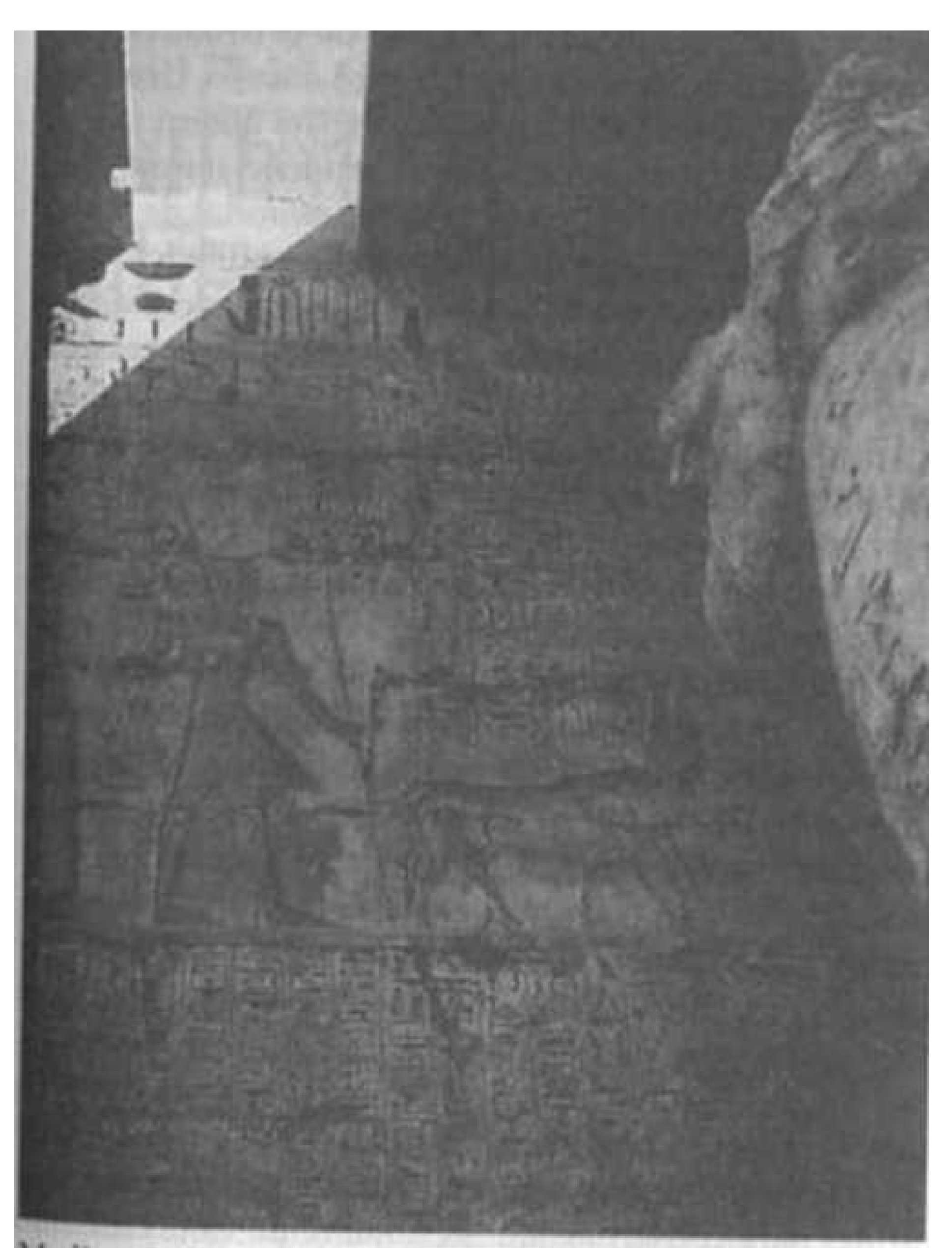
El templo cerrado es, por desgracia, la parte peor conservada de Medinet Habu. Los techos han desaparecido. Lo que debía permanecer en una semipenumbra está hoy abierto a los cuatro vientos. Es una sensación algo triste que exige de nosotros un esfuerzo de imaginación para percibir el orden original del templo. Había tres salas sucesivas con columnas, que desembocaban en el sanctasanctórum y simbolizaban tres etapas hacia el Conocimiento: 24 columnas en la primera, 8 en cada una de las dos siguientes y 4 pilares cuadrados en el santuario. Alrededor de este eje central, espina dorsal del templo, 41 capillas con sus propias funciones.

La primera gran sala con columnas, de la que sólo subsiste la parte baja, está muy deteriorada. En la parte inferior de los muros este y sur, asistimos de nuevo a la purificación del faraón, a su entrada en el templo interior y a su coronación: lo que se había anunciado se realiza. Todo ocurre como si la imagen del rey hubiese atravesado los muros del pórtico, franqueando sin esfuerzo la frontera de piedra.

A la izquierda de esta gran sala, las cinco capillas del tesoro que han conservado su techo (n.º 10 en el plano). Ramsés III ofrece a Amón los productos más valiosos, más refinados, que van desde las piedras preciosas y el oro hasta obras maestras de orfebrería, cofrecillos en forma de animales, joyas, instrumentos de música de oro macizo. Aquí, de acuerdo con los relieves, se pesaba el oro. Los egipcios tenían una concepción muy estricta del lujo y de la riqueza, esencialmente reservados a los dioses y a los templos. Nobles y dignatarios tenían derecho a los más hermosos atavíos en el mar-

co de sus funciones rituales. Los sabios consideraban que la riqueza, puesta en manos de los individuos, conducía a la decadencia del Estado.

A la derecha de la gran sala con columnas, unas capillas de culto a Ptah, Sokaris y al rey divinizado (n.º 11). Ptah y Sokaris son divinidades de Menfis, estrechamente vinculadas a actividades artesanales. Detrás de estas capillas, el matadero (n.º 12). No era el lugar donde los carniceros, cuyos superiores eran sacerdotes iniciados, mataban a los animales destinados al sacrificio; se depositaban en un altar las piezas elegidas, las que contenían el máximo de energía cuyo aspecto sutil absorben los dioses antes de que los humanos consumieran la carne.



Medinet Habu. La fotografía muestra unas losas de cubierta todavía en su lugar. Simbolizan el cielo, sembrado de estrellas de oro. El relieve muestra al faraón participando en un rito en el que interviene el toro sagrado.

A la izquierda de la segunda sala con columnas (n.º 13), el aposento fúnebre de Ramsés III (n.º 14), donde, como en una tumba, se describe la vida futura. El faraón es coronado de nuevo, pero esta vez en el otro mundo. Una diosa inscribe su nombre en un gran árbol, para que crezca con él. El nombre, parte esencial del ser, tendrá el mismo desarrollo que la persea sagrada, el árbol inmortal de la ciudad de Heliópolis. Como todos los bienaventurados, Ramsés III boga en barco por los canales y los lagos del más allá. Llega a los campos paradisíacos donde le vemos, labrar personalmente los campos y realizar la recolección del trigo maduro. Gran perspectiva de la religión egipcia: al otro lado nos aguarda otro trabajo, positivo también, creador siempre, sin su aspecto molesto y fatigoso. A este aspecto funerario le corresponde, a la derecha de la segunda sala de columnas, un templo solar (n.º 15) con un patio al aire libre y un altar. El alma del rey recibía ahí los benéficos rayos del astro del día, al que le ofrecía sacrificios.

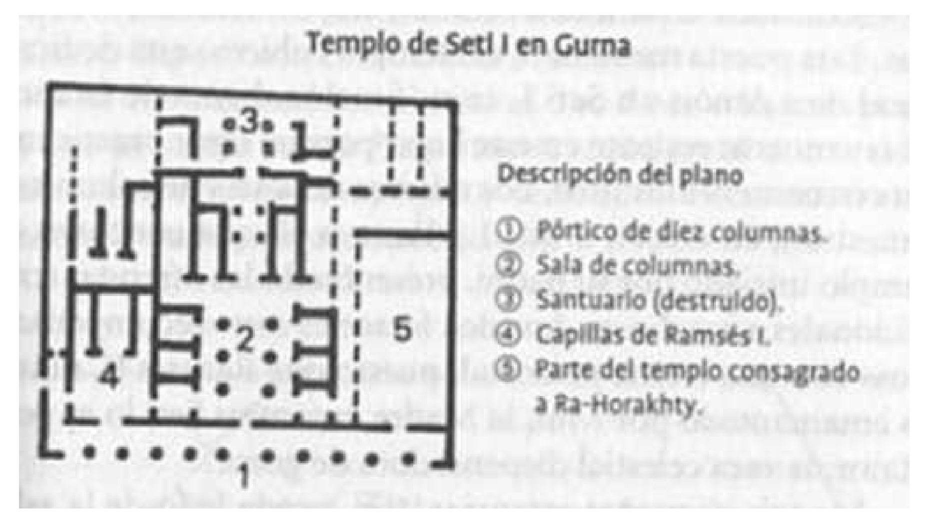
A ambos lados del sanctasanctórum (n.º 17) al que conduce la tercera sala de columnas (n.º 16), se encuentran unas capillas dedicadas a Mut y a Khonsu, divinidades especialmente honradas en Tebas. En el centro, en el sanctasanctórum, descansaba la barca de Amón. La triada principal de Tebas (Amón el padre, Mut la madre, Khonsu el hijo) era así reconstruida.

En silencio y entre la penumbra, el rey se encontraba con Thot, señor de la ciencia sagrada, y con Maat, regente de la armonía universal. El rey guerrero había depuesto las armas para convertirse en un hombre de Conocimiento que, bajo la dirección de estos dos guías, accedía a los grandes misterios.

El templo de Seti I en Gurna

Todavía existen en Egipto obras maestras ignoradas. Así ocurre con el templo funerario de Seti I, en Gurna, que suele olvidarse

prefiriendo las tumbas de la necrópolis tebana de las que, sin embargo, es una especie de guardián simbólico. Al faraón Seti I le debemos ya el gran templo de Abydos, la sala hipóstila de Karnak y una de las más hermosas tumbas del Valle de los Reyes; a estas tres obras maestras le añadió una cuarta, este templo de la orilla oeste, parcialmente destruido, pero cuyos relieves, cuando se conservan, son comparables por su belleza a los de Abydos.



Esta parte de la necrópolis es, además, muy importante, puesto que al norte del templo de Gurna se hallaban las tumbas de los Antef, los nobles tebanos que estuvieron en los orígenes del Imperio Medio y dieron a Tebas un lugar preponderante.

Del edificio de Seti I sólo queda el templo cubierto precedido por un pórtico de diez columnas, nueve de ellas todavía en su lugar (n.º 1 en el plano), pues los dos patios y los dos pilones que lo precedían han desaparecido.

En el interior del pórtico, en el zócalo, algunos dioses Nilo, masculinos y femeninos, aportan al faraón los productos de la tierra de Egipto, procedentes del sur y del norte. Se reconstruye así un ser varón-y-hembra, un andrógino, símbolo de Egipto entero al servicio del rey.

Tres puertas dan acceso al templo. Corresponden a esos tres aspectos esenciales. La puerta central da acceso a una sala con seis columnas (n.º 2 en el plano), detrás de la cual se encontraba el santuario (n.º 3), hoy totalmente en ruinas. Esta puerta medianera del templo cubierto está dedicada al dios Amón y a Seti I, en su función divina de faraón. El rey muerto resucita en este lugar porque sigue practicando eternamente los ritos. Los relieves de la sala de columnas muestran, en efecto, a Seti I y Ramsés II, que concluyó el templo iniciado por su padre, presentando las ofrendas tradicionales a los dioses. Los dos faraones son «recompensa dos» con una eterna juventud, puesto que Ramsés II, niño, es amamantado por Mut, la Madre, mientras Seti lo es por Hator, la vaca celestial dispensadora de gozo.

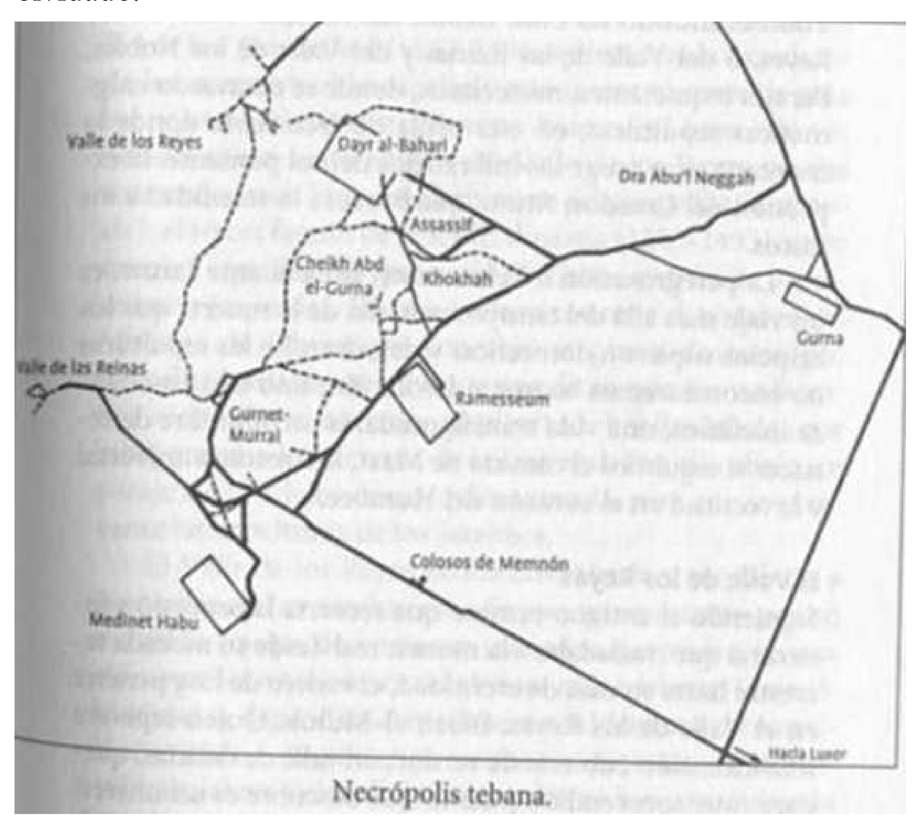
Las seis pequeñas estancias, tres a cada lado de la sala de columnas, están decoradas con escenas rituales tan perfectamente realizadas como en Abydos, especialmente la del faraón participando en un banquete y dialogando con su *ka*, la potencia de su ser inmortal, su «doble». La puerta de la izquierda (parte sur del templo, n.º 4 en el plano) da a una sala con dos columnas y a las capillas, consagradas a Amón y al padre de Seti I, Ramsés I, de brevísimo reinado. En estos lugares reinan el creador, Atum, el dios guerrero y primer señor de Tebas, Montu con cabeza de halcón, y Amón.

Como es debido, se honra especialmente a Ramsés I, fundador del linaje. Instalado en un naos, es venerado por Ramsés II, su nieto, mientras que Seti I unge su estatua viva con un ungüento regenerador. Los egipcios concedieron siempre mucha importancia a la fabricación de ungüentos, verdaderas sustancias mágicas cuyo manejo se aprendía en los laboratorios de los templos.

La parte norte del templo, a la derecha (n.º 5 en el plano), está muy destruida. Se caracterizaba por la presencia de un altar utilizado para el culto solar. Está consagrada al dios de la luz, Ra-Horakhty.

Templo funerario, por lo tanto, puesto que el alma del rey está presente en todas partes, como si nos halláramos en una gran tumba dividida en capillas; pero morada de regeneración, también, pues la parte solar del edificio indica que el linaje de los antepasados reales es portador de una luz cuyo depositario es el faraón reinante.

El templo de Seti I en Gurna es uno de esos lugares por los que se puede pasear libremente, apreciando el arte del Nuevo Imperio en su apogeo y teniendo la sensación de descubrir un monumento olvidado.



Necrópolis tebana.

La necrópolis tebana

Tebas oeste es el dominio de la vida resucitada, no el de la muerte. Hablamos de «necrópolis» sólo para entendernos fácilmente. Descubrimos allí templos donde los dioses están eternamente presentes, «castillos de millones de años» donde el espíritu del faraón festeja por toda la eternidad. Sin embargo, existen lo que nosotros llamamos tumbas. Todo el mundo ha oído hablar del famoso Valle de los Reyes, o del Valle de las Reinas y del Valle de los Nobles. Parajes inquietantes, misteriosos, donde se excavaron enigmáticas sepulturas, en esta orilla de Occidente donde la montaña ocre acoge los mil reflejos del sol poniente, la expresión del Creador, Atum, que procura la serenidad a los justos.

La peregrinación a Tebas oeste, situada ante Luxor, es un viaje más allá del tiempo, más allá de la muerte que los egipcios supieron domesticar y descifrar. En las sepulturas no encontraremos horror y desolación, sino una enseñanza iniciática, una vida transfigurada, la certidumbre de renacer si seguimos el camino de Maat, la Armonía universal y la rectitud en el corazón del Hombre.

El Valle de los Reyes

Siguiendo el antiguo camino que recorría la procesión funeraria que trasladaba a la momia real desde su morada terrestre hasta su casa de eternidad, el viajero de hoy penetra en el Valle de los Reyes, Biban el-Muluk. Quien esperara una extensión cubierta de verdor, un valle de delicias, quedará muy sorprendido pues lo que descubre es un universo de piedras abrasadas por el sol, un santuario mineral de colores ocres y pardos, encerrado entre acantilados. Silencio, soledad y aridez parecen el patrimonio de ese desolado paisaje, que los gavilanes sobrevuelan trazando grandes círculos sobre la diosa protectora del lugar, la Cima. Dominando el Valle de los Reyes, esta pirámide que algunos consideran tallada por las manos del hombre atrae la mirada desde el principio. Se siente en seguida que el paraje se eligió en función de esta cima,

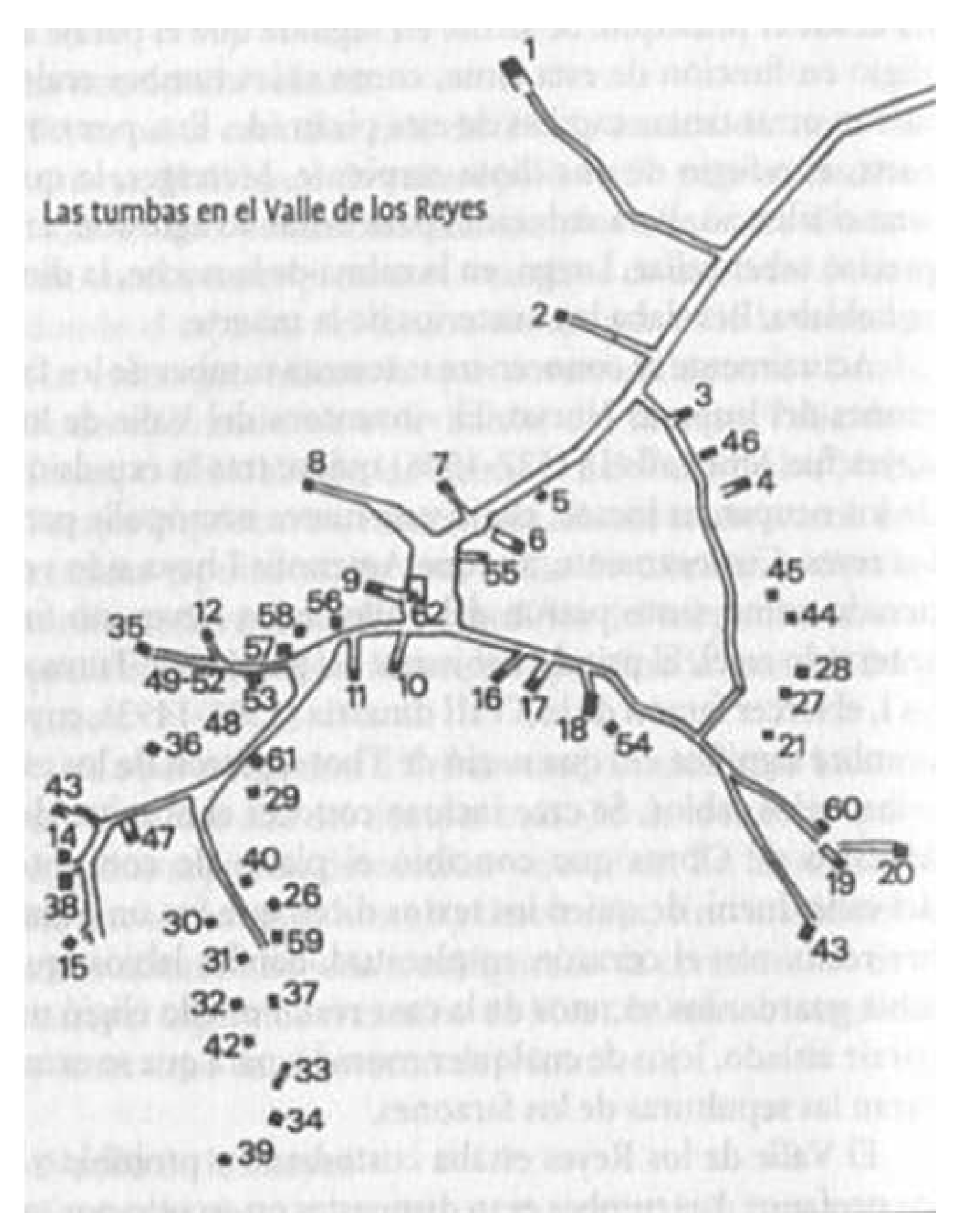
como si las tumbas reales fueran otras tantas capillas de esta pirámide. Era, por otra parte, el refugio de una diosa-serpiente, Meresger, la que ama el silencio. Para seducirla, para evitar su agresión, era preciso saber callar. Luego, en la calma de la noche, la diosa hablaba. Revelaba los misterios de la muerte.

Actualmente se conocen unas sesenta tumbas de los faraones del Imperio Nuevo. El «inventor» del Valle de los Reyes fue Amenofis I (1527-1506) quien, tras la expulsión de los ocupantes hicsos, eligió una nueva necrópolis para los reyes. Curiosamente, aunque Amenofis I haya sido venerado como santo patrón del Valle de los Reyes, no fue enterrado en él. El primer habitante del paraje fue: Tutmosis I, el tercer faraón de la XVIII dinastía (1505-1493), cuyo nombre significa «El que nació de Thot», patrón de los escribas y los sabios. Se cree incluso conocer el nombre del Maestro de Obras que concibió el plano de conjunto del valle: Ineni, de quien los textos dicen que fue un hombre recto, con el corazón en plenitud, hábiles labios, que sabía guardar los secretos de la casa real. Por ello eligió un paraje aislado, lejos de cualquier morada, para que se excavaran las sepulturas de los faraones.

El Valle de los Reyes estaba custodiado y prohibido a los profanos. Las tumbas eran dispuestas en secreto por un reducido equipo de artesanos iniciados que vivían en una aldea que les estaba reservada (véase más adelante: Dayr al-Madina), y dependían directamente del faraón y de su primer ministro. Arquitectos, escultores, pintores y dibujantes trabajaban «lejos de los ojos y los oídos», practicando sus ritos, educando a sus discípulos en su propia escuela.

Aunque el Valle de los Reyes merezca su nombre, puesto que esencialmente alberga a faraones, subrayemos sin embargo dos particularidades: en primer lugar, el paraje está dividido en dos partes de desigual importancia: al oeste sólo hay cuatro tumbas, en el lugar llamado Valle de los Simios, entre ellas la de Amenofis III, el constructor de Luxor, y de Ay, el efímero sucesor de Tutankamón;

al este, el Valle de los Reyes propiamente dicho. Luego, algunos personajes no reales, unos diez aproximadamente, obtuvieron el gran privilegio de ser enterrados junto a los reyes, debido a sus vínculos de parentesco. Subsisten allí algunos enigmas que no se han desvelado todavía.



Las sepulturas reales se hunden profundamente en la tierra. Son caminos del alma que descienden hacia el corazón del silencio, el corazón del misterio, para descubrir las leyes del renacimiento. La planta tipo de una tumba es sencilla: una entrada, un corredor en pendiente, un pozo (en cuyo fondo se halla el agua del Nun, el

océano de energía que rodea el mundo), salas con columnas y, por fin, el panteón que contiene el sarcófago real. Hay, es cierto, numerosas variaciones de detalle, cambios de eje, salas anexas, pero lo esencial sigue siendo el recorrido simbólico que lleva de la luz exterior, la del mundo aparente, a la luz interior, subterránea, gracias a la cual, el cuerpo de carne del faraón se convierte en el cuerpo simbólico de Osiris.

Numerosos textos cubren los muros de las tumbas reales. El *Libro de los muertos*, claro, heredero de las antiguas composiciones religiosas, pero sobre todo escritos específicos del Imperio Nuevo; como el *Libro de lo que se encuentra en la cámara oculta*, el *Libro de las puertas*, el *Libro de las cavernas*, el *Libro del día y de la noche*, las *Letanías del sol*. Esos papiros que se desenrollan en las paredes de piedra proporcionan al rey un plano preciso del más allá, indicándole los caminos que debe seguir y los peligros que debe evitar. Este mundo está poblado por formas inquietantes: serpientes que caminan con piernas, guardianes armados con cuchillos, personajes extraños, símbolos difíciles de descifrar. Tan exuberante imaginación no es gratuita. Sirve para describir el otro mundo, el que está más allá de nuestros ojos terrenales. Las escenas de estas tumbas nos revelan el viaje al final de la noche, la cartografía de nuestro destino póstumo, el periplo del sol por los espacios subterráneos. Al final de una rigurosa alquimia, renacerá en el alba próxima. Las fórmulas de resurrección convierten el sarcófago en el equivalente de la colina primordial, de la isla de la primera mañana del mundo donde el faraón se identifica con el Creador, el nuevo sol, Osiris reconstituido.

Una de las figuras centrales de este universo es la barca solar. Atraviesa las doce regiones de la noche donde le aguardan numerosas celadas. A bordo, una tripulación de divinidades se encarga de guiar la embarcación y defender al sol contra sus agresores, especialmente el dragón Apofis. Cada noche se decide el destino del mundo: ¿conseguirá renacer la luz? Textos y figuraciones de las

tumbas reales ofrecen las claves de una ciencia de la energía cósmica cuyos aspectos no han sido totalmente elucidados, ni mucho menos.

Es poco probable que los sarcófagos de las principales pirámides del Imperio Antiguo hayan contenido nunca una momia. Los despojos mortales de los faraones del Imperio Nuevo, en cambio, se depositaron efectivamente en sus tumbas del Valle de los Reyes. Pero casi todas estas tumbas fueron violadas y desvalijadas, especialmente «durante el año de las hienas, cuando teníamos hambre». El secreto de este valle despertó la codicia. Los candidatos al saqueo evocaban las fabulosas riquezas acumuladas en el interior de las tumbas. No vacilaron en desafiar la cólera de los dioses, en desdeñar las protecciones mágicas, en turbar el reposo de los grandes reyes para saciar su codicia. Nadie duda que el emplazamiento de las tumbas y el medio de acceder a los panteones fuera vendido a los ladrones por algunos altos funcionarios y sacerdotes corruptos. Se produjeron arrestos y resonantes procesos que demuestran, por otra parte, que algunos jueces no eran ajenos a la organización de las pandillas. Este oscuro período comenzó con la crisis económica que marcó el final del Imperio Nuevo. Dada la gravedad de los hechos, los sacerdotes fueron obligados a desplazar varias veces las momias reales y a colocarlas en lugares considerados más seguros. El procedimiento fue eficaz, puesto que, efectivamente, se encontraron muchas momias reales en el escondrijo del templo de Dayr al-Bahari.

A comienzos del I milenio a. J. C., la mayoría de las tumbas del Valle de los Reyes habían sido abiertas y ya sólo contenían tesoros espirituales. En la época tolemaica, algunos turistas extranjeros, sobre todo griegos y romanos, visitaban las sepulturas. Ciertos ascetas cristianos las eligieron como celdas de meditación, no sin cometer, de paso, algunos desmanes. Luego, la capa del olvido cubrió el Valle de los Reyes hasta el siglo XVIII cuando, poco a poco, fueron encontrándose las tumbas. El más fabuloso descubrimiento

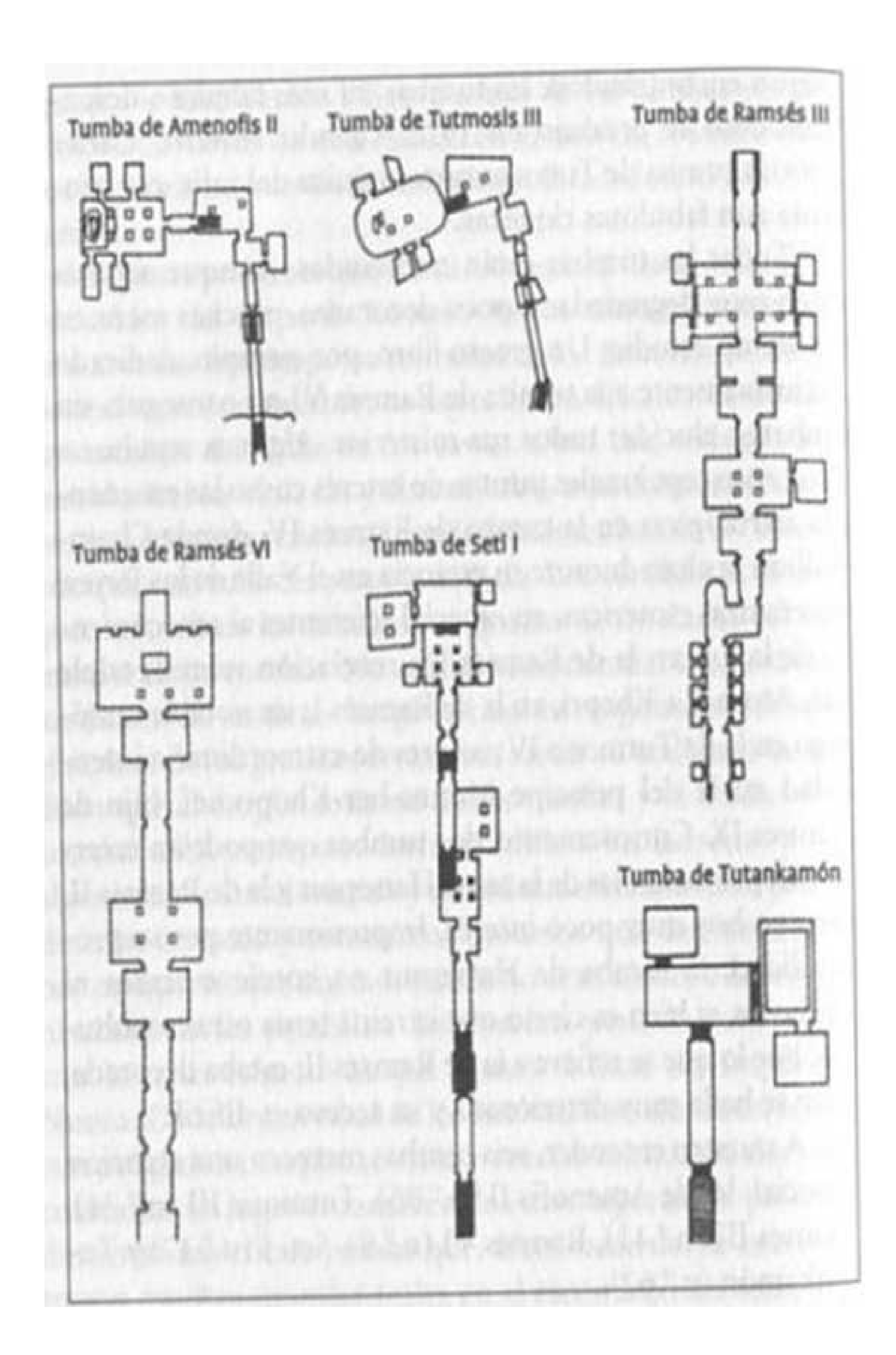
se produjo en 1922, cuando Howard Carter abrió la tumba de Tutankamón, la única del valle que contenía aún fabulosas riquezas.

Todas las tumbas están numeradas. Aunque algunas estén muy degradadas o poco decoradas, muchas merecen un atento estudio. Un grueso libro, por ejemplo, dedicado exclusivamente a la tumba de Ramsés VI no conseguía sin embargo elucidar todos sus misterios. Algunas sepulturas ofrecen excepcionales puntos de interés como las enseñanzas astrológicas en la tumba de Ramsés IV, donde Champollion se alojó durante su estancia en el Valle de los Reyes; enseñanzas esotéricas, en especial referentes al renacimiento de la luz, en la de Ramsés IX; revelación sobre la triple luz. Atum-Ra-Khepri, en la de Ramsés I; un notable sarcófago en la de Tutmosis IV; colores de extraordinaria intensidad en la del príncipe Montu-her-Khopechef, hijo de Ramsés IX. Curiosamente, dos tumbas que podrían creerse excepcionales, las de la reina Hatsepsut y la de Ramsés II, ofrecen hoy muy poco interés. Impresionante por su profundidad, la tumba de Hatsepsut no contiene textos ni símbolos, si bien es cierto que la reina tenía otras sepulturas. Por lo que se refiere a la de Ramsés II, estaba decorada, pero se halla muy deteriorada y su acceso es difícil.

A nuestro entender, seis tumbas merecen una atención especial: las de Amenofis II (n.º 35), Tutmosis III (n.º 34), Ramsés III (n.º 11), Ramsés VI (n.º 9), Seti I (n.º 17) y Tutankamón (n.º 62).

Amenofis II, rey guerrero, atleta de notables hazañas, ocupa una tumba muy particular (n.º 35) dada su decoración. Después de recorrer un largo pasillo, pasar por encima de un pozo y cruzar salas de desnudas paredes, el visitante descubre una gran sala con seis pilares cuyas paredes son, en realidad, las páginas de un libro. Un genial miniaturista dibujó, en negro, un ejemplar oculto del «Libro de lo que se encuentra en su cámara oculta». No hay colores, sólo un constante rigor del trazo para describir las metamorfosis del sol, los genios de los Infiernos, el recorrido de la barca. En el techo, estrellas de cinco puntas de color dorado. La sala, que debe

entenderse como un libro abierto, precedía a la cámara funeraria situada más abajo. Amenofis II reposaba aún en su sarcófago cuando los excavadores llegaron hasta él. Llevaba un collar de flores y tenía en el corazón un ramo de mimosas. No olvidemos que los únicos rastros encontrados en los sarcófagos reales del Imperio Antiguo son vegetales y son una representación de la resurrección del cuerpo de luz.


Tumba de Amenofis II
Tumba de Tutmosis III
Tumba de Ramsés III
Tumba de Ramsés VI
Tumba de Seti I
Tumba de Tutankamón

Tutmosis III, gran conquistador y formidable constructor, principal Maestro de Obras de Karnak, ocupa una tumba (n.º 34) bastante colosal. En una gran sala con dos pilares se expone una lista de 740 divinidades, un verdadero diccionario de mitología repertorio perfecto para los ilustradores. Tutmosis III se muestra especialmente sensible al entorno familiar a su lado están presentes su madre, su mujer y su hija, mientras el rey es amamantado por la diosa Isis que eligió como morada un árbol sagrado, el sicomoro.

La sepultura de Ramsés III (n.º 11) recibió el nombre de «tumba de los arpistas» por la representación de dos músicos que dirigen un cántico sagrado a Atum, el creador, a Chu, el dios del aire luminoso y a Onuris, «el que ha traído a la Lejana», es decir a Hator, que se había marchado a Nubia. La tumba del último gran faraón de Egipto, a cuyo reinado siguió el declive del poderío faraónico, es una ilustración de múltiples actividades cotidianas integradas en lo sagrado. Es un proceso comparable al que nos maravilló en las mastabas, las tumbas del Imperio Antiguo. Por las representaciones plasmadas en las paredes, el faraón dispone de lo necesario para hacer vivir a Egipto y defenderlo eternamente: ofrenda de cereales que crecen gracias a la intervención del genio del Nilo, trabajo en los campos, muestra de la elaboración de platos con alimentos excelentes, gran cantidad de jarras y de muebles ofrecen comodidad, armas ligeras, como arcos y lanzas, o pesadas, como carros, para defenderse contra el enemigo, barcos navegando por el Nilo que evocan a la vez la circulación de bienes, una economía sana y el viaje del alma hacia su fuente. Naturalmente, a este cuadro se añaden los textos funerarios reales, los diálogos del rey con las divinidades y la evocación esencial del dios Osiris bajo sus doce formas, los doce genios del Zodiaco.

En la tumba de Ramsés VI (n.º 9) se expone en toda su riqueza y toda su complejidad el esoterismo egipcio del Imperio Nuevo. Los grandes libros funerarios se citan abundantemente en las paredes pero, sobre todo, el considerable número de representaciones nos

introduce de lleno en la alquimia egipcia, que se funda en el modo como el sol se regenera.

Es opinión generalizada que la tumba más hermosa del Valle de los Reyes es la de Seti I (n.º 17), que con su templo de Abydos y la sala hipóstila de Karnak ofreció a la posteridad tres de las más extraordinarias obras maestras del arte egipcio. Por lo demás, podría jurarse que los mismos pintores y dibujantes trabajaron en el templo de Abydos y en esta tumba. La planta es bastante compleja, dado su gran tamaño: una larga pendiente desemboca en la sala del pozo funerario que comunica con las aguas del Nun, el océano primordial que asegura una circulación de energía en este reino subterráneo. Podríamos creer que la tumba concluye aquí. En los muros se descubrieron textos funerarios y las distintas formas adoptadas por el sol en el curso de su regeneración. Pero en el muro del fondo hay una abertura. La primera parte de la tumba ha terminado. Se penetra en un segundo recinto, donde los temas cambian. Una nueva escalera desemboca en una gran sala con seis pilares, rodeada de pequeñas capillas. Hay dos elementos dignos de destacar en una de estas capillas: por una parte, el cielo estrellado se representa en el techo con la vaca celestial, la gran proveedora de leche cósmica; por debajo navegan las dos barcas solares, la del día y la de la noche; por otra parte, la evocación de una historia terrorífica, la de la destrucción de los hombres. Decepcionado por el comportamiento de la humanidad, Ra, dios de la luz, se había alejado de la tierra. Entró en escena la diosa-leona Sekhmet, que se aficionó a beber sangre humana. Comenzó una carnicería que habría concluido con la aniquilación de la raza humana si, con una hábil estratagema, los dioses no hubiesen ofrecido a Sekhmet una bebida excelente que tenía el color y el sabor de la sangre, una misteriosa cerveza que apaciguó el furor de la diosa. La humanidad se libró de una buena. En el muro de la primera sala con pilares puede verse una magnífica representación de la barca solar. El sol es un hombre con cabeza de carnero que lleva un sol entre sus

cuernos. Está de pie, dentro de un naos. Ante él, una serpiente sacando la lengua y coronada por un sol: es la fuerza animadora, la energía luminosa en movimiento. Alrededor del naos, el ondulante movimiento de una hermosa serpiente: Es «el protector» que pone el sol a salvo de las influencias nocivas.

Existe además una tercera parte de la tumba situada más allá del sarcófago: una larga galería que se pierde en las profundidades y no parece llevar a ninguna parte. No contiene textos ni figuras. ¿Inacabada? Tal vez. Pero tal vez también se trate de la voluntad de manifestar un camino despojado, desnudo, el mudo sendero que lleva al más allá y en el que, después de tanta ciencia y de tanta belleza, se hace el silencio.



Valle de los Reyes, tumba de Seti I. Un dios estrella sujeta la cuerda de las metamorfosis, pasada por el cuello de la momia concebida como cuerpo de resurrección.

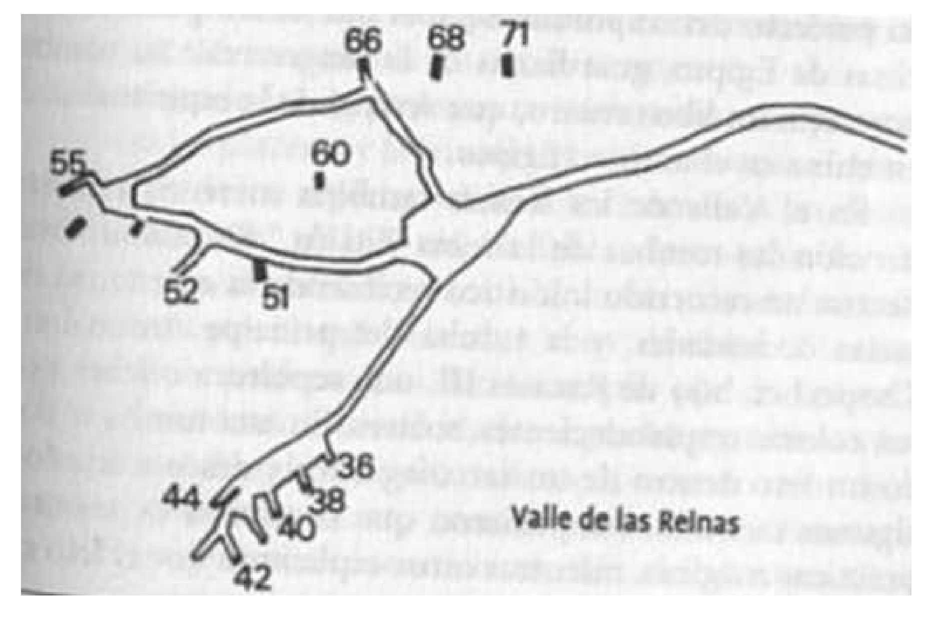
La tumba n.º 62 es la célebre sepultura de Tutankamón, faraón ilustre entre los ilustres, muerto muy joven, atrapado por la tor-

menta de los años que siguieron al final de la experiencia religiosa y política de Ajnatón. Casi nada se sabe del personaje, pero la tumba, muy modesta por sus dimensiones, tiene un valor excepcional. No había sido desvalijada por los ladrones, caso único en el Valle de los Reyes. Contenía un increíble número de objetos, desde capillas de gran tamaño a cofres de un maravilloso acabado. Se encontró la totalidad del mobiliario fúnebre, que conservado en el Museo de El Cairo, ha sido objeto de exposiciones parciales por todo el mundo, para maravilla de miles de visitantes. Vacía de sus tesoros, la tumba parece muy modesta. Los peregrinos se apretujan en ella, sorprendidos por su pequeño tamaño, pasmados de que esas minúsculas salas pudieran albergar tan considerable tesoro. Falta tiempo para contemplar la pared decorada de la sala del sarcófago donde asistimos, raro acontecimiento, a los funerales del faraón. Los «nueve amigos» del rey, el consejo de sabios, tiran del sarcófago hasta la tumba. Antes de cerrarla, Ay, el sucesor de Tutankamón, abre ritualmente la boca del rey muerto con un objeto de hierro llamado azuela. Así, la momia inanimada se convertirá en cuerpo de resurrección. El rey realiza de este modo un antiquísimo voto perteneciente a la tradición de *Los textos de las pirámides*: «¡No has partido muerto, has partido vivo!» Después de ser reconocido por su madre, el cielo, Tutankamón y su *ka*, su doble inmortal, podrán presentarse con toda confianza ante Osiris. El juicio será favorable.

¿Puede haber mayor emoción, antes de abandonar el Valle de los Reyes, que contemplar el último de los tres sarcófagos del joven rey, tendido en el ataúd abierto? Esa máscara de oro, de vividos ojos, oculta el rostro de una momia. El cuerpo de Tutankamón descansa en la morada de eternidad que se concibió para él. Oscuridad en la historia, rey efímero en su acción temporal, pero luz de la humanidad por los tesoros que le legó, Tutankamón es sin duda el más puro símbolo de este Valle de los Reyes.

El Valle de las Reinas

El «lugar de perfección» en egipcio se convirtió para los árabes en Biban el-Harim, «las puertas de las Reinas» o «el Valle de las Reinas». Es la parte más meridional de la necrópolis tebana. Allí fueron enterradas, en el Imperio Nuevo mujeres e hijas de reyes, en su mayoría pertenecientes a la dinastía ramésida. Se han catalogado más de 80 tumbas, de desigual interés. Muchas tienen la apariencia de simples grutas, sepulturas excavadas en la roca, en la tierra-madre. Algunas, no obstante, están decoradas.



La obra maestra del Valle de las Reinas es la tumba de la reina Nefertari, gran esposa real de Ramsés II, una de las mujeres más influyentes de la historia egipcia. Su marido le ofreció dos suntuosos regalos: el «templo pequeño» de Abu Simbel, del que hablaremos al finalizar nuestro viaje, y esta tumba de sublimes relieves en los que se relatan, con detalle, los episodios de la iniciación a los misterios de una mujer.

Grave problema: la tumba de Nefertari (n.º 66) está cerrada por tiempo indeterminado. Se temía por la conservación de sus pintu-

ras y se han emprendido trabajos que debieran desembocar en una restauración completa. Durante la exposición de obras de la época de Ramsés II, muchos visitantes pudieron contemplar fotografías de las escenas principales. Citemos entre ellas la de Nefertari jugando al ajedrez con el invisible; ofreciendo a Osiris el símbolo de Maat, la Armonía universal; dialogando con Khepri, el hombre de cabeza de escarabeo, imagen de la evolución espiritual; presentando tejidos que ella misma ha fabricado para Ptah, dios de los artesanos; mostrando a Thot, dios de los escribas, un escritorio que demuestra su grado de Conocimiento; nombrando a los guardianes de las puertas del más allá; venerando a Osiris que la acoge en el imperio de los transfigurados. Vestida con una larga túnica blanca, portando coronas de oro, Nefertari es el ejemplo perfecto del importante papel que desempeñaron las reinas de Egipto, guardianas de la sangre real. Su tumba merecería un libro entero, que sería el de la espiritualidad femenina en el antiguo Egipto.

En el Valle de las Reinas también merecen nuestra atención las tumbas de la reina Titi (n.º 52), donde ésta efectúa un recorrido iniciático recibiendo la enseñanza de varias divinidades, y la tumba del príncipe Amón-her-Khopechef, hijo de Ramsés III, una sepultura célebre por sus colores resplandecientes, solares. En esta tumba se halló un feto dentro de un sarcófago. Muy desconcertados, algunos científicos supusieron que se trataba de oscuras prácticas mágicas, mientras otros explicaron que el feto en cuestión era el de un simio.

Los Valles de los Nobles

Los reyes, las reinas, los nobles: tres elementos que forman un conjunto coherente. Los nobles forman la corte de los reyes y las reinas. Existen varios Valles de los Nobles, si se considera que el término abarca las tumbas llamadas privadas, es decir no reales.

Cuando sabemos que éstas son varios centenares y que cada una de ellas, en la medida en que su decoración se haya conservado suficientemente, posee una indiscutible originalidad, podemos comprender que su estudio ofrezca un campo de interés casi inagotable.

Las tumbas tebanas son para el Imperio Nuevo lo que las mastabas fueron para el Imperio Antiguo. Aquí se descubre la vida cotidiana, los días y las fiestas de la brillante sociedad tebana, el universo del trabajo, pero también la quietud de una vida más allá de la muerte. Serenos, hermosos, eternamente jóvenes, iluminados por una luz interior, son seres que ocupan para siempre los muros de su morada de eternidad. Cómo no pensar en el magnífico texto donde el sabio evoca así su próximo final: «La muerte aparece hoy ante mis ojos como un perfume de incienso, como la calma tras la tempestad, como el regreso al país tras un largo viaje, como la salud para el enfermo, como la protección de una tienda un día de tormenta…».

A menudo los egiptólogos consideraron esa época como la de los placeres y la frivolidad, alegando que el famoso «Canto de los arpistas» daba a los humanos un desengañado consejo: «Hacer un día feliz», aprovechar la vida como venga, sin preocuparse de lo demás. Sin embargo, la expresión egipcia significa algo muy distinto: «Realizar una jornada perfecta», es decir cumplir por completo la propia función en las actividades sagradas y profanas, hacer el día «feliz», luminoso, radiante. Los textos nos recomiendan «seguir nuestro corazón mientras vivamos»; el «corazón» equivalía a la conciencia. Así, el día en que abordemos las riberas del más allá, nada tendremos que temer.

Los episodios del ritual de los funerales se evocan en distintas tumbas, en cierto modo como las páginas dispersas de un libro que nosotros debemos reconstruir. La momia llevaba a cabo un difícil viaje, desde la casa del muerto hasta los paraísos del más allá. Primero tenía que cruzar el Nilo en barca, pasar de la orilla

este a la orilla oeste, de la luz del amanecer a la del poniente. La diosa del Occidente acogía el alma del difunto o la difunta. En la momia se practicaba el rito de la apertura de la boca y de los ojos. Era por tanto un ser vivo el que iba a presentarse ante el tribunal de los dioses mientras el cuerpo, momificado, bajaba a la oscuridad de la tumba. Provisto de las fórmulas mágicas del *Libro de salir a la luz*, el muerto afirmará no haber cometido crimen, injusticia ni robo, no haberse mostrado codicioso (entre otras faltas graves); pedirá al «corazón de su madre», es decir al escarabeo de la evolución espiritual que sustituye su corazón de carne, que no atestigüe contra él ante el Señor de la balanza, Osiris, y sus cuarenta y dos jueces. Si la acción del difunto se considera adecuada a la regla de Maat, la Armonía universal, el dios Thot reconoce como positivo el juicio de la balanza. El alma escapa entonces del más terrible de los castigos, la segunda muerte. La primera, la muerte física, nada tiene de terrorífico. Es un proceso biológico normal. La segunda muerte, en cambio, no se refiere al cuerpo físico. Es la aniquilación del ser que no ha seguido el camino justo, que ha desdeñado las palabras de los dioses. El nombre es destruido. La individualidad es el alimento de un monstruo compuesto, formado por partes de león, de cocodrilo y de hipopótamo, «la devoradora».

Sin duda quienes dispusieron de una tumba simbólicamente decorada fueron iniciados, reconocidos como tales por el faraón, y justos reconocidos como tales por Osiris. Su *ba*, el alma pájaro con cabeza humana, se dirigía hacia el sol para alimentarse de luz. El nuevo cuerpo del ser, eternamente joven, entraba en los paraísos, acompañado por los *ushebtis*, figurillas cuyo nombre egipcio significa «los que responden» y cuya función consistía en realizar los trabajos penosos; en el más allá el trabajo continúa, aunque sin molestias, sin tedio y sin fatiga.

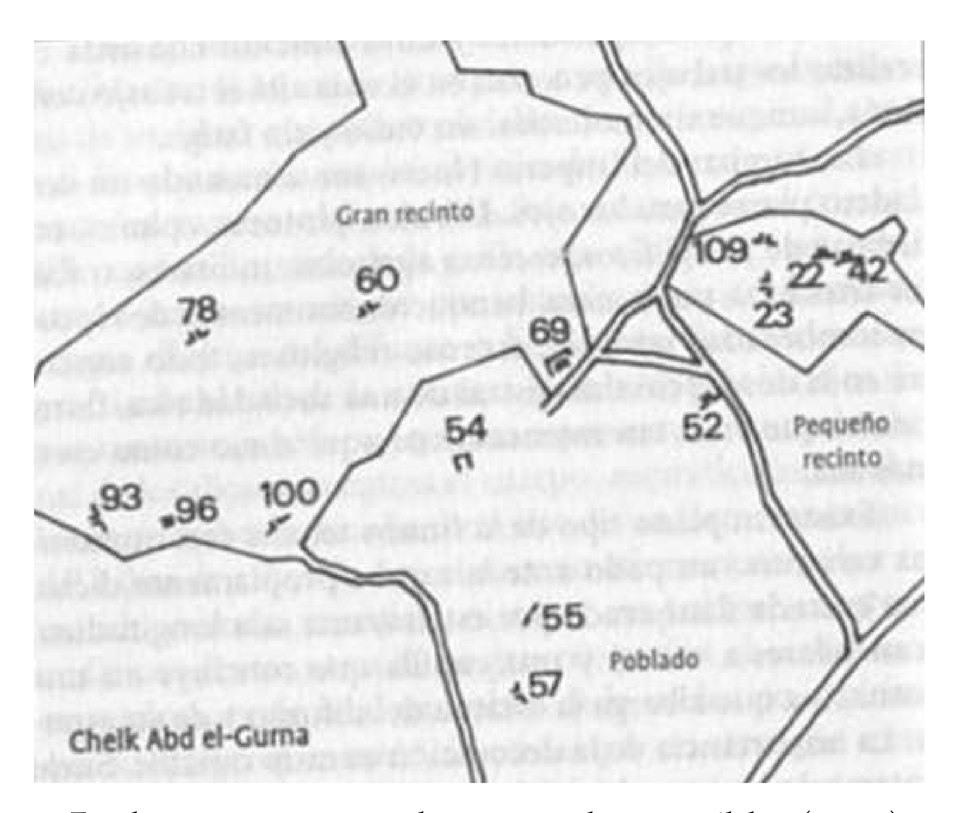
Las tumbas del Imperio Nuevo son a menudo un verdadero placer para los ojos. Dibujos, pinturas, colores, columnas de jeroglíficos, escenas agrícolas, militares, trabajos artesanos, pesca, caza,

banquetes, momentos de reposo en sombreados jardines, escenas religiosas, todo concurre en la descripción magistral de una sociedad rica, floreciente, que vivía tan intensamente aquí abajo como en el más allá.

Existe un plano tipo de la tumba tebana con numerosas variantes: un patio ante la tumba propiamente dicha, una entrada flanqueada por estelas, una sala longitudinal (con pilares a veces) y una capilla que concluye en una hornacina que alberga la estatua del difunto y de su esposa. La importancia de la decoración es muy variable. Suele tratarse de pintura al temple que utiliza los colores fundamentales.

¿Cómo realizar una elección, forzosamente arbitraria y limitada, en semejante profusión de moradas de eternidad? Su disposición geográfica implica varios itinerarios que dependen del tiempo que pueda destinarse a la Tebas funeraria. No queremos incluir aquí una enumeración exhaustiva.[20] Limitémonos a ofrecer algunas indicaciones, simples puntos de orientación hacia numerosos descubrimientos.

La más vasta de las necrópolis «privadas» es la de Cheik Abd el-Gurna, situada en una colina, detrás del Ramesseum. Está dividida en tres sectores: el ««pequeño recinto», el «gran recinto» y «el poblado». Las manchas oscuras que destacan contra la masa clara de la colina son las entradas de las tumbas. Proporcionan una pálida imagen de lo que era la antigua realidad. Delante de la puerta, dominada por un piramidión, simbólico recuerdo de una forma muy antigua, un pequeño jardín, con árboles a veces, proporcionaba una nota acogedora y verde.



En el «pequeño recinto», hay una tumba muy célebre (n.º 52) a causa de su estado de conservación, de la belleza y el frescor de sus pinturas, la de Nakht. No es una sepultura de gran tamaño. Nakht era escriba y astrónomo de Amón. Un científico iniciado en los misterios del templo. El destino escogió su morada de eternidad para ser la representante-tipo de la necrópolis tebana. Nakht desempeña aquí su papel de terrateniente, tanto en Tebas como en el Delta. Comprueba la buena marcha de sus explotaciones agrícolas, asegurándose de que el arado, la siembra, la siega, la cosecha y la recolección del lino se realicen correctamente. En la mayoría de sus actividades le acompaña su esposa. Nakht caza y pesca en una zona acuática donde la espesura de papiro alberga abundantes presas. Nakht y sus íntimos celebran luego un alegre banquete, varias de cuyas figuras se han hecho justamente celebres, como el arpista ciego que canta la felicidad del instante plenamente vivido, las tres jóvenes tañedoras desnudas o el gato que, escondido bajo

la silla de su dueño, mordisquea un pescado. No nos engañemos, sin embargo, esas escenas burbujeantes de vida, muy coloreadas, nada tienen de profano. Las sacraliza la presencia de la diosa del sicomoro, prefiguración de la Virgen María que hallará refugio en un árbol semejante durante el viaje a Egipto de la Sagrada Familia.

En este «recinto pequeño» visitaremos a Min (tumba n.º 109), que desempeñaba una alta función administrativa como prefecto de This, y una alta función religiosa como supervisor de los sacerdotes del dios Onuris. Min tenía entrada en el palacio real y fue incluso preceptor del faraón Amenofis II, al que tiene en sus rodillas. El rey aprende a disparar el arco, disciplina en la que se revela especialmente brillante. En la tumba n.º 23, la de Thoy, veremos una distribución de collares de oro y la descripción del despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores, colocado bajo la dirección del Señor del lugar. La tumba n.º 38 pertenece a Djeserkareseneb («Sagrada es la potencia de la Luz en su integridad»), contable de los graneros de Amón. Ofrece una de las más encantadoras escenas de banquete, con la presencia de músicos y cantores, así como una representación de la diosa-serpiente Kenenutet, protectora de las cosechas. La tumba de Uah (n.º 22), en la que se ofrecían los banquetes durante el reinado de Tutmosis III, es un colorido himno a las más hermosas fiestas que organizó. Por lo que se refiere a Amenmosis (n.º 42), militar de alto rango, nos recuerda que la paz que reinaba en Tebas se debía a los ejércitos del faraón que supieron repeler y controlar la amenaza asiática. Con predominio del rojo, el color de la fuerza, asistimos a la toma de una fortaleza siria y a la entrega de tributos del país conquistado al faraón.

En el «gran recinto», hallamos dos obras maestras esenciales: la tumba de Menna (n.º 69) y la de Rekhmire (n.º 100). Menna desempeñaba la función de escriba de los campos; era responsable del control de los límites de cada parcela de tierra y de verificar los mojones que solían desplazarse durante la inundación. Alto responsable del catastro, dirigía a muchos escribas que inspeccio-

naban el terreno. La tumba se compone de una sala y una capilla. En el ala izquierda de la primera, los subordinados de Menna trabajan bajo la dirección de su jefe. Contabilizan los granos y realizan cálculos de agrimensura. Identificados, unos defraudadores son apaleados. Muy meticulosa, puntillosa incluso, la antigua Administración egipcia descansaba sobre el afán de exactitud y justicia. Todo era pesado, comprobado, registrado. Algunos, sin embargo, conseguían darse la buena vida, como un campesino que bajo un árbol se entrega, a las delicias de la siesta. Conmovedora es la figura de una madre que lleva a su bebé en bandolera y procura protegerlo bajo la sombra de un árbol mientras se lleva a cabo la recolección del lino. La actividad profesional de Menna concluye con un banquete; en el que recibo ofrendas y admira a sus hijas, suntuosamente vestidas a la última moda de la corte. Ellas se acercan a él formando una encantadora procesión y manejando un instrumento de música mágico, el sistro, cuyas vibraciones alejan los malos espíritus. El ala derecha de esta primera sala está consagrada a la continuación del banquete, a la familia de Menna reunida, con ramilletes alrededor del cuello, y a la representación de grandes divinidades como Osiris, Ra o Hator. Forman una comunidad con los humanos, abolen las fronteras entre los mundos. En las paredes de la capilla, las escenas de caza y pesca deben interpretarse desde una perspectiva sacra. Menna y los miembros de su familia pacifican estos silvestres paisajes, pescan el alma, cazan el espíritu. Menna justifica así su condición de iniciado en los misterios, capaz de emprender el viaje en barco hasta la ciudad santa de Abydos, el dominio de Osiris. Menna, tras la procesión de los funerales, se encontrará con ese dios mientras pesan el alma.

Rekhmire, «El que conoce como la luz», ocupa la tumba n.º 100. Fue un personaje notable, visir del Alto Egipto y gobernador de Tebas en tiempos de Amenofis III. Su tumba es amplia y, aunque degradada en algunos lugares, ofrece numerosas escenas de excepcional calidad, tanto por el color como por el dibujo. El lu-

minoso arte del Imperio Nuevo se halla aquí en su apogeo. En el vestíbulo, además de las actividades agrícolas, la caza y la pesca, se evoca la audiencia que el visir concede a sus subordinados. Este acto cotidiano es fundamental para el buen funcionamiento de la Administración. Un texto admirable explica las funciones del visir, verdadero primer ministro y ministro de Justicia, que es ante todo sacerdote de Maat, la Armonía universal. Debe ser justo y evitar la corrupción, pero también una severidad excesiva. Es condenable el visir que perjudicaba sistemáticamente a sus íntimos y a los miembros de su familia por temor a ser acusado de favoritismo.

Una de las escenas más célebres de la tumba es la delegación de embajadores de países extranjeros que van a presentar sus tributos al gobernador de Tebas, quien los recibe en nombre del faraón. Los puntitas proceden de la costa de los somalíes, donde se sitúa el maravilloso país de Punt, adonde los egipcios acudían en busca de árboles de incienso y otros productos, como ébano, marfil y pieles de felino. Los cretenses, de rizados cabellos y largas trenzas, traían productos de su artesanía, jarras y copas. Los nubios de piel negra, vestidos con un simple taparrabos, ofrecen anillos de oro, marfil, ébano y traen una jirafa y un jaguar, entre otros animales. Los sirios, caracterizados por un corto vestido, llevan un oso y un elefante y ofrecen armas, productos artesanales y ánforas. Los escribas, claro está, no se olvidan de registrar y contabilizar estas aportaciones que tienen valor de impuesto.

La capilla está consagrada a dos temas esenciales: las actividades que controla Rekhmire para el buen funcionamiento del templo de Amón y la feliz vida de un justo. En su condición de director de múltiples obras, a Rekhmire se le representa como un personaje inmenso respecto a los obreros que trabajan para la gloria de Karnak. Es el dueño, el que regenta los oficios cuyos secretos conoce. Es también responsable del bienestar de esos hombres. En este terreno, nada ha cambiado desde el tiempo de las pirámides. Rekhmire procura que los artesanos sean correctamente pagados,

alimentados y alojados. Su tumba ofrece valiosas enseñanzas para el conocimiento de los principales oficios: escultores, albañiles, carpinteros, orfebres, curtidores, ladrilleros… Un taller gigantesco trabaja delante de nuestros ojos.

Puesto que ejerció plenamente sus responsabilidades, el visir Rekhmire es autorizado a dirigirse a la residencia real. Viaja en barco. Llegado a su objetivo, recibe collares de oro, una de las más altas distinciones concedidas por el faraón. Cuando llegue la hora de su muerte, de los funerales, todo será para Rekhmire el justo un eterno banquete, que disfrutará en compañía de su familia, de sus íntimos y de sus amigos.

En el «gran recinto» descansan otros muchos personajes de alto rango. Horemheb (n.º 78) era escriba de los reclutas así que velaba por la calidad de los futuros militares de quienes dependía la seguridad del territorio. Las pinturas, a pesar de numerosas restauraciones, son célebres por su estilo particular, compuesto de grandes pinceladas y un trazo algo empastado. Entre las múltiples escenas, las más características son las del reclutamiento de infantes y jinetes. Kenamón (n.º 93) era intendente en jefe de Amenofis II; su morada de eternidad se benefició del genio de un pintor que era también un animalista con un trazo de inigualable finura. La escena más importante es la de la ceremonia del Año Nuevo, durante la cual se entregaban numerosos regalos al faraón, desde collares a carros de gala. Sennefer (n.º 96) fue alcalde de Tebas bajo el reinado de Amenofis III. Ocupa una gran morada de eternidad, llamada tumba de las Viñas por el techo que imita una parra y evoca el tema de la embriaguez mística que se apodera del alma al reconocer la presencia divina. Está escrito que el difunto y su esposa vean el sol de cada día, participando en el eterno ciclo del dios Ra. Se ilustran varios párrafos importantes del *libro de los muertos*. Joya de ese «gran recinto», la tumba de Antefoker (n.º 60) es importante por su tamaño, su fecha —es la única tumba de la XII dinastía—, y por la fama de su propietario, que era visir y gobernador de Tebas.

Esta tumba contiene numerosas escenas rituales, como la peregrinación del alma hacia Abydos, danzas rituales muy arcaicas y la rara representación del episodio del paso del iniciado por una «piel de resurrección» transportada en una narria.

En la zona llamada «del poblado» hay dos admirables tumbas esculpidas: la de Khaemhat llamado Mahu (n.º 57) y la de Ramosis (n.º 55). Khaemhat era inspector de los graneros del Alto Egipto y del Bajo Egipto durante el reinado de Amenofis III. De él dependían las reservas alimenticias, vitales para el equilibrio económico de la nación. Reinaba sobre un sector clave, pues sus atribuciones consistían también en verificar la entrada de cereales y supervisar el nivel de producción en todo el país. Este personaje, según explican los relieves de su tumba, fue un ministro de economía especialmente apreciado en la corte. Él es quien presenta las cuentas a Amenofis III, mientras unos boyeros traen el ganado. Todo es aquí opulencia, riqueza, serenidad. Amenofis III es también el que entrega collares de oro a Khaemhat, como recompensa por sus buenos y leales servicios, en presencia de numerosas personalidades. Como casi siempre en Egipto, un poderoso de este mundo no realiza sólo actividades profanas. Khaemhat es también un iniciado y su tumba contiene numerosas escenas raras o esenciales, como la adoración del sol, algunos ritos osiríacos, la descripción de los campos de los paraísos, la peregrinación del alma a Abydos, el sacrificio purificador practicado por el propio difunto (con el agua y con el fuego).

Encontramos un detalle sorprendente: un ramillete de llores sobre un simio, símbolo de la vida en su esencia sutil. La capilla está ocupada por seis estatuas que representan al difunto y a su familia. Han sido ahumadas, de modo que los aspectos eternos del ser sean divinizados y asciendan al cielo.

Ramosis es un personaje apasionante por más de un motivo. Visir y gobernador de Tebas, realizaba esas importantes funciones en una época difícil: el inicio del reinado de Ajnatón, cuando el

«hereje» se llamaba todavía Amenofis IV. Una parte de la tumba de Ramosis (n.º 55) es de estilo «clásico»; la otra, en cambio, está tratada en estilo «amárnico», tan característico que se reconoce a primera vista (deformación de los cuerpos, alargamiento de los cráneos, vientres prominentes, movimientos flexibles y ondulantes, etc.). La sepultura de Ramosis se concibió como un verdadero y pequeño templo, con dos salas de columnas, una capilla y un panteón al que se accede por un pasillo que sale de la primera sala. No todo está decorado; de ahí la hipótesis de que la tumba quedó inconclusa porque Ramosis, fiel servidor del faraón, se marchó a Amaina con Ajnatón. Pero no se han encontrado en Amarna rastros de una tumba de Ramosis.

Todas las escenas son admirables, apasionantes tanto por su estilo como por sus temas. Lo más sorprendente son las dos representaciones de Amenofis IV-Ajnatón, «clásica» una, «amárnica» la otra. En el primer caso, Ramosis ofrece ramos de flores a Amenofis IV, sentado bajo un dosel en compañía de la diosa del orden cósmico, Maat, a la que pocas veces se representa en tales circunstancias. El faraón, que en nada se distingue de las figuraciones reales tradicionales, afirma así su rectitud. Pero en la misma pared, algo más lejos, surge el asombro: Ajnatón (el rey ha cambiado de nombre, convirtiéndose en adorador de Atón, el disco solar, y ya no de Amón) y su bella esposa. Nefertiti, se asoman a la ventana de su palacio permitiendo que los bañe la luz regeneradora del dios solar. Ramosis rinde homenaje a la pareja real que va a condecorarle. El visir goza, por lo demás, de una gran popularidad. Es felicitado por algunos notables, algunos embajadores extranjeros, recibe ramilletes. En este día festivo, es el hombre más importante del reino después del faraón, que cuenta con el gobernador de Tebas para que le asegure la fidelidad de la poderosa ciudad. Toda la escena, de gran viveza, es de estilo «amárnico», con un cambio en los criterios artísticos tradicionales, una «rúbrica» Ajnatón que insiste en la deformación de los cuerpos con respecto al canon tradi-

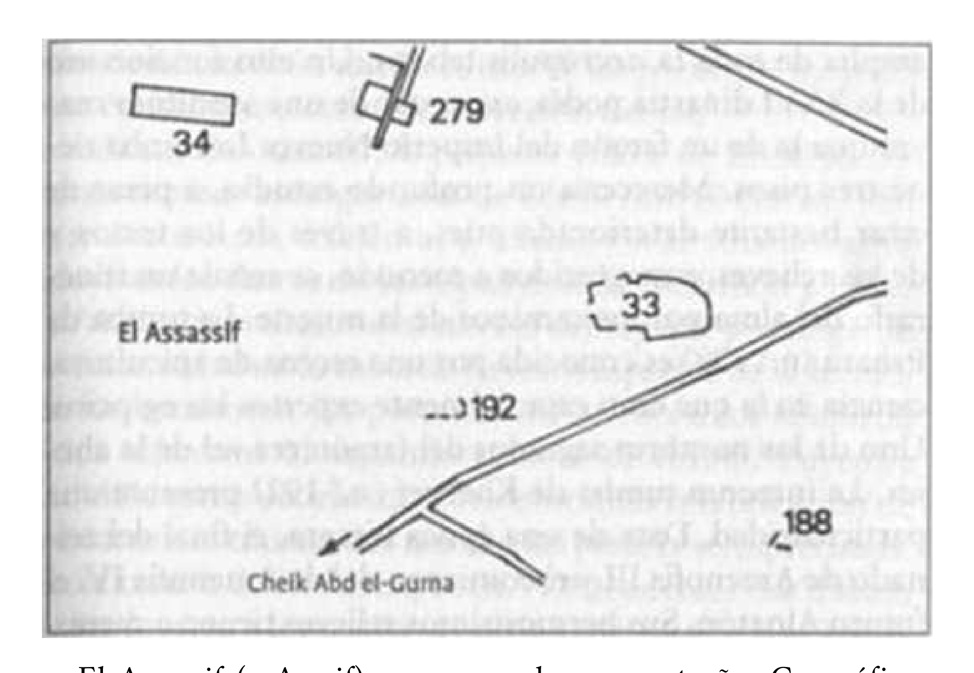
cional. La tumba de Ramosis es un valioso testimonio de los inicios de la experiencia religiosa de Ajnatón, que no se desarrolló en medio de ningún drama sino en la paz civil.

Dos tumbas más del poblado, por lo menos, merecen que las citemos. La de Userhat (n.º 56), célebre por la belleza de sus pinturas y el empleo de un raro tono rosado que confiere una gran delicadeza a escenas que parecen esbozadas, casi irreales a pesar de su precisión. El rey Amenofis II está presente en esta tumba, donde se desarrollan escenas de ofrendas, episodios de la vida en el campo, una soberbia cacería en el desierto, etc. Unos ascetas cristianos destruyeron las figuras de mujeres presentes en un banquete, sin duda turbados por su mágica belleza inalterable. La tumba de Nedjemger (n.º 138) se caracteriza por la representación de un suntuoso jardín trazado detrás del Ramesseum. Puede verse el sistema de irrigación que forjó la riqueza de la agricultura egipcia, llenándolo de árboles y de verdor. Era agradable vivir aquí, gracias a la habilidad de Nedjemger, inspector de los jardines del templo funerario de Ramsés II. Ese gran artista, paisajista inventivo, es recompensado como merece, por una diosa-árbol que le ofrece un alimento eterno.

Cuatro parajes más de la inmensa necrópolis tebana, Dira'Abu el-Naga, el Assassif, Khokhah, Gurnet-Murrai, albergan notables tumbas, pero su visita resulta a veces de difícil acceso y exige una estancia bastante larga en Luxor, para tener tiempo de hacer múltiples descubrimientos. Se topará, claro está, con distintos contratiempos y con tumbas cerradas. Lo esencial es poder contar con un buen guía que conozca el emplazamiento de las sepulturas. Menos visitadas, menos conocidas, esas tumbas contienen muchas riquezas artísticas.

En la colina de Dira'Abu el-Naga (o Drah Abú el Naggah, zona norte de la necrópolis tebana), donde se excavaron tumbas de la XVIII y XIX dinastías, visitaremos al sumiller Taty (n.º 154). En su sepultura se revelan ciertas leyes del dibujo egipcio, como el pro-

cedimiento de la «cuadrícula» que permite calcular la proporción rigurosa de las figuras. Nehemauy era orfebre y escultor. Su tumba (n.º 165) completa la interior, pues muestra cómo se corregían los dibujantes, cómo plasmaban de un solo trazo las figuras más complejas, cómo calculaban la degradación de colores. En la de Nebamón (n. 17), médico de la corte real, asistimos a una consulta: unos sirios enfermos requieren de los conocimientos del facultativo egipcio. Dhuty (n.º 11) era a la vez Maestro de Obras y alto funcionario en el Ministerio de Hacienda. Era además un iniciado en los misterios de los jeroglíficos, pues su tumba contiene numerosas inscripciones esotéricas, grabadas con signos magníficos, que evocan campañas de construcción en los grandes templos tebanos. Panehsy (n.º 16) es un dignatario religioso que vivió en tiempos de Ramsés II. Vemos escenas raras como la procesión del cuenco sagrado de Amón, fuente de sabiduría que encontrará un lejano eco en el misterioso cáliz del Grial, tan caro a la caballería occidental: las almas-pájaro de los muertos junto a Nut, la diosa-cielo, encarnada en un sicomoro; dos valiosas representaciones del templo de Karnak, pues los dibujantes no solían inspirarse en los inmensos edificios que tenían cotidianamente ante sus ojos. En la de Amenmosis (n.º 19), dignatario religioso también, dos escenas excepcionales: una procesión en la que unos sacerdotes llevan en palanquí, la estatua del rey Amenofis I, el fundador del Valle de los Reyes, y la detallada representación de la gran barca de Amón, «estrella» de las inmensas fiestas que permitían al pueblo contemplar la salida del dios de su templo.

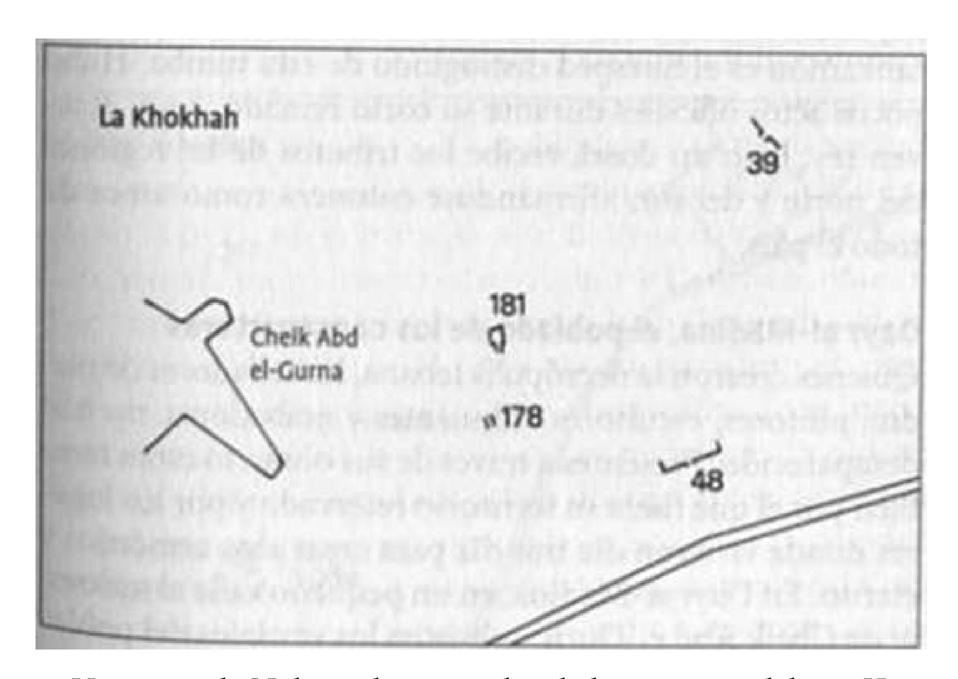


El Assassif (o Asasif) es un mundo muy extraño. Geográficamente, es una llanura entre las colinas de Drah Abú el Neggah y de Cheik Abd el-Gurna. Los grandes de la XXV y XXVI dinastías eligieron este lugar para excavar tumbas, inmensas a menudo, con grandes patios y salas de columnas. El tamaño de las sepulturas, muchas de las cuales son poco o nada accesibles, llenas de murciélagos, es especialmente impresionante. Los arquitectos, buscando el gigantismo, edificaron palacios subterráneos en forma de laberinto. El Assassif, en la necrópolis tebana, ocupa un lugar aparte. Muchas «visitas» exigen una buena condición física, material de iluminación y alma de explorador. Montuemhat, profeta de Amón y «príncipe de la ciudad» (Tebas), ocupa la gigantesca tumba n.º 34. Este importante personaje fue un agudo diplomático en una época difícil. Se hizo construir una morada de eternidad que comprendía dos grandes patios, un considerable número de capillas y una serie de escaleras que se hundían profundamente bajo tierra. Pedamenopet, especialista de los rituales, dio un paso más en el gigantismo. Su tumba (n.º 33) es la más amplia de toda la necrópolis tebana. Un alto funcionario de la XXVI dinastía podía, así, gozar

de una sepultura mayor que la de un faraón del Imperio Nuevo. La tumba tiene tres pisos. Merecería un profundo estudio, a pesar de estar bastante deteriorada pues, a través de los textos y de los relieves, ennegrecidos a menudo, se señala un itinerario del alma por los caminos de la muerte. La tumba de Pabasa (n.º 279) es conocida por una escena de apicultura, ciencia en la que eran especialmente expertos los egipcios. Uno de los nombres sagrados del faraón era «el de la abeja». La inmensa tumba de Kheruef (n.º 192) presenta una particularidad. Data de una época bisagra, el final del reinado de Amenofis III y el comienzo del de Amenofis IV, el futuro Ajnatón. Sus hermosísimos relieves tienen a menudo un significado esotérico, como la escena donde una extraordinaria tríada, formada por el faraón, la reina Tyi y la diosa Hator se encuentra bajo un baldaquino, en el más allá, apreciando las ofrendas depositadas ante ellos. Hay muchas danzas en esta tumba: adoptan formas acrobáticas que pueden llegar hasta el trance; escenas de lucha también, combates a bastón, una forma de juegos rituales análogos a las artes marciales. Kheruef, por su función de intendente de la corte, ofrece collares y copas a la pareja real. El punto culminante de la tumba es un rito fundamental de la religión egipcia: el emplazamiento del pilar *djed,* cuyo nombre significa «estabilidad». Es el eje del mundo sin el cual nada podría mantenerse en pie, la columna vertebral de la vida a cuyo alrededor se organiza todo. Pero el pilar ha caído al suelo. Es indispensable levantarlo. El faraón en persona dirige el ritual y levanta el pilar para ponerlo en su lugar. Ese pilar es un ser vivo. Lleva el tocado del dios Amón, se identifica con Osiris y tiene los ojos abiertos. Al restablecer el pilar en su posición vertical, el faraón inaugura de nuevo el reinado de la sabiduría. La tumba de Pa-rennefer (n.º 188), es ciertamente, pequeña, en comparación a los enormes panteones de las XXV y XXVI dinastías, pero su propietario fue el intendente «con las manos puras» de Ajnatón. Su tumba es una de las pocas que datan de esta época, con escenas de adoración del sol.

Al sur del Assassif, la pequeña colina de Khokhah alberga tumbas análogas a las de Cheik Abd el-Gurna. Numerosas escenas referentes a oficios y a la vida artesanal adornan los muros de las sepulturas de Nebamón e Ipukv (n.º 181), dos maestros escultores del rey que prolongaron su fraternidad en la muerte. Revelan aspectos de la técnica de los escultores, los pintores, los orfebres, los ebanistas y los alfareros. El segundo profeta de Amón, Puyemre (n.º 39), completa esos cuadros evocando la fabricación de los carros, el trabajo del metal y las piedras semipreciosas. En la tumba de Neferrenpet (n.º 178), además del trabajo de los joyeros y los orfebres puede verse una de las escenas más conmovedoras de la necrópolis: dos pájaros con cabeza humana beben un poco de agua en el estanque de un jardín paradisíaco. Se trata del difunto y de su esposa cuya alma emprenderá libremente el vuelo hacia el sol.

La colina de Gurnet Murrai (o Kurnat Marei), frente al emplazamiento de Dayr al-Madina, contiene varias pequeñas tumbas pintadas. La de Amenemonet, que llevaba el hermoso título de «padre divino» (n.º 277), es una síntesis de raras escenas religiosas y episodios rituales poco conocidos, como el conmovedor momento en que se desciende la momia, soporte del cuerpo de resurrección, al panteón funerario. Una extraña procesión de sacerdotes, cargados con estatuas de madera de Amenofis III y de su esposa Tyi, se dirige hacia un lago sagrado. Sabemos que la reina se hizo excavar en un tiempo récord un gran estanque para disfrutar en él de los placeres de la navegación. Esta vez será el paseo de las estatuas vivientes por el lago, como si la pareja real reviviera eternamente los momentos más agradables.

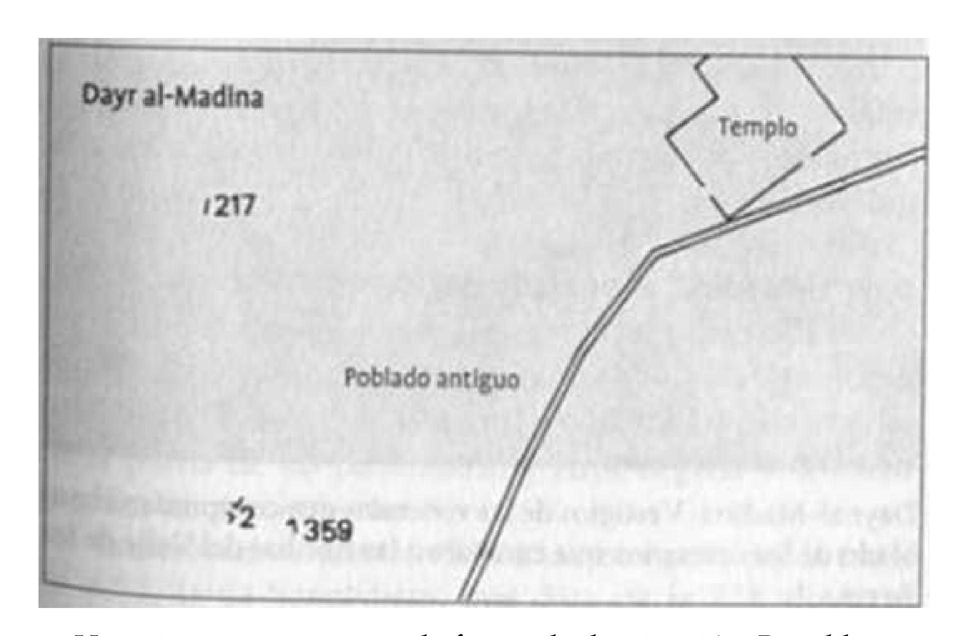


Un virrey de Nubia, administrador de las regiones del sur, Huy, desempeñó su función durante los reinados de Ajnatón y Tutankamón. Según las escenas de su tumba (n.º 40), Nubia permaneció tranquila durante este agitado período. Las embarcaciones comerciales seguían remontando y bajando por el Nilo. Los productos preciosos procedentes de Nubia se encaminaban aún hacia Egipto. Huy, a cuyo nombramiento como virrey de Nubia asistimos, durante una ceremonia en la que recibe el sello que simbolizaba su función, celebra un sacrificio en homenaje a los dioses. Administrador escrupuloso, supervisa atentamente el pesaje del oro debidamente contabilizado. El faraón Tutankamón es el huésped distinguido de esta tumba. Hubo pocos actos oficiales durante su corto reinado; aquí, el joven rey, bajo un dosel, recibe los tributos de las regiones del norte y del sur, afirmándose entonces como señor de todo el país.

Dayr al-Madina, el poblado de los constructores

Quienes crearon la necrópolis tebana, los talladores de piedra, pintores, escultores, dibujantes y grabadores, no han desaparecido. Presentes a través de sus obras, lo están también por el que fuera su territorio reservado y por los lugares donde vivieron día tras día para crear algo armónico y eterno. En Dayr al-Madina, en un pequeño valle al sudoeste de Cheik Abd el-Gurn, subsisten los vestigios del poblado de los constructores, un templo tardío y algunas tumbas. En la XVIII dinastía, «lejos de los ojos y de los oídos», se instaló en el paraje una comunidad iniciática de operarios. Se han encontrado parte de sus archivos, constituidos por papiros y textos grabados en fragmentos de piedra caliza, los ostraka. Estos hombres formaban una comunidad que dependía directamente del faraón y de su primer ministro. Tenían su propia regla de vida, reglamentos internos, un tribunal y una escuela. Nadie podía entrar en la obra si no formaba parte de la cofradía, organizada de acuerdo con tres grados principales: aprendiz, compañero y maestro. El espíritu de independencia y el sentido de la responsabilidad era muy fuerte entre esos hombres; no vacilaban en protestar ante el visir si las condiciones materiales de su existencia y su trabajo resultaban insuficientes. Obtuvieron siempre satisfacción.

Los vestigios de las casas son modestos, pero deben apreciarse en función de un país cálido donde se vive mucho en el exterior. No faltan los sótanos ni las terrazas, donde era agradable dormir. La organización del trabajo, como siempre en Egipto, era notable. A los que se retrasaban o fingían estar enfermos, se les identificaba rápidamente y eran objeto de sanciones. Varios gremios, con una técnica ya muy experimentada, trabajaban juntos en una misma tumba, reduciendo al mínimo la duración de los trabajos. Nunca hubo un gran número de especialistas en Dayr al-Madina, como máximo 120, a veces muchos menos.



Un enigma entre otros es la forma de iluminación. Para librarse del problema, los arqueólogos hablan de juegos de espejos (ineficaces en las tumbas profundas) y de candiles de aceite. Pero en los panteones que exigen una iluminación importante para el trazado de las figuras y los jeroglíficos no hay restos de hollín en el techo. Sin llegar a afirmar que los egipcios descubrieron cómo utilizar la electricidad, hay que admitir que ignoramos este aspecto de su ciencia.

Dayr al-Madina llevaba un nombre sorprendente: «el lugar de Maat», es decir el lugar privilegiado donde reinaba la Armonía universal. Esta armonía reside donde viven los creadores. Y los artesanos llevaban un título significativo: «Servidores en el lugar de la Armonía universal». Servir, en el antiguo Egipto es la clave de la sabiduría, el faraón, el hombre más poderoso de la tierra, lleva el nombre de «Servidor», pues es el primero en servir a los dioses y a su pueblo.



Dayr al-Madina. Vestigios de las viviendas que componían el poblado de los artesanos que excavaron las tumbas del Valle de los Reyes.

Con cierta emoción descubriremos, algunas de las tumbas de estos artesanos, dominadas antaño por una pequeña pirámide que las unta a la más antigua tradición. No hay grandes obras maestras, los temas se repiten, los textos funerarios también, tomados de los grandes libros que guiaban al resucitado por las rutas del otro mundo. Aquellos hombres crearon más belleza para los demás que para si mismos. El escultor Ipuy (n.º 217), que vivió durante el reinado de Ramsés II, es un huésped de calidad cuya morada es marco de una desbordante actividad: lavanderos, tintoreros, vendedores en el mercado, escenas agrícolas y, sobre todo, el taller del escultor donde se fabrican estatuas funerarias, sarcófagos, muebles para la tumba. El oficio no siempre era fácil: un carpintero se ha lastimado un hombro, otro ha recibido polvillo de madera en un ojo. Por fortuna, el médico de la comunidad interviene con eficacia. En la tumba de Khabeknet (n.º 2), la mayoría de

cuyas escenas fueron desmontadas y llevadas al Museo de Berlín, se ve a Anubis embalsamando un enorme pescado. Imagen sorprendente cuando sabemos que el sexo de Osiris fue devorado por un pez, lanzando así la sospecha sobre toda la especie. Pero no puede maldecirse a toda una raza. Otro pez ocupará el lugar de Osiris en persona, simbolizando el cuerpo de resurrección. Los cristianos no olvidaron este símbolo. Inherkhau (n.º 39) vivió en la XX dinastía. Su tumba contiene varias escenas notables, especialmente la adoración del loto, flor sobre la que se levanta el joven sol, y la del fénix, el pájaro sagrado de Heliópolis, que se posa en la punta de un piramidión y cuya llegada anunciaba grandes acontecimientos.

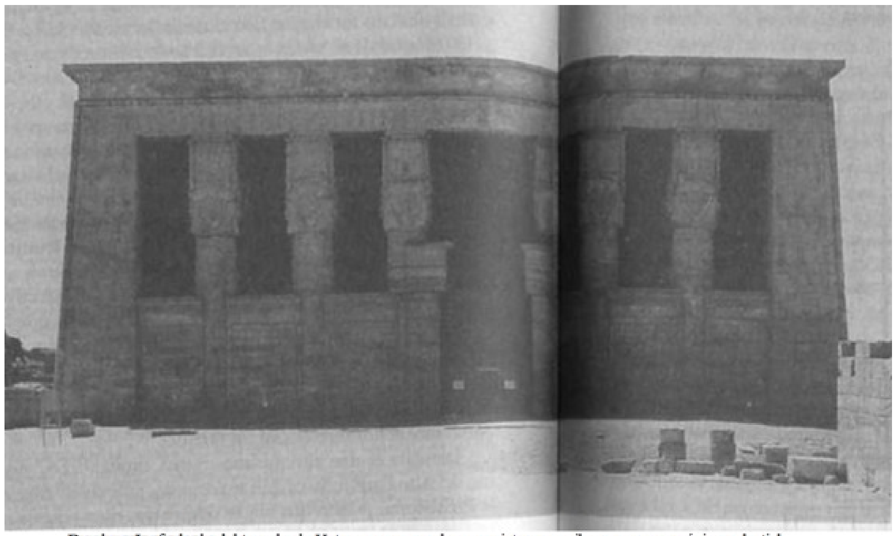
Concluyamos nuestra visita a la necrópolis por la tumba n.º 1, la de Sennedjem, que data de la XIX dinastía. Contiene una escena célebre: una gata, encarnación del dios Ra, maneja hábilmente con su pata un cuchillo y mata una serpiente debajo del árbol sagrado de Heliópolis. Es la victoria del instante de luz sobre las tortuosas tinieblas, siendo la serpiente-dragón el más temible adversario del sol en su periplo nocturno por los espacios subterráneos. Anubis, el dios con cabeza de chacal, conduce a Sennedjem hasta los campos paradisiacos; y ésta será la última imagen que conservaremos de la inmensa necrópolis tebana, donde la vida en eternidad triunfa sobre la muerte.[21]

Dendera, dominio de la diosa del Amor

Dendera es un extraño paraje, a la medida de los misterios que contiene. A unos 60 km al norte de Luxor se levanta, en la orilla izquierda del Kilo, en el linde del desierto, un gran templo tolemaico dedicado a Hator. La ciudad cuyo corazón era el templo ha desaparecido. Ya solo queda el edificio sagrado, soberbio en su aislamiento, lejos del mundo profano y de su agitación. Algunas palmeras, la montaña a lo lejos, el silencio del desierto, las piedras de eternidad, la masa imponente del templo: en un marco como éste el hombre es casi un intruso.

Dandara es una antiquísima ciudad, capital del 6.º nomo del Alto Egipto. Su origen se remonta, probablemente a la Prehistoria, puesto que allí se celebraban ritos religiosos en tiempos de los «Servidores de Horus», una especie de semidioses que precedieron a los faraones humanos. Ellos trazaron el plano del templo en el que se inspiraron quienes lo embellecieron, especialmente Keops, el constructor de la gran pirámide, Pepi I y Tutmosis III, que desarrolló los rituales. A los principales faraones, por consiguiente, les inspiró una especial ternura esta ciudad de provincias; ¿acaso su soberana, Hator, no era la más hermosa de todas las diosas? Pepi I, que conservaba en un cofre de su palacio los antiguos textos fundacionales inscritos en rollos de cobre, quiso llevar el título de «hijo de Horus», identificándose así con Ihy, el dios-músico. El fin del Imperio Antiguo fue, por otra parte, una época de gran prosperidad para Dende-

ra. Los notables hicieron construir allí hermosas tumbas; se excavaron también sepulturas para vacas, perros y pájaros.



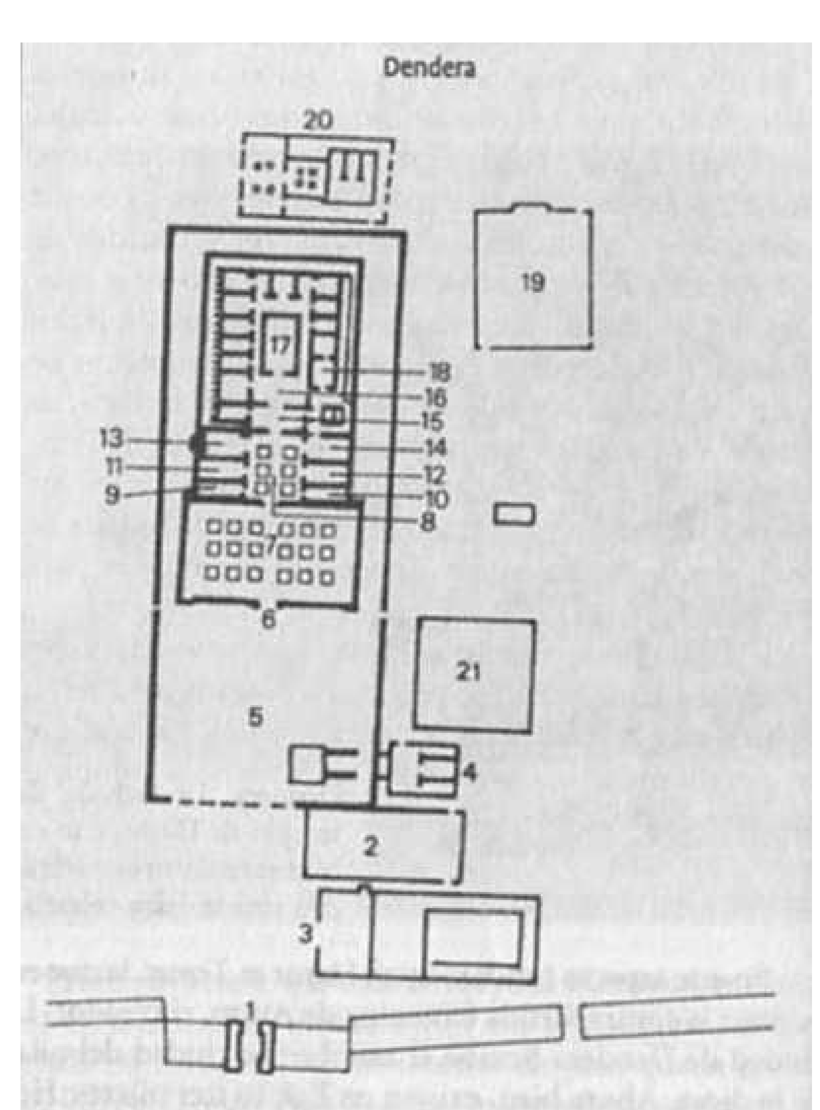
Dendera. La fachada del templo de Hator, con sus columnas sistro que vibran con una música celestial

El templo actual, que data de la época tolemaica, es el último de una serie de monumentos que forman una cadena sagrada ininterrumpida. Advirtamos de paso que la construcción del Dendera tolemaico se inició a finales del siglo II a. J. C., cuando concluía la de Edfu, templo de Horus con quien Hator forma una pareja divina. El nombre «Hator» significa, por otra parte, «templo de Horus». La diosa es el receptáculo del dios, la matriz simbólica donde él es generador. Hator es también el cielo por donde vuela el halcón Horus. Recibe el título de Hator la venerable, como divinidad del cosmos donde toda vida adquiere forma. A menudo se la representó en forma de una mujer con orejas de vaca, o una vaca celestial dando vida a los cuerpos celestes, o amamantando al faraón que bebía así un líquido de inmortalidad.

En este aspecto fundamental, Hator es *Temet*, la que es, es decir la contrapartida femenina de Atum, el creador. La ciudad de Dendera llevaba el nombre de ciudad del pilar de la diosa. Aho-

ra bien, existen en Egipto tres pilares: Heliópolis, la ciudad de Atum, el creador, y del Sol; Dendera, la de la creadora y Hermonthis, Heliópolis del sur, prefiguración de Tebas.

Hator es conocida, sobre todo, como diosa del Amor. Habría que hablar por extenso de las distintas categorías de amor, desde el Amor creador del mundo hasta el placer físico. La diosa las encarnaba todas. Para ella, para la dorada, el cielo y las estrellas dejan oír su música, la tierra canta, las bestias salvajes danzan de alegría. La tierra negra, de ricos cultivos, como la tierra roja del desierto, glorifican a Hator hasta los confines del horizonte. Ella, Hator, siembra las esmeraldas, las malaquitas, las turquesas para convertirlas en estrellas. Iluminando el cielo u oculta en la tierra, en sus árboles sagrados, la persea y la acacia, Hator es la alegría imperecedera de los seres vivos. Por ella se perfuman, se maquillan, llevan collares y vestidos de lino fino, por ella se danza hasta el éxtasis y se bebe el vino de los dioses hasta la embriaguez. Uno de los símbolos más corrientes de Hator es el sistro, un instrumento de música mágico cuyas vibraciones dispersan las influencias negativas y atraen las energías positivas. El templo de Dendera es llamado, además, el castillo del sistro, pues fue concebido como un gigantesco instrumento de música de piedra, donde las armonías del cosmos confluyen para embellecer la tierra.



Descripción del plano

① Entrada.
② Iglesia copta.
③ Mammisi de Augusto.
④ Mammisi de Nectanebo.
⑤ Gran patio.
⑥ Fachada del templo cubierto.
⑦ Primera sala de columnas.
⑧ Sala de la Aparición.
⑨ Laboratorio.
⑩ Tesoro.
⑪ Cámara del calendario.
⑫ Cámara del Nilo.
⑬ y ⑭ Cámaras destinadas a la circulación de las ofrendas.
⑮ Sala de las ofrendas.
⑯ Cámara del Medio.
⑰ Sanctasanctórum rodeado de sus capillas.
⑱ Patio del Año Nuevo.
⑲ Lago sagrado.
⑳ Templo del Nacimiento de Isis.
㉑ Sanatorium.

En su feudo de Dendera, Hator mantiene relaciones privilegiadas con Osiris, Isis y Horas. Una parte del cuerpo de Osiris está enterrada en Dendera y, sobre todo, allí se celebran sus misterios de acuerdo con un largo y complejo ritual cuyo texto se ha conservado. Unas capillas, construidas sobre el techo del templo, estaban especialmente consagradas a las ceremonias osiríacas. En este templo, Hator e Isis están muy cerca una de otra, aunque sin confundirse. Un pequeño templo de Isis se construyó detrás del gran templo de Hator, como un postrer sanctasanctórum. Ambas son madres y esposas. En cuanto a Horas, él es, como halcón cósmico que reside en Edfu, el esposo de Hator. Vuelven a casarse todos los años, durante una gran fiesta en la que Hator abandona Dendera y se dirige en barco hasta Edfu. Su hijo era un dios músico, Ihy, que creaba la armonía tan cara a Hator, y otro Horus cuya fondón consistía en unir las Dos Tierras.

Dendera parece hallarse en excelente estado de conservación. Lo cierto es que, sólo se conserva una parte del templo, que fue construido sobre el principio de un triple recinto de ladrillo: los recintos del esposo de Hator, Horus, y de su hijo, Ihy, han desaparecido casi por completo.[22] Sólo se conserva el recinto de Hator, que forma prácticamente un cuadrado (280 x 290 m) y era el más importante de los tres, y el corazón del edificio sagrado. Se trataba de una verdadera muralla de unos diez metros de altura que protegía eficazmente el trabajo de los iniciados en el interior del templo.

Además del santuario de Hator, en el paraje se conservan otros edificios. Especialmente algunos mammisis (los templos del nacimiento del dios-hijo), un lago sagrado e incluso una iglesia copta (n.º 2 en el plano). El visitante pasa precisamente delante de ésta y dos mammisis (n.º 3 y n.º 4), dejándolos a la

derecha, para llegar al gran patio (n.º 5), que precede a la actual fachada del templo, que plantea un problema de orientación. En lo que consideramos la realidad geográfica, el templo estaba de cara al norte, pero, en el plano simbólico, está vuelto hacia el este, orientándose, según la regla, perpendicularmente al Nilo que, excepcionalmente, corre aquí de este a oeste y no de norte a sur. El símbolo da primacía a la realidad aparente y, por lo tanto, debemos considerar que el eje real del templo va de este-oeste.

La fachada del templo cubierto no se parece a ninguna otra. El universo de Hator se nos impone con sus seis columnas, que son los instrumentos de música de la diosa, sistros coronados por la cabeza de Hator con orejas de vaca, sobre la que se encuentra una pequeña capilla. Hay cuatro rostros de Hator por sistro, cada uno de ellos orientado hacia un punto cardinal, para recordar que la diosa es soberana del cosmos. Hator, como su nombre indica, es esencialmente una matriz sagrada, un templo en sí misma, el receptáculo femenino de la divinidad.

En los muros del entrecolumnado vemos algunos frisos de serpientes-uraeus dispuestas a atacar a los profanos que quisieran violar los secretos del templo. En su contorno exterior, descubrimos escenas fundacionales y procesiones de dioses-Nilo que aportan al santuario las riquezas de la tierra, además de procesiones de mujeres que encarnan las provincias de Egipto unidas en la celebración del culto.

En el extremo del templo, tras el sanctasanctórum, una figura sorprendente: una gigantesca cabeza de Hator, por desgracia dañada. A ambos lados, escenas de ofrenda de incienso y vino. Entre los dioses y las diosas, la famosa Cleopatra que, en tiempos de la dominación romana, soñó con devolver a Egipto un rango de potencia mundial.

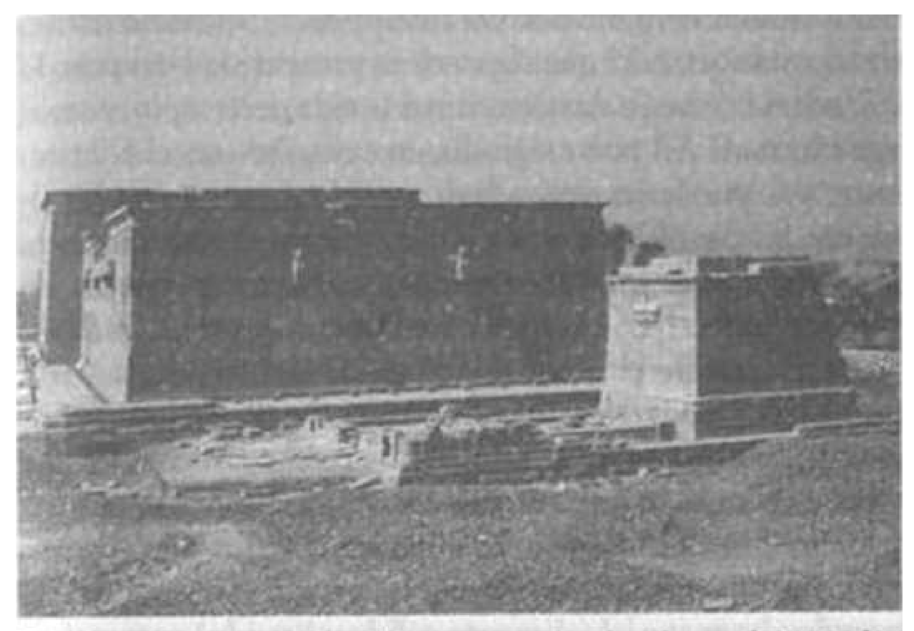
Volvamos a la entrada del templo cubierto y penetremos en la primera sala de columnas (n.º 7 en el plano; 43 x 25 m aproximadamente). En seguida nos impresiona la atmósfera de intenso recogimiento que reina en este bosque de piedras, sumido en la penumbra. A ambos lados del eje central, dos grupos de nueve columnas. Por encima de la avenida central, inmensos buitres, con las alas desplegadas y llevando la corona del Alto Egipto, se alternan con discos solares alados, vinculados a la corona del Bajo Egipto. Los dos aspectos de la realeza se reúnen en el cosmos, donde la diosa trae al mundo el sol que ilumina el templo de nueve rayos. El ciclo está simbolizado por una diosa, Nut, que al anochecer devora al sol envejecido para regenerarlo en su vientre y traerlo al mundo por la mañana. Precisamente por el inmenso cuerpo de Nut navegan las barcas solares, están inscritas las constelaciones y las estrellas y se desvelan los ritmos del universo. Dendera, célebre por su Zodiaco que se conserva en el Museo del Louvre, es uno de los lugares fundamentales de la astrología egipcia, donde se aprende a descifrar el significado de los signos, de los decanatos, de los planetas, el curso de la luna, el ritmo complementario de las horas nocturnas y las horas diurnas. No es indiferente que este techo-cielo conste de siete tramos. El número siete es, precisamente, el de la diosa que posee el secreto de la vida. La vestidura de Nut, por lo demás, está constituida por líneas en zigzag, símbolo de las tuerzas energéticas, ondas procedentes del océano original.

Esta sala servía de lugar de enseñanza a los iniciados que entraban en ella por dos pequeñas puertas laterales (al este y al oeste), para aprender a leer ese prodigioso papiro de piedra que les ofrecía el conocimiento de las leyes celestiales que gobiernan cada existencia humana.

En la tierra, es decir en el dominio de las escenas que decoran columnas y paredes, están descritos los ritos. Muchas escenas simbólicas de Dendera merecerían un largo comentario, como la ofrenda de los dos sistros para disipar la cólera y la violencia, el sacrificio del oryx y el cocodrilo para sacralizar las pulsiones vitales desordenadas, el rito de golpear la pelota (equivalente al ojo de Seth), la erección del mástil de Min, una evocación de la virilidad creadora, o la ofrenda del templo del nacimiento. La publicación de estas escenas y de los textos que las comentan ocupa varios gruesos volúmenes. Demorémonos aquí en un rito particular; el de la ofrenda del vino a Hator. En Dendera se la representa varias veces, pues a Hator le gusta la embriaguez que invade el alma de los bienaventurados en el banquete del Conocimiento. Dicha embriaguez no es consecuencia de la bebida, sino una verdadera comunión mística con la diosa, un «arrebato» de todos los sentidos. Durante la fiesta de la embriaguez, el faraón danza delante de Hator. Se afirma que su ser es transparente, sin sombra en el pecho, que su pensamiento es recto, su corazón justo, que sus manos son puras, capaces de actuar con rectitud. El vino de Hator es una luz que desvela lo que permanece oculto.[23]

Al salir de esta primera sala con columnas, entramos en la sala de la aparición, cuyo techo está sostenido por seis columnas. A ambos lados del eje central, seis estancias. ¿Por qué ese nombre? Porque la diosa se les aparecía a los iniciados en este lugar en forma de estatua colocada en una barca, la que salía del templo en las grandes festividades. Está escrito que la sala de la aparición fue construida con alegría para que Hator se manifestase con esplendor, protegida por la Enéada. Las tres razas de hombre, los activos, los sabios y los seres de luz, se inclinan

ante su rostro. La Armonía está en el templo cuando se percibe el Oro, es decir el rostro resplandeciente de la diosa.



Dendera. Parte posterior del gran templo, donde se advierten los leones gárgolas, protectores del edificio, y el emplazamiento de una gigantesca cabeza de la diosa Hator. En primer plano, el pequeño templo del nacimiento de Isis.

En las paredes de los muros, el rey funda el templo y lo ofrece a su verdadero dueño, la divinidad. Aquí se revelaba el significado iniciático de este ritual fundamental: construir el hombre y edificar el templo son un solo y mismo acto.

Para comprender el papel de las seis estancias deben asociarse, a medida que avanzamos, de dos en dos. Primera pareja: el laboratorio (n.º 9) a la izquierda y el Tesoro (n.º 10) a la derecha, lugar donde trabajaban los alquimistas y donde se anotan listas de productos, de ungüentos, de santos óleos, de materiales preciosos. Vienen luego la cámara del Calendario (n.º 11) y la cámara del Nilo (n.º 12), destinadas a establecer la medida del tiempo sacro, el ritmo divino de las estaciones del que de-

pende la prosperidad del país. El calendario de las fiestas determina la vida del templo, pues el agua tomada del pozo sagrado, en contacto con el Nilo celeste, sólo puede ser utilizada durante las ceremonias. Finalmente, las dos últimas estancias (n.º 13 y n.º 14) servían para la circulación de las ofrendas cotidianas o excepcionales, en contacto directo con la siguiente sala medianera, que llevaba precisamente el nombre de sala de la Ofrenda (n.º 15).

Allí se consagraban las ofrendas en las altares, allí se inicia también el conjunto arquitectónico del sanctasanctórum. Cualquier camino hacia el misterio se inicia con el don. Cuatro aberturas, practicadas en el techo, dan un poco de luz, permitiendo descifrar la lista de las ofrendas inscrita en las paredes. Lo material (alimento sólido y líquido) es transformado aquí en alimento espiritual para la divinidad. De este lugar, también, ascendían las procesiones, tomando una escalera, hacia el techo del templo para celebrar algunos ritos.

Penetramos luego en la cámara del Medio o sala de la Enéada (n.º 16). Es el corazón del templo. Allí, el *ba* (el alma) de la diosa baja del cielo y acude a habitar su morada. Aquí sólo entran los escasos iniciados capaces de percibir la realidad de la Enéada, los nueve dioses creadores que organizan el universo. En la cámara del Medio, según los textos allí grabados, se recitaba un himno para despertar a la divinidad y hacerla realmente presente. Por encima de la ventana, un disco solar: no es sólo la luz solar lo que penetra en esta cámara secreta, sino también la luz divina que ilumina el corazón del sabio. Fulgor del sol y claridad de la luna (conocimiento de la mañana y conocimiento del anochecer), embriaguez obtenida con una bebida de inmortalidad que contenía el sol, esos son los demás temas de la cámara del Medio junto a la cual se encuentra una cámara de las

telas (n.º 17) en la que se guardaban las vestiduras rituales necesarias para el culto.

Detrás de la cámara del Medio viene el sanctasanctórum (n.º 17) rodeado de sus capillas. En Dendera el conjunto es bastante complejo. Simboliza los tres mundos: el espacio subterráneo (con las criptas), el espacio humano (donde el faraón celebra los ritos) y el espacio celestial (el techo del templo). Además, la fiesta de Año Nuevo es especialmente importante, puesto que parte del sanctasanctórum está consagrada a él.

El sanctasanctórum lleva un nombre: el gran sitial, el trono donde está instalada la divinidad. Lo rodea un «pasillo misterioso»; este dispositivo arquitectónico prefigura el ábside y el deambulatorio de las catedrales de la Edad Media. El sanctasanctórum estaba sumergido en las tinieblas, de modo que era preciso encender velas para celebrar el culto diario cuyas escenas están grabadas en las paredes y leer las fórmulas sagradas. En el interior, al abrigo de los muros que convierten el gran sitial en un templo dentro del templo, la barca de la diosa (la que exalta la perfección) y el naos que contiene su estatua de oro.

En el basamento del exterior del sanctasanctórum, encontramos procesiones de dioses-Nilo y de las provincias de Egipto que ya hemos visto en el exterior ahora están interiorizadas, colocadas en el regazo de la diosa. En el misterioso pasillo, nueve puertas (en recuerdo de la Enéada) abren a once capillas, cada una de ellas con un significado particular.[24] El iniciado aprendía a purificarse, a practicar la música sagrada, a descubrir los secretos del fuego y de la energía, renacía en la forma simbólica del halcón que cruza los aires y de la serpiente que conoce las profundidades de la tierra, renovaba su forma, era recibido por Isis y contemplaba la luz divina. En la gran capilla, situada en el eje del sanctasanctórum y por detrás, como un

tras-templo, se realizaba el último ritual de esta iniciación a los misterios. La música, la bebida de la embriaguez, el rito del espejo y el descubrimiento de la estatua de la diosa son sus elementos clave. El iniciado, como se precisa en las jambas de la puerta, recibe una vista y un oído nuevos; por ello adquiere también la intuición que le conduce hacia el conocimiento y le permite expresar el Verbo.

El patio del Año Nuevo (n.º 18) forma, con una capilla de la purificación y un Tesoro, un conjunto particular. El Año Nuevo es un momento capital; pues un ciclo concluye y comienza otro. Un mundo desaparece, otro aparece. Es un período mágico por excelencia, el de la «primera fiesta» en el sentido de fiesta esencial, durante la cual la divinidad se recarga de energía luminosa para distribuirla luego entre los hombres.

Después de este recorrido desde la entrada del templo hasta el sanctasanctórum, debemos subir a los techos y bajar a las criptas, que simbolizan el mundo inferior, oculto y tenebroso. Comencemos por éstas. Son doce y están situadas en tres niveles. Son cámaras estrechas, longitudinales, algunas de ellas excavadas en las gruesas paredes.[25] El acceso a ellas es difícil, cuando no está prohibido. Es preciso agacharse, disponer de un medio de iluminación y no padecer claustrofobia. En las criptas se conservaban los objetos necesarios para el culto de la diosa. Están, por lo demás, representados en las paredes, para permanecer eternamente presentes: una jarra de vino, una corona, una clepsidra para medir el tiempo, dos sistros, un templo de nacimiento a escala reducida, un collar, un pilón en miniatura. La materia y las dimensiones se indican con precisión de tal modo que los objetos podrían reconstruirse.

Las criptas son pequeños templos donde vivían las fuerzas divinas, regenerándose en el silencio. Unas losas, confundidas

con el pavimento, o unas aberturas ocultas en los muros eran los únicos medios de acceder a esos lugares, que contenían también los naos de los dioses, destinados a las procesiones. Las criptas son tumbas de divinidades aparentemente muertas. Resucitan como Osiris. Criptas similares aunque de menor tamaño, existían en otros templos, en Kom Ombo y en Edfu. Esos espacios cerrados servían también como celdas de meditación para los iniciados que esperaban recibir la luz.

Se accede a la terraza por la escalera del sur (u oeste simbólico), en cuyas paredes está representada precisamente la procesión que sube. La vemos como baja de nuevo por la escalera del norte (este simbólico). Encabezando el cortejo, el dios con rostro de chacal, Upuaut, cuyo nombre significa el que abre los caminos; a su lado, Thot con cabeza de ibis, que regula la ceremonia. Dioses y sacerdotes los siguen; ocho de ellos llevan la pesada estatua de la diosa Hator en su naos.

Es el día de una fiesta fundamental y secreta, la del Año Nuevo, a la que asiste el faraón. La procesión desemboca en el techo del templo. Se dirige hacia un quiosco situado en la esquina noroeste de la terraza (sudoeste simbólico). Doce columnas con cabeza de Hator sostienen el pequeño edificio, situado exactamente sobre la capilla del trono de Ra, sede de la luz. Ahora bien, en la fiesta del Año Nuevo los iniciados se preocupan justamente por el renacimiento de la luz creadora. Allí se celebra el rito de la unión con el disco solar. La estatua de Hator, al cabo de todo un año, está agotada, vacía de energía; con los primeros rayos del sol naciente, se expone la estatua para que se recargue con la luz única del Año Nuevo. Cuando el cuerpo de la diosa absorbe el sol, el ciclo está jubiloso y la tierra danza. El alma de la diosa ha llegado del cielo, volando en forma de pájaro color turquesa para posarse en su estatua.

En el techo se celebraban otros misterios: los de Osiris, a los que estaban consagrados dos conjuntos de capillas, al sur y al norte (este y oeste simbólicos). Estos edificios, formados por un patio que precedía a una sala, son el lugar de la resurrección del dios, el supremo secreto revelado por un larguísimo ritual cuyo texto está escrito en las paredes. Se fabricaban dos estatuillas de Osiris, una con arena y cebada, la otra con perfumes y piedras preciosas. Eran necesarios doce días de manipulación. Estas figurillas eran momificadas para enterrarlas. Y entonces se producía el milagro: la cebada, regada, acababa germinando. Nacían brotes del cuerpo de Osiris, prueba material de que el dios vegetante había resucitado. Una extraordinaria escena nos ofrece otra prueba de ello. Más simbólica: en la abertura de una de las capillas está representado Osiris en su lecho de muerte, en forma de león. Cuando la luz pasa por esta abertura, entra en el cadáver, todos los días resucita a Osiris. Numerosas escenas, comentadas por los textos, hacen de este conjunto una de las más importantes sumas osiríacas de Egipto.

* * *

A la derecha del templo, mirando hacia el sanctasanctórum, se descubre el lago sagrado (n.º 19). Actualmente seco, resulta curioso su aspecto, pues han crecido en él varias palmeras. De considerable superficie (28 x 33 m), tenía una escalera en cada esquina y sus muros eran algo curvos para evitar que los deformase el empuje de las tierras. En este lago se representaban escenas de los misterios de Osiris, a las que asistía un pequeño número de iniciados, colocados en el estrado. Treinta y cuatro maquetas de barcas se arrojaban al agua, cada una ocupada por una divinidad. Juntas tenían la misión de recuperar las distintas partes del cuerpo de Osiris despedazado. El lago simbolizaba el océano de energía primordial donde se elabora la vida, cuyo

conocimiento pleno y completo era, precisamente, el objetivo de los grandes misterios de Osiris.

* * *

Detrás del gran templo de Hator se erigió un edificio muy particular, consagrado al nacimiento de la diosa Isis (n.º 20). «En ese hermoso día de la noche del niño en su cuna, revela un texto, Isis fue traída al mundo en Dendera, bajo la forma de una mujer negra y rosada. Le fue dicho por su madre el cielo: eres más antigua que tu madre, de ahí el nombre de Isis (juego de palabras, en egipcio, entre la raíz «ser antiguo» y la que sirve para escribir el nombre de Isis).» La esposa de Osiris, la gran maga, es elevada al rango de diosa cósmica, soberana de todos los lugares sagrados de Egipto, llevando la vida a todo lugar. Así como en Karnak, hay un tras-templo; en Dendera, Isis resultaba ser el aspecto oculto de Hator. La escena central de su templo, desgraciadamente muy arruinado, era el nacimiento de la diosa, traída al mundo por la gran madre celestial, en la pared del fondo del edificio. Estamos, efectivamente, en unos dominios femeninos donde las diosas generan la vida.

Dos tipos de edificios especialmente curiosos se conservan en Dendera, un paraje de inagotables riquezas. El primero es un sanatorio (n.º 21), situado a la derecha del gran patio. Es el único ejemplo que se ha conservado aunque existieran en otros templos. Los enfermos seguían allí una especie de cura termal, en la que no estaba ausente la magia. Se hartaba al paciente en el agua que había corrido sobre una estatua divina, cubierta de textos destinados a repeler el mal, al demonio y a los seres maléficos. El agua estaba, por tanto «cargada», impregnada, de fuerzas benéficas que eran comunicadas al cuerpo y al alma. El enfermo se identificaba con el dios vencedor de las tinieblas, adquiría su fuerza y en definitiva libraba un combate que le

permitía recuperar la salud. Esos cuidados por el agua, que también se daba a beber, iban acompañados de un proceso de incubación y una cura de sueño. No imaginemos multitudes acudiendo a buscar la curación; ya que el sanatorio no era público sino que estaba situado dentro del recinto del templo. Un texto allí grabado evoca al ser supremo: «Ven a mí, tú cuyo nombre se oculta a los dioses, que hiciste el cielo, creaste la tierra, trajiste al mundo a todos los seres… Soy el agua, soy el cielo, soy la tierra, viviendo de Maat». Es decir, que los enfermos debían ser justos y respetar la armonía.

El segundo tipo de edificio curioso, en buen estado de conservación, es el mammisi, representado aquí por el de Nectanebo I (n.º 4) y el de Augusto (n.º 3), que data de la época romana y es mucho más imponente que el primero. Estos edificios estaban consagrados a la fiesta del nacimiento de un dios-hijo. El mammisi de Nectanebo estaba precedido por unos propileos que llevaban el nombre de puerta de dar Maat, es decir de impartir justicia. Delante de la puerta de este templo actuaba un tribunal, responsable de examinar los litigios y de pronunciar un veredicto.

El mammisi era un verdadero y pequeño templo, con un muro, un portal, un patio, una sala de ofrendas y un sanctasanctórum. En el de Nectanebo podremos ver a la diosa amamantando al dios recién nacido para infundirle fuerza y vigor. Bes, el enano barbudo que proporciona alegría y dinamismo. El sanctasanctórum está consagrado a la creación del joven dios por el alfarero Khnum, que lo modela en su torno. Thot, guardián de la ciencia sagrada, confirma que el niño está destinado a reinar en Egipto. Las escenas de parto y amamantamiento, la presencia de la Enéada de los dioses, las vacas divinas que alimentan al rey: todo concurre a la formación espiritual y corpo-

ral del faraón, según el modelo de los grandes rituales presentes ya en Dayr al-Bahari y Luxor.

El mammisi romano (n.º 3), rodeado por un pórtico con columnas cuyos capiteles son rostros de Bes risueño, favorece el nacimiento. En los zócalos, una sorprendente procesión muestra veintinueve formas de la diosa Hator, procedentes de distintas provincias de Egipto. Tocan el tamboril, apartan los malos espíritus y se reúnen para ofrecer la cooperación del país entero en el ritual que va a llevarse a cabo. En el sanctasanctórum, las representaciones están dedicadas, como corresponde, al nacimiento y amamantamiento del niño-rey.

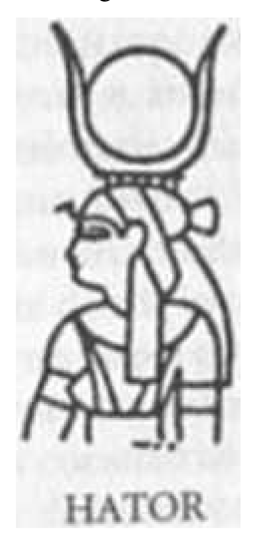
* * *

Alrededor del templo interior, unos bustos de león parecen salir del muro. Son gárgolas que permiten evacuar el agua de lluvia procedente de las tormentas que a veces estallan en el Alto Egipto y preservan así los relieves. Pero son también vigilantes guardianes que apartan a los profanos y sólo permiten a los iniciados acceder a los misterios.

Dendera afirma sin ambigüedad su carácter de edificio iniciático donde la diosa Hator, íntimamente vinculada a Isis, es huésped de Osiris cuyos secretos son revelados en un gran ritual de iniciación.

La reputación de Dendera llegaba a todo el país. Durante siglos, lo peregrinos que acudían al templo rascaban la piedra para llevarse algunas briznas. Aplicándolas sobre las partes dolientes del cuerpo, era seguro que se obtendría la curación. Por ello, también, en los relieves se ven huecos en el emplazamiento del falo del dios Min. Los creyentes esperaban obtener así un formidable poder procreador. Es superstición, claro está, pero que evocaba la eterna presencia de los dioses de Egipto.

En Dendera se evocan y desvelan muchos misterios de la vida. La diosa del amor, la gran Hator llegada del cielo, donó sin medida por los siglos de los siglos.


HATOR

Abydos
o la iniciación a los misterios de Osiris

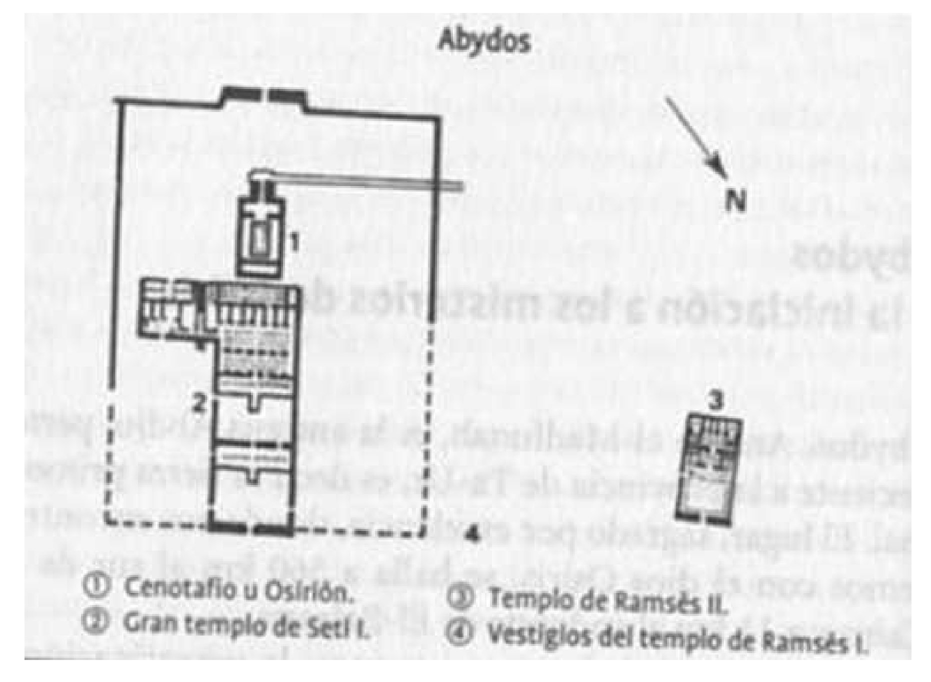
Abydos, Arabah el-Madfunah, es la antigua Abdju, perteneciente a la provincia de Ta-Ur, es decir la tierra primordial. El lugar, sagrado por excelencia, donde nos encontraremos con el dios Osiris, se halla a 560 km al sur de El Cairo y a 11 km al sudoeste de El-Balyana.

En la antigüedad, como veremos, la peregrinación a Abydos era considerada tan esencial como la moderna peregrinación a La Meca. Todo viaje a Egipto debe incluir forzosamente la visita a Abydos si bien es verdad que requiere cierto esfuerzo. El mejor modo de llegar es alquilar un autobús o un coche, saliendo de Luxor, y atravesar la campiña, lo que permitirá, por otra parte, detenerse en Dendera. Es preciso contar como mínimo con una larga jornada, pues los descubrimientos en dos parajes de semejante importancia van a ser numerosos.

El viaje hacia Abydos permitirá descubrir un paisaje que no ha cambiado mucho desde los tiempos de los faraones: cultivos, el límite del desierto y una campiña inmutable arraigada en un tiempo casi inmóvil.

Cuando se llega al paraje, aislado tierra adentro, el visitante siente una impresión de abandono, de soledad y de recogimiento. La antigua Abydos, que hunde sus raíces en la Prehistoria, nunca fue una ciudad animada e importante. Era una ciudad santa donde los misterios de la muerte y la resurrección te-

nían un papel preponderante. Aquí ocurrió algo inmenso, esencial, y salta a la vista que los hombres infligieron daños considerables a los santuarios primitivos. Sin embargo, descubriremos una de las mayores maravillas del arte egipcio, el templo de Seti I, y el monumento más enigmático de la arquitectura faraónica, el Cenotafio u Osireón, que se halla al norte del gran templo, en su prolongación. Muy cerca se encuentra el templo de Ramsés II. Y a su alrededor necrópolis de distintas épocas.



Naturalmente, a primera vista se trata de un inmenso territorio de ruinas. El gran templo de Seti I, a pesar de su tamaño, parece casi irrisorio perdido en un desierto del que presentimos que guarda muchos secretos. Cierto es que partes esenciales del paraje han sufrido daños irreparables, por causa del saqueo y de las excavaciones mal llevadas.

Abydos fue siempre un lugar santo. Los reyes de la Prehistoria y de la I dinastía lo eligieron, al parecer, como lugar de sepultura. Desde entonces, Abydos no dejó de ser una necrópolis.

Cerca de allí, en This, se formó la monarquía llamada «thinita»» la de las dos primeras dinastías, a comienzos del III milenio a. J. C. De estas tumbas especialmente sagradas, dada su antigüedad, ya sólo quedan fosas privadas de superestructura y algunos pobres vestigios, como fragmentos de jarras. Se supone, por lo menos, que en la zona llamada «la madre de las vasijas», algunas de las 350 tumbas son realmente sepulturas reales. Un pavimento de granito rosado las distinguía de las demás. Pero ¿por qué fueron excavadas estas tumbas sin ningún sentido común? ¿Por qué los robos de objetos? ¿Por qué esas huellas de incendio y a que época se remontan?

Dos vestigios demuestran hasta qué punto el paraje de Abydos era esencial en la memoria egipcia. No lejos de allí se identificó la tumba del gran Zoser y en el propio paraje se halló una estatuilla de marfil de Keops. Conmovedora reunión del creador de la forma piramidal y del constructor de la mayor de las pirámides.

Todo es sepulcro en Abydos, desde el modesto agujero excavado en la tierra hasta el templo-tumba de colosales proporciones. Los animales sagrados, como los humanos, merecen el descanso eterno que prepara para la resurrección; por eso hay aquí necrópolis de chacales (encarnaciones de Anubis y de un dios primitivo de Abydos), de ibis (encarnaciones de Thot el sabio) y de halcones (encarnaciones de Horus).

Actualmente resulta imposible descifrar el más lejano pasado de Abydos. Ha desaparecido todo rastro. El propio Imperio Antiguo se ha perdido entre la bruma. En el Museo de El Cairo se conserva un bloque calcáreo que, originalmente, se hallaba en la capilla de una mastaba de Abydos, perteneciente a un hombre célebre, Uni. En el bloque figura la biografía de este sorprendente personaje, gran viajero que se aventuró por re-

giones poco conocidas y visitó todas las canteras importantes donde trabajaban los artesanos del faraón. Vivió en la VI dinastía, a finales del Imperio Antiguo. Uni obtuvo la total confianza del faraón Pepi, se convirtió en Amigo único y llegó a desempeñar un muy confidencial papel de juez en un asunto del harén real que no debía trascender. Encargándose de dirigir una expedición al sur de Elefantina, mandó maravillosamente el ejército. Ningún soldado insultó a su camarada, robó pan o calzado ni cometió rapiña en las aldeas que atravesaron.

El ejército regresó en paz tras haber arrasado el país de los Habitantes-de-la-arena. Uni dirigió contra ellos cinco expediciones. Portasandalias del faraón, fue nombrado director del Alto Egipto. Se ocupó de hacer extraer las piedras necesarias para fabricar el «ataúd de los vivos» del faraón Merenré. Acudió personalmente a Elefantina para transportar la falsa puerta de granito rosado, con su umbral y sus dinteles, y las losas del granito rosado de la cámara superior de la pirámide de Merenré. Maestro de Obras, alto funcionario y aventurero, Uni es una de las grandes sombras que merodean por las desérticas arenas de Abydos.

El reino de Osiris

El más antiguo señor del lugar no es el célebre Osiris, sino, el oscuro Khentymentiu, cuyo nombre significa «El que está a la cabeza de los occidentales», o, dicho de otro modo, el señor de los muertos, un papel que desempeñará Osiris.

Abydos se convirtió en el principal lugar del culto a Osiris porque allí se hallaba su tumba principal, la que albergaba su cabeza. Allí vivía el alma del dios de la resurrección. Se creyó incluso haberla identificado confundiéndola con la del faraón

Djer, que algunos egipcios antiguos veneraban como la del propio dios. Había allí, en efecto, un lecho funerario en el que descansaba el cuerpo de un dios al que una rapaz hembra, símbolo de Isis, iba a devolver la vida.

El episodio señala el término de la historia legendaria de Osiris, cuyas primeras noticias se hallan en la más antigua antología religiosa. *Los textos de las pirámides*. El griego Plutarco, iniciado en los misterios de Osiris, reveló una versión completa del mito. Osiris era el rey de la edad de oro. Enseñó a los egipcios el arte de la agricultura, los principios de las ciencias, el modo de crear símbolos y obras vivas. Era amado por su pueblo como un soberano perfecto; pero esta perfección despertó los feroces celos del hermano de Osiris, un tal Seth, quien invitó a Osiris a un banquete. Entonces, como si fuera un juego, hizo que sus huéspedes probaran un gran ataúd. Había sido fabricado para Osiris y, cuando éste se tendió en él, Seth y sus cómplices clavaron la tapa. Seguro de librarse de su molesto hermano, Seth hizo arrojar el ataúd al Nilo. Punto esencial en la tradición egipcia: Seth hizo que el cuerpo de Osiris se dispersara por los cuatro rincones de Egipto. Por ello, cada ciudad importante del país tenía, como reliquia, una parte del cuerpo del dios. Por otra parte, encontramos una tradición idéntica en la Edad Media con respecto a ciertos santos o, incluso, al propio Cristo.

La mujer de Osiris, Isis, no acepta la crueldad del destino. Emprende una larga búsqueda, decidida a reconstruir el cuerpo de su marido. Tras haber reunido lo que estaba disperso, por fin puede momificar a Osiris. Pero falta el sexo, devorado por un pez en el Nilo. Isis, la Viuda maga, tendrá el poder de devolver una nueva virilidad a la momia. Se unirá al cadáver y el amor, más allá de la muerte, hará revivir al difunto. De la extra-

ordinaria unión nacerá el joven Horus, que emprenderá un largo y difícil combate contra Seth, el asesino de su padre. Horus subirá al trono de Egipto, sucediendo a su padre que, por su parte, ocupará otro trono: el de juez de los muertos. Cada faraón será un Horus. Y cada ser humano, capaz de resucitar, un Osiris.

Estelas y una peregrinación

En el Imperio Medio (XI y XII dinastías), Abydos se convierte en un lugar de culto nacional. Puesto que cada ser es un Osiris, el lugar de culto del dios concierne al destino póstumo de todos los seres. Hay que estar cerca de Osiris, participar en la vida eterna cuyo secreto detenta. Hay que estar presente en Abydos, donde se hallan los «padres a quienes sirven las estrellas», es decir los dioses fundadores que rigen la vida celestial.

El método técnico para estar presente: hacerse representar por una estela, una especie de exvoto de piedra que se deposita lo más cerca posible de la «escalera del gran dios», centro neurálgico de la necrópolis abydiana. Los más ricos se hacían construir capillas familiares. Las estelas halladas en Abydos son tan numerosas que constituyen las nueve décimas partes de las estelas del Imperio Medio que se conservan en los museos de egiptología. Numerosos textos evocan una «peregrinación» a Abydos, el viaje indispensable para beneficiarse de las gracias del gran dios. Pero ignoramos con detalle si esta peregrinación se efectuaba en vida de los fieles o se trataba de un viaje del alma después de la muerte. La peregrinación hacia la ciudad santa era un regreso a las fuentes, una búsqueda de la serenidad, el regreso del alma hacia la morada donde conocerá una beatitud perfecta. Varias escenas de tumbas muestran una «navegación

mística» hacia Abydos. El difunto y su esposa navegan por el Nilo, dirigiéndose a la ciudad santa, realizando juntos el último viaje que les permitirá cruzar las puertas de esta vida y penetrar en el reino de Osiris.

Fiestas y misterios de Osiris

Abydos, emplazamiento funerario, era también el paraje sagrado donde se celebraba una fiesta muy particular, los misterios de Osiris. Dichos misterios eran tan importantes para los egipcios que se «representaban» en los principales templos de Egipto; pero el ritual de referencia era el de Abydos, en el que participó a menudo el faraón en persona como primer Osiris del reino.

Esas fiestas, que pueden compararse a los misterios de Eleusis y los misterios de la Edad Media, comportaban dos partes principales: una pública y otra secreta. Los iniciados egipcios, como es habitual, no redactaron un manual explicativo de estas ceremonias, pero sí dejaron documentos dispersos que es preciso reunir para tener una noción de lo que ocurría en aquellos lugares.

Es preciso imaginar, claro está, un Abydos muy distinto al que se visita hoy. Falta especialmente el lago sagrado donde tenían lugar ciertos episodios del mito. El tema central de los misterios es la Pasión de Osiris, sus sufrimientos, su asesinato y su resurrección. Un esquema simbólico que, no lo dudemos, contribuyó ampliamente a la formación del mito cristiano.

Los misterios eran representados por sacerdotes que hacían el papel de los dioses Llevaban máscaras. Al comienzo de la ceremonia, Osiris salía del templo, sin duda en forma de una estatua. A la cabeza del cortejo cuyo corazón era el dios, un hombre

con cabeza de chacal llamado Upuaut, es decir el dios que abre los caminos. Esta procesión sufría graves problemas. En el camino topaba con los enemigos de Osiris, una pandilla de rebeldes probablemente animada por Seth. Tenía lugar una dura batalla entre partidarios y adversarios de Osiris, obteniendo la victoria los primeros. Se entraba entonces en un templo del que procedía una terrible noticia: Osiris acababa de morir. Y la segunda salida del lugar sagrado era un cortejo fúnebre que avanzaba lentamente, al son de una música grave y triste. En el ataúd, Osiris momificado. Isis y Neftis, las dos hermanas, le velaban. Se conocía el nombre del asesino: el hermano de Osiris, Seth.

Durante un episodio secreto, en el interior de la tumba de Osiris, éste sufría el juicio de los dioses antes de convertirse en juez de los hombres. Era declarado «justo de voz», acorde con la regla de la Armonía universal.

Mientras Osiris era coronado rey del otro mundo, su hijo Horus seguía combatiendo en tierra, para no dejarla abandonada en manos de Seth. La victoria de Horus y la resurrección de Osiris estaban íntimamente ligadas. Y se asistía a la salida del dios de su tumba; por las aguas del lago mistérico navegaba su barca sagrada (la *nechemet*) antes de regresar al templo donde permanecía hasta la celebración de los siguientes misterios. Los iniciados participan en la navegación ritual. Algunos llevan, incluso, el gobernalle de la barca. Los difuntos, en los textos escritos en sus estelas, desean poder pertenecer a esa cofradía después de haber pasado ante el tribunal del otro mundo.

Al finalizar los misterios, se encendían lámparas para celebrar la victoria de la luz sobre las tinieblas. La regla era respetada en todos los grandes templos y, sin duda, en los pequeños santuarios. Todo Egipto, como antaño los países de Europa du-

rante la fiesta de San Juan, en el solsticio de verano, se convertía en una inmensa luminaria a la gloria del dios resucitado, mensajero de la esperanza.

El gran templo de Seti I

El templo donde se encuentran extraordinarios bajorrelieves, considerados por algunos como los más hermosos de Egipto, se deben a un faraón excepcional, Seti I, fundador de la XIX dinastía, padre de Ramsés II, notable administrador, jefe guerrero que supo dominar a los enemigos de Egipto, Seti I lleva un nombre por completo sorprendente: «El hombre del dios Seth», es decir el asesino de Osiris. ¡Y fue él, Seti I, el Maestro de Obras del gran templo de Abydos! No cabe duda que no se debe al azar: Seth, por medio del faraón, rinde un inmenso homenaje a su hermano Osiris. Seth había sido condenado por la asamblea de los dioses a llevar eternamente a Osiris, servirle de soporte y de medio de transporte. El gran templo es la manifestación en piedra de este apoyo; era, por tanto, un deber para un rey llamado Seti I aumentar su magnificencia y su tamaño.

La planta del edificio resulta especialmente curiosa. Recuerda la forma de una escuadra y la del jeroglífico egipcio que sirve para escribir la palabra «dios» (𓊹). Seti I construyó el edificio «con corazón alegre», para convertirlo a la vez en un palacio de eternidad (que el griego Estrabón denomina el Memnomium) y en una gigantesca ofrenda a Osiris. Debe advertirse, por otra parte, que en las numerosas escenas rituales que adornan los muros del templo, Osiris y Seti I se identifican el uno con el otro: el dios tiene el rostro del rey, el rey encarna al dios.

Seti I dotó con abundancia su templo de Abydos, proporcionándole importantes ventajas económicas. Los demás reyes del

linaje de los ramésidas se encargaron del mantenimiento del edificio que, sin embargo, nunca se terminó: debemos ver en ello una intención simbólica ya que cada templo era una obra en perpetua evolución hasta el final de los tiempos.

Este templo nada tiene de fúnebre o triste. La inmortalidad osiríaca es gozo y serenidad; ésos son los sentimientos que se desprenden de las admirables escenas rituales que antaño estaban reservadas a los iniciados en los misterios de Osiris.

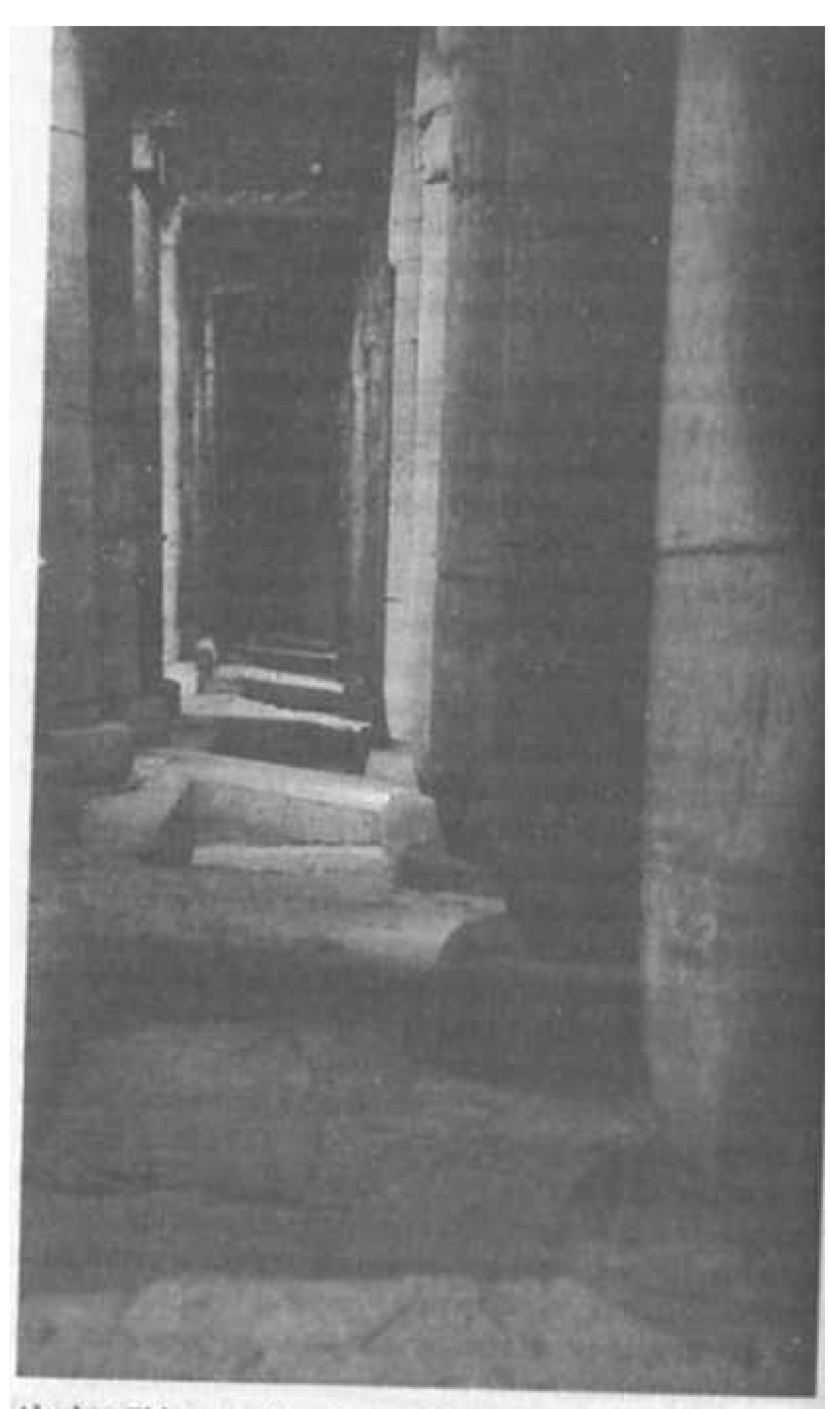
Al efectuar la peregrinación a Abydos, somos invitados a la corte del rey del otro mundo. Al penetrar en el templo, vamos a abandonar el universo aparente y a entrar en un universo ritual, en una familia del más allá cuyo padre, exigente pero justo, es Osiris.

Dos números sagrados rigen el templo: el 2 (a causa de su forma, tenía dos pilones, dos patios, dos hipóstilas) y el 7: siete puertas de entrada permiten acceder al interior, siete tramos que cruzan las dos salas hipóstilas llevan cada una a siete capillas donde revelan los ritos realizados por el faraón para mantener la vida divina en la tierra. Siete contiene el secreto de la vida en espíritu. Para crear materia viva, el mago debe operar de acuerdo con el siete. Para unir en la tierra lo que debe permanecer atado en el cielo, hay que utilizar el siete. El número se adecuaba, pues, perfectamente a los misterios de Osiris, el dios que conoce el secreto del paso entre vida y muerte.

Abydos es un mundo ritual tan complejo y completo que serían necesarios varios meses para estudiar todos sus detalles, para comprender su sentido. Pensemos simplemente que el «ritual del culto divino diario», del que ese templo da una versión muy completa, exige varios años de estudio. Sin embargo, no nos desalentemos; la prodigiosa belleza que nos aguarda en este

lugar nos deslumbrará bastante como para que la peregrinación a Abydos sea un momento inolvidable.

Del gran templo de Seti I sólo queda hoy lo esencial. El pilón, los dos grandes patios, el jardín y los árboles han desaparecido. Los vestigios prueban que las escenas rituales mostraban al rey como guerrero y como sacrificador: un «guión» clásico en los accesos a un templo egipcio.



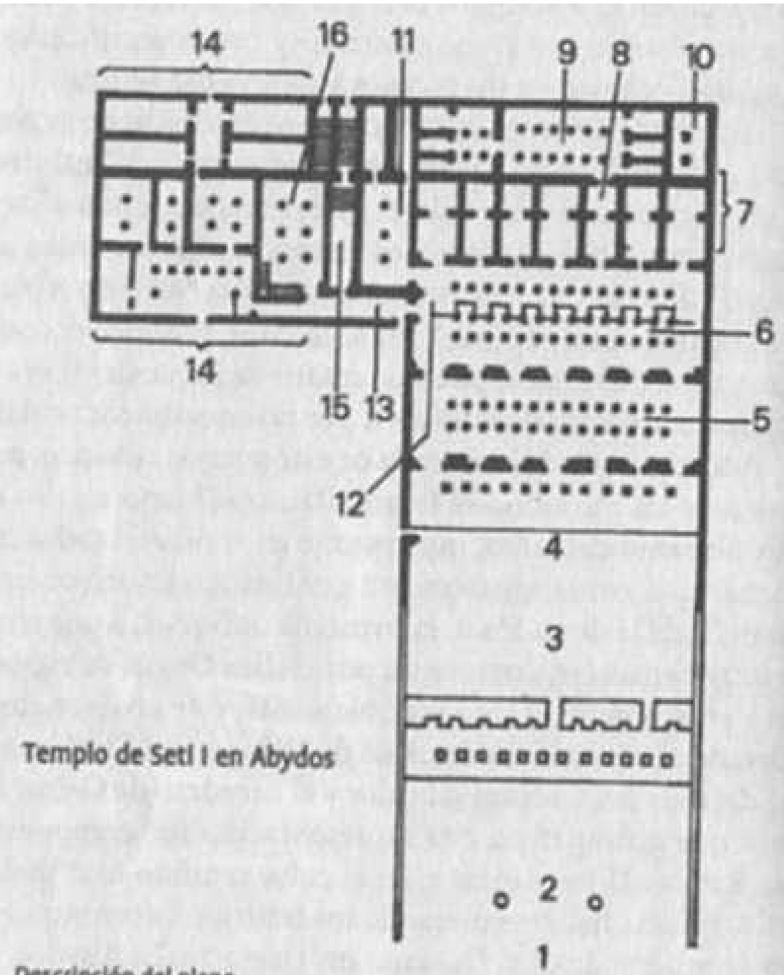
Abydos. El bosque de columnas del templo de Seti I, entre las cuales se distinguen las rampas que ascienden hacia las capillas.

La fachada del templo, tal y como se conserva, no es por tanto una verdadera fachada, sino que se trata en realidad de un pórtico con doce pilares que servía de fondo al segundo gran patio. Accedemos entonces directamente al templo cubierto y a la primera sala hipóstila (n.º 5 en el plano) por una corta rampa. Y en seguida se produce el contacto con el Siete: siete puertas, cuatro de las cuales fueron cegadas en tiempos de Ramsés II por razones desconocidas.

A la izquierda de la entrada de este templo cubierto, reservado a los iniciados, el faraón Ramsés II lleva a cabo el acto supremo del culto, que resume en sí mismo todas las escenas que contemplaremos a continuación: ofrece una estatuilla de la diosa Maat, la Armonía universal, a una tríada muy particular, compuesta por el dios Osiris, su esposa Isis y el faraón Seti I. Indiscutiblemente, éste aparece considerado aquí como Horas, hijo de Osiris e Isis. Él, el hombre del dios Seth, será el salvador y el heredero de Osiris. El texto que acompaña a esta representación fue compuesto por Ramsés II para insistir en el culto rendido a su padre Seti I. Afirma haber proseguido los trabajos interrumpidos por la muerte de éste. Durante un viaje ritual a Abydos, el gran Ramsés sufrió una inmensa decepción. El santuario, magnífico y célebre, se hallaba en un inquietante estado de decrepitud. ¡Si no se intervenía, podía derrumbarse! Ramsés tomó en sus manos el asunto y el templo recuperó pronto su esplendor.

No hay que conceder el menor valor histórico a este texto sagrado. Se trata de una situación simbólica que se repite con la muerte de cada faraón. Cuando un rey muere, el desorden amenaza al mundo. La desgracia se abate sobre Egipto. Los templos caen en ruinas. Sólo hay una solución para evitar el de-

sastre: que un nuevo rey ilumine el país, que restaure los edificios. Y así será a lo largo de toda la historia egipcia.



Templo de Seti I en Abydos

Descripción del plano

① Emplazamiento del pilón (destruido).
② y ③ Emplazamiento del 1 y 2 patios.
④ Entrada actual.
⑤ Primera sala hipóstila.
⑥ Segunda sala hipóstila.
⑦ Las siete capillas del sanctasanctórum.
⑧ Capilla de Osiris.
⑨ El tras-templo de Osiris.
⑩ Capilla inaccesible.
⑪ Sala de 3 columnas y capillas de Nefertum y de Ptah-Sokaris.
⑫ Puerta de acceso al corredor de la lista real.
⑬ Corredor de la lista real.
⑭ Conjunto de las salas del Sur.
⑮ Escalera que sube hasta el Cenotafio.
⑯ Sala de las barcas.

Adentrémonos en la primera sala hipóstila (n.º 5 en el plano, 52 por 11 m). Es mucho más ancha que larga y, naturalmente, está dividida en 7 tramos que corresponden a las 7 capillas que constituyen el núcleo del templo. Aquí se trata de la sala de adoración de las triadas. Cada una de las 7 divinidades del templo forma tríada con esposa y heredero, recordando la triada primordial: Osiris, Isis y Horus. El faraón rinde homenaje a esas siete triadas. Se atrae así esas potencias divinas y podemos considerar que el iniciado pasaba aquí por siete grados de conocimiento. En el muro del fondo de esta sala, a la derecha, vemos otra escena importante: la purificación del rey practicada por dos dioses, Horus y Thot. Horus es el protector de la función real, Thot es el señor de los jeroglíficos y el guardián de la ciencia sagrada. Purifican al faraón con la energía creadora. Éste queda despojado de sus impurezas, se beneficia de la magia divina que le permitirá dirigirse hacia la triada osiríaca, conducido por dos guías, Upuaut, el que abre los caminos, y Horus, que le brinda su protección a lo largo de toda su andadura. Asistimos aquí a un episodio secreto de los misterios de Osiris: el faraón purificado presenta a la triada un cofre en el que se conservaban papiros. El papiro enrollado y sellado, en lengua jeroglífica, es símbolo de las ideas abstractas y del conocimiento. En estos rollos se escriben los rituales y las palabras de los dioses. El faraón ofrece al señor del templo la ciencia sagrada de la que es depositario, probándole así que los secretos no han sido revelados y que todo está en orden.

Entremos ahora en la segunda sala hipóstila, de la misma anchura que la primera y que cuenta, también, con 24 columnas (n.º 6 en el plano).

Los capiteles de las columnas son papiros cerrados; damos un nuevo paso hacia el misterio. El suelo asciende, el techo ba-

ja. Para manifestarlo de un modo explícito, el Maestro de Obras suprimió los capiteles de las últimas columnas, reduciendo así su altura. Los bajorrelieves, de una belleza que deja sin aliento, muestran a Seti I llevando a cabo los actos rituales en presencia de algunas divinidades, especialmente incensamientos. Ahora bien, la palabra «incienso», en egipcio, significa literalmente «hacer divino». Al incensarlas, el faraón incrementa la divinidad de las divinidades, les devuelve energía.

Cerca del acceso al santuario de las siete capillas, una escena que hemos ya visto en la pared a la izquierda de la actual entrada: el faraón haciendo la ofrenda de Maat a la triada osiríaca. La escena es idéntica y, sin embargo, distinta, pues muchos episodios rituales han tenido lugar entre ambos actos comparables. De hecho, se ha consumado todo el itinerario desde el comienzo del templo cerrado hasta el santuario. Esta ofrenda prueba que el iniciado ha seguido el camino justo y que ha respetado constantemente la armonía durante su evolución hacia el sanctasanctórum.

Son 36 escenas, es decir 3 x 12, tres ciclos completos, nueva idea de una tríada que evoca la totalidad de los actos necesarios para que los dioses estén presentes en tierra.

Cada mañana, en cada templo de Egipto, el rey abandonaba su imagen grabada en la pared del templo y penetraba en el cuerpo del sacerdote encargado de ejercer su función. En todas partes, en el mismo momento, el espíritu del rey actuaba.

Primer acto indispensable: la purificación. En Abydos, el rey es purificado por los dioses Horus y Thot. El agua que mana de sus jarras es la propia vida y la energía creadora. En los templos, algunos sacerdotes llevando las máscaras de los dioses purificaban al que iba a celebrar los misterios. El faraón, para ejercer su función, ha abandonado sus ropas de gala, tan sun-

tuosas y variadas en el Imperio Nuevo. Se ha puesto el vestido antiguo, parecido al modelo del Imperio Antiguo. El rey se remite así a la edad de oro, cuando la sencillez era regla. Al entrar en el santuario donde reinan las tinieblas, el faraón aporta la luz. Procede a incensamientos y fumigaciones, sacralizando y purificando la atmósfera en la que oficia. Al fondo de la capilla, un naos que contiene la estatua de culto de la divinidad. Las puertas del naos están cerradas. En su interior, la estatua descansa en las más profundas tinieblas. Es sólo un soporte que puede vaciarse de su sustancia. Para que «funcione» realmente, es necesario que se conjugue la voluntad del faraón de hacer que el poder divino y el amor que siente por el rey bajen a la tierra. Con precauciones y veneración, el faraón rompe el frágil sello que cierra las puertas del naos, un sello que él mismo había colocado la víspera al anochecer, pues sólo el rey puede hacer y deshacer. Corre el cerrojo que los textos identifican como el dedo de Seth. El faraón es Horus que abre lo que Seth había cerrado, que revela lo que su hermano había escondido. El texto ritual que el rey pronuncia entonces explica que ofrece al dios el Ojo de Horus, es decir el símbolo de todas las ofrendas. Además, este ojo está compuesto por distintas partes (cejas, pupila, etc.) que dan la clave de todas las medidas. Pero cuando el Ojo se reconstruye, la adición de las fracciones que lo componen da un resultado imperfecto. Falta una parte, exactamente como en el caso de Osiris. El faraón, Horus y Osiris al mismo tiempo, *es* la parte que falta. Por su acción, la vida es reconstituida en su plenitud.

En el texto egipcio, las puertas del naos llevan un nombre preciso: «las puertas del cielo». De modo que al abrirlas el faraón abre el cielo. Y contempla entonces el secreto de los secretos: la presencia de la divinidad en el corazón del cielo. La contempla largo rato. Como el águila es el único ser que puede mi-

rar fijamente al sol sin quemarse los ojos (siendo ese águila la trasposición occidental del halcón de Horus), el faraón es el único ser que puede mirar de frente a la esencia divina penetrando en su soporte, la estatua del culto.

El faraón se inclina ante la omnipotencia de la que se convierte en heredero y responsable en esta tierra. A través del verbo, celebra la divinidad y procede luego a un incensamiento. Entrando en el cielo, el rey ve entonces la Luz, llamada aquí Atón. Esta Luz de los orígenes se ha corporeizado, se expresa en la forma del disco solar. Vemos que las ideas de Ajnatón, que eran en gran parte las de la ciudad santa de Heliópolis en el Imperio Antiguo, no son condenadas en el secreto del templo. El rey estrecha a la divinidad, dándole el abrazo fraternal. Es la unión de lo humano y lo divino, el intercambio de los alientos que les son indispensables a ambos, la fusión de ambas naturalezas, la alianza del cuerpo mortal y el cuerpo inmortal. Al entregar el Ojo de Horus, el faraón ofrece una nueva mirada a la divinidad, una nueva mirada que también se entrega a sí mismo, para seguir dirigiendo Egipto por el justo camino correcto. Así, la presencia divina es reanimada, el corazón del templo late de nuevo durante un día, durante un ciclo completo, análogo a la eternidad. Pero la energía se agotará y mañana habrá que repetir el ritual para que esta vida se renueve.

Todos estos actos se repiten por segunda vez. Primero porque hay dos países, el Alto y el Bajo Egipto; luego, porque hay una «vía de Horus», la del instante y la mirada que modifica lo real por el mero hecho de «ver», y una «vía de Osiris», que es la de la continuidad, el tiempo, el ciclo, las pruebas que deben superarse. Acto final de ambas celebraciones: la ofrenda de Maat, la Armonía universal, que ya hemos visto dos veces. Es el acto espiritual por excelencia. La divinidad se «recarga» de Maat, de

la Rectitud, del equilibrio, de la armonía que tiene como responsable al faraón. Es, al mismo tiempo, la verdad de una vida humana y la de la sociedad faraónica lo que, aquí, está magnificado y transfigurado por la divinidad.

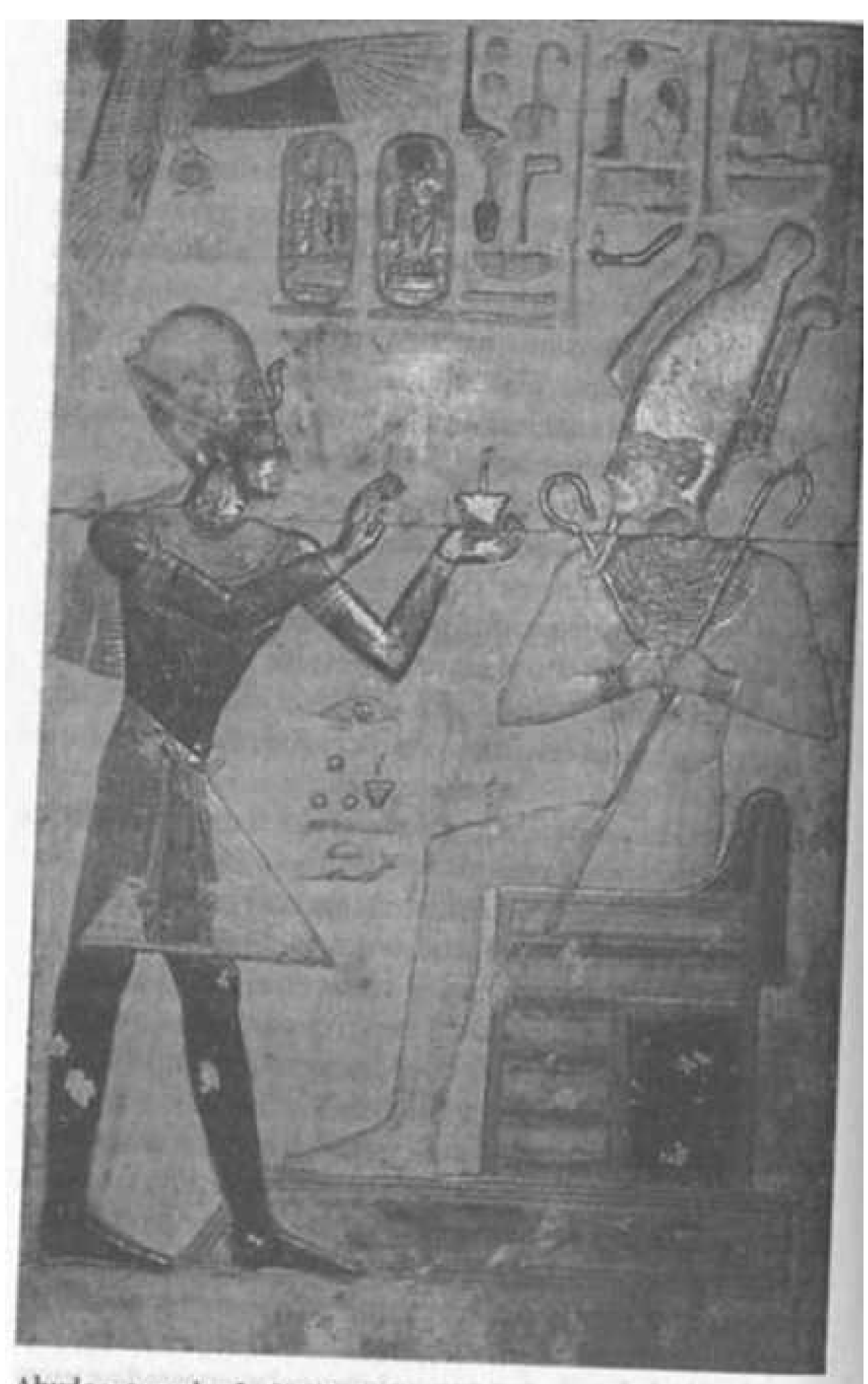
El ritual del culto diario prosigue con acciones simbólicas referentes al «mantenimiento de la estatua de culto», a la que el rey ofrece telas, incienso y ungüentos. La reviste de belleza, la purifica, la viste, la perfuma. Cuando haya realizado todos los pasos, devolverá la estatua renovada al naos. Tras una última purificación, el faraón cierra las puertas del naos y las sella.

Como era de esperar, la capilla de Osiris (n.º 8 en el plano), el dueño del templo, presenta notables particularidades con respecto a las otras seis. En el muro del fondo de éstas, hay una estela que recuerda la estela de ofrenda de las mastabas, las tumbas del Imperio Antiguo. En la capilla de Osiris no es así, pues el muro del fondo da a un pasaje que lleva a una especie de tras-templo, situado al fondo del edificio detrás de las siete capillas. Este «templo» particular de Osiris consta de una sala principal de diez columnas, con tres capillas a la derecha y, a la izquierda, una salita con cuatro columnas que termina también con tres capillas (n.º 9 en el plano). El conjunto está consagrado a Osiris, Isis, Horus y al rey en Osiris. Es muy probable que aquí se llevaran a cabo ritos secretos de los misterios de Osiris, tal vez el recibimiento a los nuevos miembros en la cofradía principal, dirigida por el faraón en persona.

Un detalle excepcional de este tras-templo: en la esquina noroeste del edificio, una pequeña sala con dos columnas que no tiene abertura alguna y resulta por ello inaccesible a los humanos. El Maestro de Obras indica del modo más claro que el secreto de los misterios de Abydos nunca será violado.

Hemos recorrido el eje principal del templo, desde la primera sala hipóstila hasta el tras-templo de Osiris, pero falta una parte a nuestra izquierda, hacia el sudeste.

Para acceder a ella, situémonos delante de la capilla de Seti I, la que está más a la izquierda de las siete. Al cruzar la puerta, entramos en una sala con tres columnas que da a una capilla consagrada al dios Nefertum (a nuestra izquierda) y otra al dios Ptah-Sokaris (a nuestra derecha). Se trata de divinidades funerarias, especialmente vinculadas a la región de Menfis y que intervienen en los ritos de resurrección. La escena más importante, que se encuentra en la capilla de Ptah, muestra a Isis en forma de ave rapaz despertando la virilidad de Osiris muerto y haciéndose fecundar para dar nacimiento a Horus.



Abydos, templo de Seti I. El faraón hace ofrenda del incienso, sustancia divinizadora, al dios Osiris. El arte del relieve egipcio alcanza en Abydos un extraordinario apogeo.

Al salir de la sala con tres columnas que precede a estas dos capillas, salgamos por la puerta que nos ha permitido entrar y tomemos otra vía de acceso en el ala sur del templo (n.º 12 en el plano), una puerta situada al extremo de la segunda sala hipóstila (pared sudeste). Adentrémonos entonces por un largo pasillo donde nos aguarda un insólito espectáculo. En el techo, estrellas y cartuchos reales (es decir unos óvalos que contienen el nombre de los faraones). En los muros, Seti I acompañado por su hijo Ramsés realiza la ofrenda del incienso a 76 faraones que reinaron antes que él. Se trata de una de las dos «listas reales» o «tablas de Abydos» a las que los historiadores han dedicado ávidamente sus esfuerzos. Sin embargo, no es un documento histórico, al menos para los egipcios. A Seti I no le preocupa en absoluto la precisión en este terreno y no intentó establecer un manual para uso de egiptólogos. Faltan grandes nombres como Ajnatón o la reina Hatsepsut. Pero el primero centró su acción religiosa en Atón, dejando en la sombra a Osiris y la segunda celebró, sobre todo, la gloria de Amón-Ra. Tal vez la elección de Seti I se explique por el deseo de establecer un linaje «osiríaco» del faraón. Sea como fuese, se trata de antepasados venerados que siguen guiando al faraón. El techo es, por lo demás, muy explícito: el alma de los reyes muertos ascendía al cielo para fundirse en la luz y convertirse en estrella. Además, el óvalo del cartucho es el circuito del universo que rodea el nombre de cada faraón. Debemos entender que nos hallamos en el cosmos, en presencia de almas de luz, y cada noche podemos interrogar a las estrellas del cielo para conocer los pensamientos y los preceptos de los faraones de Egipto, presentes para siempre entre nosotros.

Una vez en este pasillo de la lista real, hay dos posibilidades: o dirigirse hacia las salas del sur (n.º 14 en el plano) o tomar la

escalera (n.º 15 en el plano) que antaño llevaba al tejado del templo y que hoy es una vía de acceso al cenotafio.

Después de las maravillas que hemos contemplado, las salas del sur sólo pueden parecemos decepcionantes. En la primera sala de seis columnas que se abre en el pasillo de la lista real se depositaban, probablemente, las barcas de los dioses utilizadas durante las procesiones (n.º 16 en el plano). Las demás salas son «almacenes» para los objetos sagrados, talleres, dependencias diversas, en resumen, la parte «económica» y práctica del templo de Abydos donde, especialmente, se sacrificaban los animales con vistas a las ofrendas rituales. La mayor parte de las escenas no están terminadas: por lo general están dibujadas, a veces se les han aplicado algunos colores, pero siguen siendo simples esbozos. Apasionantes, sin embargo, para quienes pretendan conocer los secretos técnicos de los artesanos egipcios.

Salgamos ahora del templo de Seti I por una escalera que, sin embargo, se halla en el interior del edificio sagrado. Por eso sus paredes están decoradas con escenas rituales. Puede verse sobre todo a Ramsés II que, en la pared de la derecha, venera la memoria de su padre Seti I y, en la pared de la izquierda, le agradece que haya edificado el templo. En la pared de la derecha una escena curiosa y original: la caza del toro, atrapado a lazo por Ramsés II y uno de sus hijos. Toro, en jeroglífico, se dice *ka*; es una de las expresiones de la energía creadora y uno de los animales del sacrificio. No hay violencia alguna en esta escena de caza: el faraón inicia a su sucesor en la captura de esta energía necesaria para la vida. En la pared de la izquierda, Ramsés II conduce cuatro bóvidos hacia el lugar del sacrificio y organiza la captura de aves acuáticas que serán ofrecidas a los dioses. Se insiste pues, aquí, en el tema del sacrificio y de la ofrenda de lo más hermoso y más rico que la naturaleza ofrece.

El cenotafio u Osirión

Paraje excepcional, monumento excepcional. Exactamente en el eje del gran templo, detrás de él, se construyó un extrañísimo edificio. Dada su posición, es indisociable del gran templo. Ambos monumentos están colocados «espalda contra espalda», sus muros del fondo —y en consecuencia sus sanctasanctórum— distaban sólo unos 3,50 m.

Aunque ambos monumentos estén en el mismo eje no están situados al mismo nivel: el cenotafio está situado claramente más abajo con respecto al gran templo, por razones simbólicas que expondremos más adelante.

¿Por qué ese complicado nombre de cenotafio? El término designa una tumba muy particular, en el sentido de que no contiene cuerpo. No es una sepultura ficticia, sino una tumba de orden simbólico que no está destinada al cuerpo sino al alma. De ese modo, un rey puede disponer de varias sepulturas.

Esta práctica seguía utilizándose durante nuestra Edad Media. De ese modo el cenotafio de Abydos puede considerarse la tumba espiritual de Osiris, el lugar donde se preservan los aspectos abstractos e intemporales del dios.

Sólo en 1903 se descubrió este monumento esencial de la religión egipcia, después de haber retirado una impresionante masa de escombros. Al contemplar el aspecto macizo de ese monumento de piedra caliza, gres y granito, se pensó inmediatamente en el templo de Kefrén. Pero resultó que el cenotafio era obra de Seti I, que había creado un prodigioso conjunto a la gloria de Osiris.

Es cierto que el cenotafio existía ya antes de la XIX dinastía, pero Seti I le dio un aspecto colosal. Hoy, el monumento se contemplará desde arriba, sin poder acceder a todos los deta-

lles. Por ello debemos ceñirnos sobre todo a su significado global.

Tumba espiritual de Osiris, el cenotafio es también una especie de monumento subterráneo del que hoy distinguimos el núcleo secreto, es decir una austera sala con diez pilares. Esta sala, de un aspecto voluntariamente muy arcaico, es la isla en mitad del mundo, la colina primordial, la primera eminencia surgida de las aguas primordiales durante la creación del mundo. No olvidemos que estamos en la provincia de Ta-Ur, «la tierra primordial», donde forzosamente debía figurar semejante monumento simbólico.

Durante la crecida de las aguas del Nilo, el cenotafio, construido en una especie de hondonada, se convertía entonces de un modo concreto en una isla rodeada de agua. Es probable también que se plantaran árboles, entre ellos acacias, para dar la imagen clásica de la tumba de Osiris: un montículo coronado por un vegetal.


Abydos, el Osirión. Este templo, absolutamente excepcional, es un recuerdo del cerro primordial que emergió de las aguas la primera mañana de la creación y sobre el cual se levantó el primer edificio sagrado.

La visita del cenotafio presenta ciertas dificultades. La escalera moderna que lleva al corazón del monumento y que puede tomarse al salir del templo de Seti I, no es la verdadera entrada. Ésta era muy original. Situada al noroeste del edificio, tenía el aspecto de un pozo excavado en pleno desierto. Y es preciso pensar aquí en los pozos funerarios de las tumbas del Imperio Antiguo, que sólo el alma del muerto podía tomar para llegar a la sepultura. Era preciso bajar unos diez metros bajo tierra para llegar a un corredor, abovedado en parte y en parte a ciclo abierto. En las paredes, extractos de textos religiosos, «el libro de las puertas», «el libro de lo que hay en la cámara oculta», «el libro de las cavernas». El alma del difunto y los iniciados de esta tierra deben conocer bien esos textos que les permiten recorrer las rutas del otro mundo y evitar los peligros durante su viaje hacia la luz. El corredor desemboca en una especie de ves-

tíbulo del que sale otro pasillo que termina en un segundo vestíbulo, más amplio que el primero y que precede a la sala central.

Por todas partes, textos y representaciones extraídos de las colecciones funerarias reales del Imperio Nuevo, literatura sagrada que prolonga y desarrolla las antiguas antologías de las pirámides y los sarcófagos. En el gran vestíbulo, los textos pertenecen al *Libro de salir a la luz* (el mal llamado «Libro de los muertos»). El libro proporciona, en efecto, las fórmulas mágicas necesarias para cruzar los pasos peligrosos, responder a las preguntas de los guardianes de puertas y de los jueces del más allá. Gracias al Conocimiento, es posible recorrer el estrecho paso que conduce a la gran sala con diez pilares de granito rosado, el corazón del cenotafio. Es la isla que hemos evocado, la colina primordial. Estamos aquí en contacto con el origen de la creación.

En la isla, dos cavidades, una cuadrada y la otra rectangular. Se han hecho muchas preguntas sobre su significado. Dado que estamos en la tumba de Osiris, es probable que estas cavidades contuvieran un sarcófago para la estatua divina y un cofre para los canopes, es decir cuatro vasos que contenían las vísceras simbólicas, protegidos por los cuatro hijos de Horus. Aquí se celebraban ceremonias reservadas a los iniciados en los misterios de Osiris; vivían la resurrección del dios confundida con el origen de la vida y el nacimiento del mundo.

Tras la sala con pilares se halla la última sala del templo, largo rectángulo con techo de doble pendiente en el que se grabaron textos y representaciones astrológicas y astronómicas. Por desgracia el conjunto está bastante degradado a causa de una humedad contra la que no se han empleado medios de lucha suficientes. Las informaciones «celestiales» son aquí capitales:

por ejemplo, una lista de los decanatos, el modo de estudiar las constelaciones, la manera de construir un reloj de sol. Se revelan también las distintas etapas del viaje nocturno del sol que, en el mundo subterráneo, afronta terribles peligros antes de renacer por la mañana. Detalle esencial: Seti I, rey-dios y adepto de Osiris, forma parte de la tripulación de la barca del sol, participando así activamente en la victoria de la luz sobre las tinieblas.

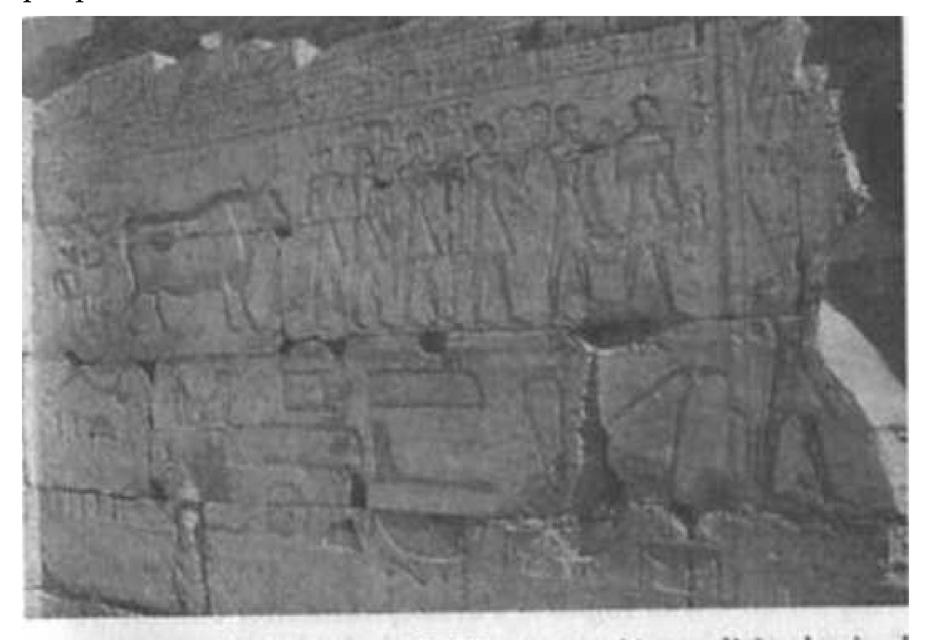
Una escena nos proporciona sin duda la clave de esta sala: se trata de la representación de la diosa del cielo, Nut, levantada por Chu, señor del espacio luminoso. En el reverso de la tapa del sarcófago, que estaba en contacto con la momia, se grababa una figura de la diosa Nut. El cuerpo del difunto se unía con el cuerpo de su madre celestial, que le recibía en los paraísos eternos. Se advierte entonces que esta sala, que constituye el sanctasanctórum del cenotafio, no es sino la figuración simbólica del sarcófago que contiene el alma de Osiris. Aquí estamos en el cielo. Osiris, dios de los muertos y de los espacios subterráneos, encuentra así su lugar en las inmensidades cósmicas, regresando a la fuente de la que brotó.

El templo de Ramsés II

Del templo de Ramsés II, que se encuentra a la derecha del gran templo de Seti I, al noroeste, sólo quedan algunos vestigios. Sus techos, las partes superiores de los muros y el pilón han desaparecido. Subsisten, sin embargo, hermosísimos relieves. Los artesanos de Ramsés II consiguieron aquí un refinamiento en la expresión digno de los relieves del gran templo. El templo del hijo, aunque más pequeño que el del padre, probablemente no le iba a la zaga en perfección. La planta, sencilla, es

legible todavía: un primer pilón destruido, un primer patio, un segundo pilón, un segundo patio, una escalera que daba acceso a un pórtico, una primera sala hipóstila, una segunda sala hipóstila y un santuario que comprendía tres capillas.

Puesto que el primer pilón y el primer patio han desaparecido, se aborda el templo por un segundo pilón, muy degradado. El segundo patio se caracterizaba por la presencia de 26 pilares osiríacos. Algunos relieves admirables por su estilo muestran animales destinados a los sacrificios rituales, como el oryx o la gacela (animales del dios Seth), procesiones de portadores de ofrendas que llevan al templo los frutos de la tierra y desfiles de prisioneros procedentes del norte, los asiáticos, y del sur, los nubios. Dicho de otro modo, toda la tierra se reúne en el templo para hacer ofrenda a los dioses.



Abydos, templo de Ramsés II. Una procesión se dirige hacia el templo para llevar los productos más perfectos. Se advertirá la presencia de un buey cebado que evoca la abundancia y la riqueza, manifestaciones de la voluntad divina.

En el muro del pórtico, que cierra este patio, una escena especialmente interesante: una ceremonia de ofrenda cuyo protagonista es un toro florido. El animal, que encarna la potencia viril por excelencia y que es uno de los símbolos del faraón, que lleva una cola de toro en la parte posterior de su taparrabos, ha sido aquí pacificado, está tranquilo. En el mismo muro podemos ver nuevos portadores de ofrendas y otros desfiles de prisioneros.

El derrumbamiento de las partes superiores del templo decapitó las escenas que había en las dos salas hipóstilas y en el santuario. Una degradación tanto más lamentable cuanto los colores se han conservado admirablemente. Es preciso dedicar tiempo a descubrir este o aquel detalle y utilizar, especialmente, la luz del atardecer para fotografiar los numerosos personajes grabados en estas piedras tan maltratadas por el tiempo.

¿La muerte de Abydos?

En la XXVI dinastía —época saíta— todavía se erigen estelas en Abydos. El esplendor religioso de la ciudad sigue siendo considerable. Pero su declive, que comenzó en los reinados de los últimos ramésidas, se acentuó luego de modo irreversible. Faraones y Maestros de Obras se apartan del antiguo paraje para construir o embellecer otros templos en otros lugares. Paradójicamente, cuando Abydos va a sumirse poco a poco en el olvido, el culto de Osiris se extenderá por toda la cuenca mediterránea antes de llegar a regiones más lejanas. Podremos encontrar, incluso, la escena de la resurrección de Osiris en la fachada de la catedral de Gniezen, en Polonia, que data del siglo XIII. A fines de la civilización faraónica, Abydos es una pequeña ciudad olvidada. El pueblo se ha vuelto hacia otras divinidades, de

las cuales la más resistente al cristianismo será el malicioso enano barbudo, Bes. Mientras el silencio del desierto reina en el paraje de Abydos, Bes resiste a los monjes, les hace mil jugarretas, despliega todas las facetas de la magia para asustar a los intrusos. Bes no es un diablo ni un genio secundario: su nombre significa «subir», «iniciar», y es la última expresión de los misterios de Egipto que conocieron en Abydos una particular intensidad.

Abydos no morirá nunca. En primer lugar porque realizamos hoy la peregrinación prescrita a los antiguos; luego porque los misterios de Osiris fueron transmitidos a cofradías iniciáticas, como las de constructores de catedrales. La leyenda de Hiram, que con tanta precisión transcribió Gérard de Nerval en su *Viaje a Oriente*, es el núcleo de la iniciación al grado de Maestro Albañil del Rito Antiguo. Ahora bien, esta leyenda es una fidelísima trasposición de la leyenda de Osiris. El dios egipcio sigue así viviendo en su medio natural, la iniciación, aunque poquísimas logias sean conscientes de la inmensa herencia de la que son responsables.

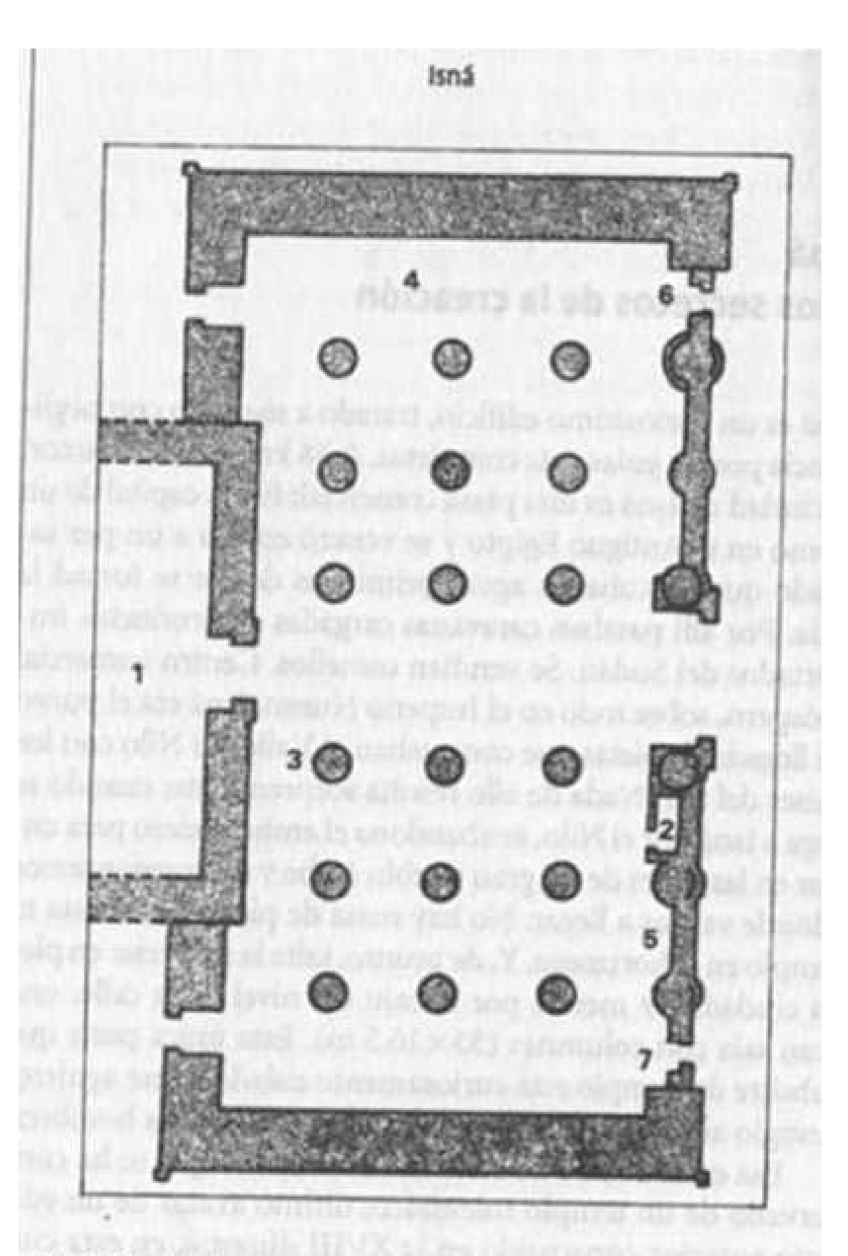

BES

Isná
y los secretos de la creación

Isná es un curiosísimo edificio, tratado a menudo con negligencia por las guías más completas. A 58 km al sur de Luxor, la ciudad de Isná es una plaza comercial; fue la capital de un nomo en el Antiguo Egipto y se veneró en ella a un pez sagrado que evocaba las aguas primitivas donde se formó la vida. Por allí pasaban caravanas cargadas de productos importados del Sudán. Se vendían camellos. Centro comercial próspero, sobre todo en el Imperio Nuevo, Isná era el punto de llegada de pistas que conectaban el Valle del Nilo con los países del sur. Nada de ello resulta sorprendente; cuando se llega a Isná por el Nilo, se abandona el embarcadero para entrar en las calles de un gran pueblo árabe y nos preguntamos adonde vamos a llegar. No hay masa de piedras a la vista ni templo en el horizonte. Y, de pronto, salta la sorpresa: en plena ciudad, a 9 metros por debajo del nivel de la calle, una gran sala con columnas (33 x 16,5 m). Esta única parte que subsiste del templo está curiosamente aislada en ese agujero, vestigio al margen del tiempo y del espacio de los hombres.

Esa extraña sala de columnas es todo lo que se ha conservado de un templo tolemaico, último avatar de un edificio anterior construido en la XVIII dinastía, en esta ciudad del dios carnero Khnum. Isná dormita. No veremos allí edificios modernos. Artesanos y comerciantes viven todavía al compás de los siglos pasados, están lejos del progreso. Todo parece aquí

cerrado, misterioso, encerrado en sí mismo. La fachada de la sala con columnas presenta muros que tapan la vista y la aíslan del profano. Los sacerdotes entraban por puertas laterales.



Descripción del plano

① Fachada de la sala de columnas.
② Sala pequeña de los perfumes y los vinos.
③ Ofrenda del torno del alfarero.
④ Caza con red.
⑤ Escenas de fundación.
⑥ Texto del cocodrilo.
⑦ Texto del carnero.

Los cristianos transformaron la sala en iglesia. Los árabes la habitaron y la rodearon de casas. A comienzos del siglo XIX, concibieron el proyecto de derribarla y utilizar las piedras para reparar el embarcadero de época romana. Finalmente, se consideró más oportuno utilizar el viejo edificio como almacén para el algodón.

En tan miserable estado descubrirá Champollion el templo en 1828. Hoy está ya despejado, y muchas sorpresas aguardaban a quienes iban a conceder cierta atención al lugar sagrado de la Latopolis de los griegos, llamada Ta-se-nit en egipcio y apodada «la Heliópolis del Alto Egipto».

Podía sospecharse la importancia del monumento sabiendo que Khnum era una de las imágenes del creador. Modelaba el mundo y los seres en su tomo. Una importante fiesta local celebraba la entrega del torno al divino alfarero. Tras la reconstrucción del templo por Tolomeo VI, los emperadores romanos sintieron un indudable afecto por Isná: en sus paredes puede verse a Claudio, Vespasiano, Tito, Domiciano, Nerva, Adriano, Antonino Pío, Septimio Severo, Caracalla. En ellas se evoca, incluso, una oscura historia romana, muy ajena a Egipto, la muerte de Ceta, asesinado por Caracalla. En la sala de columnas, construida en tiempos de Claudio (41-54) y cuya última inscripción data de mediados del siglo III d. J. C., se evocan misterios esenciales de la religión egipcia. Un texto explica además que la sala es una pétrea espesura de papiro, un conjunto de columnas florales que se elevan ante la majestad del dios camero Khnum, el buen pastor de los habitantes de la tierra. Se pasea por estas marismas y las contempla con júbilo. Aquí brota la vida, la vida en su aspecto vegetal; gracias a la presencia del dios, la prosperidad agrícola está asegurada.

Khnum, el carnero creador, tenía dos esposas; una reinaba sobre la campiña, la otra era una diosa-leona. El dios-hijo era Heka, en relación con la magia. En su torno, Khnum modelaba dioses, hombres, animales, pájaros, peces, vegetales. Había aparecido sobre un altozano de tierra batida cuando la tierra se hallaba aún en tinieblas; el cielo no había nacido y el suelo no se había solidificado aún. Aguas y cielo permanecían confundidos. Cuando el Creador abrió los ojos, brotó la luz y se organizó el cosmos. «Contó» su tierra santa, la ordenó de acuerdo con los números y colocó el universo en su templo. En su lago sagrado, el Carnero recibía el loto viviente, constituido por la simiente de los Ocho dioses primordiales. Pero Khnum debía utilizar también su poder contra las fuerzas de las tinieblas; cuando los hombres se rebelaban contra los dioses, Khnum sabía manejar el palo y el bastón para castigar a los enemigos de la luz.

Khnum no es el único dueño del templo. A su lado reina una misteriosa diosa, Neith, soberana de los dioses del cielo, de la tierra y del mundo intermedio. Primogénita de las divinidades, aparecida en los orígenes, su emblema son unas flechas cruzadas, trazos de luz que evocan también el tejido cuyo secreto posee. Soberana de la ciudad de Sais, en el Delta, su animal sagrado es el pez lates, símbolo de la resurrección; por otra parte, se ha encontrado en Isná un cementerio de peces. Sin duda por ello la diosa es una excelente nadadora se mueve en las aguas del Océano de los orígenes; «ella convirtió en luminosas las miradas de sus ojos y la claridad se hizo», explica un texto.



Isná. La sala hipóstila del templo de Neith, creadora del mundo por el Verbo.

Los textos de la sala de columnas de Isná tienen la función de revelar los misterios de la creación del mundo; en este edificio macizo, poco acogedor, poco espectacular, fue posible descifrar, no sin dificultades, algunos de los escritos jeroglíficos más esenciales y profundos. Gracias al trabajo de un egiptólogo francés, Serge Sauneron, muerto prematuramente en un accidente de circulación en Egipto, hemos podido apreciar la profundidad del pensamiento de los iniciados egipcios, hasta el último aliento de su civilización, y hemos podido comprender que la tierra de los faraones era la fuente del hermetismo y el esoterismo presentes en el cristianismo primitivo y en los tiempos de las catedrales.

Aunque parece de buen tono denigrar el grabado de la sala de columnas de Isná, considerado pesado y torpe, se está de acuerdo sin embargo en apreciar los capiteles de las 24 columnas y algunas de las escenas simbólicas. La más importante de

todas ellas es la entrega del torno de alfarero a Khnum (n.º 3 en el plano); está asociada a la fiesta del «levantamiento del cielo» que permite el nacimiento espontáneo de la luz y el aire. Al «despegarse», el cielo y la tierra permiten que la humanidad exista. Y, mucho más tarde, cuando a los galos sólo les dé miedo que caiga el cielo, harán implícita referencia a la tradición egipcia. Puesto que el dios Khnum está asociado a la diosa Neith, existe una fórmula para el establecimiento del torno cósmico en el vientre de los seres femeninos, que contendrá de este modo una matriz a imagen de los dioses.

La escena de la caza con red (n.º 4), muy difícil de descifrar por desgracia, forma parte del antiguo acervo de la religión egipcia. Las potencias maléficas, las energías negativas son así capturadas y no aniquiladas. Una vez dominadas, a los sabios les será posible liberar la luz que se ocultaba en ellas, bajo las tinieblas.

Las escenas de fundación (n.º 5) se integran en un ritual de tases inmutables: implantación de estacas tras la agrimensura, vertido de la arena en un foso, moldeado del primer ladrillo, utilización de la plomada, donación del templo a su verdadero dueño, la divinidad, listas escenas deben conectarse con las figuraciones del techo, donde se distingue un zodiaco, constelaciones y el circuito solar. El templo contiene el universo, se ha construido en función de sus leyes.

Dos curiosidades de Isná: un texto compuesto sólo por cocodrilos (n.º 6), y otro sólo por carneros (n.º 7). Se trata de juegos de escritura, verdaderos rompecabezas que no han sido descifrados aún.

Ciudad santa, villa de fiestas sagradas y misterios reservados a los iniciados que deseaban profundizar en los mecanismos de la creación, Isná estaba concebida como un taller donde las

fuerzas divinas daban la vida. Todos los seres proceden de un solo Padre, dicen los textos. El torno del alfarero cósmico funciona eternamente. Con sus siete palabras, Neith, varón y hembra a la vez, manifestado por la bóveda celeste, teje el mundo. Padre de los padres, Madre de las madres, el arquitecto divino que comenzó a ser en el inicio crea sin cesar por amor a la creación. Por ello crecen viñedos, flores, lotos; por ello la divinidad ha hecho luminosa la naturaleza que, día a día, teje su red de luz.

Edfu
o la omnipotencia de Horus

Dado su prodigioso estado de conservación, Edfu es el templo por excelencia. No es una causalidad que su protector, Horus, que es también el del faraón, velara con tanto celo por este edificio que nos ha llegado intacto.

Nos dirigiremos a Edfu saliendo de Luxor o de Asuán. Lo fundamental es prever el mayor tiempo de visita posible. Capital del segundo nomo del Alto Egipto, Edfu fue una ciudad importante y rica del Imperio Antiguo. Ciudad de Apolo, según los griegos, era la sede de Horus, simbolizado por un disco solar alado, o dicho de otro modo, de la luz en movimiento. Conocido por estos lugares con el nombre de Horus de Behedet, el dios es también halcón u hombre con cabeza de halcón.

La impresión que Edfu ofrece es sencillamente extraordinaria. Quedamos convencidos de que no falta ni una piedra, ni una escultura, ni un relieve. Ahí está el templo, junto a una ciudad moderna sin especial interés. Es esa masa enorme que nadie puede ignorar, ese territorio sagrado protegido por altos muros contra los cuales se quiebran las miradas profanas. Todo está preparado para funcionar. Bastaría con que la procesión de los sacerdotes apareciese, que los iniciados entrasen en el templo, y todo volvería a comenzar como ayer, se celebrarían de nuevo los ritos.



Edfu. El acceso al templo interior, custodiado por el halcón Horus que impide el acceso a los profanos.

Sin ninguna duda, Edfu es un milagro. Su conservación se debe a la magia de Horus, que veló por su templo preferido. Los racionalistas crean algo distinto. Para ellos, todo se explica por un largo período bajo la arena, durante el cual sólo las partes altas del edificio eran visibles. Los miembros de la expedición a Egipto, en 1798, comprobaron que algunos fellahs habían construido sus moradas en torno al templo e, incluso… ¡en el tejado! Edfu era entonces una especie de fortaleza en la que refugiarse durante las expediciones de los salteadores del desierto. Sólo en 1860 el francés Mariette comenzó a desenterrar Edfu, cuya

gran sala de columnas estaba cubierta hasta el nivel de los capiteles. Otro francés, Chassinat, se empeñó en otra tarea, mucho más gigantesca: copiar los largos textos que llenaron no menos de 15 volúmenes in-folio, la mayoría de los cuales, por desgracia, siguen pendientes de una traducción.

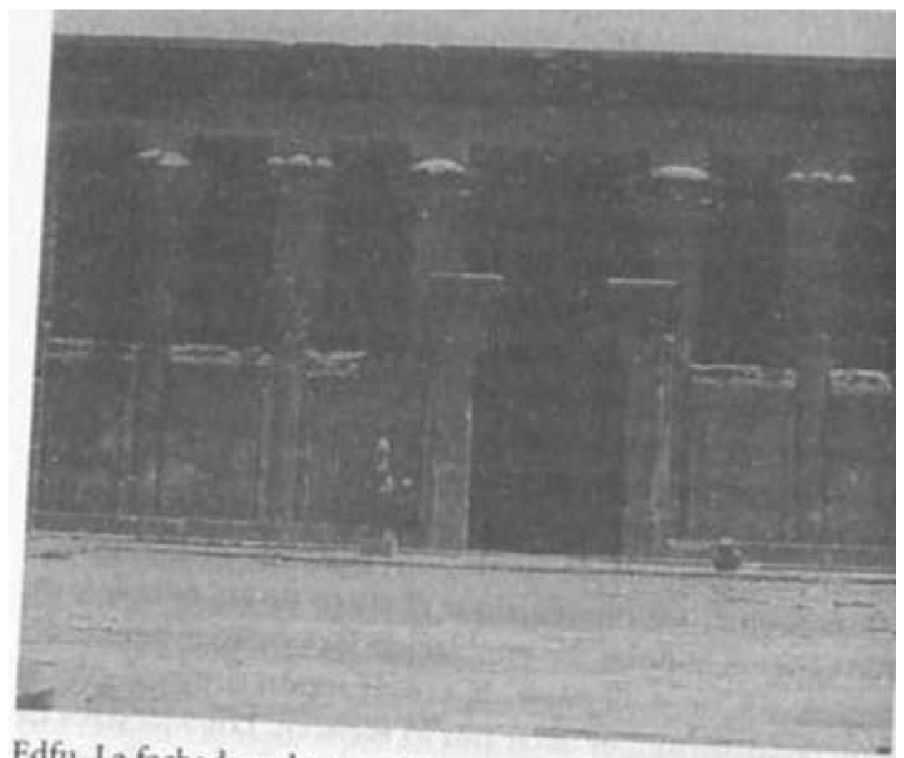
Edfu es el templo perfecto, el templo símbolo en toda su pureza. Nos lleva de la luz del mundo exterior al secreto del sanctasanctórum, a través de una sucesión de salas.

El gran templo, como hemos subrayado, está prácticamente intacto, salvo por algunos desperfectos en las cornisas. Le faltan dos obeliscos que precedían la entrada y los grandes mástiles para banderolas que adornaban la fachada. Por sus dimensiones (137 m de largo, 80 m de ancho) Edfu es el mayor templo de Egipto tras el inmenso complejo de Karnak. No olvidemos, sin embargo, que ese santuario era el centro de un conjunto sagrado cuyos otros elementos han desaparecido (los almacenes, las viviendas de los sacerdotes, los talleres) o están mal conservados (el mammisi).[26] El lago sagrado todavía no se ha despejado.

El paraje de Edfu siempre estuvo consagrado al halcón de Horus. Allí iba a posarse la rapaz, símbolo del dios. Allí estableció su área en la tierra de los hombres. El edificio actual es, por tanto, el último y el más vasto de una serie de monumentos levantados a la gloria del dios. La colocación de la primera piedra tuvo lugar el 23 de agosto de 237 a. J. C, bajo el reinado de Tolomeo III Evergetes, concluyendo la construcción en 57 a. J. C Durante dos siglos, Edfu fue la mayor obra de Egipto, afirmando la perennidad de Horus, dios nacional, en la época en que Egipto no era ya una gran potencia. Si conocemos esas fechas, conocemos también el nombre del arquitecto: un tal Imhotep, cuyo nombre recuerda extrañamente el del sabio Imhotep, creador de la pirámide escalonada de Saqqara. ¿Hay algún mo-

do mejor de expresar que el gran antepasado, el patrón de todos los Maestros de Obras, presidió la elaboración del más perfecto de los templos? «Sostengo la cuña de madera y el mango del bastón del cetro —dice el rey Maestro de Obras—, durante la ceremonia de fundación; sostengo el hilo con la diosa Sechat; mi mirada sigue el curso de las estrellas; mi ojo observa la polar, he establecido las cuatro esquinas del templo». Como siempre, la construcción empezó por el sanctasanctórum, es decir por lo esencial. Los Maestros de Obras de la Edad Media conservaron esta tradición en la construcción de las catedrales. Por lo que se refiere a los escultores encargados de «ilustrar» las paredes con escenas rituales, siguieron un manual muy preciso cuyos distintos aspectos se conocen. El artesano egipcio, que nunca se consideró un artista «libre» de hacer lo que le placiera, era un auténtico creador porque respetaba la armonía divina.

La inauguración dio lugar a una de las más formidables fiestas nunca celebradas en el suelo de Egipto. Los corazones estaban jubilosos. Toda la población se unió al formidable acontecimiento. No se ahorró alimento ni bebida. Se vistieron suntuosas ropas de lino blanco. Buey, oryx, gacela, vinos de calidad estaban en el menú. En la ciudad florida flotaban aromas de perfumes preciosos, incienso u olíbano. Las jóvenes eran hermosas, nadie tenía ganas de dormir. Durante toda la noche se festejó a Horus y su templo.



Edfu. La fachada y el muro del gran templo de Horus, «castillo» del dios aislado del mundo profano.

Horus de Behedet es el dios celestial por excelencia. Es un inmenso pájaro cuyas alas tienen la envergadura del cosmos. Se posó en una carta, en el Océano primordial, en el origen de los tiempos. Con su mirada creó el mundo. Emprendiendo el vuelo, sobrevoló la tierra y, de pronto, se detuvo en el cielo. Acababa de reconocer el lugar donde deseaba que fuese edificado su templo: Edfu, que se convirtió en la «percha de Horus». Puesto que a los egipcios les gustaba concretar el símbolo hasta en sus aspectos más materiales, existía en Edfu un colegio para especialistas en la cría del halcón. Cada año, se elegía una de las rapaces para que se convirtiese en la encarnación viva del dios Horus. Se lo introducía ritualmente en su función, durante una

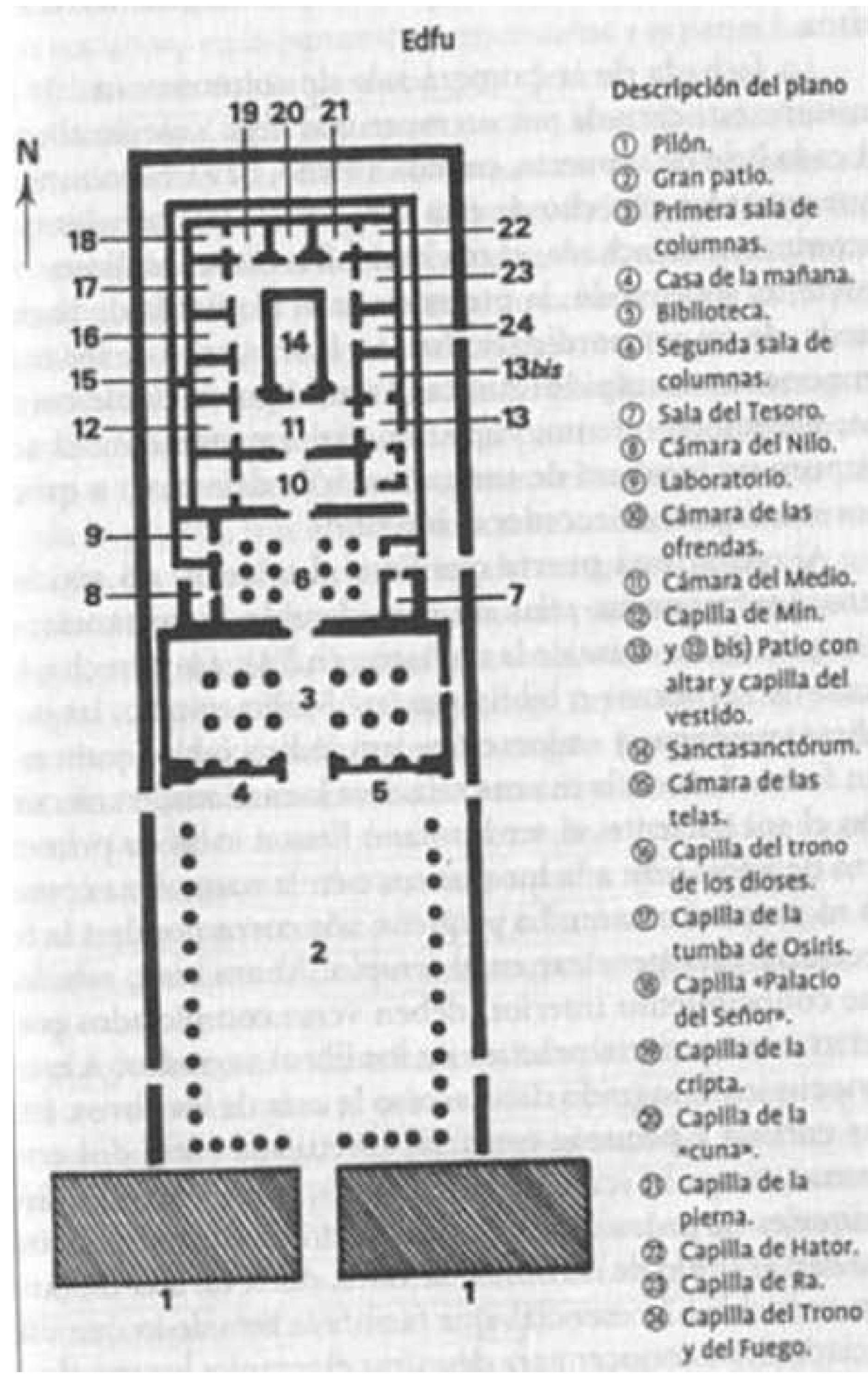
fiesta especial y se mostraba, desde lo alto del pilón, el halcón elegido por el dios para representarle.

En su estado actual, Edfu nos permite comprender la estructura de un templo egipcio completo en todas sus partes. Encarna el recorrido de un iniciado que parte de la puerta monumental de acceso, el pilón, atraviesa un patio al aire libre, entra en una sala de columnas, pasa por una segunda sala y avanza por el templo cubierto cuyo corazón es el sanctasanctórum, templo dentro del templo, rodeado por una especie de deambulatorio y de capillas.

Antes de llegar al templo, era preciso cruzar una muralla que ha desaparecido casi por completo. Por encinta de este muro sobresalía el pilón monumental, figuración en piedra de la montaña del horizonte donde se levantaba el sol. El pueblo tenía acceso al atrio que precedía a la puerta de acceso al edificio sagrado. Pero los profanos no podían seguir adelante. Allí se reunían, discutían, intercambiaban informaciones, se celebraban las fiestas, con muchos bailes y música. Allí se consultaban los oráculos. Se hacían preguntas a las estatuas de los dioses, que movían la cabeza para decir «sí» o «no». Se iba también a presentar quejas ante un tribunal que actuaba al aire libre, ante las puertas del templo, allí donde se protegía a los débiles contra los poderosos y donde se escuchaban sus quejas.

El pilón (n.º 1 en el plano) está constituido por dos grandes torres entre las cuales se abre una puerta, cerrada antaño por batientes de madera. Las dos torres son las montañas del horizonte por entre las que se levanta el sol. Por lo demás, está muy presente en Edfu, en forma de un sol rodeado por dos serpientes-uraeus que lo protegen contra las fuerzas negativas. Por encima, un «balcón de aparición» donde los sacerdotes presentaban a la muchedumbre el halcón elegido anualmente para en-

carnar al dios. Se accede a él por una escalera interior, pues ambos macizos del pilón están huecos y albergan varias cámaras distribuidas en cuatro pisos. En la fachada exterior de las torres del pilón, se distinguen perfectamente unas ranuras que servían para alojar los grandes mástiles de madera sujetos por zarpas de metal. Escena esencial: la victoria del rey sobre sus enemigos, a los que derriba ante Horus y en honor del dios. Pero el faraón no es sólo jefe de guerra, también «ilumina» a sus adversarios desde el interior, los alumbra como tinieblas. Pues él es el heredero de los dioses, el que mantiene el equilibrio del mundo como exige el principio de luz. El faraón dirige a Horus estas palabras: «Toro, oryx, caza acuática y todos quienes te son infieles, arden en tu altar y tú abrevas con vino, cerveza, bebidas fuertes, ritualmente puros». Por lo demás, lo vemos en el lado oeste, consagrando estos animales que se asimilan a los enemigos de la luz.


Edfu
N
19 20 21
18
17
16
15
12
9
8
22
23
24
13bis
13
14
11
10
6
7
3
4
5
2
1
1
Descripción del plano
① Pilón.
② Gran patio.
③ Primera sala de columnas.
④ Casa de la mañana.
⑤ Biblioteca.
⑥ Segunda sala de columnas.
⑦ Sala del Tesoro.
⑧ Cámara del Nilo.
⑨ Laboratorio.
⑩ Cámara de las ofrendas.
⑪ Cámara del Medio.
⑫ Capilla de Min.
⑬ y ⑬ bis) Patio con altar y capilla del vestido.
⑭ Sanctasanctórum.
⑮ Cámara de las telas.
⑯ Capilla del trono de los dioses.
⑰ Capilla de la tumba de Osiris.
⑱ Capilla «Palacio del Señor».
⑲ Capilla de la cripta.
⑳ Capilla de la «cuna».
㉑ Capilla de la pierna.
㉒ Capilla de Hator.
㉓ Capilla de Ra.
㉔ Capilla del Trono y del Fuego.

Pasemos entre las dos torres del pilón y crucemos la puerta. Desembocamos en un gran patio (n.º 2). Una columnata lo bordea por tres de sus lados. Al fondo, la fachada de la primera sala de columnas. Éstas son vegetales. Aquí nos encontramos al aire libre, en la marisma de los orígenes donde nacieron las primeras formas de vida. El halcón acudía a retozar y a buscar presas. El patio estaba lleno de exvotos y estatuas dedicadas por los particulares y acogidas de ese modo en el interior del templo para representarlos ante el dios. Los profanos que no tenían acceso a los misterios podían beneficiarse, así, del culto. Sus nombres vivían, participaban indirectamente en los ritos.

La fachada de la primera sala de columnas (n.º 3) es austera: está cerrada por un muro que llega a media altura. A cada lado de la puerta, cerrada antaño, hay tres columnas que aguantan el techo de esta sala. En los seis paneles que acompasan la fachada, el rey hace ofrendas a los dioses. Se advierte, sobre todo, la presencia, a la izquierda de la entrada, de un extraordinario halcón Horus, uno de los más imponentes esculpidos nunca. Tocado por la doble corona, permanece atento, vigilante, casi amenazador. El ser impuro no escapará de sus garras. Sólo deja pasar a quienes son dignos de acceder al interior.

Al cruzar esta puerta que lleva al interior, no olvidemos dos pequeñas salas de considerable importancia: a la izquierda, la «casa de la mañana» (n.º 4): a la derecha, la «casa de los libros» o biblioteca (n.º 5). En egipcio, las palabras «mañana» y «adoración» son indisociables, pues están formadas con la misma raíz. Por la mañana, en efecto, con el sol naciente, el ser humano lleva a cabo su primer acto de adoración a la luz que nace en la naturaleza como en su propio corazón. La pequeña sala corresponde a la fe necesaria para penetrar en el templo. Ahora bien, esta fe, este conocimiento interior, deben verse completados

por cierto saber y cierta práctica de los libros sagrados. A este conocimiento sagrado daba acceso la casa de los libros. En esta curiosa y pequeña estancia, apretujada entre dos columnas, como la «casa de la mañana», no se encontrarán anaqueles cargados de libros sino columnas de jeroglíficos que dan el título de las obras. Se trata, pues, de una biblioteca reducida a lo esencial, que facilita la lista de lo que un iniciado debe conocer para descifrar el templo: los rituales, los tratados de observación del Cielo, la obra que describe el recorrido cósmico de la barca solar, el manual de decoración del templo, el libro de las fiestas, el del culto, y el tratado de geografía sagrada. Detalle esencial: más del 80 por ciento de estos títulos exigen una luz artificial para ser descifrados. Quiere decir esto que los libros sagrados estaban «ocultos» en la penumbra, reservados a quienes hacían el esfuerzo necesario para comprenderlos.

Las jambas de la puerta recuerdan que, al cruzarla, entramos en el cielo: están adornadas con escenas cósmicas, divinidades celestiales, listas de horas del día y de la noche que permiten realizar acciones justas en el momento justo.

En el interior de la primera sala de columnas reina la penumbra. Las poderosas columnas parecen muy cerca unas de otras. Símbolos de los tallos de las plantas de la marisma primordial, sólo están iluminadas por la luz del cielo, procedente de aberturas practicadas en el techo. Una vez cerrada la puerta, tras el paso de los autorizados a entrar en el lugar, las tinieblas del interior del templo prevalecían sobre la claridad exterior. Acababan el parloteo y las pasiones, y sólo silencio interior y recogimiento. El iniciado dirigía sus pasos por los fulgurantes rayos de luz que iluminaban esta o aquella columna, según los momentos del día, descubría una a una las escenas de ofrendas.

Al fondo de la sala se abre un pasaje hacia la segunda fila de columnas (n.º 6), más pequeña que la anterior y cuyo techo es sostenido por doce columnas. Es una sala de festejos que comunica con tres pequeñas estancias de función muy concreta.

La primera, a la derecha, es la sala del tesoro (n.º 7). En ella se recuerdan los nombres de las regiones mineras de donde se extraían las riquezas indispensables para embellecer las estatuas divinas y los templos. A la izquierda de la sala, la cámara del Nilo (n.º 8), que aporta prosperidad inagotable. En el laboratorio (n.º 9) están inscritas recetas de perfumes y ungüentos con los que se cuidaban las estatuas divinas y se curaba a los humanos.

La segunda sala con columnas da a la cámara de las ofrendas (n.º 10) que comunica con las escaleras, una de las cuales lleva al tejado del templo. Viene a continuación la «cámara de enmedio» o sala de la Enéada (n.º 11), flanqueada a la izquierda por una capilla dedicada al dios Min (n.º 12) y a la derecha por un pequeño conjunto que comprende un patio con un altar y una capilla (n.º 13 y n.º 13 bis) donde se procedía a vestir al dios.

Delante de nosotros, el sanctasanctórum (n.º 14), un verdadero templo dentro del templo, rodeado de un corredor al que dan unas capillas. Ese misterioso corredor por el que circula la energía divina corresponde exactamente al deambulatorio de las catedrales de la Edad Media. Allí están inscritas escenas del mito de Horus, celebrando la victoria del dios sobre las potencias maléficas.

Dentro del sanctasanctórum, un altar sobre el que se depositaba la barca del dios precede a un naos de una belleza que corta el aliento. Aunque la estatua divina haya desaparecido, aunque no existan las puertas del naos, la Presencia sigue allí. El espíritu de Horus no ha abandonado su tabernáculo. La piedra de ese naos es extraña: diríase que desprende luz, que el granito

brilla en la oscuridad. El sanctasanctórum simbolizaba la colina primordial que emergió de las aguas en el origen del mundo: en resumen, es semejante a la pirámide del Imperio Antiguo o al corazón del cenotafio de Abydos del Imperio Nuevo, por poner sólo esos dos ejemplos. Siempre y en todas partes, desafiando el tiempo y el espacio, los egipcios aplicaron el mismo simbolismo viviente.

Cada una de las capillas dispuestas alrededor del sanctasanctórum tiene su propia función; una de ellas está especialmente consagrada a las telas, otras forman un pequeño templo osiríaco.[27] En el corredor y en el muro exterior del sanctasanctórum se desarrollan numerosas escenas que cuentan la leyenda del dios Horus, desde su nacimiento hasta su triunfo sobre todos sus enemigos, que son a la vez los de Egipto, los de su padre Osiris y los del hombre prudente.

Hay, aunque sea sólo en ese sanctasanctórum y sus capillas, una gran profusión de detalles correspondientes a un simbolismo y a una teología tan sutiles y profundas que toda una vida no bastaría para determinar todos sus aspectos. Tengamos presente sobre todo el recorrido iniciático que Edfu nos revela. Cruzamos primero la muralla de ladrillo, que separa el mundo de los dioses del de los hombres; luego descubrimos la mole del templo, el misterio, la ciudadela fortificada que repele a los enemigos de la luz. Nos presentamos ante el pilón, montaña de piedra donde se levanta el sol de la conciencia. Dignos de franquear la puerta, accedemos a un mundo nuevo, el gran patio, donde reina todavía una luz exterior. Viene luego la entrada en el templo cerrado, el descubrimiento de la luz interior. Nos dirigimos hacia la presencia divina. El techo del templo desciende, el suelo asciende. Aprendemos a hacer la ofrenda, pasamos por la «cámara del Medio» donde los dioses se nos revelan y

accedemos, por fin, al sanctasanctórum, o donde reina la Presencia.

El culto «regular», es decir cotidiano, comprendía tres servicios; el más importante era el matutino. El segundo se celebraba a mediodía, el tercero al anochecer. Por la mañana, se preparaban las ofrendas alimenticias. El sumo sacerdote, actuando en nombre del rey, penetraba en el sanctasanctórum y rompía el sello que cerraba las puertas del naos. Corrido el cerrojo, contemplaba la estatua donde se encarnaba la potencia divina que él despertaba «en paz» con fórmulas rituales. Alimentaba esa potencia, la vestía, la incensaba. Luego cerraba de nuevo las puertas del naos, se alejaba de espaldas y borraba las huellas de sus pasos. El silencio reinaba de nuevo en el sanctasanctórum. A mediodía, el naos permanecía cerrado. Se renovaban aspersiones y fumigaciones. Al anochecer, se procedía a una purificación con el incienso y se celebraba un ritual de ofrenda. La divinidad iba a enfrentarse con las tinieblas, el mundo y la existencia humana eran cuestionados de nuevo hasta el siguiente amanecer.

Edfu es también la fiesta en los múltiples aspectos que nos dan a conocer los textos del templo. Hemos evocado ya la fiesta de la coronación del halcón, que corresponde a la vez a la consagración del faraón vivo, protegido por Horus, y a la encarnación, renovada arto tras arto, del espíritu del dios en su animal sagrado presentado a la población.

Esta coronación del halcón era indisociable del Arto Nuevo, fiesta en la que se revelaba la potencia viva de la Luz que residía en «el palco del halcón». Al cambiar el arto, el mundo corría el riesgo de regresar al caos. Al final del ciclo la potencia divina en la tierra estaba agotada, al menos en sus manifestaciones terrenales. Las estatuas estaban «vacías» de energía, de modo que es

necesario recargarlas. Para conseguirlo se celebraba el rito de la «unión con el disco solar». Una gran procesión, llevando las estatuas divinas, subía al tejado del templo el día de Arto Nuevo. A la cabeza, el rey y la reina seguidos por unos sacerdotes llevando máscaras con la efigie de los dioses y por nueve sacerdotes encargados del naos. Se dirigían hacia el «quiosco de la regeneración», en la esquina nordeste. La luz del Nuevo Arto iluminaba entonces las estatuas de piedra, transformándolas en seres vivos.

La fiesta de la victoria recuerda la lucha de Horus contra Seth. Cada arto, los sacerdotes representaban un drama litúrgico en el que hacían el papel de los dioses. Se utilizaba el lago sagrado, identificado con la marisma primordial habitada por una temible criatura, el hipopótamo de Seth, que perturbaba la paz y el equilibrio del mundo. Para lograr que esta situación cesara, se organizaba una expedición. Encabezada por Horus, como arponero. La misión es arriesgada. El hipopótamo macho es muy peligroso durante un combate. La madre de Horus, Isis, está muy inquieta pero alienta a su hijo: de su combate depende la suerte del universo. Horus combate y triunfa. Con su arpón golpea diez veces al hipopótamo, que alcanza cada vez en un órgano vital. Las puertas del cielo se abren para Horus, Egipto queda purificado del mal. Se celebra el regreso triunfal de Horus, el hipopótamo es despedazado.

La fiesta del nacimiento del joven dios se celebraba en el mammisi; allí salía a la luz, con la protección mágica de las divinidades, un joven dios Horus encargado de reunir las Dos Tierras, el norte y el sur. El faraón, por su parte, era identificado en su misión de mediador. Cada año volvía a ser joven, contemporáneo del origen de los mundos, amamantado de nuevo por la diosa-madre que le ofrecía el líquido nutricio del universo.

La fiesta de las bodas sagradas de Horus de Edfu y Hator de Dendera, llamadas de «la perfecta unión», era motivo de gran alegría. Al final de un viaje en barca, Hator iba a pasar dos semanas de festejos con su divino esposo, ofreciendo así un período de vacaciones a los campesinos. Horus y Hator se dirigían al desierto, al lugar donde reposaban los dioses «muertos» en los orígenes de la creación; los devolvían a la vida durante la fiesta, obteniendo de ellos la alegría en el corazón de los hombres y la prosperidad de los cultivos.

Numerosos sabios vivieron en aquel lugar privilegiado. Uno de ellos fue muy celebre: Isi, que vivió en el Imperio Antiguo, bajo el reinado del faraón Teti. Visir, por lo tanto primer ministro y el personaje más importante del Estado después del rey, Isi fue un juez equitativo que nunca pronunció una mala palabra contra nadie, siempre dijo la verdad, hizo el bien y veló para que todo el trabajo ordenado por el faraón se ejecutara correctamente. Por razones que ignoramos, este grandísimo personaje terminó sus días en Edfu, lejos de la capital. Sorprendió a la población por su nobleza de corazón y su prudencia, hasta el punto que fue beatificado y venerado como un dios. Edfu, es cierto, fue un paraje privilegiado para la revelación de los misterios. Y no podríamos concluir mejor nuestra breve visita al templo de Horus sino con estos extractos de la «regla de los iniciados», grabada en los muros del edificio: «Todos vosotros que tenéis acceso ante los dioses, todos vosotros que estáis en servicio mensual en el templo de Horus, el gran dios, señor del cielo, volved vuestros rostros hacia esa casa donde Su Majestad os ha colocado. Avanza por el cielo, pero ve lo que pasa aquí abajo. Está satisfecho de vosotros cuando todo está de acuerdo con la regla. No hagáis iniciación abusiva: no penetréis en el templo en estado de impureza; no digáis mentiras en esta morada; no estéis ávidos de bienes; no digáis lo que es inexacto; no aceptéis

la corrupción; no hagáis diferencia entre un pobre y un hombre poderoso; no añadáis al peso y a la medida, sabed disminuir más bien; no os toméis libertades con el celemín; no reveléis lo que hayáis visto en los misterios de los templos; no os arriesguéis a robar los bienes del dios; guardaos de concebir en vuestros corazones un pensamiento profano. Más rico de beneficios es un instante pasado al servicio de Dios que toda una existencia de opulento».

En función de esta regla de sabiduría vivieron en Edfu hombres de excepcional calidad, colocados bajo la protección del halcón divino.

Kom Ombo, la alianza del halcón y el cocodrilo

Kom Ombo es un templo de la época tolemaica que sucederá a algunos edificios anteriores; es sobre todo un paraje único en Egipto. En la orilla derecha, a 50 km al norte de Asuán, se levanta sobre un promontorio un edificio de piedras doradas por el sol. Es un templo-acrópolis que domina el Nilo con toda su majestad, el lugar santo de la antiquísima ciudad de Ombos (en egipcio Nubit), la ciudad del oro, cuyo señor era el temible dios Seth. Adosado a una duna de arena, Kom Ombo, construido con gres muy claro, tiene realmente el color y el calor del oro. Ofrece una arquitectura que, a pesar del deterioro sufrido, sigue siendo grandiosa. Cierto es que el templo actual, que sustituye a un edificio de Tutmosis III, no fue desenterrado hasta 1893, lo cual le conservó una especial calidad de piedra.

La región de Kom Ombo ofrece cultivos de naranjos y de caña de azúcar. Muchos nubios se instalaron en esta zona, obligados a abandonar su país sumergido tras la inauguración de la gran presa de Asuán. Nubit, ciudad sagrada donde se trabajaba el oro que formaba la carne de los dioses (el nombre de Nubit procede del verbo *nebí,* «fabricar, crear»), no apareció en la historia hasta el Imperio Nuevo. Perfectamente de acuerdo con el carácter guerrero del dios Seth, Nubit se convirtió en una posición estratégica importantísima para el ejército egipcio. El promontorio era una atalaya perfecta para controlar el ir y venir de los bajeles, de modo que Kom Ombo adquirió el valor de un segundo «cerrojo» en el curso del Nilo, después de Asuán. La ciudad era también un centro co-

mercial y agrícola, especialmente para los intercambios con Nubia. Gozó de cierta prosperidad bajo los Tolomeos. Pero el templo siguió siendo, ante todo, una fortaleza sagrada, un vigía de piedra destacando contra el azul del cielo.


Kom Ombo. El templo, verdadera acrópolis sagrada que domina el Nilo y las tierras cultivadas.

Fueron, por otra parte, los infantes y jinetes, que formaban parte de las tropas acantonadas en el distrito de Kom Ombo, quienes cooperaron decisivamente en la construcción, en tiempos de Tolomeo V, de un nuevo templo en honor de Apolo, el equivalente griego del dios Horus el Viejo. Este temible halcón tenía el carácter triunfante y guerrero que convenía a los soldados. El edificio fue construido y financiado sin la intervención directa del Estado, respondiendo a las necesidades de una comunidad provinciana,

económicamente autónoma. Naturalmente, los soldados recurrieron a especialistas y a iniciados para realizar la obra arquitectónica y simbólica del templo. Sin duda las legiones romanas actuaron de modo similar en Europa, al favorecer el culto a Mithra, un candidato tan serio contra el cristianismo que estuvo a punto de suplantarlo.



El emplazamiento de Kom Ombo se beneficia de una leyenda particular, relacionada con su carácter dual: así, veremos que los dioses reinan en este templo. Se ha dicho que dos hermanos ejercían su autoridad sobre la ciudad de Nubit. Uno era bueno, el otro malvado. Éste se las arregló para expulsar al que buscaba la armo-

nía y la paz. Pero la población se negó a obedecer a un mal señor, prefiriendo el exilio y siguió en bloque al hermano bueno. Al quedar solo, el malvado se dio cuenta de que su nuevo poder de nada le servía, pues le era imposible, contando solamente con sus dos brazos, cultivar los campos. No se dio por vencido. Su mente retorcida no carecía de intenciones pérfidas. Recurrió a la magia negra con la espantosa idea de utilizara los muertos para convertirlos en esclavos. Efectivamente, fabricó, unos gólems, pero no pudo dominarlos. Éstos, en vez de convertirse en campesinos, se enojaron por haber visto turbado su reposo eterno y sembraron granos de arena en los cultivos. La tierra se volvió estéril y el desierto invadió los campos. Es fácil reconocer a Seth en el hermano malo y a Horus en el bueno. Horus se va, pues Seth, como cualquier gran divinidad, debe tener sus dominios; los de la soledad, el desierto, la sequedad, la aridez de una potencia que, mal utilizada, trae la muerte.

Lugar de luz, Kom Ombo es también un paraje peligroso en el que reinan fuerzas difíciles de controlar. Tutmosis III tradujo esa realidad en forma de una dualidad, Horus el Viejo y Sobek, un halcón y un cocodrilo, cada uno de los cuales encabeza una tríada[28] y se reparten el templo. Las dos divinidades eran, por otra parte, igualmente poderosas y terroríficas. Horus, halcón cuyas zarpas desgarran al adversario, de inigualable velocidad de ataque, aparecía en el ciclo para matar a los enemigos del faraón. Cuando Ra, luchando contra las potencias del mal, buscó un dios para exterminar a sus adversarios, la respuesta de su divino escriba, Thot, fue clara y precisa: había que recurrir al halcón de Kom Ombo, capaz de expulsar la desgracia de toda la tierra. Este feroz combatiente era, también, un sanador, especialista del ojo; era capaz de reconstruir el ojo divino, cuyas partes estaban dispersas, con instrumentos quirúrgicos que hallaremos representados en uno de los bajorrelieves del templo.

En Kom Ombo, el halcón, que reina sobre la mitad norte del templo, se ve obligado a entenderse con un cocodrilo, encarnación del dios Sobek, dueño de la mitad sur del edificio. Cerca del templo, un cementerio de cocodrilos momificados recuerda que se alimentaba con miel y carne a esos temibles saurios, venerados en este lugar. La velocidad de intervención y la agresividad del cocodrilo en el agua igualan a la del halcón en los aires.

Pero el halcón Horus y el cocodrilo Sobek no son sólo depredadores. Ambos son aliados del sol en su diario combate contra las tinieblas. La potencia luminosa es, unas veces, el halcón en el aire y otras el cocodrilo en el agua. Horus extirpa el mal de la tierra, da aire para respirar, luz para que todo crezca; Sobek, brotando del Océano primitivo, es una «gran forma secreta». Fue amamantado por una diosa y se ha hecho tan robusto que puede llevar sobre sus lomos a todos los seres. Contribuye a la resurrección de los muertos y hace subir el agua de la crecida para que la tierra sea fértil.[29]

Más que un templo doble, Kom Ombo es un templo coherente en sí mismo, aunque consagrado a la dualidad halcón/cocodrilo: dos entradas, dos corredores misteriosos rodeando el naos, pasajes dobles entre las partes del edificio, dos tipos de culto en el sanctasanctórum dividido en dos partes separadas por un naos. Esta dualidad no es disociación ni oposición. Ambas divinidades están presentes una al lado de la otra y, más aún, una es honrada en la parte del templo consagrada a la otra y viceversa.

Ambos dioses son el sol y la luna, los dos ojos del rostro del Creador: indiscutible dualidad que vive, sin embargo, como una unidad en la mirada.

El templo tolemaico que ha llegado hasta nosotros se halla, por desgracia, muy deteriorado. Sólo subsisten parte de la muralla, algunas columnas y distintos elementos del pilón del pronaos, de las capillas y del mammisi (n.º 2), templo del nacimiento del dios-hijo, destruido en gran parte por las crecidas del Nilo. Había en Kom

Ombo una notable instalación hidráulica; en un pozo muy profundo aparecía el agua de la crecida, ofreciendo al templo un líquido puro y regenerador, que procedía directamente del Océano que rodea la tierra.



Kom Ombo. Relieve tolemaico que muestra, especialmente, a uno de los señores del templo, el dios Sobek con cabeza de cocodrilo.

Al sur del gran patio, a la derecha del templo, una capilla de la diosa Hator (n.º 3); en correspondencia, al norte del sanctasanctórum, en la esquina opuesta, una capilla consagrada a su esposo, Sobek. En este templo, exactamente como ocurre en el cuerpo humano, todo es cruce y dualidad. La capilla de la diosa contiene momias de su marido el cocodrilo.

Del pilón (n.º 4) que conforma la puerta monumental del templo, con una entrada para Sobek y otra para Horus, sólo quedan algunas piedras. Podremos ver la triada de Sobek, al rey haciendo ofrenda y saliendo de su palacio, seguido por unas insignias. Éstas son signos de poder, expresiones concretas de divinidades de todo el país que van a rendir homenaje a los señores del templo.

El centro del gran patio (n.º 5), rodeado de columnas hoy destruidas, lo ocupa un altar de sacrificio; sobre el enlosado, a ambos lados de este altar, unas pilas de granito recogen la sangre de las víctimas. También ahí hay presencia del número Dos que se encuentra en la fachada de la primera sala de columnas (n.º 6): doble puerta, con doble purificación del faraón por Horus, protector de la realeza, y Thot, señor de los ritos, ante Sobek y Horus el Viejo. Debidamente acogido y reconocido por los dos señores de Kom Ombo, el faraón penetraba en la primera sala de columnas (n.º 7) donde el rey, representado por las representaciones cosmológicas desarrolladas en el techo, reconoce la soberanía de las dos tríadas divinas en el mismo templo. Es, además, coronado dos veces: la primera, en presencia de Sobek y de su familia; la segunda, en presencia de Horus y su propia familia. El faraón, rey del Alto y el Bajo Egipto, del Sur y del Norte, es también el símbolo de una dualidad que deviene unidad en su persona, como los dos ojos de un mismo rostro.

En la segunda sala de columnas (n.º 8), de tamaño más pequeño que la anterior, los textos recuerdan que el templo es un libro sagrado cuyos muros son otras tantas páginas cubiertas de jeroglíficos. Aquí se revela una parte de la Regla del Templo, con el calendario de las fiestas que deben celebrarse, la ordenación de los ritos, el nombre de las fuerzas divinas, la lista de los lugares santos de la provincia. Escena esencial de esta sala, donde prosiguen las escenas de purificación y coronación: el dios Horus el Viejo entrega una espada al faraón. Ello le convierte en caballero antes de tiempo, garantizándole la victoria sobre sus enemigos. La espada es un rayo de luz que dispersa las tinieblas.

Vienen a continuación tres pequeñas salas que preceden al sanctasanctórum. En la primera (n.º 9), el rey crea el templo. Le ayuda la misteriosa diosa Sechat, que protege la Casa de la Vida y posee la estrella de siete puntas, colocada sobre su cabeza. Ella,

con su colega masculino, Thot, detenta el ritual de fundación que se practica desde el alba de la civilización.

La segunda sala pequeña (n.º 10) es la de las ofrendas, con indicación de un calendario ritual escrito sobre las paredes. De allí salía una escalera que subía hasta el tejado, donde se celebraba el Año Nuevo y la unión con el disco solar para regenerar las estatuas de culto por medio de la luz. Éstas se guardaban precisamente en la tercera sala pequeña (n.º 11).

Del sanctasanctórum y de las capillas que lo rodeaban, queda por desgracia, poca cosa. Se sabe que un muro lo dividía en dos; a la izquierda, al norte, el dominio de Horus el Viejo; a la derecha, el de Sobek. Ambos dioses están representados, por lo demás, entre las dos puertas del santuario. Sobek tiene las carnes verdes, pues es el señor de las aguas; Horus, señor del aire, es azul. Ambos participan en la fiesta de regeneración del faraón.

Paseando por las ruinas del fondo del templo, se descubrirá un sistema de criptas, unos bloques dispersos y unas inesperadas escenas, como la doble diosa Nut, símbolo del cielo, sobre cuyo cuerpo circulan el sol y la luna. Destaca, sobre todo, un relieve único en su género (cara interior de la segunda muralla, escena en el extremo norte): en tres registros superpuestos, una imponente representación de 18 instrumentos quirúrgicos, entre los cuales es fácil reconocer pinzas, garfios, tijeras, legras y, también, una balanza y unos ojos de Horus. Se trata del botiquín quirúrgico de un especialista divino, Horus el Viejo en persona, encargado de curar el Ojo divino, herido en este mundo. Las partes constituyentes de este Ojo fueron dispersadas por la locura, la vanidad y la avidez de los hombres. Para que el mundo tenga sentido y los sabios puedan «verlo», es necesario reconstruir el Ojo divino y devolverle la vida, la fuerza y la salud. Difícil trabajo, en verdad, que requiere la experiencia de un facultativo de alto nivel: ¿y quién más eficaz que un dios halcón de penetrantes ojos?

La cirugía egipcia, había alcanzado un nivel notable en la vida cotidiana. Por desgracia, sólo se han conservado algunos tratados, el más sorprendente de los cuales, en el plano técnico, está consagrado a la ginecología. En Kom Ombo no se trata sólo de curar lo humano, sino también de restaurar los ojos divinos, el sol y la luna a través de los cuales el Creador contempla y anima su obra.

* * *

Kom Ombo, ciudadela sagrada, es uno de esos lugares de poder donde la vigilancia de las potencias de lo alto se ejerce sobre la tierra de los hombres. En esta ciudad del oro espiritual, un halcón y un cocodrilo establecieron un pacto de alianza para que su potencia fuera creadora de esplendor. Sin duda ahí tenemos una soberbia enseñanza egipcia, digna de la belleza de las piedras del templo.

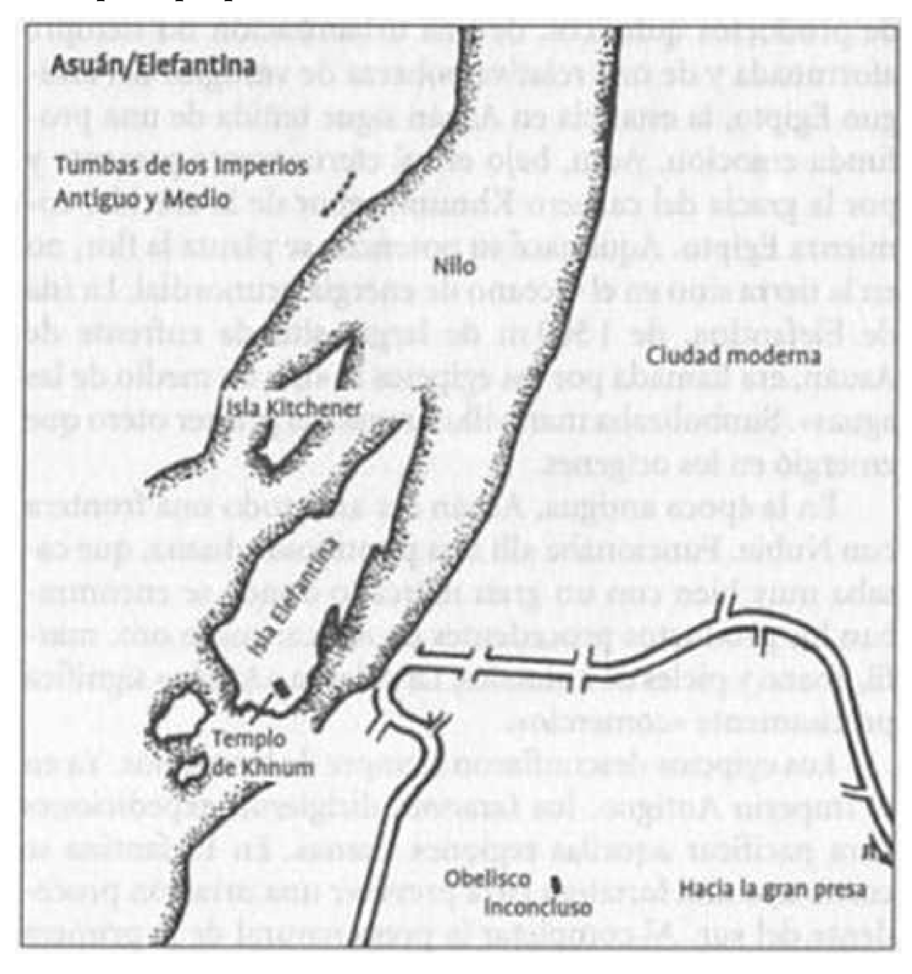
Asuán, el país del fin del mundo

Situada a 947 km al sur de El Cairo, Asuán es la ciudad más meridional de Egipto. Aquí estaba la capital del primer nomo del Alto Egipto, la ciudad de Elefantina. Más al sur comienza realmente África, con las regiones nubias. Hoy, Asuán es sobre todo la ciudad de la Gran Presa. Quiere ser moderna, mirar hacia el porvenir. A pesar de las fábricas de productos químicos, de una urbanización no siempre afortunada y de una relativa pobreza de vestigios del antiguo Egipto, la estancia en Asuán sigue teñida de una profunda emoción. Aquí, bajo el sol eternamente presente y por la gracia del camero Khnum, señor de la crecida, comienza Egipto. Aquí nace su potencia, se planta la flor, no en la tierra sino en el Océano de energía primordial. La isla de Elefantina, de 1 500 m de largo, situada enfrente de Asuán, era llamada por los egipcios la «isla en medio de las aguas». Simbolizaba maravillosamente el primer otero que emergió en los orígenes.

En la época antigua, Asuán era ante todo una frontera con Nubia. Funcionaba allí una puntillosa aduana, que casaba muy bien con un gran mercado donde se encontraban los productos procedentes de África; como oro, marfil, ébano y pieles de animales. La palabra «Asuán» significa precisamente «comercio».

Los egipcios desconfiaron siempre de los nubios. Ya en el Imperio Antiguo, los faraones dirigieron expediciones para pa-

cificar aquellas regiones lejanas. En Elefantina se construyó una fortaleza para prevenir una invasión procedente del sur. Al completar la presa natural de la primera catarata, resultó ser una protección eficaz. El término «catarata» no debe inducirnos a error; pues no es en absoluto comparable con cascadas inmensas, se trata en realidad de una sucesión de rocas que hacen difícil la navegación, imposible incluso en ciertas épocas del año. El faraón Sesostris III, sin embargo, hizo excavar un canal para que pasaran los barcos.



El hecho esencial es que allí se encontraba la misteriosa caverna de donde nacía el Nilo. La gruta contenía una serpiente,

símbolo de los ciclos naturales, y un dios-Nilo de colgantes ubres, evocación de la fecundidad. Sujetaba dos vasos, uno que contenía agua celestial y el otro agua terrenal. Khnum ponía en marcha el proceso de la inundación fecundadora corriendo los cerrojos que mantenían cerradas las puertas de la caverna y levantando su sandalia, que contenía las aguas dispuestas a brotar. Los egipcios no consideraban el Nilo una simple corriente de agua, sino un río celestial que tenía su «doble» en la tierra, proporcionando así a los hombres una savia vital de origen cósmico. En la célebre «estela del Hambre» se evocan unos años difíciles durante los cuales no hubo crecida. De acuerdo con sus deberes, el faraón había tomado precauciones y hecho acopio de alimentos para la población. Sin embargo, la sequía continuaba y la hambruna amenazaba. Hubo que rendirse a la evidencia: había ocurrido algo grave. El sabio Imhotep se encargó de la investigación. Tras consultar unos viejos rituales, advirtió que no se habían respetado los textos sagrados y que el dios Khnum, y no era de extrañar, se sentía contrariado. Respetaron de nuevo la tradición y todo se normalizó, con el regreso de la crecida. Durante los reinados de Ramsés IV y Ramsés V, Elefantina fue el marco de un verdadero escándalo cuyos ecos conservaron los textos. Una banda compuesta por sacerdotes corruptos, escribas venales, bateleros, campesinos y algunos personajes más de sombrío aspecto, aterrorizaba a toda la región. Estos bandidos practicaban la extorsión, robaban los tesoros de los templos, maltrataban a la gente honrada que se atrevía a enfrentarse a ellos y violaban a las mujeres que les gustaban. Sus fechorías fueron tan graves que el poder central acabó preocupándose. Fueron detenidos y condenados. Sin embargo, parece que algunos se beneficiaron de rápidos indultos y no estuvieron mucho tiempo en la cárcel. En efecto, ocu-

paron importantes funciones administrativas como si se hubieran olvidado sus fechorías.



Asuán. Uno de los relieves más conmovedores de la necrópolis de Asuán es ésta en que un noble inmortalizó a su perro y a su perra preferidos.

Un escándalo de otro orden se produjo a finales del siglo v a. J. C. Desde hacía varios años se había instalado en la isla de Elefantina una colonia judía. Se produjeron entonces interesantes contactos entre la religión judía y la religión egipcia. Pero los judíos cometieron una falta grave, pues para honrar a su dios, Yahvé, le ofrecieron un cordero por familia durante la fiesta de la Pascua. Atroz crimen para los egipcios, puesto que mataban el animal sagrado del dios carnero Khnum. Es preciso saber que, en efecto, los egipcios sentían un gran respeto por las especies: en el nomo del dios cocodrilo estaba prohibido matar y comer cocodrilos; en el del carnero, teóricamente, no podían

consumirse los ovinos. Puesto que los judíos habían violado esta ley sagrada, la población, ofendida por semejantes sacrilegios, llevó a cabo una matanza y arrasó el templo de Yahvé.

La Isla de Elefantina

En este venerable lugar, morada del carnero Khnum, no se conserva entero ningún monumento. El gran templo de Khnum está reducido a unos pobres vestigios que es preferible admirar al ocaso, para apreciar su romanticismo. En la isla se levantaba también un templo en honor de Heka-Ib, un gran personaje de la VI dinastía. Los hallazgos realizados en la región están reunidos en el museo. Podrá contemplarse también el Nilómetro, célebre en la antigüedad. Es una escalera de 90 peldaños que incluye unas marcas que son graduaciones en codos que permiten medir la altura de la crecida.

El griego Eratóstenes procedió aquí, en el año 230 a. J. C., a medir la circunferencia de la Tierra. En el solsticio de verano, a mediodía, el cuadrante solar no daba sombra alguna. En el mismo momento, en Alejandría, producía una sombra de 1/50E de circunferencia. La distancia entre las dos ciudades multiplicada por 50 dio la circunferencia terrestre: 36690 km.

Las tumbas de la orilla oeste

En la orilla izquierda del Nilo, frente al moderno Asuán, hay un acantilado con curiosos agujeros negros que atraen irresistiblemente la mirada. Son las entradas de las tumbas de notables de Asuán, que datan de finales del Imperio Antiguo y del Primer Período Intermedio. Los turistas raras veces lo visitan. Sin embargo, es una «expedición» interesante, donde se puede ex-

perimentar una intensa sensación de descubrimiento. Hay que atravesar el Nilo y trepar hasta esas tumbas, subiendo por el acantilado, bastante empinado, o saltando a lomos de un asno que unos guías árabes, salidos de ninguna parte, no dejarán de ofrecer al visitante en cuanto llegue a la orilla oeste.

Los hombres aquí enterrados eran en su mayoría aventureros y exploradores, temerarios a menudo, que no vacilaron en adentrarse en los desconocidos parajes del gran Sur para descubrir África. Sus «hipogeos», excavados en la piedra, se hunden profundamente en el acantilado, largos corredores bastante impresionantes tras una rampa bastante empinada que permitía izar el sarcófago desde la orilla. Pese a su aparente pobreza, estas tumbas inspiran un profundo respeto. Las rudas moradas de eternidad, talladas en la roca, estaban destinadas a hombres rudos que no rehuían ningún peligro. Los textos grabados en las tumbas nos informan de que abrían rutas comerciales. Algunos murieron en el camino, pero sus restos mortales eran devueltos a Egipto, pues nada había más horrendo para un egipcio que descansar lejos de su patria. Entre esos valerosos aventureros hay que citar sobre todo a Hirkhuf, que realizó varios viajes a Nubia y descubrió numerosas rutas, a veces a costa de graves enfrentamientos. Sin embargo, qué orgullo regresar a Egipto con 300 asnos cargados de incienso, ébano, aceite, pieles de pantera, colmillos de elefante, boomerangs. Hirkhuf llegó hasta la fértil región de Dongola, donde se desarrollaron las culturas de Kerma y Kuch. Hirkhuf, que hablaba varias lenguas africanas, llevó a cabo también expediciones no menos peligrosas por el desierto líbico. Con todo, su mayor título de gloria, a juicio del faraón Pepi II (que por aquel entonces era sólo un niño), fue haber traído… ¡un pigmeo! El joven Pepi II nunca los había visto. Como no ¿reía lo que le decían, prefirió verlo con sus propios ojos y dirigió una carta al explorador pidiéndole

con vehemencia que cuidara de aquel inesperado tesoro. Rogaron a Hirkhuf que velara por su pigmeo como si fuera el más valioso bien que nunca hubiese transportado. Lo acompañó en barco hasta la residencia real, despertando diez veces cada noche para cerciorarse de que la salud del pasajero seguía siendo buena. Sano y salvo, el pigmeo danzó para el joven rey cuyo corazón se llenó de alegría.

La más hermosa de esas tumbas es la de Sarenput I, fundador de un ilustre linaje de administradores bajo los cuales Elefantina gozó de gloria y prosperidad. Las representaciones del difunto conservan su colorido. Sarenput es uno de esos austeros personajes del Imperio Antiguo, de impresionante dignidad. Junto a él están su familia, sus animales domésticos, sus servidores, asociándose a su eternidad. La tumba, por otra parte, está más elaborada, e incluye un pórtico y un vestíbulo con columnas.

En estas soledades del acantilado de Occidente, en compañía de esos grandes personajes que se han reunido con la luz divina, es imposible no evocar el magnífico texto que se dirige a cada uno de nosotros: «Si aceptáis doblar el brazo en el gesto de la ofrenda, el día en que Elefantina está en fiestas, si pronunciáis mi nombre: éste es un servicio más útil para quien lo hace que para quien se beneficia de él; no produce fatiga alguna, se trata sólo de un soplo de aire de los labios».

Las canteras

Al este de Asuán se hallan unas célebres canteras de granito; el paraje alberga, además, otras clases de roca (gres, diorita, cuarzo). Los Maestros de Obra venían aquí a buscar el granito necesario para construir, del todo o en parte, los monumentos.

La distancia y las dificultades del viaje no contaban. Si se necesitaba granito, y aunque existiera cerca una cantera de caliza, se dirigían a Asuán.

En las canteras, el sol es implacable. Se refleja en las rocas, en un paisaje de absoluta aridez. Las difíciles condiciones de trabajo exigían especialistas muy cualificados para identificar las buenas vetas de piedra. Sufrieron sin embargo un fracaso: un fracaso espléndido, en verdad, que puede contemplarse aún. Se trata de un obelisco llamado «inconcluso» de una longitud de 42 m y un peso aproximado de 1 200 toneladas. Al parecer se produjo un incidente, sin duda una grieta en el granito, y se abandonó allí la gigantesca piedra que habían comenzado a desprender. Tal vez un temblor telúrico interrumpió el trabajo de los canteros, haciendo que el obelisco dejara de ser digno de erigirse en un templo.


KHNUM

Filae,
santuario de Isis la maga

Filae, «la perla de Egipto», «la isla encantada», es el lugar más mágico de Egipto. La isla es el dominio de Isis, la mayor de las magas, la diosa cuyos misterios fueron difundidos por toda la cuenca mediterránea y encontraron su último refugio en el Occidente cristiano. Antes de la construcción de la primera presa de Asuán, los viajeros no escatimaban elogios a la encantadora belleza del paraje, pero la presa fue la desgracia de la isla, que estuvo desde entonces sumergida varios meses al año. Sólo las partes altas emergían del agua, de diciembre a junio, y podía temerse en muy breve plazo la degradación de los monumentos que habían resistido la prueba del tiempo. Pierre Loti, al escribir *La muerte de Filae*, llora sobre el fin cierto del edificio ofreciendo una visión romántica de las barcas navegando entre capiteles, extrañas imágenes de pilones de piedra que parecen islotes; pero, en 1960, un peligro moderno amenaza a la infeliz Filae: la construcción de una segunda presa, más importante que la primera. En cuanto esté terminada, el templo desaparecería definitivamente. Además, las variaciones del nivel del agua descoyuntarían las piedras.

Esta vez, la comunidad internacional reacciona. Se decide desplazar el templo. En 1974 comienzan a desmontarlo. Los edificios abandonan la isla de Filae piedra a piedra para ser montados de nuevo en el islote de Agilkia, muy cercano y fuera del agua durante todo el año. El 10 de marzo de 1980 se celebra la inauguración, el segundo nacimiento del templo. Han colaborado veintidós Esta-

dos, se han desplazado 45 000 bloques de piedra, Agilkia ha sido remodelada para que se parezca a Filae.

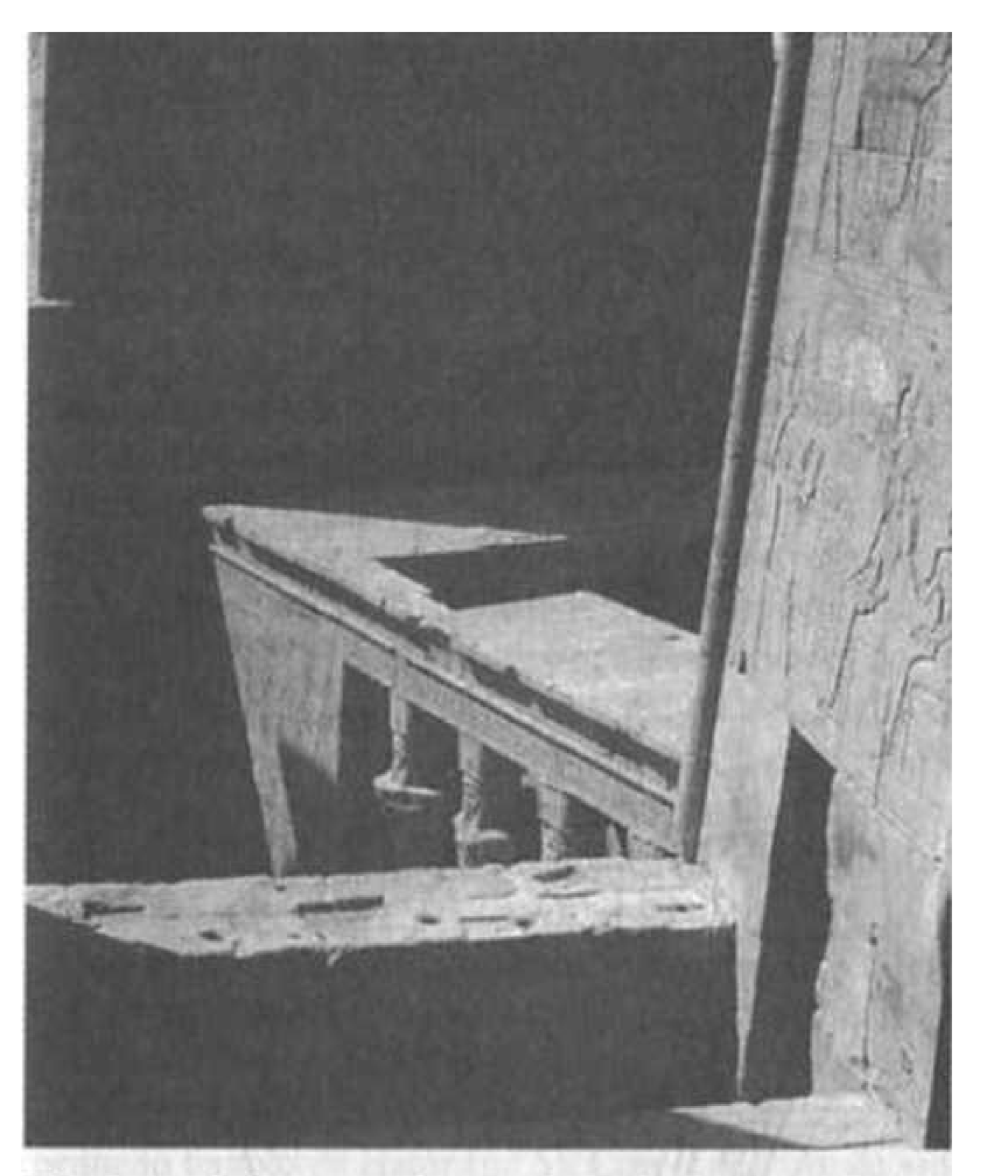
Hoy como ayer es preciso tomar una barca para dirigirse al territorio sagrado de Isis. Antes del reinado de Nectanebo I (XXX y última dinastía egipcia), Filae era sólo una isla de exuberante vegetación, una mancha de verdor perdida en un paisaje de piedras y áridas montañas. Sin duda, los dioses habían indicado así el emplazamiento de un futuro santuario. Nectanebo I tuvo en cuenta el mensaje y empezó a construir unos edificios consagrados a Isis, en correspondencia con el territorio sagrado de Osiris que se hallaba no lejos de allí, en la isla de Biggeh. Aquel territorio fue llamado «abaton». Era de lo más secreto, pues en él reposaba el propio Osiris. Por ello ningún ser humano podía desembarcar en Biggeh y violar con su presencia el silencio del Abaton. De allí procedía la inundación, es decir los humores que fluían del cadáver de Osiris. Alrededor de la tumba del dios, 365 altares, uno por día. Cada diez días, Isis llegaba de Filae para hacer una libación de leche.

La isla es una tierra santa que no soporta ninguna acción profana. Sin embargo, un tal Petosiris se embriagó en Filae, durante un velatorio. Borracho como una cuba, tuvo la desvergüenza de entregarse a actos lúbricos en compañía de extranjeras. Fue condenado a la pena más grave: se suprimió su nombre, lo que equivalía a condenarle ante el tribunal de Osiris.

Filae es un lugar profundamente nostálgico y conmovedor. En este lugar se grabó, en el año 437 d. J. C., el último texto jeroglífico. Allí practicaron los últimos sacerdotes egipcios sus postreros misterios, muchos años después de que el cristianismo comenzara a difundirse. Los «paganos» de Filae creían aún en la antigua religión. Llegaban peregrinos de Nubia para hacer ofrendas a la gran diosa, a Isis cuya mágica sonrisa sigue hechizándonos todavía.

En el sombrío año 550, Justiniano ordenó cerrar el templo de Isis. Los escribas son expulsados y los sacerdotes linchados. Se de-

rriban las puertas del santuario. Los eremitas cristianos quieren destruirlo todo, porque odian a Isis, a la diosa, a la Mujer. El naos es profanado, la sala de columnas se convierte en iglesia.



Filae. Juego de luces y sombras en el templo de Isis en Filae. En este lugar mágico, la civilización egipcia vivió sus horas postreras.

Pero Isis no había abandonado su territorio, donde los secretos del viejo Egipto se convierten en sonrisas para mejor iniciar en la enseñanza de los sabios. Isis es fuente de vida, madre que conoce el secreto de la resurrección; nada ocurre sin su consentimiento.

Ella manda a los dioses, da su lugar a las estrellas, expulsa con sus palabras a los demonios. Todo lleva su sello, tanto en el cielo como en la tierra. La diosa ha recuperado hoy un dominio. Su culto sigue vivo en el corazón de quienes atracan en la isla encantada.

La isla de Filae (conservaremos el nombre tradicional a pesar de que los monumentos fueran desplazados a Agilkia) comprende un conjunto de edificios, el más importante de los cuales es el gran templo. Curioso templo, en verdad, donde nada es simétrico, donde no se aprecia eje alguno, donde todo parece colocado bajo el signo del Dos: dos puertas monumentales, doble pilón. Todo es orden y desorden al mismo tiempo: dromos, porches, santuario, cada uno con su eje, cada uno con su dirección, como si el resto del templo no existiera; las mismas columnatas olvidan ser paralelas. Pero es deliberado, calculado, consciente: Isis es vida. La vida no es simétrica ni paralela. No responde al orden racional que ha deformado el Occidente. Es ambigüedad, asimétrica, aparentemente incoherente, hasta el momento en que los misterios de la diosa son desvelados a quienes han llevado una vida digna de ella.


Filae
Descripción del plano
① Gran templo de Isis.
② Pabellón de Nectanebo I.
③ Pórticos.
④ Quiosco de Trajano.
⑤ Templo de la diosa Hator.
⑥ Primer pilón.
⑦ Gran patio.
⑧ Segundo pilón.
⑨ Mammisi (templo del nacimiento del dios-hijo).
⑩ Sala de columnas.
⑪ Naos.
⑫ Puerta de Adriano.
⑬ Nilómetro.
⑭ Templo de Horus vengador.
⑮ Templo de Augusto.
15
14
11
12
10
9
8
7
1
5
4
6
3
3
13
2

Se desembarcaba al sur de la isla, junto al pabellón de Nectanebo I (n.º 2 en el plano). Se pasaba entre dos pórticos que formaban una V (n.º 3), y que daban al templo de Isis. El del oeste estaba cubierto por un techo que simbolizaba el cielo. Bajo las estrellas del cosmos, pues, puestas en su lugar por la diosa y obedeciéndole, el peregrino avanzaba hacia el santuario.

En el lado este de la isla, el célebre quiosco de Trajano (n.º 4), de líneas muy puras, servía de punto de descanso para la barca de Isis durante las procesiones. Algo más lejos, siempre del lado este y muy cerca del gran templo, el pequeño templo de Hator (n.º 5). Con el nombre de «recinto de la llamada», acogía a la «diosa lejana», a su regreso de los parajes nubios, adonde se había marchado, furiosa, en forma de leona. Egipto no podía vivir sin Hator. Por eso se había hecho lo necesario para recibirla de nuevo en las mejores condiciones. Aquí se celebraban alegres ceremonias, con danza, y música. Apaciguada, feliz, Hator asumía sus funciones de soberana de la alegría. Los relieves del templo muestran, además, a simios tocando música, a flautistas y al dios Bes tocando su tamboril o dejando correr sus dedos por un arpa. Música mágica, pues alejaba del templo las fuerzas nocivas, inarmónicas, al tiempo que apaciguaba las pasiones en el hombre para hacerle descubrir la verdadera alegría.

Un gran atrio precede al primer pilón (45 x 18 m, n.º 6 en el plano) del templo de Isis: dos altos macizos enmarcan una puerta más pequeña. En la fachada, varias divinidades de pie, de gran tamaño, y otras sentadas en el trono. El faraón inmola ritualmente a sus enemigos a la divinidad. Pasado el primer pilón, se entra en un gran patio (n.º 7) al fondo del cual se levanta la mole de un segundo pilón (n.º 8).

Una emoción profunda embarga al visitante: es un dispositivo único, una especie de compuerta entre dos puertas monumentales. El visitante se siente un poco prisionero, en un espacio aparte, aislado, lejos del mundo profano, pero todavía no dentro del templo,

protegido detrás del segundo pilón. El patio no está vacío: en su lado oeste está ocupado por un edificio independiente, el mammisi (n.º 9), templo del nacimiento donde Isis daba a luz a su hijo Horus. El pequeño edificio, de forma achaparrada, sostenido por pilares con capiteles hatóricos (Isis, considerada como madre de Hator, se aliaba con su hija para dar la vida) no es más que una sala de parto del dios-hijo al que el faraón, al igual que los iniciados se identifica. Isis reina aquí como Mujer primordial, tan vieja como el universo. Aquí renace en espíritu aquel que busca la luz, necesaria para dirigirse hacia la segunda puerta del templo. El mammisi está decorado, naturalmente, con escenas de nacimiento consagradas a Horus, que protegerá a su padre Osiris luchando contra Seth. Se encarnará también en el faraón, y en cualquier ser dispuesto a combatir en favor de la luz.

En el lado este del patio, un pórtico con columnas alberga seis pequeñas estancias de las que la más cercana al pilón contiene una escalera que lleva al techo del templo; una de ellas era la biblioteca sagrada, protegida por el dios Thot, patrón de los escribas, y de la diosa Sechat, soberana de la Casa de la Vida donde se redactaban los rituales.

El segundo pilón (22 m de alto, 32 m de ancho, n.º 8 en el plano) se parece al primero, pero no es paralelo a él; aunque su fachada esté decorada con escenas similares, da acceso a otro mundo, al templo cubierto. Tras él, en efecto, una sala de diez columnas que estaban antaño, como en la mayoría de los templos egipcios, pintadas con colores vivos. Por desgracia, fueron destruidos por el excesivo contacto con el agua; los sabios de la gran expedición francesa de Egipto aún pudieron admirarlas. Allí, a pesar de la presencia de las escenas tradicionales de ofrenda a las divinidades, establecieron los cristianos su iglesia. Curiosamente, esta sala de columnas goza de una iluminación bastante potente, excepcional en esta parte del templo; la luz procede de una abertura en el techo. Es un don del cielo, pues la sala es ante todo un lugar cósmi-

co, por su decoración: buitres con las alas desplegadas, en el techo; barcas que navegan por los cielos, repertorio de las horas correspondientes a distintos momentos del curso solar. El iniciado descubría las leyes del cielo de Isis, aprendía a vivirlas en sí mismo: es ésta regla de la astrología sagrada y condición indispensable para acceder al naos (n.º 11) con 12 cámaras (tantas como signos del Zodíaco). Por debajo, una cripta; por encima, el techo del templo. Entre ambos, el hombre.

Así estaban presentes los tres mundos del universo egipcio. El faraón, en el naos, realiza los gestos de ofrenda ante la gran diosa que le ha desvelado sus misterios. En el techo, el esposo de Isis, Osiris, es venerado en una capilla. También aparece representada una parte del ritual que le es característico. Así, vemos a Osiris muerto y momificado; el faraón interviene ante unas divinidades para que el alma del dios siga viviendo. Se produce entonces el extraordinario milagro: Osiris resucita. Las tinieblas y la muerte han sido derrotadas. El amor y la fidelidad de Isis han triunfado sobre la fatalidad.

En Filae hay otro personaje especialmente venerado: el dios Nilo. Además de los nilómetros, el genio del río recibió una acogida especial en un edificio situado al oeste del segundo pilón, llamado puerta de Adriano (n.º 12). Allí estuvo representada la propia fuente del Nilo, de forma simbólica. Vemos al dios, protegido por una serpiente, derramando el agua de dos jarras. La serpiente es la imagen del ciclo natural que se repite sin cesar. La gruta donde está el dios Nilo es la matriz del mundo, de donde proceden todas las energías. Y los dos vasos contienen un agua celestial y un agua terrenal, líquidos nutricios cuyo origen es divino.

* * *

Es agradable pasear por Filae, demorarse en su enigmático y gran patio, meditar largo rato sobre el tejado del templo, contemplando el paisaje circundante. Ese templo posee un particular en-

canto, un hechizo que procede sin duda de los ritos y los misterios que durante tanto tiempo se celebraron en este lugar. El Egipto de los sabios se extinguió aquí, en el silencio de estas piedras, ante la majestad de estos pilones y estas columnas. En el recogimiento del templo interior, el secreto de los jeroglíficos fue transmitido por última vez, de boca a oído, antes de partir al exilio.

Abu Simbel, el amor y la guerra

Nubia, tierra desaparecida

Con el paraje de Abu Simbel, cuyos dos templos son célebres en el mundo entero, nos disponemos a descubrir Nubla. Abandonamos Asuán (actualmente en avión) y dar un safio de 280 km hacía el sur para descubrir un extraño lugar que antaño se denominó Ipsambul.

Al llegar en avión se siente una impresión curiosa. Después de dejar atrás la gran presa de Asuán, se sobrevuela una inmensa extensión de agua de la que emergen algunos roquedales dispersos. Un mundo insólito, abandonado, que ha regresado a las edades primeras y donde el elemento líquido ha recuperado su soberanía. De pronto, después de una amplia curva sobre un ala, aparece una roca distinta de las demás, una especie de isla que parece habitada por piedras esculpidas. Nos fascina de inmediato: lejos de la civilización, sumidos en su austera soledad, se yerguen allí dos templos que a primera vista, sólo se distinguen por una fachada muy espectacular: cuatro colosos reales para el «gran templo», donde descubriremos las guerras victoriosas de Ramsés II, seis colosos para el «pequeño templo» donde se grabó la expresión del amor divino que manifestó la gran esposa real Nefertari.

Los colosos velan por el lugar. Guardianes de piedra de sonrisa inmutable y tranquilizadora potencia. Dirijámonos a ellos, in-

terroguémosles para comprender qué ocurrió en este lugar. Sepamos que, por desgracia, el tiempo de visita es, con mucho, demasiado limitado con respecto al interés que tienen ambos templos, a menos que se resida en algún hotel local o se realice un crucero desde Asuán. En cuanto el avión haya aterrizado, el visitante debe subir al autobús que le llevará al pie de los templos. Pronto quedará deslumbrado por la increíble alianza de fuerza y delicadeza que caracteriza a los colosos, de una excepcional calidad escultórica.

Abu Simbel es la frontera de las fronteras. El gran Ramsés marcó aquí los límites de la expansión faraónica hacia el sur, hacia África. El territorio sumergido que hemos atravesado fue en otros tiempos la Baja Nubia donde vivían poblaciones que plantearon cierto número de problemas a los ejércitos del faraón, antes de ser integradas en el sistema cultural y religioso del Imperio Nuevo.

Como hemos visto, ya desde el Imperio Antiguo los faraones organizaban expediciones para explorar Nubia, someter unas tribus de carácter a veces rebelde y conseguir productos raros o valiosos, como el oro o el marfil. Durante el Imperio Nuevo, la región está pacificada. Se encontraba bajo la responsabilidad de un alto funcionario que lleva el pomposo título de «hijo real de Kuch». Los príncipes nubios son a menudo educados en la corte; una vez «egiptizados», regresan a sus provincias, más fieles a las tradiciones que algunos egipcios. En esa época, no se trata ya de guerrilla o de rapiñas. La Baja Nubia está tranquila, es próspera, se halla en la zona de influencia de la riquísima Tebas. Los artesanos de Ramsés II pudieron construir los templos de Abu Simbel en completa seguridad.

Después de las graves disensiones que a finales del Imperio Nuevo opusieron a los sacerdotes tebanos y a los detentadores del poder faraónico, aquellos religiosos desautorizados encon-

traron un exilio semidorado en Nubia. Después de abandonar Egipto, formaron un pequeño reino nubio del que uno de sus descendientes, Piankhy, saldrá, en la XXV dinastía, para conquistar un Egipto debilitado y devolverle el interés por sus antiguas tradiciones religiosas. Las cosas, en verdad, cambian de un modo extraño. De esta tierra salvaje y bárbara en otros tiempos, que los ejércitos del faraón tardaron muchos años en pacificar, salió un salvador extranjero, y sin embargo heredero de la antigua sabiduría, a través de las enseñanzas de unos sacerdotes usurpadores.

Fue también en Nubia, que no tuvo que sufrir una administración greco-romana preocupada por restaurar o reconstruir los templos, donde se refugiaron algunas comunidades iniciáticas que, mucho después del nacimiento del cristianismo, vivían aún su fe en la antigua religión egipcia, en el siglo VI de nuestra era. Cristiana más tarde, Nubia fue islamizada en la Edad Media, tras la conquista árabe.

Región adormecida, lugar de refugio o de paso, Nubia iba a vivir un drama que nunca pudo sospechar. En marzo de 1960, el mundo se conmovió cuando todas las miradas se volvieron hacia esa región olvidada donde dormitaban algunos viejos templos que sólo interesaban a los especialistas. El Gobierno egipcio había decidido construir una gran presa. La inundación iba a hacer desaparecer toda una región del globo donde unos hombres crearon una cultura original. Las piedras de eternidad de los santuarios habían resistido el paso del tiempo, pero la tecnología del siglo XX se presentaba como un peligro mucho más amenazador.

¿Qué se podía hacer para salvar Nubia? Se escribía, se habló, los focos de la actualidad apuntaron hacia la zona, se alertó a la comunidad cultural internacional. La Unesco fue la punta de lanza de esta epopeya de los tiempos modernos, en los que había

energías capaces de movilizarse aún para salvaguardar una parte del sagrado patrimonio de la humanidad. Pero la situación era grave, convenía actuar rápido. Nubia estaba condenada a muerte. Única solución: desplazar el máximo de templos, llevar a cabo alzados, emprender una campaña de excavaciones tanto más intensa cuanto iba a ser la última.

Así escaparon de la destrucción templos como Kalabcheh (1 km al sur de la gran presa, en la orilla izquierda del lago); Itet el-Uali (no lejos del precedente, al noroeste) debido a Ramsés II y donde figuran escenas de batalla contra los etíopes; Uadi es-Sebuah (140 km al sur de la gran presa, en la orilla izquierda del lago), consagrado a diversos aspectos del sol y Dakka, el templo de Thot; Amada (180 km al sur de la gran presa, orilla izquierda del lago), que fue desplazado en un solo bloque, y Derr, donde Ramsés II canta la gloria y la pervivencia de su linaje. Para visitar todos estos santuarios es preciso prever una organización particular y dedicar varias jornadas enteras a Nubia.

Abu Simbel, corazón de Nubia

De todos estos parajes, Abu Simbel es el que obtuvo, y con justicia, la mayor notoriedad. Fue el corazón de la Nubia religiosa a la que Ramsés II dedicó tantos esfuerzos. Aquí construyó lo que podemos considerar como la obra maestra arquitectónica de su reinado.

Era imposible que semejante corazón dejara de latir. Por eso Abu Simbel fue la «estrella» de los templos condenados a ser trasladados para sobrevivir.

Se desplegó un ingenio digno de los maestros de obras egipcios. Tanteos, primero; numerosos proyectos que incluían la construcción de un dique para mantener los edificios en su lu-

gar: un sueño que hubo que abandonar. La decisión final fue desmontarlos «piedra a piedra», es decir 1036 bloques algunos de los cuales pesan treinta toneladas. Este trabajo de hormigas gigantes, ocupó de 1963 a 1972, hasta 900 personas, a costa de infinitas precauciones, para volver a montar los dos templos 200 m más al oeste y 64 m por encima del emplazamiento primitivo. Una última precaución: pese a la inevitable traición que representaba este cambio con respecto al emplazamiento cuidadosamente elegido por los egipcios, se intentó conservar su antiguo aspecto. Para lograrlo, se levantó un gigantesco espejismo, técnicamente necesario, una falsa montaña contra la cual, se adosaron los templos. En su interior, las bóvedas de hormigón inducen a pensar en una inquietante maquinaria que conviene olvidar para que la atención se fije en las verdaderas piedras. Bien puede hablarse de corazón trasplantado, pero es un corazón que late a fin de cuentas. Abu Simbel sigue siendo una etapa obligada de todo viaje a Egipto.

Extraños templos. Una eternidad de piedra frente a una eternidad de agua; el Nilo ayer, un lago hoy. Un templo del faraón casado con un templo de la reina, una celebración de la pareja divina comparable a otra pareja de edificios nubios, Soleb y Sedeinga, que unen a Amenofis III y su esposa Tyi. ¿Tenía esta Nubia desaparecida, tan alejada de la brillante Tebas, la vocación de guardar el secreto de amores transfigurados en los que el poder es indisociable de la gracia?

El gran templo

En la fachada, cuatro colosos sentados. Contando desde la izquierda, el segundo está dañado. Los otros tres expresan, con su posición hierática, tan serena como severa, un formidable poderío. Nada los hará temblar. Podemos describirlos: portan las co-

ronas del Alto y el Bajo Egipto, la barba postiza, la serpiente uraeus en la frente (su papel es aniquilar a los adversarios). Bajo sus pies, los enemigos del rey, vencidos para siempre.

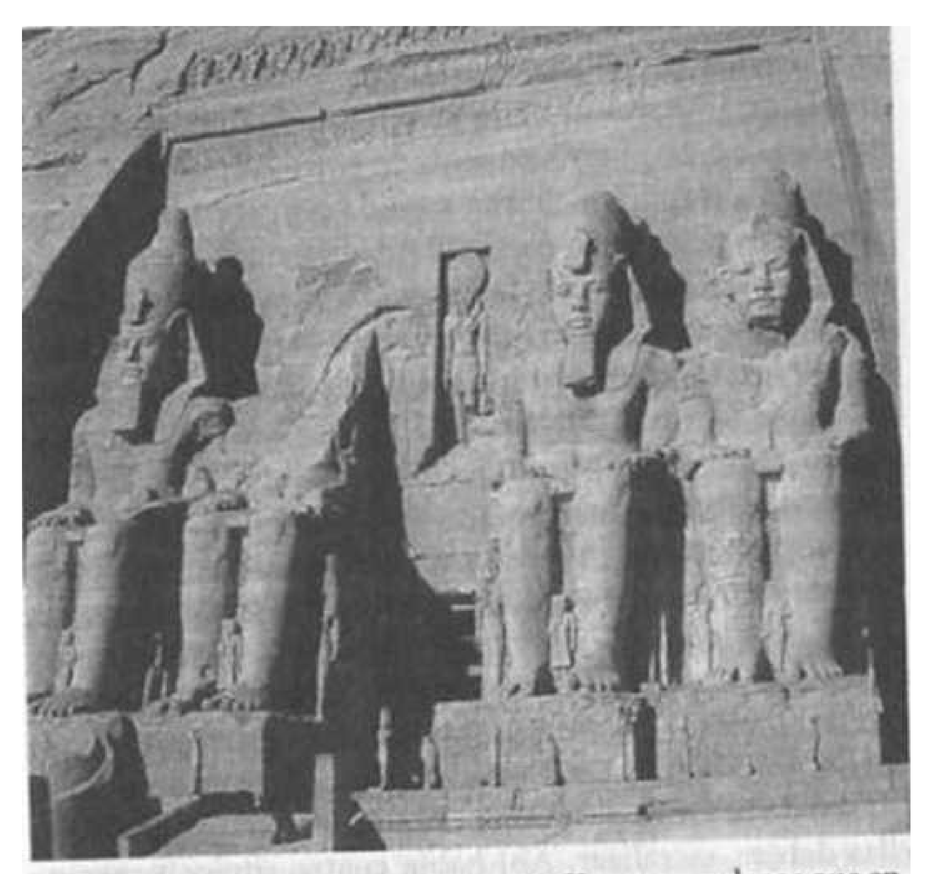
Ramsés II anuncia ya su «programa»: lo que se ha construido en este lugar es un templo de la victoria, luminoso, brillante. Que los nubios —y todos los demás pueblos sometidos al faraón — lo sepan: Ramsés es ese coloso tranquilo, para siempre triunfante. Nadie podría discutir su soberanía.

Estos colosos son encarnaciones del rey-dios. Se les rendía culto. Los faraones del Imperio Nuevo hicieron construir muchos para expresar dicho simbolismo con la máxima grandeza y eficacia —«publicidad», dirían algunos. El coloso tiene rostro humano, pero es más que un hombre. Es el Hombre eternamente joven, fuerte, magnífico. Ramsés está efectivamente sentado en el «trono de los vivos», tal y como dicen los textos. Su poder no es tiranía sino fuerza de vida.

Ramsés II construyó, al menos, siete templos en Nubia. Pero éste es el más colosal: una fachada de 30 m de alto por 35 de ancho, gigantescas estatuas que superan los 20 m de altura. Quien se acerque será devuelto, de inmediato, a su pequeñez.

Contemplémoslo desde cerca: las piernas de los colosos parecen algo macizas, el torso algo grueso, pero el rostro posee una belleza sobrehumana. No es fruto de la casualidad, sino una deliberada voluntad del escultor cuanto más nos alejamos del suelo, del mundo material, más nos acercamos a lo espiritual, al gozo interior, a la grandiosa serenidad que leemos en las miradas de los colosos.

Esos cuatro Ramsés, colocados en el exterior del templo, corresponden a los cuatro dioses que encontraremos en su interior, al fondo del sanctasanctórum. Por su presencia, el faraón «cuadriplicado» revela así a los cuatro puntos cardinales del mundo los misterios del templo.



Abu Simbel. El gran templo de Ramsés II con sus colosos que encarnan el símbolo de la potencia de la Luz divina.

La humanidad de Ramsés no está ausente: entre los colosos aparecen figuras femeninas que parecen casi frágiles comparadas con sus inmensos protectores. Son la madre, la esposa y las hijas de Ramsés II. Nefertari, para la que se construyó el pequeño templo, está tres veces presente. Así, la familia, en su aspecto exclusivamente femenino, queda asociada al poder de Ramsés. Es la exacta prolongación de la tradición del Imperio Antiguo: recordemos las escenas de las tumbas menfitas, de las mastabas donde vimos a señores de gran tamaño con mujer e hijos de pequeño tamaño a su lado.

Parece que Ramsés es la única potencia masculina representada. Si lo creyéramos, olvidaríamos lo esencial. Levantemos los ojos: por encima del pórtico se levantan, en una hornacina, un dios con cabeza de gavilán. Es Ra-Horakhty, el sol naciente, el señor del templo. Es el halcón de los orígenes, de inmensas alas y mirada penetrante como un rayo de luz. A ambos lados, Ramsés, desdoblado, venera el principio luminoso que es el origen del templo. Otro detalle característico son los veintidós simios, cinocéfalos, formando un friso de coronación, muy por encima de los colosos, que profieren gritos de júbilo. Símbolos de las fuerzas elementales de la naturaleza, saludan así cada mañana el renacimiento del sol que emerge entre las tinieblas después de vencer los peligros del mundo subterráneo.

Nadie que conociese la secreta ciencia de los jeroglíficos, podía dudar de que el templo perteneciera a Ramsés II. El dios con cabeza de halcón, más otros jeroglíficos inscritos en la fachada, servían para escribir el nombre del rey, Usirmare. Nombre estallado, separado en distintos elementos que la mirada del iniciado podía reunir poniendo los jeroglíficos en el orden adecuado.

Subamos hacia el templo. Descubriremos, a la izquierda, al sur de la fachada, tres estelas. Una de ellas nos recuerda un importante acontecimiento diplomático. En lo alto de la estela, el rey está sentado entre Amón-Ra y Ptah. Se acerca a él una muchacha seguida por su padre. Ambos personajes tienen una particularidad: son hititas, antiguos enemigos del faraón, y la joven es la futura esposa de Ramsés II. Aunque éste fuera un valeroso combatiente, manifestó sobre todo un agudo sentido de la diplomacia para conseguir una paz duradera. Al decidir semejante matrimonio, el rey de Egipto se vinculaba a un pacto de no beligerancia favorable a ambos pueblos. Esta estela, tan discreta comparada con los colosos, muestra que el poder de Ramsés estuvo, ante todo, al servicio de la paz.

Al otro lado, a la derecha de la fachada, hacia el norte, se levanta una curiosísima construcción, una especie de capilla abierta. Estos vestigios no tienen hoy mucho significado, pues faltan las divinidades que fueron llevadas al Museo de El Cairo, muy lejos del soleado paraje nubio que ellas debían sacralizar. Ahí había cuatro simios venerando al sol, en relación con los puntos cardinales, y un naos que contenía el escarabeo, símbolo solar, y otro simio, símbolo lunar. Se trata por tanto de un templo de pequeño tamaño, cuya ideología no está muy alejada de la de Ajnatón y los antiguos sacerdotes de Heliópolis, que celebraban al astro del día en construcciones a cielo abierto. Pero hay más: aquí el sol se citaba con la luna y, efectivamente, ambos se encontraron. Se produjo un verdadero matrimonio entre ambos astros, cada uno de los cuales difunde su propia luz; y esta doble claridad se unió en la persona del faraón. Encontramos idéntica idea a escala arquitectónica: la capilla está a cielo abierto; la que se halla al otro lado de la fachada está excavada en la roca.

El interior del templo

Como muchos templos nubios, los dos edificios de Abu Simbel están excavados en la roca. Son templos-montaña que se alían con la más hostil naturaleza para mejor sacralizarla. Abu Simbel es, al respecto, un verdadero modelo. No había allí poblado alguno, aglomeración alguna. Los artesanos de Ramsés desbrozaron un paraje virgen de cualquier humanidad para manifestar en él lo divino.

Es ya hora de entrar en el templo. Advirtamos de paso, en los tronos de los colosos que delimitan la entrada, una importante escena simbólica. Unos dioses-Nilo atan con fuerza papiros y lises. Es la imagen clásica de la «unión de las Dos Tierras»; las dos partes del país, evocadas por estos vegetales, se encuentran así unidas. Pero también es la señal de que debemos reunir en noso-

tros lo que estaba dividido. Para tener acceso al lugar sagrado, es preciso ser uno, coherente, estar en paz con uno mismo.

Las escenas que decoran la puerta de entrada, tanto en el dintel como en las jambas, nos muestran al faraón realizando la ofrenda a unas divinidades. Hay que dar, y dar de nuevo, para que las divinidades sean favorables. Cuanto más retraído y egoísta sea el hombre, cuanto más pretenda tomar, adquirir, menos le sonreirán los dioses. La codicia, dicen los textos de sabiduría, es un mal mortal para quien lo sufre. El faraón es lo contrario de ese hombre; él es la generosidad lúcida que hace ofrenda a los dioses para que permanezcan en la tierra.

La estructura del templo interior es sencilla: tres partes principales, una gran sala, una sala intermedia y el sanctasanctórum.

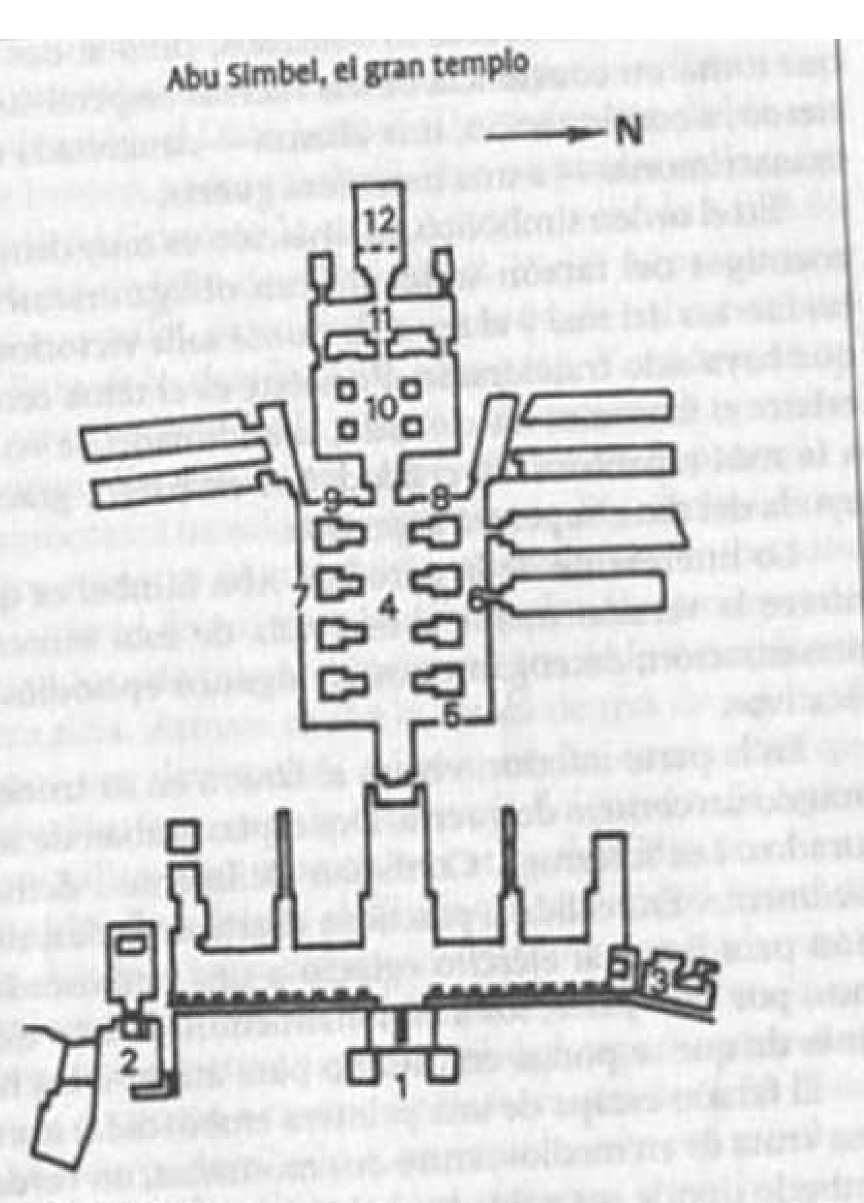
Como en todos los templos, el suelo sube y el techo baja. El fenómeno es especialmente perceptible en el gran templo de Abu Simbel. Al entrar en la gran sala, que se parece mucho a la nave central de una catedral, flanqueada por dos naves laterales, nos impresiona profundamente la atmósfera de recogimiento que reina en el lugar. El contraste entre la luminosidad exterior y la escasa claridad del interior crea una magia especial.

Antes de describir las escenas, contemplemos los ocho colosos que sirven de pilares a esta gran sala de 18 m de profundidad. Representan al rey, vestido con un sencillo taparrabos. Los colosos de la izquierda (hacia el sur) llevan la corona blanca del Alto Egipto, los colosos de la derecha (hacia el norte), lo que se denomina el *pschent,* es decir un «encajado» de las coronas del Alto y el Bajo Egipto. Las caras de los pilares que no están ocupadas por un coloso recibieron escenas de ofrendas del rey a los dioses.

El interés de esta gran sala reside sobre todo en los relieves que decoran los muros. El tema principal es la guerra y, más exactamente, la victoria del faraón sobre sus enemigos. Ciertamente, existe un pretexto histórico, a saben el combate librado

por los egipcios contra los hititas. Pero el sentido profundo de todo ello es el triunfo del orden sobre el caos, de la unidad sobre la multiplicidad. Veremos por todas partes a un faraón sereno, tranquilo, seguro de su fuerza. Frente a él, el confuso revoltijo de sus adversarios, vencidos ya por el simple hecho de oponerse al poderío del Hombre de luz.

Comencemos por la derecha (n.º 5 en el plano), por una breve escena cuyo significado es sin embargo decisivo. En ella vemos al faraón sacrificando a unos cautivos a Horus del horizonte, el señor del templo. Se trata de un acto religioso, pues estos prisioneros simbolizan las fuer/as negativas encadenadas, a las que el rey debe dar la luz. En el zócalo, nueve de las hijas de Ramsés agitan el sistro, símbolo de la diosa Hator. Están realizando un acto mágico, apaciguando las potencias de las tinieblas y esparciendo armonía.



Descripción del plano

① Acceso al templo y fachada.
② Estela de la boda.
③ Santuario solar al aire libre.
④ Gran sala de los ocho colosos.
⑤ Escena del sacrificio de los enemigos.
⑥ La Batalla de Kadesh.
⑦ Escenas de guerra.
⑧ y ⑨ Los cautivos presentados a los dioses.
⑩ y ⑪ Salas intermedias.
⑫ Sanctasanctórum.

En el muro principal (n.º 6 del plano), un verdadero tebeo que nos cuenta los episodios de la famosa Batalla de Kadesh. Famosa porque Ramsés II la convirtió en el gran acontecimiento militar de su reinado, reproduciéndola en numerosos templos egipcios. ¿Qué ocurrió exactamente? En el año V de su reinado, el gran Ramsés consideró que los hititas comenzaban a amenazar seriamente la seguridad de Egipto. Mejor que esperar a que la situación se degradara, como hicieron algunos de sus predecesores, decidió entablar combate en territorio enemigo, seguro de ser capaz de apoderarse de la fortaleza de Kadesh, junto al río Orontes. Pero la realidad histórica y el relato simbólico de los templos parecen diferir notablemente. Si nos atenemos a los hechos, hubo una especie de «empate» entre egipcios e hititas. Ni vencedores ni vencidos, pero sí dos pueblos que tomaron conciencia de sus fuerzas respectivas y prefirieron, a continuación, una alianza —concretada mediante matrimonio— a una mortífera guerra.

En el orden simbólico, la situación es muy distinta. Los enemigos del faraón se identifican obligatoriamente con las fuerzas del mal y el rey sólo puede salir victorioso, aunque haya sido traicionado. Pues éste es el tema central del relato: el faraón es traicionado, abandonado, se ve librado a la más espantosa adversidad. Sin embargo, gracias a la ayuda del dios, superará la prueba.

Lo interesante de la pared de Abu Simbel es que nos ofrece la versión mejor conservada de esta inmensa representación; detengámonos en algunos episodios significativos.

En la parte inferior, vemos al faraón en su trono, celebrando un consejo de guerra. Dos espías acaban de ser capturados. Los interroga. Confiesan fácilmente… demasiado fácilmente. En realidad, practican el arte de la desinformación para llevar al ejército egipcio a una emboscada. Vemos, por otra parte, los acantona-

mientos de este ejército, antes de que se ponga en camino para atacar a los hititas.

El faraón escapa de una primera emboscada, tomando una «ruta de en medio», entre dos montañas, un verdadero embudo donde sus soldados habrían podido ser aniquilados. Pero la intuición del faraón ha sido más exacta que el razonamiento de sus oficiales: los enemigos les estaban esperando en las otras dos rutas.

En la parte superior de la pared, la acción violenta se ha iniciado. El faraón ha sido traicionado. Las informaciones de las que disponía son falsas. Cunde el pánico entre sus distintos cuerpos de ejército. Se encuentra solo, en su carro de guerra, con su arco y sus flechas, para luchar contra innumerables enemigos. Es el instante esencial de esta batalla mística. Ramsés no comprende qué le sucede. La ingratitud de Dios le indigna, al igual que Job en su estercolero.

Él siempre ha observado las reglas de la Sabiduría, se ha comportado como un hijo excelente con su padre Amón. Unza entonces al cielo un grito de angustia: «¿Quién eres pues, padre mío, el Dios oculto? ¿Un padre que olvida a su hijo? ¡Te invoco, padre mío!» ¿Cómo no pensar en la trágica llamada de Cristo en la cruz? Amón no olvida a su hijo, el faraón. Su espíritu desciende en él. Mejor es para un rey un dios que miles de soldados. Dotado de sobrehumana fuerza, Ramsés lo derriba todo a su paso. Y sus tropas regresan para ayudarle. Es la victoria. El furor de los ejércitos se apacigua. De pie en su carro, el faraón contempla a los prisioneros. Los soldados egipcios sacan cuentas de los enemigos muertos enumerando manos y sexos cortados.

En la pared de enfrente (n.º 7 del plano), otras escenas guerreras. En este caso son los episodios de la toma de una fortaleza siria. Ramsés recibe la ayuda de tres de sus hijos. Los sirios son derrotados. A éstos no les queda más que una solución: implorar la

clemencia del faraón. Se agitan en las murallas, para mostrar que se rinden. Hay en esta escena un detalle célebre: el dibujante corrigió el brazo del faraón, que le parecía demasiado rígido comparado con el movimiento vivo y rápido del conjunto. Otro detalle que se reproduce a menudo, por la calidad expresionista de la escena es el cuerpo a cuerpo de Ramsés con dos jefes libios. Uno ha sido ya derribado. Caminando sobre el moribundo, agitado por las últimas convulsiones, el rey hiere con su lanza al otro jefe libio, que arremetía contra él. Desarticulado, mortalmente herido en plena carrera, el libio se derrumba, como una marioneta ante la omnipotencia de Ramsés.

Pese a su realismo, todas estas figuraciones tienen un sentido religioso. Ramsés no olvida presentar los cautivos a tres divinidades (n.º 8 y n.º 9 del plano). Su acción queda así sacralizada.

Abandonemos ahora esta gran sala y pasemos a una sala más pequeña (n.º 10 del plano). Cuatro grandes pilares aguantan el techo. Aquí, el furor de las batallas ha desaparecido. En los pilares, el rey da un abrazo a las divinidades. Las demás escenas son rituales: ofrendas, transporte de la barca sagrada. Lo mismo ocurre en la sala, más pequeña todavía, que precede al santuario (n.º 11). Se ha advertido, con razón, la belleza de la reina Nefertari que realiza ofrendas a las diosas. Curiosa aparición, en verdad, casi irreal, del amor en plena guerra. Mensaje profundo, además: más allá de las batallas y los combates está la Mujer, la encamación del encanto y la pureza, sin la cual el rey sería sólo un tosco soldado.

Viene por fin el santuario, uno de los más conmovedores de Egipto. Estamos en el sanctasanctórum, en el corazón de la montaña, al extremo del mundo de los hombres. Sólo han conseguido entrar en él escasísimos iniciados, capaces de contemplar las cuatro divinidades sentadas, esculpidas en plena roca, indiso-

ciables por tanto de ella, inseparables de la piedra de eternidad de la que, en parte, se desprenden.

¿Quiénes son estas cuatro divinidades? Está Amón-Ra, soberano de Tebas; Ra-Harakhty, soberano de Heliópolis; Ptah, soberano de Menfis. Ahora bien, los textos dicen que tres son todos los dioses, y los tres son precisamente éstos. Simbolizan el universo divino en su totalidad. El cuarto es el propio faraón. Ramsés II divinizado, dicen, aunque en realidad mucho más que eso: no ya un individuo idolatrado, sino la función faraónica elevada al rango de divinidad.

Cuando Abu Simbel se levantaba en su verdadero emplazamiento, el sol naciente atravesaba dos veces al año todo el templo para iluminar el sanctasanctórum. Pero una de las estatuas divinas permanecía en la oscuridad. La de Ptah, el señor de los artesanos.

No debe olvidarse la presencia de una especie de cubo de piedra, colocado ante las estatuas. Altar o soporte de la barca divina, encarna la piedra fundamental del templo. En ella se condensa al máximo lo sagrado, ante la mirada de los cuatro dioses del sanctasanctórum.



El pequeño templo

Abu Simbel es un matrimonio celebrado en la piedra. Al gran templo, masculino, guerrero, corresponde, uniéndose con él, el pequeño templo edificado en honor de la reina Nefertari, la gran esposa real, encamación viva de la diosa Hator. Éste es, por otra parte, el mensaje esencial de este edificio excavado en la roca, precedido por seis colosos y que comprende una sala de seis pilares cuadrados que da acceso, a través de tres puertas, a un vestíbulo que precede al sanctasanctórum.

No se trata ya de la reina en su aspecto humano, sino de la mujer-diosa que forma con el rey-dios una pareja inmortal. Por ello afirma su presencia, en el exterior, bajo la forma de dos de los seis colosos que salen de la pared, arrancándose de la inercia de la montaña en un movimiento que la conduce hacia una unión inalterable con su esposo.

Extraordinaria visión que se tradujo en esta monumental encarnación del matrimonio humano considerado como soporte del matrimonio divino. Desde este punto de vista, Ramsés II y Nefertari son los herederos directos de Ajnatón y Nefertiti, para quienes la pareja era una de las más bellas expresiones de la presencia divina en la tierra. Esas dos grandes damas de la historia de Egipto tienen además en común, en su nombre, el término *nefer* que significa «bella».



Abu Simbel, el «pequeño» templo de la reina Nefertari, gran esposa real de Ramsés II. Entre los monumentos conservados, el centro de culto más importante de la espiritualidad femenina en el antiguo Egipto.

Ramsés II está presente en el interior del templo. Cumple dos funciones: hacer la ofrenda a las divinidades y derribar a los enemigos del sur y del norte (a ambos lados de la puerta). Pero lo hace con discreción, comparado con la reina Nefertari, presente en todas partes, larga silueta elegante, animada por una extraña luz, diosa terrenal en un mundo de divinidades que la reconocen como tal y a las que honra con sus ofrendas. Los pilares están coronados por una cabeza de Hator: estamos en un cielo donde reina la alegría.

En la pared del fondo, en el sanctasanctórum, en lo más secreto del templo, la imagen de la vaca Hator que emerge del otro mundo, pasando a través del espejo de piedra, franqueando la in-

franqueable frontera para comunicar a los vivos su mensaje de amor y de esperanza. En su pecho, una efigie del rey, símbolo del ser divinizado y resucitado.

* * *

Abu Simbel, templo majestuoso, poderoso, edificio donde se afirma la soberanía del faraón; pero también himno al Amor, prodigiosa unión de la sabiduría, la fuerza y la belleza: última etapa de nuestro viaje resume todo Egipto, evocando a las mil maravillas la aventura de una civilización.

ANEXOS

El Museo de El Cairo o la caverna de Alí-Babá

Hay una broma que los egiptólogos conocen muy bien. Aconsejan al investigador que busca hallazgos que acuda a las principales excavaciones de Egipto, donde le bastará con agacharse para hacer un descubrimiento. Estas excavaciones son el Museo de El Cairo.[30] En esta verdadera caverna de Alí-Babá se amontonan centenares de obras maestras, unas expuestas y otras inaccesibles. La visita a este museo es de lo más frustrante que quepa imaginar. En los viajes mejor organizados se dispone sólo de algunas horas para pasar a toda velocidad ante esas maravillas. Convendría detenerse, fijarse en los detalles, colocar esta estatua o aquella estela en su contexto religioso, histórico, social. Serían necesarias varias vidas para estudiar y apreciar los miles de objetos, grandes y pequeños, recogidos en el Museo de El Cairo, creado en 1858 por el francés Auguste Mariette e instalado en sus actuales locales a comienzos del siglo XX.

Sólo cabe dar un consejo: visite lo más a menudo posible el museo, piérdase una y otra vez en él. Nunca agotará su capacidad de depararle sorpresas.

Es imposible describir aquí las obras que se conservan en el museo, ni siquiera dar una lista, tanto más cuanto los objetos pueden haber cambiado de lugar, no estar ya expuestos o for-

mar parte de exposiciones itinerantes. Nos limitaremos, pues, a dar algunas indicaciones prácticas. Nos contentaremos primero en la visita de la planta baja, yendo hacia la izquierda y girando, por tanto, en el sentido de las agujas del reloj, después de entrar en el vestíbulo de entrada. Existe, en efecto, una clasificación cronológica aproximada.

En la planta baja puede descubrirse el prodigioso universo de la escultura egipcia, desde el Imperio Antiguo hasta la Época Baja. Vale la pena mirar bien en todos los rincones y recodos, pues se tiene la impresión de estar en el almacén de un anticuario al que le falta lugar para exponer sus tesoros que se ocultan unos a otros.

En el primer piso se conservan los numerosos y fabulosos objetos descubiertos en la tumba de Tutankamón que, por sí solos, merecen una visita en profundidad. Pero hay también conjuntos de mobiliarios fúnebres procedentes de otras tumbas, sarcófagos, colecciones de amuletos, «maquetas» reducidas del Imperio Medio, estelas, etc. Un material colosal, a la medida de la civilización del antiguo Egipto, que dará trabajo a generaciones de investigadores. ¿Cómo no lamentar 13 mala exposición de tantas obras y que otras muchas ni siquiera estén expuestas, algunas de las cuales, salidas del silencio de las tumbas, están hoy perdidas en la penumbra de inaccesibles almacenes? La gran conquista de la egiptología moderna sería, sin duda alguna, la completa reorganización del Museo de El Cairo.

Algunos parajes más... para viajeros especializados

Ahusir A unos 2 km al norte del Serapeum de Menfis. Pueden verse ruinas de las pirámides del Imperio Antiguo. En las cercanías se encuentra el templo solar de Abu-Gorab caracterizado por un obelisco colocado sobre un zócalo y que constituye el corazón del edificio sagrado.

Alejandría La segunda ciudad de Egipto no alberga ningún monumento notable del pasado faraónico. Es una ciudad helenística, creada por Alejandro Magno, cuyos más célebres monumentos, el faro y la antigua biblioteca, han desaparecido. No obstante, en octubre de 2002 se inauguró la nueva Biblioteca de Alejandría, con una superficie de 36700 m^2 y que alberga entre 4 y 8 millones de volúmenes. Se visitará el museo egipcio y la curiosa necrópolis de Kom el-Chugafo (barrio sudoeste), de tres pisos, con extrañas representaciones que mezclan estilo grecorromano y simbolismo egipcio.

Beni-Hassan A poco más de 250 km al sur de El Cairo, en la orilla derecha del Nilo, es uno de los pocos parajes del Imperio Medio. En un acantilado de roca caliza se excavó una gran necrópolis que comprende 39 tumbas de poderosos señores provincianos, doce de las cuales están decoradas con pinturas, por desgracia de-

terioradas o difíciles de apreciar a causa de la película negruzca que las cubre. Se repiten las escenas de las mastabas del Imperio Antiguo, a las que se añaden detalles propios de la vida cotidiana de esos grandes feudales: caza, deportes, juegos, vida militar, recepción de extranjeros.

Dahchur A unos 3 km al sur de Saqqara, en el desierto. Vestigios de dos pirámides del Imperio Medio y otras dos del Imperio Antiguo, debidas al rey Snefru, fundador de la IV dinastía. Una de ellas, la situada más al sur, se denomina «romboidal» por un cambio de inclinación a media altura que le da un aspecto característico. Son obras maestras que una zona militar hace inaccesibles.

El Fayum A unos cien kilómetros al sur de El Cairo, de fácil acceso por carretera. El Fayum es una región de verdor en torno a un lago (Kirbet Karurn) que hicieron fértil los reyes del Imperio Medio. Interesantes vestigios, en especial el templo de Kasr Karun y el de Medina Madi, uno de los escasos edificios del Imperio Medio. Junto a la pirámide de Amenemhat III se levantaba el famoso «laberinto», un inmenso templo funerario.

Hermópolis Ciudad santa del dios Thot, villa de los Ocho dioses primordiales, Hermópolis es sólo ya un campo de ruinas. Los monumentos faraónicos fueron explotados como canteras por los árabes. En la cercana necrópolis de Tuna al-Yébel, un curioso monumento: la tumba del sabio egipcio Petosiris, de estilo greco-egipcio y muy feo, pero cuyos textos se cuentan entre los más hermosos de la espiritualidad antigua.

Licht A unos 30 km de Saqqara. Vestigios de pirámides del Imperio Medio y de una gran mastaba.

Meidum A unos 75 km al sur de El Cairo, paraje donde se construyó una pirámide en la que trabajó el rey Snefru, el mayor constructor de pirámides.

Nubia Varios templos dignos de interés. Citemos Kalabchah, trasladado a 12 km al sur de Asuán. Es un pequeño edificio «clásico». Amada, a unos 12 km aguas arriba de Asuán, data del Imperio Nuevo y tiene hermosos bajorrelieves.

Oasis Entre el valle y Libia, en el desierto, varios oasis (Siuah, Badarich, Farafra, Dajla), algunos de los cuales eran florecientes centros en épocas antiguas. En Balat (excavaciones del Instituto Francés de Arqueología Oriental) existía una ciudad importante en el Imperio Antiguo. El oasis más importante y de más fácil acceso es el de Khargeh (la carretera sale de Assiut) donde se levanta el templo de Hibis, que incluye relieves de gran importancia para el estudio del simbolismo egipcio. Saqqara La parte menos visitada de la gran necrópolis: Sur vestigios de pirámides del Imperio Antiguo y un curioso monumento, la mastaba Faraun (IV dinastía). Se trata de una tumba en forma de gigantesco sarcófago.

Tanis Principal paraje arqueológico del Delta, a unos 170 km de El Cairo. Región fundamental del país, el Delta, conserva por desgracia pocos vestigios arqueológicos dignos de mención. Tanis es una antigua ciudad que fue capital de los faraones de la XXI y XXII dinastías. En una vasta zona desolada, a menudo azotada por los vientos, templos en ruinas, muchos vestigios ramé-

sidas y una necrópolis real. El paraje, lleno de enigmas, está muy lejos de haberse excavado por completo.

Tell al-Amarna «El horizonte de Alón», la capital de Ajnatón, creada hacia 1370 a. J. C., a unos 40 km al sur de Bani-Hasah, es hoy sólo un paraje desértico, sin duda muy similar a la visión que de él tuvo Ajnatón antes de construir su ciudad, de la que sólo quedan algunas pobres ruinas. Las tumbas de Amarna son interesantes; podemos ver en ellas a Ajnatón y a Nefertiti en su papel político y religioso, en el marco familiar que tanto apreciaban, y contemplar episodios de la vida cotidiana en la ciudad del sol.

Cronología

Los problemas de datación y cronología egipcias son de gran complejidad. Sólo estamos seguros de las épocas tardías. He aquí, sin embargo, las últimas estimaciones científicas, con los períodos de reinado de los principales faraones.

ÉPOCA ARCAICA (hacia 2900-2628 a. J. C.

I dinastía: hacia 2900-2763

II dinastía: hacia 2763-2628

IMPERIO ANTIGUO (hacia 2628-2134)

III dinastía: hacia 2628-2575

Principal reinado: el de Zoser

IV dinastía: hacia 2575-2465

Reinados de Snefru, Keops, Yedefre, Kefrén, Mikerinos

V dinastía: hacia 2465-2325

Reinados de Userkaf, Sahura, Neferirakra, Niuserra

Asosi

Unas

VI dinastía: hacia 2325-2150

Reinados de Teti, Pepi I, Merenra, Pepi II

VII y VIII dinastías: hacia 2150-2134

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO (hacia 2134-2040)

IX y X dinastías (en Heracleópolis): hacia 2134-2040

XI dinastía (en Tebas): hacia 2134-2040

IMPERIO MEDIO (hacia 2040-1650)
XI dinastía (en todo Egipto): hacia 2040-1991
Reinado de los Montuhotep
XII dinastía: 1991-1785
Amenemhat I, 1991-1962
Sesostris I, 1971-1926
Amenemhat II, 1929-1892
Sesostris II. 1897-1878
Sesostris III, 1878-1841
Amenemhat III, 1844-1797
Amenemhat IV, 1798-1789
Sobek-Neferu, 1789-1785
XIII dinastía (en Licht y el Alto Egipto): hacia 1785-1650
XIV dinastía (en el Delta): hacia 1720-1650
SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO (hacia 1650-1551)
XV y XVI dinastía (ocupación hicsos): hacia 1650-1540
XVII dinastía (en Tebas): hacia 1650-1551
IMPERIO NUEVO (1551-1070)
XVIII dinastía: 1551-1306
Ahmosis, 1551-1526
Amenofis I,1526-1505
Tutmosis I,1505-1493
Tutmosis II, 1493-1490
Hatsepsut, 1490-1468
Tutmosis III, 1490-1436
Amenofís II, 1438-1412
Tutmosis IV, 1412-1402

Amenofís III, 1402-1364
Amenofis IV (Ajnatón), 1364-1347
Tutankamón, 1347-1338
Ay, 1337-1333
Horemheb, 1333-1306
XIX dinastía: 1306-1186
Seti I. 1304-1290
Ramsés II, 1290-1224
Meneptah. 1224-1204
(y otros reyes)
XX dinastía: 1186-1070
Principal reinado: Ramsés III, 1184-1153
TERCER PERÍODO INTERMEDIO (hacia 1070-715)
XXI dinastía: hacia 1070-945
XXII dinastía (bubastita y libia): hacia 945-715
Reinados de Setnajt, Osorkon, Takelot
XXIII dinastía: hacia 808-715
XXI dinastía (en el Delta): hacia 725-711
Reinados de Tefnajt y de Bokenranef
ÉPOCA BAJA (715-332)
XXV dinastía (etíope): 715-664
XXVI dinastía (salta): 664-525
Psamético I,664-610
Nekaw II,610-595
Psamético II, 595-589
Apries, 589-570
Amasis, 570-526

Psamético III. 526-525

XXVII dinastía: primera ocupación persa, 525-404

XXVIII dinastía (Amirteo de Sais): 404-399

XXIX dinastía: 399-380

XXX dinastía (Nectanebo): 380-343

XXXI dinastía: segunda ocupación persa, 343-332

ÉPOCA GRECORROMANA: de 332 a. J. C. a 395 d. J. C., con la época de los Tolomeos, de 304 a 30 a. J. C.

Los cartuchos reales: para reconocer a los grandes faraones

El titular completo de un faraón comprende cinco nombres. Algunos de ellos están grabados en el interior de lo que se llama un «cartucho». Se trata de un óvalo más o menos alargado, según la importancia del nombre. Este óvalo simboliza el universo sobre el que reina el faraón.

He aquí algunos de estos nombres, célebres o grabados, a menudo, en los monumentos.

Imperio antiguo

Zoser, el creador de Saqqara. El signo jeroglífico del brazo sujetando una maza de consagración se lee *zoser* y significa «sagrado». Los otros dos signos son una *s* y una *r*.

Keops, el fundador de la gran pirámide. Su nombre significa: «Que él (el dios) me proteja».

Kefrén, constructor de una de las tres pirámides de Gizeh. Su nombre significa: «Que el Sol se levante».

Mikerinos, constructor de la más pequeña de las tres pirámides de Gizeh. Su nombre significa: «El poder de la Luz es estable».



Imperio medio

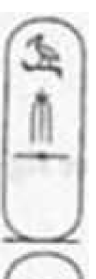


Montuhotep, cuyo nombre significa: «Montu (dios halcón de Tebas) está satisfecho».

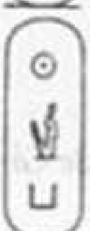
Amenemhat, cuyo nombre significa: «Amón está en cabeza», es decir «El dios oculto es el Principio».

Sesostris, cuyo nombre significa: «El hombre de la Potencia», es decir de la fuerza de vida.

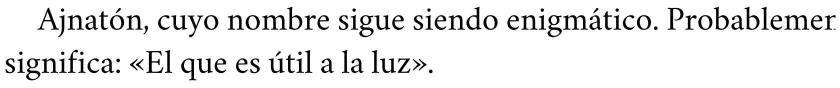
Imperio nuevo

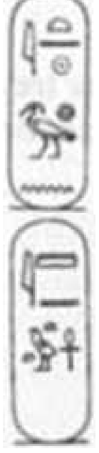


Nombre de los Tutmosis, el más célebre de los cuales es Tutmosis III, el Napoleón egipcio. Su nombre se lee «Thot ha nacido», pues la dinastía de los Tutmosis se colocó bajo la protección del dios del conocimiento y del saber.



Hatsepsut suele designarse por este nombre: «La Armonía universal (Maat) es la potencia (ka) de la Luz (Ra)». Hatsepsut significa «La primera de las nobles».


Ajnatón, cuyo nombre sigue siendo enigmático. Probablemen significa: «El que es útil a la luz».



Tutankamón, «el símbolo vivo del Principio oculto».

Ramsés II, como los demás faraones, tiene varios nombres. Aquél con el que se le conoce con mayor frecuencia alude al nacimiento del Sol como divinidad; pero Ramsés era designado también como «el amado de Amón» y se encuentra a menudo el siguiente nombre:



que podría traducirse por «La armonía de la luz divina es poderosa» (el papel del faraón es hacerla respetar), el elegido de la luz divina (designación del faraón como hijo de Ra).

Pequeño léxico de las divinidades

La mitología egipcia, a la que algún día habrá que dedicar un libro claro y completo, es una arquitectura rigurosa, un modo de pensar y de ver el mundo de una riqueza prodigiosa. El universo está compuesto por fuerzas creadoras, las divinidades. Por eso están presentes por todas partes en los templos. Para identificar las principales y conocer su papel fundamental, presentamos aquí un pequeño léxico.



Su nombre significa «el Oculto». La raíz *imn* de donde procede Amón, se traduce también por «crear». Amón era el señor de Tebas, la rica y poderosa capital del Imperio Nuevo. Se le reconoce por su tocado, una corona con dos altas plumas. A veces tiene el cuerpo azul, como señor del aire que da la vida.

Tiene una cabeza de chacal sobre un cuerpo de hombre y la piel negra. Separa lo puro de lo impuro, supervisa los ritos de la momificación, conduce al difunto al otro mundo.

El Creador, cuyo nombre significa «El que es total», «El que es completo», «el Todo», «El que no es aún», «El que es y el que no es». Se le representa bajo la forma del faraón llevando la doble corona.

Representado a menudo en épocas tardías, Bes es un enano barbudo, bromista, gran aficionado a la música, la danza y la magia. Bajo su grotesca apariencia, es también el Iniciador que conduce a los seres justos hacia un nuevo

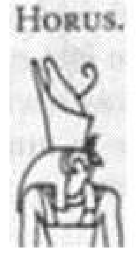
nacimiento. Ésta es, además, la razón por la que actúa como protector durante el parto.



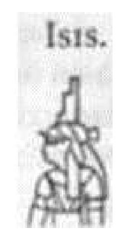
El dios-Nilo, andrógino de florecientes mamas y vientre re con papiros en la cabeza. Aporta sin cesar ofrendas al templo pues él es el que asegura la subsistencia por excelencia.



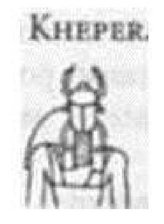
Hator, cuyo nombre significa «la morada de Horus», se la representa a menudo en forma de una mujer con orejas de vaca y la cabeza coronada por un par de cuernos entre los que brilla el sol. La más hermosa de las diosas es soberana del Amor, de la alegría, de la danza, de la música y de la embriaguez.



Dios con cabeza de halcón, que lleva la doble corona. Es «el Lejano», el dios de penetrante mirada cuyos ojos son el sol y la luna. Se encarna en cada faraón y protege la realeza en su aspecto divino. Existen tres Horus: el que acabamos de mencionar, el Horus cósmico; el segundo es el Horus propio de cada faraón; el tercero es Horus hijo de Isis, que se encarga de vengar a su padre asesinado por Seth. Se trata siempre del mismo dios con distintos aspectos.



La madre por excelencia, la gran maga, Isis es representada en forma de una mujer que lleva un trono en la cabeza. Es el signo jeroglífico que sirve para escribir su nombre, pues Isis es el Trono que crea a los faraones. Partirá, después de la muerte de Osiris, en busca de las partes dispersas del cuerpo de su esposo, lo reconstruirá y le devolverá la vida.



Dios con cabeza de escarabeo, señor de todas las transformaciones y de todas las mutaciones.



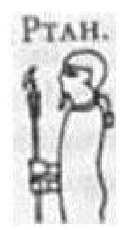
Dios con cabeza de carnero. Es el alfarero divino que mode torno a dioses y hombres. Reinando en la región de Elefantina, él es quien desata la crecida.

Hija de la Luz, es la Armonía del cosmos, la regla de oro del universo en su coherencia, el principio de toda rectitud. Seguir la «vía de Maat» es alcanzar la sabiduría. Se representa a esta diosa «abstracta» con la forma de una mujer que lleva una pluma en la cabeza.

Min es la virilidad encarnada, la potencia vital en su máximo grado, como demuestra la representación de este dios con el falo eternamente erecto, aunque su cuerpo esté encerrado en una vestidura característica de la momia. Min es la vida que surge de la muerte aparente para fecundar la naturaleza.



El dios más célebre del antiguo Egipto es representado con la forma de un ser momificado y coronado, que sujeta el cetro y el flagellum. Dios negro de la muerte, es también dios verde, del renacimiento. Es el juez de las acciones humanas, el que decide el destino de ultratumba. Los iniciados se convierten, en vida, en Osiris al acceder a los misterios.



Señor de Menfis, patrón de los artesanos, dios del Verbo y del secreto de la creación. Ptah es el Moldeador. Se le representa momificado, sin corona, llevando las insignias de su poder.

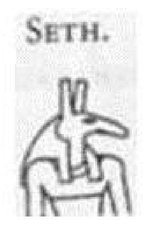
Ra es el señor de la Luz divina. Se encarna en el sol. A menudo se le representa como un hombre con cabeza de halcón, que lleva el sol en su cabeza. Todo en él es fuego creador y visión divina.



Señora de la Casa de la Vida, porta en la cabeza una estrella de siete puntas, símbolo de la Vida.



La diosa con cabeza de leona, patrona de los médicos que conocen la enfermedad y la desgracia y pueden liberar de ella a quienes sufren. Sekhmet es terrorífica, implacable, pero también es soberana de la cólera y del fuego purificadores.



Dios de la tormenta, de la tempestad y del desierto, tiene una cabeza de animal indeterminado. Seth es la potencia, bien o mal empleada. Asesino, unas veces, de su hermano Osiris, defensor otras de la Luz, Seth golpea, destruye, desorienta. En época tardía, se convirtió en símbolo del mal.



Dios con cabeza de cocodrilo, Sobek es considerado el Seductor por excelencia. Es, sobre todo, el ser de los orígenes, fecundador de las aguas.

Dios con cabeza de ibis, tiene el pico tan acerado como el cálamo de los escribas, de los que es patrón. Dios de los sabios, de los prudentes, vela por los rituales, las leyes y los jeroglíficos. Se convirtió en el Hermes de los griegos.

Citemos, entre las demás divinidades importantes, a Geb, el tierra, padre de Osiris, representado con el aspecto de un hombre; Mut, la esposa de Amón, cuyo nombre significa «la Madre» y cuyo tocado son los restos de un buitre, ave que se ve a menudo en el techo de los templos; Neith, «lo que es», diosa del tejido y del tiro con arco; Neftis, hermana de Isis y dueña del templo; Nut, la cielo, representada como una mujer inmensa, en posición curvada. Encarna la bóveda celeste que devora el sol por la

noche y lo hace renacer por la mañana; Chu y Tefnut, la primera pareja primordial, lo «seco» y lo «húmedo», las fuerzas reguladoras del universo.

Léxico de términos técnicos

Hemos evitado, siempre que ha sido posible, utilizar términos técnicos que sirven de código a los especialistas sin contribuir al conocimiento del antiguo Egipto. Algunos de ellos, sin embargo, se han hecho usuales, he aquí una lista:

Canopes. Una especie de vasija donde se conservaban las vísceras extraídas del cadáver durante la momificación. En número de cuatro, los vasos canopes eran la expresión simbólica de los cuatro hijos de Horus, cada uno de ellos con una cabeza distinta: un hombre, un halcón, un chacal y un simio.

Cartucho. Ovalo que simboliza el universo y en cuyo interior se escriben nombres de faraones.

Cenotafio. Tumba llamada «ficticia» en el sentido de que no contiene los restos físicos sino un aspecto inmaterial del rey difunto.

Chauabti. (Llamado también usnebti, shauabti.) Palabra egipcia que significa «el que Responde». Se trata de un modelo reducido, mágico, que representa al servidor que, con su azada y su bolsa, responderá a la llamada del justo en el otro mundo para efectuar las tarcas penosas.

Enéada (La). Término adoptado para designar la corporación de nueve dioses primordiales que simbolizan las fuerzas organizadoras del universo.

Flabellum. Designa los abanicos egipcios de plumas de avestruz.

Flagellum. Designa el «látigo» que sujetan el faraón u Osiris, formado por tres correas y un mango. El rey lo agitaba no para espantar a las moscas, como se ha escrito, sino para disipar las energías negativas y condensar las positivas.

Hipogeo. Término que se emplea para designar una tumba excavada en un acantilado o bajo tierra. A menudo se habla de los «hipogeos reales de Tebas» al referirse a las tumbas del Valle de los Reyes.

Hipóstila. Dícese de una sala sostenida por pilares o columnas.

Mammisi. Templo del nacimiento del dios-hijo, al que se asimila el faraón. Es un edificio independiente situado junto a un gran templo.

Mastaba. Palabra árabe que significa «banqueta». Sirve para designar las tumbas de los nobles del Imperio Antiguo, cuya estructura visible recuerda esta forma.

Naos. Designa, a la vez, la cámara más secreta del templo y, en su interior, el bloque monolítico —imagen reducida del templo entero— que contiene la estatua divina.

Nomo. Término que sirve para designar una provincia de Egipto.

Pilón. Palabra griega que designa la entrada monumental del templo egipcio. El pilón comprende dos macizos en forma de trapecio entre los cuales se encuentra la puerta de acceso al primer patio del templo.

Psicostasis. Término de origen griego que sirve para designar el pesaje del alma, durante el juicio del muerto ante Osiris.

Quiosco. Término empleado para designar un santuario de pequeño tamaño, que sirve de «parada» en el camino de una procesión, para depositar la estatua o la barca divina (ejemplos: la «capilla blanca» de Karnak y el quiosco de Trajano en Filae).

Serdab. Pequeña estancia de una mastaba (tumbas del Imperio Antiguo) donde se colocaba la estatua viva del muerto. El serdab se comunicaba con la capilla accesible a los vivos por una rendija que le servía al «muerto» para ver lo que ocurría en la tierra.

Ushebti. Véase «chauabti».

Uraeus. Designa a la serpiente protectora que el faraón y las divinidades llevan en la frente. El uraeus se yergue contra los enemigos de la armonía y las fuerzas de las tinieblas.

Para viajar bien: consejos prácticos

Se considera que el período más agradable para viajar por Egipto se extiende de octubre a marzo; el otoño y el invierno son templados, en el Alto Egipto, con respecto al clima europeo. La temperatura, sin embargo, puede bajar bastante de diciembre a febrero, incluso en Luxor. En El Cairo y en el Delta, a veces hiela. En abril-mayo es temible el jamsin, ardiente tempestad de arena que hace el aire irrespirable. De junio a agosto, las temperaturas son muy altas en el sur.

En cualquier estación hay diferencias de temperatura —importantes a veces— entre la región de El Cairo y el sur del país (Asuán). Hay que desconfiar siempre del aire acondicionado (regularlo… cuando sea posible), que provoca anginas, y de las noches frescas.

En lo que se refiere al vestuario, hay que llevar preferentemente ropa práctica y calzado para cualquier terreno. Son también indispensables: un sombrero para protegerse del sol, una linterna, unos prismáticos y, si se toman fotos, un equipo que sirva al mismo tiempo para pleno sol e interior (tumbas y templos).

Algunas dificultades

El modo más rápido y sencillo de viajar a Egipto es en avión. Pueden utilizarse el barco o el automóvil personal, pero debemos reconocer que el turismo individual tropieza en Egipto con numerosos obstáculos (insuficiente o peligrosa red de ca-

rreteras, falta de garajes y de estaciones de servicio, reglas de circulación desconcertantes, etc.). Si no se tienen amigos egipcios para evitar cualquier preocupación material, es recomendable recurrir a una agencia de viajes. Y ahí comienza la aventura. Es preciso leer atentamente los programas ofrecidos y saber que sólo un pequeño número de especialistas organiza correctamente los desplazamientos por el interior de Egipto y el alojamiento hotelero. Por desgracia, el viaje a Egipto resulta hoy bastante caro; las atractivas ofertas a bajo precio reservan, casi siempre, grandes decepciones al llegar. El equipamiento hotelero egipcio es aún insuficiente y sólo las agencias de viaje que conocen perfectamente el mercado local reservan —realmente— plazas en los hoteles anunciados.

Por lo que se refiere a los problemas de salud, algunas sencillas indicaciones: evite todo baño en el Nilo y en los canales, desconfíe del agua, de las bebidas heladas, del aire acondicionado, de las verduras y frutas crudas, y tome medicamentos para prevenir y curar los trastornos intestinales.

Los placeres gastronómicos, por desgracia, no forman parte del viaje al Egipto de hoy. La cocina local no es de las mejores del mundo y nos veremos obligados, en los hoteles (a excepción de algunos grandes restaurantes, muy caros, de El Cairo) y en los barcos, a contentarnos con la «cocina internacional». Nos limitaremos por tanto a comer para subsistir y para tener la mejor forma posible a la hora de explorar los parajes.

Las compras tienen un interés bastante reducido. Resulta distraído pasear por los zocos, del «refinado» de El Cairo al «popular» de Asuán, pero no hay muchas cosas que llevarse. Algunos piensan, claro está, en obtener antigüedades: una estatuilla, un escarabeo, alguna chuchería auténtica…, es un sueño irrealizable. Los objetos antiguos son escasos, de un precio muy

alto y sólo pueden encontrarse en algunas tiendas de antigüedades. Es preciso, además, conocer perfectamente el arte egipcio para comprar con acierto. En los principales parajes se ofrecen a los turistas «piezas auténticas», fabricadas en talleres de falsificadores más o menos hábiles. Este batiburrillo suele ser bastante feo. Regateando, podrá obtener una estatuilla por casi nada, si está usted empeñado en llevarse un recuerdo. Conocidísima plaga de Egipto, el *bakchich* o propina, se exige en todas partes y en cualquier ocasión. Nadie se libra. Resulta por lo tanto necesario llevar una buena provisión de calderilla y respetar una regla de oro: no ofrecer nunca propina antes de que te hayan hecho realmente el favor. También es indispensable discutir el precio de cualquier prestación antes de llegar a un acuerdo, tanto por un desplazamiento en taxi como para una excursión no prevista en la tarifa. Los imprudentes que se lanzaran a ciegas a ese tipo de experiencia se verían condenados, inevitablemente, a desagradables sorpresas e interminables discusiones.

Las molestias del día a día son, a veces, pesadas. Pero el descubrimiento de los tesoros del antiguo Egipto logra que las olvidemos. Para que nos hagan sufrir lo menos posible —repitámoslo—, debemos elegir cuidadosamente la agencia de viajes más competente.

EPÍLOGO

Tras largas horas de estudio en el templo de Karnak, después de haber centrado mi atención en algunas columnas de jeroglíficos que por sí solas evocaban todo un universo, me dirigía hacia Luxor. Era a finales de invierno, al caer la tarde. El templo cuyas columnas son las más hermosas de Egipto, se adornaba de oro en el ocaso. Pensé en el genial arquitecto Amenhotep, hijo de Hapu, en las alegres fiestas que animaron antaño el edificio, en los ritos secretos celebrados por los iniciados en la penumbra del templo cerrado. Aquellas piedras están vivas. Los jeroglíficos hablan, las escenas cuentan, reactualizan gestos y ritos grabados para siempre en la conciencia del Hombre.

Fui de pronto consciente de que había alguien a mi espalda. Me volví hacia el Nilo. Lo que contemplé superaba el entendimiento. Ninguna palabra podría describirlo. Muy bajo en el horizonte, el sol del anochecer había estallado fraccionándose en mil colores, del rojo sangre al amarillo dorado. El cielo y el río se confundían. El tiempo se había detenido para permitir que se expresara el hechizo de Atum, luminaria del anochecer. Muy pronto el astro del día desaparecería entre las tinieblas, se hundiría bajo tierra, en un mundo peligroso e inquietante donde unos demonios atentarían contra su vida. Tendría que luchar para renacer, para reaparecer la próxima mañana.

Antes del gran combate, la luz se hacía serena. Atum, el Creador, ofrecía a la mirada ese conocimiento del anochecer,

tan por encima de las posibilidades del hombre que la única actitud posible era la de la veneración.

Eso era el *hotep* de los egipcios, ese estado de conciencia traducido por una palabra que significa a la vez «puesta de sol», «plenitud» y «ofrenda». En esta luz postrera antes de la noche se revelaba la civilización egipcia. Y comprendí entonces por qué Egipto era la tierra de los dioses, por que el viaje a Egipto es un viaje a la eternidad.

NOTAS

[1] Llevé a cabo un trabajo similar en el terreno histórico al publicar *El Egipto de los grandes faraones*. Librarie Academique Perrin, 1982 y France Loisirs, 1983 (versión castellana de Amparo Hurtado,*El Egipto de los grandes faraones*. Ediciones Martínez Roca. 1988). <<

[2] Las fechas son aproximadas. <<

[3] *Papiro de Leningrado,* 1116 A. recto, pp. 116-118. <<

[4] Véase en los anexos una lista de las principales divinidades con sus características y sus atribuciones. <<

[5] Para completarlo, hay que citar también el *demótico,* una nueva forma de lengua y escritura, más estilizada aún que la hierática. El demótico aparece en la XXVI dinastía y se emplea hasta el siglo III d. J. C. El *copto* es la última forma de egipcio; comprende numerosos dialectos y nace a comienzos de nuestra era, utilizando el alfabeto griego y algunas raíces del egipcio antiguo. El copto sirve, todavía hoy, de lengua litúrgica. <<

[6] Existen lo que se denomina técnicamente las semiconsonantes, como 𓇋 (caña) que se transcribe con una I; en realidad, no se trata de nuestra i-vocal, sino de una iod cuya pronunciación se desconoce. <<

[7] Digamos algunas palabras sobre la más antigua ciudad santa de Egipto. Heliópolis, la ciudad del Sol, cuyo nombre egipcio significa «la del Pilar». Se hallaba al nordeste de El Cai-

ro, cerca de Matarich. Allí se levantaba el más venerable de los templos de Egipto, el de Ra, del que nada subsiste. En Heliópolis se concibió, sin duda, la religión egipcia. El sumo sacerdote de Heliópolis era el «mayor de los Videntes», el que se dirigía a la divinidad de luz en su aspecto mis elevado y abstracto. Heliópolis nunca tuvo importancia económica; era el corazón sagrado de Egipto, adonde todos los faraones debían dirigirse para recibir una enseñanza referente, en particular, a la creación del mundo. El filósofo griego Platón permaneció mucho tiempo allí, recogiendo de los sabios muchas informaciones que utilizó en sus obras. <<

[8] Con la excepción de que hemos hablado de la pirámide de Unas, que es posterior a las pirámides de Gizeh. <<

[9] Cifras hipotéticas. Probablemente las medidas no son del todo exactas. Serian necesarios nuevos cálculos, que se están realizando en la actualidad. <<

[10] En algunos casos, el pozo se ha excavado oblicuamente y su acceso está situado delante de la mastaba. <<

[11] Un molesto problema: la tumba no es siempre accesible a los visitantes. <<

[12] Esta mastaba suele citar cerrada. <<

[13] Su vasta superficie es, en ocasiones, un problema, pues a veces algunas salas de esta mastaba se utilizan como almacén, por lo que quedan cerradas al público. <<

[14] El faraón seguía un itinerario preciso: por la mañana, abandonaba su palacio para dirigirse al templo donde era purificado. Acudía a una sala (cerca del obelisco de Hatsepsut) donde recibía las dos coronas. Venía luego el rito del «ascenso real», es decir la iniciación del faraón en los grandes misterios. Pasaba la puerta del quinto pilón, se dirigía a la derecha, entra-

ba en un naos que contenía una estatua de Amón cuyo pedestal subsiste. El dios investía al rey con su poder. Luego, el faraón era reconocido como tal mediante aclamaciones. <<

[15] Se admite que el plano de base del gran templo de Amón iba del cuarto pilón, que servía de entrada, hasta el patio del Imperio Medio, situado ante la sala de festejos de Tutmosis III. Luego, el templo se desarrolló en varias direcciones. <<

[16] Se dedicará una mirada particular al museo al aire libre instalado al norte del gran patio, cerca del primer pilón al que, por desgracia, no se puede acceder sin autorización.

Hay allí numerosísimos bloques hallados en el paraje y, sobre todo, dos monumentos excepcionales: la capilla blanca y la capilla roja. Fueron cuidadosamente desmontadas para ser colocadas en los fundamentos de un pilón. No era una destrucción sino una especie de enterramiento de los monumentos, destinados a servir de base a los futuros edificios.

Así, volviendo a montar y reconstruyendo el quiosco de Sesostris I, la «capilla blanca», piadosamente hundida en el tercer pilón, el arquitecto Henri Chevrier restituyó una pura obra maestra del Imperio Medio. El pequeño edificio, verdadera sonrisa de piedra, tan encantadora es su elegancia, está colocado sobre un zócalo. Se asciende a él por dos rampas, que servían de correderas para subir y bajar la barca sagrada instalada en un altar, en el centro del paraje. Los jeroglíficos de la capilla blanca están entre los más hermosos que grabaron nunca los egipcios. Sus relieves muestran una lista geográfica que denomina provincias con sus características y admirables escenas de ofrendas al dios Amón-Min, síntesis de Amón, señor de Karnak, y de Min, el señor de la fecundidad al que le estaba consagrada, en especial, la lechuga. Min presenta la particularidad de ser itifálico, como dicen los eruditos: tiene el sexo levantado en una

perpetua erección. Por la acción de Min la naturaleza se desarrolla y ofrece a los hombres su alimento. Es el fuego sagrado contenido en los vegetales, la forma particular de Amón envuelto en un sudario, que no es signo de muerte sino de descomposición y renacimiento, como le ocurre al grano de trigo, un guardián vela por la capilla blanca: el león. Gracias a él, el agua de lluvia no daña el edificio pues su cabeza sirve de gárgola. Además, al tener los ojos siempre abiertos el león aleja a los indeseables.

La «capilla roja» es otro milagro. Su descubrimiento, en bloques disociados nos permitió conocer una obra maestra de la reina Hatsepsut. El monumento se construyó en su mayor parte con cuarcita roja, de ahí nombre. Ofrece informaciones de gran importancia sobre las fases de la procesión de la barca y sobre ritos menos conocidos. Esta capilla sirvió de santuario de la barca en el sanctasanctórum de Karnak. Fue desmontada y sustituida por un edificio de granito. <<

[17] Al norte y al sur del gran patio se levantan varias esfinges. Se colocaron allí cuando se construyó el patio. Antes, formaban la continuaban de la avenida de esfinges que precedía el primer pilón y llegaba a la hipóstila. <<

[18] En el plano, n.º 22 = el séptimo pilón; n.º 23 = el octavo pilón, cuyos relieves reproducen el intento de tomar el poder por parte de los sacerdotes de Amón, usurpando el poder real; el noveno pilón = n.º 24 y el décimo= n.º 25 en el plano, son obra de Horemheb. Se construyeron con piedras procedentes de los monumentos de Ajnatón. Los textos explican que Horemheb, de acuerdo con la tradición, restableció el orden en un país arruinado y restauró los templos abandonados. No concedamos demasiada importancia histórica a estas afirmaciones,

pues la misma situación simbólica se reproducía a la muerte de cada faraón. <<

[19] Utilizando una escalera moderna. Las antiguas escaleras, al que buena parte de la construcción de adobe, han desaparecido. <<

[20] Detalle «técnico»: cada tumba está teóricamente cerrada con llave. La llave está en poder de un guardián, último eslabón de una larga y compleja jerarquía administrativa. Cuando la tumba está cerrada, no siempre es posible encontrar al guardián y su llave. <<

[21] Existe también un templo en Dayr al-Madina, que data de la época tolemaica. Fue construido en el siglo III a. J. C., en honor de la» diosas Hator y Maat, soberanas de la alegría celestial y de la armonía del mundo. Se veneraban también a Imhotep, el Maestro de Obras de Saqqara y Amenhotep, hijo de Hapu, el de Luxor. El templo es un edificio de gres, de modestas dimensiones (15 x 9 m), que estaba rodeado por una cerca y flanqueado por una sala abovedada que servía de almacén. El templo se convirtió en convento a comienzos de la era cristiana, pues los monjes no se sintieron molestos con la vecindad de las diosas y encontraron que los locales les convenían. Un portal, una sala con columnas, un pronaos y tres capillas: la planta es sencilla. Diosa del cielo, de la alegría, soberana de la fiesta y de la danza. Hator está vinculada al Siete, número sagrado de la mujer y del proceso vital. Las siete diosas Hator son unas hadas que determinan el destino del ser en su nacimiento. El simbolismo de los números es, por otra parte, una característica de esta capilla, en cuyo interior figuran los ocho simios sagrados de Hermópolis (la ciudad del Ocho) que rodean a un escarabeo, el símbolo de la perpetua mutación del espíritu. Por lo que al Cuatro se refiere, está encarnado en cuatro toros como numero de la estabili-

dad. En la interesantísima capilla de la izquierda, descubrimos una escena inesperada en un templo: la del pesaje de las almas, reservada a las tumbas o a la ilustración de papiros. Es decir, que aquí celebraban algunos rituales iniciáticos, cuyos textos se encuentran en el Libro de los muertos. La presentación del sol verde (que el dios Anubis muestra al dios Min, señor de la fecundidad) señala el paso de las tinieblas a la nueva luz. <<

[22] También han desaparecido el embarcadero, el vergel de la diosa, los establos de las vacas sagradas, la Casa de la Vida, las viviendas para los sacerdotes y los talleres. <<

[23] Es el lejano origen de la expresión *In vino veritas*, «la verdad está en el vino». <<

[24] Lista de las once capillas, de izquierda a derecha mirando al sanctasanctórum: (1) cámara de la renovación de las formas; (2) morada del parto; (3) capilla de Sokaris; (4) cámara del nacimiento de Horas que une las Dos Tierras, halcón y serpiente a la vez; (5) capilla del agua primordial; (6) capilla del sistro; (7) gran capilla; (8) capilla del fuego; (9) trono de Ra, capilla de la luz; (10) capilla del collar-*menat* (11) capilla de la purificación. <<

[25] Dos criptas superiores, a ambos lados de la escalera que lleva hasta el techo; tres medianeras, a nivel del suelo; siete subterráneas. No todas son visibles. <<

[26] Sus vestigios se hallan delante del templo, a la izquierda. <<

[27] He aquí el detalle de estas capillas con los números necesarios para orientarse en el plano: las cámaras de las telas (n.º 15); el trono de los dioses o sala de la Enéada (n. 16); la «tumba» o cámara de la cripta (n.º 17); el palacio del Sertor (n.º 18) y la capilla de la cripta (n.º 19) forman las tres partes de un tem-

plo de Osiris en el interior del templo de Horus; «la capilla de Mesen» (n.º 20) contenía una barca, pero también emblemas sagrados, forjados sin duda por Horus, y constituía la «cuna» de la potencia divina, situada tras el sanctasanctórum; la «capilla de la pierna», dedicada a Khonsu (n.º 21); la capilla de Hator (n.º 22); la capilla de Ra (n.º 23); la capilla del trono (n.º 24) consagrada a distintos aspectos del fuego divino. En total, diez, capillas que corresponden a lo que Pitágoras, iniciado en los misterios egipcios, denominó la *teiraktis*, conjunto simbólico que explica el funcionamiento del mundo. <<

[28] El dios Horus de Kom Ombo tenía como mujer a la «hermana perfecta» y su hijo era el «señor del doble país». La esposa de Sobek era Hator y su hijo Khonsu. <<

[29] Los textos indican que Kom Ombo es el área del halcón, el pozo del cocodrilo, el cubil del león y el establo del toro. El templo reúne las cuatro potencias que crean el cosmos. <<

[30] El Museo se encuentra en la plaza de la Liberación (El-Tahrir), cerca de los grandes hoteles. Está abierto de 9 a 17 horas todos los días. <<

ÍNDICE